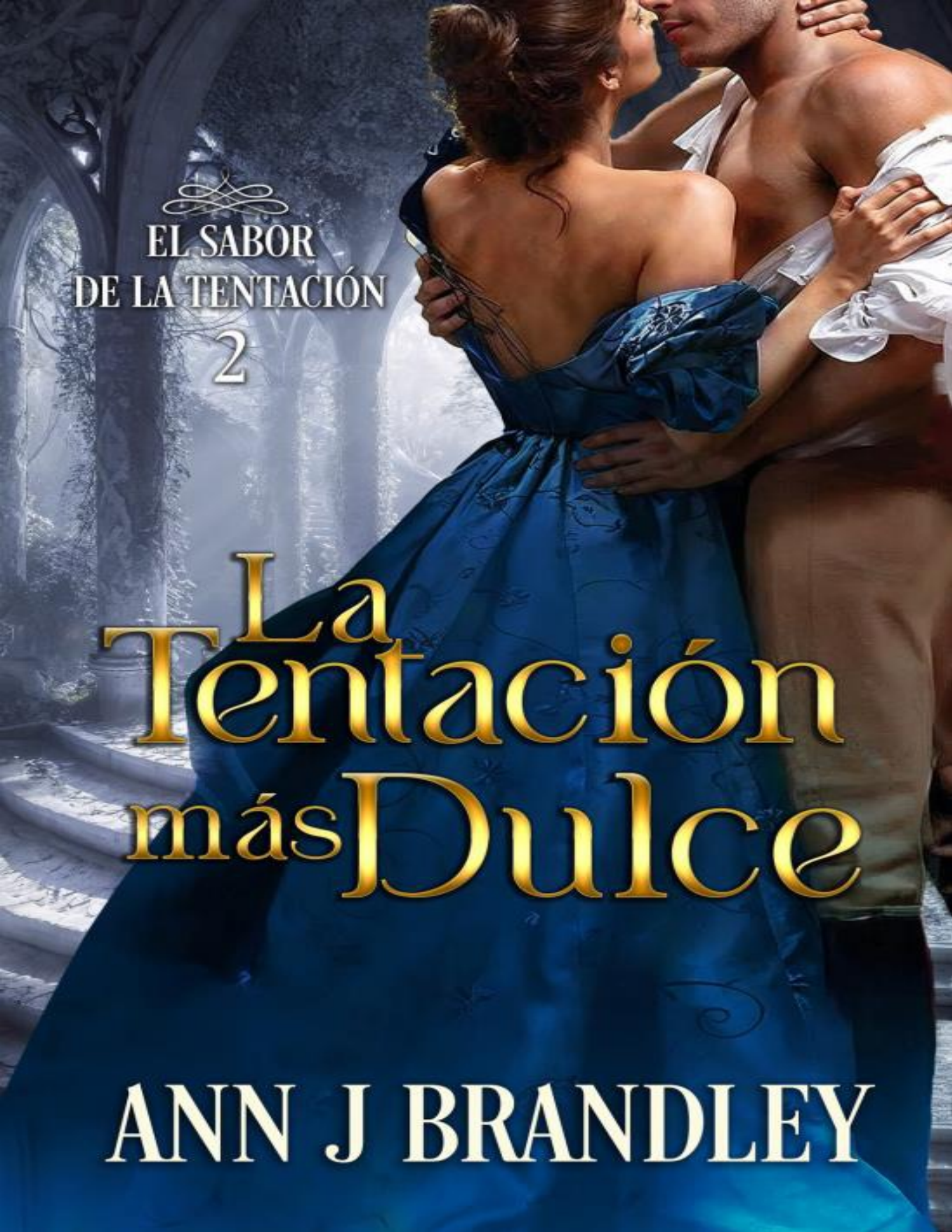

EL SABOR
DE LA TENTACIÓN
2
La Tentación más Dulce
ANN J BRANDLEY

La Tentación más Dulce

ANN J. BRANDLEY



Copyright 2025 de Ann J. Brandley

- Todos los derechos reservados –

Romance Histórico

Libros de Afrodita



Ella necesitaba atraer al hombre que amaba, pero acabó deseando a un exasperante y enigmático sirviente.

Verety Spillwell lo tenía muy claro, necesitaba aprender el arte de la seducción para conseguir al amor de su vida. Para lograrlo convence a un conocido libertino para que le enseñe, solo que el sirviente de este no deja de entrometerse arruinando sus lecciones.

Ahora solo puede pensar en él y en descubrir que es lo que esconde.

Lord Abernathy está decidido a encontrar a su hermana desaparecida. Para ello, finge ser un sirviente en la casa del libertino que cree responsable. Todo parece ir bien, hasta que se cruza en su camino la señorita Spillwell. Una inocente y testaruda muchacha que lo exaspera y lo excita a partes iguales.

No te pierdas esta segunda parte de la serie El sabor de la tentación. Una novela autoconclusiva que te enamorará.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
notas

Capítulo 1

Oxfordshire, Inglaterra, mayo de 1821

-Amar y no ser amado a cambio es el peor tormento de todos.

Verety Spillwell se volvió y miró a los ojos comprensivos de su prima, Rachel.

—Pues sí, desde luego —respondió Verety, agitando su abanico e intentando parecer despreocupada mientras miraba alrededor del abarrotado salón de baile—. Pero no te preocupes por mí. Mi tarjeta de baile está bastante llena. ¿Lo ves? No tengo motivos para lamentarme.

Rachel examinó la pequeña pieza de marfil que colgaba de la muñeca de Verety.

—Qué raro —dijo—. Veo el nombre de Daniel anotado para bailes que ya han tenido lugar, pero no recuerdo haberos visto a los dos juntos.

Verety suspiró e ignoró el puño de dolor que golpeaba su corazón.

—Cierto. El señor Finley ha estado distraído esta noche. Me ha confundido dos veces con lady Fanny Flecher. Mira aquí —dijo, señalando con un dedo las letras finamente trazadas—. Se apuntó al cotillón y a la cuadrilla conmigo, pero acabó bailando con ella en ambas ocasiones.

Rachel soltó una risita tintineante.

—¡No me imagino cómo! Nuestros anfitriones han comprado todas las lámparas y candelabros de Wessex y los han instalado en su salón de baile. ¡Declaro que puedo ver mucho más de lo que desearía! Daniel no debería haber tenido ninguna dificultad en reconocerte, a pesar de la aglomeración.

Verety bajó la mirada hacia el macizo de violetas que se marchitaba en su pecho. Ella también sintió ganas de marchitarse, pero dijo alegremente:

—De todos modos, no veo por qué deberías fijarte en Daniel. Hay un montón de caballeros extremadamente elegibles aquí.

—Ah, pero sólo uno que te ha hecho tartamudear en su presencia desde que tenías trece años —dijo Rachel sagazmente.

—Oh, Rachel, no bromees. Estoy demasiado acalorada y cansada para discutir contigo. De hecho, creo que subiré a intentar refrescarme un poco. Será mejor que vayas a ver a papá. No quiero que se canse demasiado.

—No te preocupes, me ocuparé de él mientras tanto —dijo alegremente su prima, y desapareció de nuevo entre la multitud.

Lanzando una mirada sombría en dirección al señor Daniel Finley, Verety se abrió paso

entre la multitud de bailarinas, con la cabeza bien alta, y se dirigió a la gran escalera de Collins House y al tocador de señoras.

Fue un alivio encontrarlo desocupado. Abrió rápidamente el pestillo de las contraventanas, las echó hacia atrás, levantó la ventana de guillotina y se asomó, desesperada por sentir el contacto del aire fresco en la cara.

Oh, Daniel. ¡Qué decepción! Había hecho todo lo posible por estar guapa esta noche para su viejo amigo de la familia. Se había levantado el pecho, se había pellizcado las mejillas, se había rizado el pelo a más no poder y había practicado el aleteo de pestañas frente al espejo, todo en vano. Simplemente no podía ver más allá del hecho de que eran amigos de la infancia. Recientemente, incluso había comentado que era como una hermana para él.

¡Una hermana!

El hombre al que había amado durante años no pensaba en ella más que eso. El dolor que experimentaba cada vez que le oía utilizar esa palabra la cortaba como una cuchilla.

Su visión se nubló al contemplar los vastos jardines y terrenos del duque y la duquesa de Darlington. Dio un pequeño hipo de angustia, luego parpadeó rápidamente cuando una forma oscura apareció en la grava bajo la ventana.

Habría sido sensato retirar inmediatamente la cabeza y cerrar los postigos, en lugar de someterse a la impertinente mirada del hombre que la contemplaba. Pero el sentido común apenas parecía importante comparado con un corazón roto. Se puso rígida, inclinó la barbilla y le devolvió la mirada.

Cuando sus ojos se fijaron y se sostuvieron, un escalofrío involuntario le subió por la columna vertebral. No era un caballero. Se trataba de un sirviente, con los ojos ensombrecidos y el ceño fruncido.

Que un tipo así la apreciara tan descaradamente era vergonzoso. Tenía ganas de averiguar quién era su amo o ama y quejarse. Podía, por supuesto, llamarle y amonestarle, pero eso sería rebajarse a su nivel. Además, parecía un hombre rudo y fuerte, del tipo que podría escalar muy fácilmente la alcantarilla más cercana, echársela al hombro y largarse con ella en la noche si le apetecía.

La imagen de él haciendo precisamente eso la hizo sonrojarse y desear que su corsé estuviera menos apretado.

Debía de hacer más calor del que ella pensaba. No era posible que la afectara la insolente apreciación de un criado. ¿O sí? Su frustración por Daniel estaba sacando lo mejor de ella. Si tan sólo se la echara al hombro y se largara con ella...

De repente, una pareja risueña salió de la casa y bajó corriendo los escalones hasta el camino de grava. Cogidos del brazo, se pusieron en marcha, balanceándose ligeramente, a lo largo de una doble línea de antorchas parpadeantes que conducía hacia los jardines.

Cualquier hechizo que hubiera mantenido paralizado al apuesto sirviente se rompió. Ya se alejaba a grandes zancadas.

Liberando una respiración contenida, Verety estaba a punto de darse la vuelta cuando algo le llamó la atención en la risueña pareja. Volvió a mirar. ¡Por el amor de Dios! Seguramente era la esbelta figura de Daniel, su particular forma de caminar, esa manera que tenía de inclinar la

cabeza para escuchar a una como si fuera la única persona de la habitación...

Santo Dios. Daniel Finley se escabullía del baile con lady Fanny Flecher.

El aire salió disparado de los pulmones de Verety y luego regresó con un gran borbotón... que trajo consigo una explosión de justa furia.

¿Cómo se atrevía esa mujer a jugar con Daniel?

¿Y cómo podía comportarse con semejante falta de honor?

Verety cruzó los brazos sobre el pecho y divisó las violetas marchitas. Con un gruñido de ira, se las arrancó del pecho, las arrojó por la ventana y la cerró de golpe.

—Maldito seas, Daniel Finley —balbuceó indignada— ¡No voy a dejar que arruines tu reputación con una falda ligera como ésa!

Deteniéndose sólo para coger un chal abandonado de una silla, salió apresuradamente de la habitación y bajó a galope la escalera en persecución de Daniel y su nueva conquista.

Apretando los puños, juró:

—Encontraré la forma de detenerte, ¡a ver si no lo hago!

Capítulo 2

Algo salió volando por la ventana.

Al verlo caer a tierra, Mikey Hastings giró sobre sus talones y caminó hacia donde había visto a la chica en el piso superior de Collins House. ¿Qué podría haber arrojado, y por qué?

Hurgar en la grava entre las sombras cambiantes fue una tarea difícil, pero al final encontró el objeto y lo examinó.

Un ramo de violetas. Uno que debía haberse regado. Niña tonta. ¿Nadie le había dicho que las violetas eran demasiado delicadas para un ramillete, sobre todo mientras bailaba?

Hizo girar los lacios tallos entre sus dedos, acarició la cinta de seda que lo ataba y apretó los labios.

Se preguntó si su hermana habría hecho lo mismo con su amante. ¿Habría dejado caer Meredith cartas, muestras de amor, incluso llaves desde la ventana de su dormitorio mientras llevaba a cabo su aventura clandestina? Nadie tenía pruebas, por supuesto, sólo sospechas y rumores; no había forma de saber con certeza qué vil giro del destino la había alcanzado. Pero Meredith se había ido, y Mikey ya no era plenamente él mismo.

Una suave risita le hizo girarse, justo a tiempo para ver a un par de invitados de Darlington alejándose a toda prisa de la mansión. Se dirigían al laberinto y seguro que no tramaban nada bueno. De hecho, ¿no era lady Fanny, la última pieza de lujo de su señor?

Desde luego, no era el capitán Terence Beckham quien la acompañaba ahora.

El labio de Mikey se curvó con sombría satisfacción. Beckham estaría furioso, pero ya era hora de que ese diablo probara de su propia medicina. Un hombre que se enredaba con la demi-monde[1] debía esperar que le dieran gato por liebre.

A Mikey le importaba un bledo. Dudaba mucho que el voluble corazón del capitán Beckham -si es que tenía corazón- sintiera dolor durante mucho tiempo.

—Espero que ese tonto lujurioso la ponga de espaldas y vuelva a usted con un regalo inoportuno —dijo con vehemencia, fulminando con la mirada a la pareja que se marchaba—. Una buena dosis de la gonorrea o la viruela... eso sí que sería mucho más doloroso.

Y apropiado.

Sus dedos empezaron a enroscarse en un puño, pero fueron detenidos por el pequeño ramo de flores que llevaba en la mano. Las miró de soslayo. ¿Se las había lanzado la belleza de cabellos bronceados? Nadie lo había hecho antes. Nadie en su casa se habría atrevido nunca a algo así.

Metiéndose las florecillas en el bolsillo de su chaleco de napa, regresó a lo largo de la fila de carruajes para unirse al rezagado tropel de cocheros y lacayos. Matthews, el lacayo de Beckham, le dirigió una mirada apreciativa, luego metió la mano en el bolsillo de su abrigo con capa y sacó una petaca.

—Ya es hora, señor Hastings —le dijo—, de aligerar su espíritu. Beba un sorbo de mi rocío de montaña. Le calentará la molleja y le borrará el ceño de la cara.

—Gracias —respondió Mikey brevemente, aceptando el frasco.

Bebió un sorbo. ¿Eh? ¿A esto le llaman rocío de montaña? Era débil como la orina de una criada. Fingiendo disfrute, dijo despreocupadamente:

—Acabo de ver a lady Fanny poniéndole los cuernos a nuestro amo.

—¿De veras? —inquirió Matthews—. ¿Con quién se ha ido?

—Ni idea. Un lord flaco, por lo que parece. Bien parecido, por lo poco que pude ver.

—Al amo no le importará —comentó Matthews, recuperando la petaca—. De todos modos, no se iba a casar con ella.

—No parece de las que se preocupan por el matrimonio —observó Mikey, haciendo coincidir su acento con el tosco dialecto de los otros criados.

—¿No es eso lo que quieren todas las mujeres? Poner sus dedos sobre un pobre hombre desprevenido, clavar sus garras en…

Le ofrecieron de nuevo la petaca, pero Mikey hizo un gesto a Matthews para que siguiera bebiendo. Si el licor le soltaba la lengua, podría serle muy útil.

—¿Cómo sabe que no querría casarse con ella? —preguntó Mikey— Ella es bastante atractiva.

—Sí. Pero no se casará con nadie. No ahora.

—Se lo ha dicho, ¿verdad? —inquirió, levantando una ceja burlona. Los amos no solían confiar esas cosas a sus lacayos, cocheros o criados. Pero Matthews era más propenso a hablar si pensaba que no le estaban tomando en serio.

—Lo ha hecho, señor Hastings —fue la respuesta—. Aunque no veo que sea asunto suyo. Pero le diré una cosa. No puede casarse con la que quiere, así que no se casará.

No, no puede, pensó Mikey sombríamente, ya que la mujer que quiere puede estar muerta.

O arruinada y escondida en algún cuchitril dejado de la mano de Dios.

—¿Cree que aceptará a lady Fanny si viene corriendo? —inquirió.

—Tal vez. En el fondo es blando de corazón, nuestro amo. Si ella le gusta lo suficiente, será perdonada.

—¡Bah! —Mikey fingió escupir, aunque detestaba esa costumbre—. Apuesto a que ella tendrá que irse con otro hombre.

—Como he dicho, si ella le habla bonito y le promete no volver a hacerlo, él la aceptará de nuevo. Pero sólo si ella le gusta lo suficiente.

Entonces el hombre es un tonto, pensó Mikey, pero no lo dijo en voz alta. Nunca podría

interesarle una mujer que no pudiera decidirse entre dos amantes...

Matthews guardó la petaca y se irguió. Se inclinó y siseó al oído de Mikey:

—¡Da la casualidad de que no necesitará perdonarla por engañarlo, ya que él mismo está a punto de hacer exactamente lo mismo!

Mikey se volvió y vio la inconfundible forma del capitán Beckham descendiendo los escalones desde las puertas principales de Collins House. No estaba solo.

Aferrada a su brazo y con todo el aspecto de una compañera de conspiración estaba la belleza de cabellos bronceados que había arrojado las flores.

Capítulo 3

Cuando Verety salió a la terraza con el capitán Terence Beckham, sintió un estremecimiento mezcla de miedo y excitación. Si era groseramente impropio que una dama soltera saliera de un salón de baile sin su chaperona, aún lo era más hacerlo en compañía de un notorio libertino.

Pero encontrarse con el capitán en el preciso momento en que había decidido perseguir a lady Fanny y a Daniel había sido fortuito.

Porque ambos tenían exactamente el mismo propósito en mente.

—No quiero parecer cruel —dijo cuando Beckham le ofreció su brazo para guiarla por la amplia escalinata de la entrada de Darlington House—. Pero me parece muy superficial por parte de lady Fanny acompañarle al baile y luego huir por la noche con otro caballero.

El capitán inclinó su hermosa cabeza hacia la de ella y dijo con buen humor:

—Lady Fanny tiene sus defectos, estoy de acuerdo, pero también tiene muchas... ventajas. Suficientes para ganarse mi perdón.

Suponiendo que no la encuentre arrimada a Daniel Finley de espaldas a un árbol, pensó Verety con amargura, y luego sacudió la inoportuna imagen de su mente. Daniel no haría eso. Estaba siendo tonto, quizá porque había bebido demasiado ponche. No podía estar seriamente interesado en aquella coqueta, ¿verdad?

Los pies de Verety crujieron en la grava del camino de entrada y ella y su cómplice se detuvieron un momento, contemplando la oscuridad salpicada de llamas.

Había una pandilla de criados y cocheros holgazaneando cerca, fumando en pipa y bebiendo a grandes tragos jarras de cerveza, mientras los mozos de cuadra paseaban a los caballos para que estuvieran frescos para el viaje de regreso.

De Daniel y lady Fanny no había ni rastro.

—¿Alguna idea de qué dirección tomaron?— preguntó Beckham.

—Se dirigían hacia allí —dijo Verety, señalando con su abanico hacia un lejano lago ornamental—. Pero más a la izquierda. Podrían dirigirse al laberinto.

Su corazón latió dolorosamente. No podía soportar la idea de Daniel con otra mujer. Especialmente una tan completamente indigna de sus atenciones.

—¿Hay algún atajo? —preguntó Beckham—. Si nuestro objetivo es separarlos, lo mejor sería atajarlos antes de que lleguen al laberinto. De lo contrario necesitaremos refuerzos.

—Lo hay, señor, pero esos caminos no están iluminados.

—Mi hombre puede traernos una luz. Aquí, Hastings —gritó Beckham en dirección a los

carruajes—. Sé que estás ahí acechando. Deja de tragar cerveza y trae una linterna para nosotros. Estamos emprendiendo la búsqueda de una damisela en apuros.

En respuesta al grito de Beckham, un hombre alto y fornido se separó de la multitud de cocheros. Verety sintió una punzada de incertidumbre cuando él cogió un candelabro encendido y caminó hacia ellos.

A medida que se acercaba, se le erizaron los pelos de la nuca.

Era él. El hombre que la había estado mirando de aquella forma tan intensamente íntima. Tragó saliva y agachó la cabeza, esperando que él no la reconociera en la inminente oscuridad.

Oh. Dios. Dios. De cerca, el tipo era prácticamente un gigante, con los hombros de un buey y un pecho a juego. Había sido imposible darse cuenta al mirarle desde arriba de la impresionante figura que formaba. Tragó saliva de nuevo y se aferró con fuerza a la manga de Beckham.

—No te muestres tan adusto, hombre —dijo su noble caballero—. Enseguida podrás volver a tu cerveza. Por favor, camina a nuestro lado para que la señorita Spillwell pueda ver su camino.

Verety se encogió. Ahora el criado sabía su nombre. Tendría una jugosa historia que contar sobre ella cuando volviera con sus compinches, y ¿quién sabía dónde acabaría su nombre?

Se mordió el labio con ansiedad. Ahora sería el momento de volver al salón de baile, antes de que su reputación corriera más riesgos.

Entonces pensó en Daniel jugueteando en la oscuridad con la coqueta lady Fanny y se armó de valor. Se arriesgaría a cualquier cosa para salvarle de una compañera tan inadecuada.

Cualquier cosa.

—Adelante —dijo Beckham animándola, dándole una palmadita en la mano.

Ella levantó la barbilla y miró fijamente al frente, intentando parecer como si fuera lo más natural del mundo que una joven saliera a la noche con dos hombres.

Mientras se ponían en marcha, Verety fue consciente de una especie de energía inquieta en Beckham, que se comunicaba con ella a través de la seda de su manga. Estaba en forma, era rápido, y su sensación de urgencia la espoleó mientras repasaba en su mente los caminos que debían seguir para alcanzar a su presa.

El criado, Hastings, en cambio, no parecía tener ninguna prisa. De hecho, su pesada pisada sugería que le habían llamado para este recado muy en contra de su voluntad. Estaba lo suficientemente cerca como para que ella sintiera el calor que emanaba de su cuerpo, y a pesar de que Beckham tenía una reputación terrible, no pudo evitar sentir que este Hastings era el más peligroso de los dos.

—Dígame, señorita Spillwell —dijo el capitán—, ahora que somos compañeros de aventuras, ¿podría llamarla por su nombre de pila?

La antorcha de Hastings se levantó violentamente, creando un pozo de oscuridad frente a ellos.

—Manténgalo firme, hombre —espetó Beckham—. ¡No querrá que tropecemos y nos rompamos el cuello!

La luz se estabilizó, pero la falta de disculpas del criado de Beckham hizo que Verety se

preguntara si tal vez no le importaría que su amo se rompiera realmente el cuello.

La voz de Beckham recuperó su tono aterciopelado.

—¿Soy demasiado atrevido, señorita Spillwell?

Muy consciente de que el criado estaba pendiente de cada una de sus palabras, Verety respondió:

—No más de lo previsto, señor, pues aunque no nos han presentado debidamente, su reputación le precede.

—Ah —se llevó una mano al pecho en un gesto de aflicción—. Puedo adivinar lo que ha oído. Aunque algunas de las historias son demasiado perversas para sus oídos juveniles.

—No soy una niña, señor. Tengo casi veinte años y he leído muchos libros y diarios. No me hago ilusiones con hombres como usted.

Un bufido brotó de su lado derecho, que se convirtió rápidamente en un estornudo.

—Le ruego me disculpe, *señorita*...

Verety miró de reojo del sirviente. ¡Qué forma tan extraña de hablar! Hacía rodar las "r" de la forma más exagerada. No era de Oxfordshire. ¿Somerset, quizás? O... ¿se había estado riendo de ella?

Giró la cabeza y descubrió que Beckham la obsequiaba con una sonrisa deslumbrante.

Verety supo, en ese instante, por qué era un reputado casanova. Aquella sonrisa perezosa y tentadora y aquellos ojos con su destello perverso ofrecían una puerta al placer del tipo más indecente.

Se lamió los labios y esperó no estar ruborizándose.

—Lee mucho, ¿verdad? —le preguntó—. No puedo imaginarme a una joven tan encantadora como una bluestocking[2]. Intentaré comportarme, pero si me olvido de mí mismo y le llamo Verety, por favor, abofetéame por mi insolencia. De hecho, le ruego que lo haga, si me paso de la raya.

—Sin duda alguien tendría que abofetearle.

—¿Perdón? —Verety giró la cabeza -y la levantó- para fulminar con la mirada a Hastings. Seguramente, no le había oído bien. Su rostro permanecía impasible, sumido en descarnados planos de luz y sombra por la llama danzante que portaba. Pequeñas partículas de hollín se habían depositado en su cuello y el humo le entraba en los ojos, pero no hizo ningún intento por limpiárselos.

La mano libre de Beckham se acercó y le acarició los dedos, distrayéndola al instante.

—Ignórelo —le aconsejó—. A menudo profiere deprecaciones en voz baja, pero normalmente se pone a sus tareas con presteza, así que lo soporto. Le habría dejado en casa, pero mi mozo de cuadra se ha torcido la muñeca, y no puedo mimar a lady Fanny y conducir una chaise al mismo tiempo. Parece que eso de adelante es un invernadero. ¿Significa eso que el laberinto está cerca?

—Sí, ya casi hemos llegado.

—Es un ángel —declaró él, apretando la mano de ella contra su boca—. No sólo es

hermosa, sino también inteligente. Realmente admiro esas cualidades en una mujer. Debe tener una fila de pretendientes tan larga como el camino de Darlington.

—No tan larga. Pero ha habido unos cuantos —admitió ella, sintiéndose algo incómoda con el rumbo de la conversación.

Beckham le prestó toda su atención.

—Entonces, ¿a quién ha aceptado?

—A ninguno.

Su ceño se alzó.

—¿Ninguno? Debe tener unos estándares muy exigentes, mi querida señorita Spillwell. Supongo que ni siquiera consideraría a alguien como yo.

Verety perdió un paso, pero una mano de hierro la atrapó cuando tropezaba y la puso de nuevo en pie. Beckham tenía razón. El criado no sólo era fuerte, sino también rápido.

Se rio con inquietud.

—No, no creo que mis exigencias sean demasiado altas, pero me temo que ni siquiera usted sería aceptable. Estoy dedicada al cuidado de mi padre, quien, desde su accidente de equitación, aún no ha recuperado el uso completo de sus piernas. Cualquier futuro marido tendría que complacernos tanto a mi padre como a mí, ya que pasará mucho tiempo en nuestra compañía. Creo que me conformo con esperar, por ahora. Si alguno de mis pretendientes sigue soltero para cuando me sienta preparada, puede que reconsidere mi respuesta.

Esperaba que su ligereza de tono no traicionara el hecho de que estaba mintiendo. Sólo había sitio para un hombre en su corazón además de su padre.

Daniel.

¡Oh, Daniel! ¿Por qué él no podía corresponderla?

El dolor familiar le arañó el corazón y contempló la noche plateada por la luna a través de un vaho de lágrimas.

—Este parece ser el laberinto —dijo Hastings con su peculiar acento. Dejaron de caminar. Oh, rogó a Dios que no se hubieran dado cuenta de su momento de debilidad. Ahora debía concentrarse y apartar a Daniel de sus pensamientos.

—Ah, el duque ha iluminado su laberinto.

No es un buen lugar para besos robados, entonces. Excelente.

Ella dijo alegremente:

—¿Ve la plataforma de ahí, con los escalones de madera? Ese es el centro.

—Espléndido —Beckham miró a su alrededor y, cuando Verety empezó a hablar, se llevó un dedo a los labios. Tras un momento, dijo: —Creo que nos hemos adelantado a los tortolitos. Sugiero, para no arriesgar más su reputación, que yo permanezca aquí para ocuparme de la situación y usted regrese al baile con Hastings como guía. Yo volveré con Fanny, y su amigo lord, ehm...

—Finley.

—Su amigo, el señor Finley, puede hacer lo que le plazca. Si regresa al baile sin su premio y con la nariz severamente fuera de su sitio, estoy seguro de que usted podrá darle el consuelo que necesite. ¿Qué le parece, señorita Spillwell?

Sonaba bastante bien. Daniel volvería a la casa principal con el corazón destrozado y ella estaría a su disposición para animarle, bailar con él y distraerle hasta que la voluble lady Fanny fuera sólo un recuerdo lejano.

—Le cedo a Hastings para el resto de la velada —dijo Beckham, inclinándose sobre su mano—. Hará lo que usted desee y, por favor, no se deje desanimar por su extraño comportamiento y sus susurros. Creo —añadió, bajando la voz a un susurro—, que puede estar un poco tocado de la cabeza. Pero es bastante inofensivo, se lo aseguro.

Ella lo dudaba mucho.

Mirando de reojo al gigante de rostro pétreo que estaba de pie a la entrada del laberinto con su antorcha sostenida delante de él como un arma, nunca se habría atrevido a llamarle inofensivo. Quizá haría mejor en esperar aquí con Beckham y observar el desenlace de la aventura de esta noche, por mucho que le doliera ver a Daniel con otra mujer. La confianza de Beckham en que podría separar a lady Fanny de Daniel podía ser temeraria. Puede que hubiera algo más que ella pudiera hacer para ayudar.

—Capitán Beckham...

—¡Shh! Los oigo. Váyase ahora, ¡rápido!

Antes de que pudiera emitir una protesta, Hastings la había cogido por el codo y medio la había levantado, medio la había arrastrado de vuelta por donde habían venido, sin aminorar la marcha hasta que estuvieron completamente fuera de la vista del laberinto.

Lo extraño era que parecía... enfadado. ¿Qué podía haberle enfurecido tanto?

Capítulo 4

En cuanto el laberinto se perdió de vista, Mikey aminoró la marcha y acomodó su paso al de la señorita Spillwell, como debería hacer cualquier buen criado o lacayo.

Se preguntó si debía ofrecerle su brazo y luego lo pensó mejor. Ahora no era un caballero y debía recordarlo.

Verety Spillwell era impresionantemente bella, pero tan joven y vulnerable. Su figura era soberbia, con aquellos pechos suavemente moldeados empujando contra el escote de su vestido, aquella cintura esbelta y aquellas caderas torneadas.

Su boca se torció de amargura. No le correspondía tener tales pensamientos sobre ninguna joven en ese momento. Era totalmente inapropiado. Pero su celibato autoimpuesto le había pasado factura, al parecer.

Lanzó otra mirada a la señorita Spillwell y se preguntó qué aspecto tendría a la luz del día. ¿Qué tono exacto de bronce tenía su pelo, y era claro u oscuro? ¿De qué color eran sus ojos?

¿Por qué la había elegido Beckham para mostrarle el camino del laberinto? ¿Tenía el canalla designios sobre ella? ¿Iba a ser ella la sustituta de lady Fanny si él no lograba apartarla del señor Finley?

La señorita Spillwell no encajaba en la elección habitual de mujeres del capitán. Era demasiado fresca, demasiado inmaculada y propensa a ruborizarse ante la cosa más insignificante. Las preferencias de su patrón tendían hacia mujeres con más lustre y experiencia, maduras pero aún bellas. Mujeres deseosas de probar la fruta prohibida.

Verety Spillwell se parecía más a la hermana de Mikey, Meredith. Ella también había sido recién salida de la escuela, inocente e intacta, pero con un corazón a la vez grande y generoso.

Se le hizo un nudo en la garganta. ¿Dónde demonios estaba? ¿Cómo podía Meredith haberse desvanecido tan completamente, como un adorno en el truco de un prestidigitador? No estaba muerta. No podía estarlo. Él lo sentiría si lo estuviera. No, ese mismo capitán Beckham, para el que ahora trabajaba, seguramente la había deshonrado, arruinado y escondido para poder continuar impunemente con su prostitución y su juego.

Pero Mikey se lo haría pagar. Cuando tuviera las pruebas, el capitán Beckham pagaría caro lo que había hecho.

—¿Señor Hastings?

La voz de la dama era suave, como las hojas que caen en otoño, acariciando el aire.

—¿Hmm? Quiero decir, ¿sí, señorita Spillwell?

—¿Podría ir un poco más despacio? No tengo especial prisa.

Bueno, debería tenerla, pensó sombríamente. Las lenguas probablemente ya se estaban moviendo por su prolongada ausencia, y si se supiera que había partido en compañía del notorio capitán Beckham, podría encontrarse en aguas muy profundas.

—Creo que debemos hacerlo, señorita —dijo—. Mi amo desearía que regresara al baile cuanto antes.

Y Mikey también quería llevarla allí. Era un bocado demasiado tentador, y acabando de escapar de las fauces del leopardo, no querría encontrarse en las garras del león.

—Señor Hastings, ¿qué le divierte tanto?

Él sacudió la cabeza.

—Le ruego me disculpe, señorita. Son solo pensamientos tontos. No hago más que reírme de mí mismo.

—¿Un criado que se ríe de sí mismo? Qué intrigante. ¿Es una broma que pueda compartir?

Ciertamente no lo era. ¿Cuánto faltaba para que llegaran a la maldita casa? Esta deliciosa joven, con su voz de miel, hizo que su cuerpo reaccionara de un modo que le hizo tambalearse.

Preguntó bruscamente:

—¿Me ha tirado esas violetas?

Ahora le tocó a ella reírse.

—¡Claro que no! ¿Por qué iba a pensar eso?

Porque, claramente, era un idiota con demasiada imaginación y una debilidad por una cara bonita.

—No podía saber por su cara lo que estaba pensando. Podría haberme confundido con alguien que conocía.

Ella le lanzó una mirada de reojo.

—No debería haberme mirado así. Fue indeciblemente grosero.

—A menudo me dicen que olvido mi lugar.

—Puedo creerlo perfectamente. Lo olvida ahora.

Se dio cuenta de que habían ralentizado su ritmo hasta desaparecer durante este enfrentamiento, lo que no serviría de nada. Necesitaba llevar a la señorita Spillwell de vuelta a la casa rápidamente, antes de que dijera -o, Dios no lo permitiera, hiciera- más de lo que debía. Porque si se aprovechaba de su situación, no sería mejor que Beckham.

—Realmente creo que debemos darnos prisa, señorita.

—Hace demasiado calor para apresurarse, señor Hastings. Cuando me vio en la ventana, estaba intentando refrescarme. Y las violetas estaban marchitas, así que las estaba tirando. No veo el motivo de volver a acalorarme por las prisas.

Se pasó un dedo por el interior de su áspero cuello. Él también sentía el calor, pero por un motivo muy distinto. Debía dejarla ya.

—Señorita Spillwell, por favor, cuide sus faldas —sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Cómo dice?

—Una rata acaba de corretear hacia sus pies. Se sienten atraídas por la muselina, ya ve, y la usan para forrar sus nidos, creo.

—¡Oh!

Él ocultó una sonrisa mientras ella aceleraba el paso, así como sus faldas. En unos instantes, habían llegado a los escalones que conducían a la entrada principal de Collins.

Una señora mayor, respetablemente vestida, se apresuró a bajar los escalones en cuanto los vio.

—¿Qué haces aquí fuera, Verety? ¡Llevas fuera una eternidad! ¿Y quién está contigo?

—Nadie. Sólo un criado. Necesitaba un poco de aire y elegí al primero que encontré como acompañante para poder pasear un poco.

Hacía tiempo que Mikey había dejado de estremecerse cada vez que alguien decía "sólo un criado". Desde luego, él era más que "sólo" cualquier cosa. Pero oír a la señorita Spillwell decirlo hizo mella en la armadura de su orgullo, sobre todo porque aplaudía su rapidez mental para explicar su presencia.

La mujer mayor apenas reconoció su existencia cuando la señorita Spillwell la cogió del brazo y emprendieron el camino de regreso al alegre resplandor de Collins House. Ninguna de las dos miró atrás. La señorita Spillwell ni siquiera se molestó en asentir con la cabeza o darle las gracias.

Bien. Con su atuendo de sirviente, Mikey Hastings era invisible para aquellos que deseaba que no lo vieran, y fácil de olvidar.

Y así era exactamente como él lo quería.

Capítulo 5

Mientras se sentaba a desayunar tarde a la mañana siguiente, la mente de Verety zumbaba con los acontecimientos de la noche anterior. Intentar actuar como si no hubiera ocurrido nada fuera de lo normal prometía ser un calvario.

—Ah, qué noche tan espléndida —proclamó su padre, levantando la vista de su periódico —. El viejo Darlington ciertamente nos hizo sentir orgullosos.

—Me alegro de que lo pasaras bien. ¿No te molestan mucho las piernas?

—Afortunadamente no. No necesité caminar mucho ni estar de pie. No te preocupes, hija, ya sabes que el doctor Taylor dijo que tenía que seguir usando mis clavijas, o se atrofiarían.

—Sin embargo, fue una larga noche. Debes estar cansado.

—Estoy bien. Mejor que tú, creo, con esas manchas azules bajo los ojos. Cualquiera pensaría que apenas has dormido.

—¡Tío Héctor! —llegó una admonición desde la puerta.

—¿Qué pasa, niña? —dijo su padre mientras Rachel entraba en la habitación. Su prima se quedaba con ellos durante la temporada—. ¿No puedo comentar el aspecto de mi propia hija?

Verety sonrió. Rachel probablemente podría adivinar por qué había pasado la noche en vela, aunque su padre no lo hiciera.

—Temía que tuvieras un toque de dispepsia, papá —dijo Verety—. Anoche comiste una cantidad desmesurada de aves.

—Resulta que tengo especial debilidad por el pavo real —respondió su padre, sin avergonzarse—. No es el tipo de cosa que uno tendría nunca en casa, así que hay que sacar lo mejor de cada ocasión en que se sirve.

—Estoy segura de que el rey hace exactamente lo mismo, y mira lo que le ha hecho a su figura —rebatió Rachel, tomando asiento y sirviéndose el té.

Su padre frunció el ceño.

—Lo que se ve en los panfletos y diarios es obra de los sátiros. Estoy seguro de que en realidad está mucho más delgado. Piensa en todo el ejercicio que hace.

Verety se esforzó por no pensar en el tipo de ejercicio que prefería el nuevo rey. La hizo sonrojarse... y tratar de imaginarse a Daniel haciendo un ejercicio similar con ella... es decir, desnudo.

—No vi mucho de Finley anoche —añadió su padre, apuñalando un riñón asado y llevándoselo a la boca.

Verety estuvo a punto de atragantarse. ¿Le estaba leyendo el pensamiento?

—Estabas demasiado enfrascado en tus cartas para darte cuenta —jadeó desde detrás de su servilleta.

Rachel se inclinó hacia delante y dijo con seriedad:

—Estuvo muy mal por su parte seguir ignorándote cuando tenía que estar bailando contigo.

Verety resistió el impulso de patear a su prima por debajo de la mesa. No necesitaba que le recordaran ese golpe en particular, muchas gracias. La gente necesitaba dejar de hablar de Daniel.

—Sentí pena por el capitán Beckham —dijo—. Parece que vino con lady Fanny, pero ella estaba más que feliz de bailar con cualquier otro caballero menor de cuarenta años.

—Oh, yo no sentiría pena por él —replicó Rachel—. Le rompieron el corazón una vez y ha estado castigando a las mujeres desde entonces, según he oído.

—A ver, Rachel, seguro que eso no son más que habladurías —amonestó Verety.

—Oh, pero es verdad —dijo su prima con firmeza—. Si no, no lo diría. Apuesto a que la chica que lo echó debe estar dándose patadas ahora, porque el capitán Beckham se distinguió en Waterloo y se convirtió en todo un héroe de guerra.

—Ah. ¿Es por eso que las mujeres lo persiguen? —preguntó Verety.

—En parte, estoy segura.

Y realmente tenía una mirada querúbica, con rizos dorados a juego. Un Cupido pecador. ¿Cómo podían resistirse las mujeres?

Verety hurgó pensativamente con su cuchara en sus gachas.

—Entonces, ¿cómo consiguió su reputación de réprobo?

—Eso vino después. Él...

—Le va muy bien en la bolsa —interrumpió su padre, mirándolas brevemente por encima de su periódico.

—Sí, tío. Sus inversiones le han hecho muy rico —convino Rachel—. He oído —añadió, inclinándose conspiradoramente—, que viaja con regularidad fuera de la ciudad, pero nadie sabe adónde va, ya que no tiene ninguna finca, sólo su casa de Oxford y su casa de Londres.

Era un poco extraño que Rachel supiera todo eso. Pero como Verety estaba interesada en averiguar todo lo que pudiera sobre Beckham -sin alertar las sospechas de su padre- sugirió a su prima:

—En cuanto hayamos desayunado, ¿damos un paseo? Me encantaría respirar un poco de aire.

Rachel terminó su té con presteza.

—Qué idea tan espléndida. Subiré corriendo a por mi retícula.

Esperando junto a la puerta principal abierta unos minutos después, Verety contempló las conchas de vieira levantadas que bordeaban el camino y se armó de valor contra los desagradables recuerdos que siempre invocaban. Ella misma las había colocado allí de niña, para

complacer a su enfermiza madre. Su madre había salido en silla de ruedas para admirarlas, pero demasiado pronto, el dolor la había devuelto de nuevo a su interior.

La muerte había sido una bendita liberación cuando finalmente llegó.

A nadie podía dejar de afectarle la pérdida de una madre a una edad tan temprana.

Daniel había sido una torre de fortaleza para Verety cuando era una niña solitaria e insegura de once años. Fue entonces cuando su afecto por él había florecido hasta convertirse en verdadero amor -un amor tan profundo, tan duradero, que apenas podía soportar su carga.

Una abeja pasó zumbando junto a ella, cargada de polen. Así era justo como se sentía ella, agobiada por un amor que sólo era correspondido en una mínima parte... como afecto amistoso.

La alegre voz de Rachel irrumpió en sus pensamientos.

—Aquí estoy. ¿Tomamos el sendero hacia Oxford? ¿O prefieres ir hacia el campo?

—Oxford, creo.

Tal y como se sentía Verety, necesitaba distracción, y la visión de la gente ocupándose de sus quehaceres cotidianos, de jinetes que salían a disfrutar del buen tiempo y de carros rebosantes que llegaban a la ciudad cargados de productos frescos para la venta, sería justo el tónico que necesitaba.

—Si nos alejamos lo suficiente —indicó Rachel—, puedo señalarte la casa de Beckham. ¿Te diste cuenta de que él y lady Fanny llegaron juntos anoche, pero se marcharon por separado? También la vi darle la espalda a Daniel cuando se acercó. Me pregunto qué hombre fue la causa de su mal humor.

¿Fanny le dio la espalda a Daniel? Cada vez mejor, pensó Verety.

Miró al cielo y observó un par de vencejos que la sobrevolaban. Debería sentirse mal por haber ayudado a Beckham a interceptar a lady Fanny en el laberinto de Collins. Pero todo había salido demasiado bien.

Rachel continuó:

—Hubo un rumor de cierta conexión entre Beckham y la hermana de lord Mikey Abernathy hace un año o así.

—¿La dama que murió en aquel espantoso incendio? —preguntó Verety, echando su mente unos meses atrás.

—Nunca se encontró su cuerpo. Debió de afectarle mucho.

—¿A quién, a Beckham o a Abernathy?

—A ambos, imagino —dijo Rachel con gravedad—. No sé nada de lord Abernathy salvo que él también ha desaparecido de la faz de la tierra. Es todo muy peculiar. Hay rumores de que puede haber sido secuestrado para pedir rescate, o de que le han hecho desaparecer…

—Estábamos hablando de Beckham —interrumpió Verety antes de que Rachel pudiera desviarse del tema.

—Que ha estado más salvaje que nunca últimamente, según he oído, cambiando a sus mujeres como otros hombres cambian sus corbatas. Sea lo que sea lo que Beckham tiene que ofrecer, hay muchas damas deseosas de participar en ello.

—Habría pensado que estaría deseoso de fijar su interés en lady Fanny, ya que es muy rica —lo que, afortunadamente, dejaría a Daniel fuera de juego.

—No estoy segura de que le importe la riqueza de una mujer. Vaya, aquí está la puerta principal del capitán Beckham —Rachel hizo una pausa y se quedó mirando a lo lejos—. ¿Me pregunto si Sampson's estará abierto ya? ¿Caminamos para comprobarlo?

Verety contempló los escalones calentados por el sol, la pintura fresca, la aldaba brillante de la puerta, y sus mejillas se calentaron cuando un plan empezó a formarse en su cabeza. Un plan tan audaz, tan perverso, que apenas podía creer que su propia mente lo hubiera conjurado.

Haría una visita al capitán Beckham. Él podría explicarle qué había en lady Fanny que atraía tanto a él como a Daniel. Luego podría enseñarle a ser una coqueta aún más consumada que lady Fanny para que Verety pudiera cegar a Daniel con sus nuevos encantos. Beckham estaba obligado a aceptar, pues eso sacaría a Daniel Finley de la carrera.

Empezó a temblar ante la audacia de su plan.

—Verety querida, estás muy sonrojada. Y tus ojos están demasiado brillantes. Creo que debemos regresar de inmediato. Hemos caminado demasiado deprisa después de los esfuerzos de anoche.

Verety se agarró al hombro de su prima y luego se balanceó alarmantemente.

—Oh, vaya. Rachel, creo que me ha vencido el calor. Creo que estoy... a punto de...

Capítulo 6

Las aceras estaban extremadamente duras y decididamente sucias.

Verety se había desplomado tan suavemente como había podido. Sin embargo, necesitó una considerable dosis de fortaleza para quedarse quieta con la alcantarilla y un montón de estiércol fresco de caballo tan cerca de su nariz.

—¡Oh! ¡Oh! —Rachel agitó sus faldas en la cabeza de Verety.

¡Por el amor de Dios! ¿Por qué la mujer no llamó a la puerta de Beckham antes de que alguien saliera de la casa equivocada y arruinara su plan?

—Necesito... traer... agua —graznó Verety—. Beckham... más cerca —entendiendo la indirecta, Rachel se apresuró a llamar a la puerta.

Al cabo de lo que le pareció poco tiempo, oyó unos pasos pesados que se apresuraban hacia ella, tras lo cual un par de manos fuertes se introdujeron bajo sus rodillas y hombros y la levantaron. El estiércol de caballo desapareció de su vista mientras era elevada en el aire y sostenida contra el pecho de un hombre.

Se sentía... extrañamente reconfortante y segura.

—Ponga sus brazos alrededor de mi cuello.

El consuelo se evaporó. ¡Qué mala suerte! No era Beckham en absoluto, sino su criado, Hastings. Ella reconocería su extraño acento en cualquier parte. ¡Maldita sea!

Las manos aflojaron un poco su agarre y se encontró acurrucada contra un pecho poderosamente musculoso cuando Hastings se volvió hacia la casa.

El hecho de que fuera un sirviente se desvaneció, y ella se volvió asombrosamente consciente de él como hombre. La mano que sostenía su espalda se enroscó y presionó contra sus costillas, peligrosamente cerca de su pecho. Contuvo la respiración, suspendida entre la conmoción y la curiosidad. ¿Era esto lo que se sentía al disfrutar del tacto de un hombre?

El breve y casto roce de los dedos de Daniel siempre la emocionaba y deleitaba. Pero esto... esto era algo totalmente distinto.

No tenía ni idea del aspecto real de aquel rufián, al no haberlo visto a la luz del día. No es que importara lo más mínimo.

Aun así, le miró a través de las pestañas bajas. Su rostro era más suave de lo que ella recordaba. Aunque los planos duros y los ángulos seguían allí, ya no eran arrojados en marcado contraste por la luz de las antorchas y las sombras. El pelo que rozaba su rígido cuello era castaño medio, al igual que sus cejas bien perfiladas, pero ella no podía saber el color de sus ojos sin que él supiera que estaba siendo examinado.

De él emanaba una agradable calidez, junto con una formidable fuerza: justo el tipo de hombre adecuado para tener cerca. Como sirviente, por supuesto. Sería bueno para su padre, podría levantarlo fácilmente de su silla de baño cuando estuviera cansado, o llevarlo al carruaje.

¿Pero un calor confortable? No, ésa no era la palabra adecuada. El calor que emanaba del cuerpo de Hastings y que se fundía con el suyo no la estaba haciendo sentir ni lo más mínimo cómoda. Se sentía... vergonzosamente estimulada.

—¡Oh, Verety! Oh, ¡esto es terrible! —La voz de Rachel interrumpió el impactante pensamiento.

—Por favor, cálmese, señorita —dijo Hastings, y Verety sintió que su voz retumbaba intrigante a través de su pecho hacia el de ella—. La señorita Spillwell sólo se ha desmayado. ¿Tiene sales? Me temo que no hay ninguna en la casa.

—No, nunca pensé en traer ninguna.

—Estamos muy cerca del mercado. ¿Voy corriendo a por algunas? —se ofreció.

—No, no, lleve a la pobre señorita Spillwell adentro y acuéstela. Iré yo misma.

Verety temblaba nerviosa mientras la llevaban a través de la puerta, sintiéndose como imaginaba que se había sentido César cuando cruzó el Rubicón.

A partir de aquí, no había vuelta atrás.

La luz del sol se cortó y los ruidos del tráfico que pasaba se atenuaron mientras la llevaban al interior de la elegante, pero muy masculina, casa. Estaba decorada con buen gusto, con maderas oscuras y jaspeadas, todo ello impregnado de olor a cera de abeja y cuero.

Hastings abrió una puerta de un codazo y la bajó suavemente sobre una chaise longue. Le quitó los zapatos y luego se ocupó de las cintas de su cofia. Ella era muy consciente del tacto de sus dedos en los pies y la barbilla.

Dedos, observó, que parecían incapaces de deshacer el lazo. Bueno, cabía esperar que un hombre de su tamaño fuera torpe. Pero... ¿seguro que no le temblaban las manos?

Haciendo una mueca de derrota, Hastings la dejó, pidiendo agua y chasqueando la lengua a otro sirviente para que fuera a buscar a su amo.

¡Menos mal! El capitán Beckham estaba en casa.

Momentos después, estaba a su lado, con la preocupación escrita en sus apuestos rasgos. El alivio se apoderó de ella. Su treta no había sido en vano.

Al menos, no todavía.

—Está bien —susurró conspiradoramente mientras Hastings se excusaba de la habitación y Beckham se arrodillaba a su lado.

—Estoy perfectamente bien. Sólo necesitaba una excusa para hablar con usted.

Pareció aturdido por un momento y luego soltó una carcajada.

—Mi querida señorita Spillwell, hay formas mucho más fáciles de ponerse en contacto con un caballero. Enviar a un criado con una nota es un método popular, o pasear por la ciudad, donde una está segura de encontrarse con cualquiera y con todo el mundo tarde o temprano. Espero que no se haya hecho daño al desplomarse.

Ella frunció los labios ante su leve regaño.

—Sólo mi orgullo y mi bonete, pero un poco de vapor y una plancha caliente lo arreglarán pronto.

—¿No quiere sentarse, ahora que ya ha pasado la necesidad del engaño?

—Mejor no. Mi prima ha ido a por sales aromáticas y podría volver en cualquier momento. No quiero parecer recuperada demasiado rápido.

Aún sonriendo, Beckham le cogió la mano.

—Muy bien. ¿Por qué deseaba verme?

Estar muy cerca de Beckham -especialmente en una postura reclinada- era una experiencia inquietante. Sin embargo, no tan inquietante como estar estrechamente abrazada a Hastings. Iba a tardar un poco en recuperarse de aquella sensación de vértigo.

—Dijo que estaba en deuda conmigo después de lo de anoche —respondió.

—En efecto, lo estoy. Gracias a usted, pillaron a Fanny con el pie cambiado y mi rival se sintió seriamente avergonzado. Ella y yo no nos fuimos juntos.

La alarma recorrió a Verety. Beckham y lady Fanny tenían que estar juntos para que Daniel estuviera disponible. Preguntó esperanzada:

—¿Va a enmendar su disputa?

—Desde luego que lo intentaré. Siempre y cuando ella no haya decidido elegir a ese frijolero de hombre antes que a mí.

Verety sonrió para sus adentros. Ahí hablaba un hombre celoso. Daniel era alto y delgado, pero no un celoso.

—Si pudiera meter una cuña entre la vacilante lady Fanny y el señor Finley, ¿le complacería? —preguntó.

—Lo haría —Beckham se sentó sobre sus ancas y la miró especulativamente—. ¿Qué tenía en mente exactamente?

Verety miró alrededor de la habitación para asegurarse de que seguían solos. La puerta que daba al pasillo estaba entreabierta, pero no se oía ningún ruido ni movimiento más allá de ella.

—Quiero que el corazón del señor Finley lata sólo para mí. Ya somos grandes amigos, pero él me ha visto crecer y simplemente no puede ver más allá.

Beckham asintió lentamente.

—Está ciego ante el hecho de que es una encantadora joven mujer con necesidades y deseos, no una niña.

—Precisamente.

—Pero... ¿cómo puedo ayudar?

—Dígame qué hace que un hombre se sienta atraído por una mujer. ¿Cómo consigue que se fije en ella en lugar de en una docena de bellezas en la misma habitación? Dígame cómo hablar, cómo actuar, cómo atraerle.

Una sonrisa perezosa curvó la boca de Beckham.

—Seducir tiene su método, ciertamente. Pero cuando se trata de lecciones de coqueteo o amor, una demostración real es infinitamente preferible. También tendría que mostrarle cómo se reciben las atenciones del caballero cuando se dan.

Había algo feroz en su mirada que la inquietó. ¿Qué quería decir con 'demostración'?

Sólo había una forma de averiguarlo.

—¿Lo hará, entonces? —preguntó ella.

—Un plan intrigante. Pero, ¿cómo lo llevaríamos a cabo? Imagino que su chaperona la vigila bien. ¿Hay alguna forma de que pueda escapar de ella?

—He tenido una idea —dijo Verety, avergonzada por un ligero temblor en su voz—. Podría fingir que vengo aquí para recibir clases de francés. De, digamos, una prima suya parisina -femenina, por supuesto- que pudiera enseñarme una vez a la semana. Traeré a mi criada como acompañante. Ella puede seguir hasta la ciudad e ir al mercado, y luego recogerme a la vuelta.

Le sonrió, la expresión de sus profundos ojos azules era inescrutable.

—Eso podría funcionar.

—¿Confío en que su personal pueda ser discreto?

La sonrisa no vaciló.

—Les pago bastante bien. Están acostumbrados a mis maneras... y al tipo de relaciones que persigo.

Un cúmulo de perversas imaginaciones revoloteó por la mente de Verety, pero las aplastó sin piedad. Era amor lo que ella quería tener, un amor profundo, abrasador, eterno, no esa otra cosa sobre la que deseaba aprender. Eso sólo era un medio para un fin.

La idea del amor profundo le trajo a la mente lo que Rachel había mencionado sobre Beckham y, antes de que Verety pudiera contenerse, asintió y dijo:

—Sí, he oído que alguien le rompió el corazón cuando era joven y que ha jurado no volver a enamorarse ni a casarse.

Su sonrisa desapareció.

—No haga caso a las habladurías —dijo—. Rara vez refleja la verdad. Digamos que he tenido más de una decepción, a pesar de mis mejores esfuerzos. Dejémoslo así.

—Por supuesto. Ahora, rápido, antes de que vuelva mi prima, ¿qué opina de mi plan?

La mirada depredadora estaba de vuelta otra vez.

—Creo que lo disfrutaré inmensamente. La vida sería de lo más aburrida sin tales aventuras amatorias. Y una vez que haya enganchado al caballero, tendré a Fanny para mí solo, —concluyó. Entonces su apuesto rostro adoptó una expresión más seria—. ¿Está segura de que el señor Finley es lo bastante bueno para usted? Odiaría verla casada con un hombre que no puede hacerla feliz.

El capitán Beckham no podía ser del todo malo. Un verdadero libertino no daría un cuarto de penique por algo así.

Ella lo supuso.

Ella le quitó importancia a su preocupación.

—Puede y lo hará —respondió—. Es generoso y amable. También es inteligente. Estoy segura de que le caería bien si llegara a conocerle.

¿Fue un bufido burlón? Verety miró con dureza a Beckham.

—Su prima volverá en cualquier momento —dijo, la viva imagen de la inocencia—. Como se supone que se ha desmayado, será mejor que le afloje la ropa y le quite el bonete.

Mientras sus dedos buscaban los botones de su vestido de paseo, un ruido peculiar procedente del umbral de la puerta hizo que ambos dieran un respingo.

—¿Quién está ahí? —ladró, poniéndose en pie de un salto. La puerta se abrió más y apareció Hastings, llevándose un gran pañuelo rojo a la cara. ¿Había salido de él el bufido?

—¿Y bien, hombre? ¿Alguien ha estado intentando estrangularte? —espetó Beckham.

—No, señor. Sentí un cosquilleo y no quise toser. No quería molestarle.

—¿Por qué estás merodeando por la puerta como un ladrón al acecho?

—Le ruego me disculpe, señor —dijo el hombre, guardándose el pañuelo en el bolsillo del chaleco—. Estaba esperando en el pasillo para retrasar a la acompañante de la señorita Spillwell si volvía... en un momento inoportuno.

—Ah, buena idea. Gracias, Hastings. Vuelva a su puesto. Ahora bien, ¿dónde estábamos, señorita Spillwell?

Volvió a desatarle la cofia y le apartó unos mechones de pelo.

—No estaría bien parecer demasiado arreglada —dijo, dando un paso atrás para admirar su obra—. Ahora, ¿su vestido se abrocha por detrás o por delante?

Se oyó otro ruido estrangulado desde la puerta. Beckham parecía tan disgustado que a Verety le costó no reírse... a pesar de la alarma que le produjo su chocante pregunta.

Gruñó a su sirviente:

—Desabróchate el cuello si te estás ahogando, hombre. No me sirves de nada si te asfixias.

—He oído a una dama que subía los escalones —dijo Hastings, con la cara roja—. ¿La entretengo?

—¿Quién es? —Preguntó Beckham.

—No lo sé, señor. Le ruego que me disculpe.

El capitán palmeó la mano de Verety.

—Será mejor que vaya y lo vea por mí mismo. No queremos que surja ninguna situación incómoda, ¿verdad? Hastings, quédese aquí. Y si oye mi señal, espante a la señorita Spillwell fuera de su vista. ¿Entiende lo que quiero decir?

El criado asintió y Verety se incorporó, perpleja, cuando la puerta se cerró tras Beckham.

—¿Qué señal? ¿Qué quiso decir?

Hastings la puso en pie y la sometió a una mirada oscura y desaprobadora. Ella sintió que sus mejillas se calentaban bajo su escrutinio.

Le dijo:

—Ya sabe que ese hombre es un libertino, uno de los peores. No debería sorprenderle que tenga artimañas para evitar que sus amigas se encuentren.

Verety la fulminó con la mirada.

—¡Estaba escuchando! —exclamó con aguda mortificación—. ¿Cómo se atreve?

Él la miró, con una ceja burlona levantada.

—Lo oí por casualidad, señorita Spillwell. ¿Le quito la pelisse?

Estupefacta, dejó que le quitara la prenda y la doblara ordenadamente en una silla junto a su bonete. Más le valía a Beckham tener cuidado. Al parecer, sus sirvientes no eran todos tan leales -o discretos- como él creía.

No estaba acostumbrada a que uno de los órdenes inferiores se le adelantara, pero cuando se volvió para enfrentarse a él, Hastings se llevó un dedo a los labios.

—Como no sabemos quién está en la puerta, será mejor que no haga sonar una campanilla. O si debe hacerlo, hágalo en voz baja. Pero le advierto, señorita Spillwell, que aquí está jugando con fuego. No se involucre con el capitán Beckham. La arruinará.

Esta cruda afirmación dejó a Verety tambaleándose. Por supuesto que ella conocía la reputación algo manchada de Beckham. Acudir a él en busca de ayuda no era una decisión que hubiera tomado a la ligera. Pero, ¿por qué debía justificarse ante un criado engreído?

—Señor Hastings… —comenzó ella.

—Si es su prima la que viene a recogerla —dijo él, ignorando su expresión indignada—, será mejor que hagamos lo que sugirió el capitán. Veo que se desabrocha por detrás. Perdóneme.

Al momento siguiente, Verety jadeaba de indignación. El hombre le dio la vuelta y estaba a punto de desabrocharle la parte trasera del vestido. Ahora no había nada torpe en sus dedos, pensó- ¡cualquiera pensaría que él era el libertino y no su amo!

Ella se apartó de un tirón.

—¡Señor Hastings!

—¿Sí, señorita?

Oh, ¡pero era insolente más allá de lo creíble! Ella giró sobre sí misma para mirarle, con las manos en las caderas y la voz temblorosa por el enfado.

—¿Qué cree que está haciendo?

Él ladeó la cabeza y la miró con una expresión de estudiada inocencia.

—Es mucho menos escandaloso que un sirviente atienda sus, ehm... necesidades, a que lo haya hecho un caballero —usó el término caballero vagamente.

Ah. En esto estaba en lo cierto. Era mejor que la atendiera un sirviente, que el propio Beckham.

Pero Hastings no se comportaba como alguien del servicio. No había nada de sumiso en él en ese momento, cuando parecía empeñado en sermonearla. Antes de que ella pudiera pensar en una réplica adecuada, él le puso las manos sobre los hombros, inclinó la cabeza y la miró

profundamente a los ojos.

Ella le devolvió la mirada.

Y de repente sintió una intensa atracción física.

Se le apretó el estómago mientras luchaba contra esa sensación. ¿Atraída por un sirviente? ¡Imposible! Parpadeó, rezando para que el torrente de calor y conciencia no se hubiera reflejado en su rostro.

—Aparte del riesgo de ruina —le dijo suavemente—, no está aumentando en modo alguno sus posibilidades de conquistar al hombre del que está encaprichada. No, no sacuda la cabeza —añadió, cuando ella intentó zafarse de su agarre—. Escúcheme bien. El flirteo es un juego sin sentido. Puede llevar a un lecho, pero es menos probable que conduzca al amor. Lo mismo puede decirse de la seducción, que es exactamente lo que el capitán Beckham planea hacer con usted. Si el hombre que ha capturado su corazón se preocupara por usted, ya lo habría demostrado a estas alturas. El amor no es algo que pueda ganarse con engaños.

Sus manos, cálidas pero pesadas, la mantuvieron prisionera. Una vez más, tuvo una visión repentina de él arrojándola sobre su poderoso hombro y huyendo con ella. Después le haría cosas indecibles en su cuerpo...

¡Por el amor de Dios! Se le secó la garganta. ¿En qué estaba pensando?

—Señor Hastings —carraspeó—, su consejo no es ni sensato ni bienvenido. Usted no conoce a Daniel, y desde luego no me conoce a mí, e incluso si tuviera derecho a hablarme así -que no lo tiene- no hay razón para que le haga caso.

La acercó más, hasta que ella tuvo que torcer el cuello para verle la cara.

—Beckham no es mejor tutor en los caminos del amor que cualquier otro hombre —le gruñó—. Podría aprender de mí. Pero yo valoro el honor de una dama. Él no. De hecho, si insiste en seguir adelante con este ridículo plan, ¿por qué no aprender de una mujer? ¿No sería mejor dejar que la propia lady Fanny le enseñara cómo atraer la atención de un hombre? Es condenadamente buena en ello, por lo que he visto.

La mirada de Verety se deslizó hasta la boca de Hastings. Una boca firme y masculina. Muy decidida, como su dueño. Una boca que podía imaginarse apretada contra la suya, besándola con toda la fuerza y la pasión del alma rebelde de este hombre.

Aturdida y sin aliento, sacudió la cabeza, se zafó de su agarre y cogió el bonete y la pelisse de la silla.

Sus dedos temblaron mientras se colocaba de nuevo el bonete en la cabeza. ¿Podría aprender tanto de él? Jamás. No importaba si era un lacayo o el emperador de China, ella nunca podría permitirle semejante libertad.

Era demasiado fuerte, demasiado carismático. Demasiado... tentador. Un hombre como él la consumiría como un infierno abrasador, hasta que no quedara más que un lamentable montón de ceniza.

Beckham podía ser un libertino, pero al menos una mujer sabía a qué atenerse con él. Con Hastings, no tenía ni idea.

El sonido de voces alzadas en el pasillo exterior la inundó de alivio. Beckham y Rachel.

El rescate.

Le temblaban demasiado las manos como para subirse las cintas de la cofia, y sólo estaba medio metida dentro de la pelisse cuando irrumpió por la puerta, exclamando:

—¡Ah, Rachel, siento tanto haberte asustado! Ya estoy recuperada, gracias. ¡No necesito las sales! Sólo necesito llegar a casa y descansar, y entonces volveré a estar perfectamente bien.

—Mi querida señorita Spillwell —dijo Beckham, mirándola con cierta alarma—, definitivamente no está recuperada. Por favor, ¿puedo ofrecerle algún refrigerio antes de que se vaya? Hay jamón frío y algunos barquillos. Seguro que también tenemos queso y unas excelentes salchichas alemanas.

El estómago de Verety se contrajo al pensar en tanta carne, y volvió a contraerse al pensar en cómo había reaccionado ante aquel Hastings irrespetuosamente atrevido. ¿Cómo iba a encontrar ahora el valor para llevar a cabo su plan si eso significaba que tenía que volver a verle?

Capítulo 7

Verety tardó casi una semana en olvidar las indignidades que el insolente sirviente de Beckham amontonó sobre ella, por no hablar de racionalizar el efecto que tuvo sobre su cuerpo, disparando su imaginación de un modo que sólo podía describir como lascivo.

Al final, se dijo a sí misma que simplemente había estado nerviosa debido a la naturaleza atrevida de su plan. Así que decidió hacer otro intento para llevarlo a cabo. Le escribió una nota a Beckham, sobornó al chico de la carnicería para que la entregara discretamente y, para cuando llegó de nuevo el día de mercado, Verety se había embarcado una vez más en una acción que era altamente impropia y que tenía el potencial de arruinar su reputación para siempre.

Pero estar unida a Daniel merecía sin duda el riesgo.

Era generoso, considerado y tranquilo, y muy guapo. Rara vez se cruzaban una palabra, lo que constituiría un matrimonio espléndido. Muchas parejas que ella conocía parecían pelearse todo el tiempo. Se cansaban el uno del otro, tomaban amantes y se avergonzaban mutuamente en público. Sólo había que ver la parodia de matrimonio que existía entre el nuevo rey, que pronto sería coronado Jorge IV, y la princesa Carolina.

Afortunadamente, Verety no se vería obligada a casarse por razones dinásticas. Tampoco necesitaba casarse por dinero, debido a una suculenta indemnización que le correspondía cuando alcanzara la mayoría de edad. Su padre no era la clase de hombre que impusiera esas cosas. De hecho, estaría encantado de verla casada con su íntimo amigo de la familia.

Pero ni a su padre ni a Daniel les impresionaría en absoluto su perversa empresa actual. Simplemente tendría que tener mucho, mucho cuidado de no ser descubierta.

La suerte quiso que el día en que iba a poner en marcha su plan, un chubasco casi lo estropea todo.

Su padre decidió que su criada, no debía ir al mercado hasta que el tiempo se hubiera secado un poco y que Rachel debía acompañar a Verety con un par de paraguas para llevarla a su clase de francés. Rachel podría esperar en la cocina del capitán Beckham con un libro hasta que terminara la clase, si no había disponible ninguna habitación más adecuada para una dama.

Fue una dura prueba para los crispados nervios de Verety. Si odiaba engañar a su familia, aún odiaba más la idea de que se descubriera su verdadera empresa.

De pie junto a la ventana de su padre, en una agonía de indecisión, finalmente dijo:

—Estoy segura de que a Madame Dupont no le importará que me retrase un poco. Odiaría hacerte venir innecesariamente, Rachel, y no puedo responder de las comodidades de la cocina del capitán, ni de ninguna de las otras habitaciones de su casa. Por la cantidad de carne que nos ofrecieron el otro día, probablemente la cocina esté hasta las rodillas de cadáveres de animales y

no sea un lugar adecuado para ninguna dama. Esperemos un cuarto de hora antes de decidir qué hacer. Puede que amaine la lluvia.

No podía soportar la idea de que su plan se retrasara, ahora que estaba en marcha. Había estado imaginando la expresión de la cara de Daniel cuando por fin la viera, la viera de verdad, y todo lo que ella tenía que ofrecerle...

Él la agarraría del brazo y la conduciría a una casa de verano rodeada de rosas. Allí se arrodillaría ante ella, besaría su mano y la apretaría contra su mejilla entre declaraciones de adoración eterna. Luego se castigaría a sí mismo como un tonto por haber desperdiciado tanto tiempo que podrían haber pasado juntos si no hubiera estado tan ciego.

La vívida visión flotó frente a ella. Él le propondría matrimonio. Sonrojándose encantadoramente, ella aceptaría, y entonces él se pondría en pie, la aplastaría contra su pecho y presionaría sus labios calientes sobre los suyos.

—Verety, ten cuidado, por favor. Arruinarás el aspecto de la cortina si sigues agarrándote a ella de ese modo. La pobre criada tendrá que quitarla y plancharla.

Las mejillas de Verety se encendieron.

—Oh no, Rachel, sólo intentaba quitar una marca de hollín —alisó la cortina y se dirigió a la silla, donde podía observar tanto el reloj como las nubes que se escurrían.

La deliciosa fantasía se apoderó de su mente pero... se estancó. ¿Qué pasaría después de aquel abrazo acalorado, después de aquel primer beso apasionado? Conocía a los animales, pero seguramente los humanos no se enzarzaban de la misma forma bestial. Había intentado imaginar lo que ella y Daniel podrían compartir cuando estuvieran casados... pero había lagunas exasperantes en el panorama, cosas de las que no tenía conocimiento.

Cosas demasiado deliciosamente perversas incluso para contemplarlas.

Oh, ¡pero tiene que dejar de llover! Si no podía empezar sus lecciones ilícitas ahora mismo, ¡estallaría! ¿Dónde encontraría de nuevo el valor para arriesgarlo todo? ¿Estaría Beckham siquiera interesado la próxima semana? Habían acordado una prueba hoy pero no habían planeado más allá de eso.

¿Y si el molesto e intrigante señor Hastings abría la puerta? Había sido tan insolente, tan grosero con ella, y sin embargo su discusión la había excitado de algún modo.

No, excitado no. Desviado. La había tentado con sus fuertes manos y su poderoso cuerpo, la había confundido y horrorizado con su falta de galantería y delicadeza. No tenía ni idea de qué pensar de él, ni de qué hacer con él.

¿Y si Hastings difundía chismes sobre ella?

¿Estaba loca? Llamar a casa del capitán Beckham a plena luz del día era muy público, por lo que era demasiado fácil que se descubriera su endeble subterfugio. Tal vez, en lugar de eso, debería escabullirse por la noche y ser llevada en un carruaje cubierto a un lugar apartado donde Beckham pudiera enseñarle todo lo que necesitaba saber sobre el arte de la seducción.

Se estremeció. ¿Un lugar apartado? ¿Con un libertino de renombre?

No, eso sería una completa locura. Conllevaba demasiados peligros... de todo tipo. De día o de noche, todo esto no era una buena idea.

—Digo, Verety, que ha dejado de llover —le informó su padre, doblando su periódico—. Ya puedes ir a tu clase de francés sin problemas.

—Estupendo.

Justo cuando casi se había decidido a no ir. ¡Maldición!

Un rayo de sol se deslizó por los adoquines del exterior, convirtiéndolos en un cegador río de plata. Parpadeó, tambaleándose por la indecisión.

—Si mi experiencia me sirve de algo —advirtió su padre—, será mejor que no hagas esperar a Madame Dupont. Pueden ser muy emotivos, estos extranjeros, y no querrás darle ninguna excusa para que te envíe una carta dura y una factura por una lección que no has recibido.

¡Atrapada! Como Eurídice en el Inframundo.

Debía ir a la casa del capitán Beckham. Sólo esperaba que no le fuera tan mal como a la pobre Eurídice.

Capítulo 8

Media hora más tarde, Verety estaba sentada de nuevo en la chaise longue del capitán Beckham, en su oscura y masculina sala de retiro, esforzándose por no distraerse con las salaces estampas de una joven Emma Hamilton, que al parecer no llevaba más que un endeble chal. Se sentía toda dedos y pulgares mientras intentaba beberse el vaso de clarete que le habían dado.

—Así pues, nuestra primera lección —declaró Beckham—. Cómo llevar a un hombre a la distracción.

Ella tragó saliva nerviosamente y asumió lo que esperaba fuera el porte de una diligente estudiante de Aristóteles.

—No le tocaré, pero quiero que me haga desear hacerlo. Debe probar mi determinación al máximo —le ordenó Beckham—. Por favor, levántese.

Su corazón se agitó hasta latir con fuerza en su garganta mientras engullía un profundo trago de vino y colocaba la copa torpemente sobre una mesa cercana. Esto podría, si no tenía cuidado, convertirse en un completo desastre. No había nadie que salvara su reputación, nadie que la rescatara si Beckham se volvía... demasiado amoroso. Estaba entrando en arenas movedizas, y el riesgo que corría la preocupó de repente.

—¿Hacer que quiera tocarme? ¿Cómo puedo hacerlo?

Él la miró críticamente.

—Empiece por parecer seductora.

Su mente se quedó en blanco.

Cuando él se limitó a seguir mirándola expectante, ella respiró hondo, ladeó la cabeza y batió las pestañas como una actriz que había visto una vez interpretando a lady Teazle de Sheridan.

Se encogió de hombros.

—No, eso no servirá en absoluto. Parece como si tuviera una ceniza en el ojo. No hace falta que ponga esas caras. Sólo míreme por debajo de las pestañas, luego mire hacia otro lado, como si no tuviera ningún interés en mí.

Ella educó su expresión a una de estudiado desinterés y volvió a intentarlo, esta vez sin bateo.

Él la miró críticamente y luego asintió.

—Así está mejor. Además le habrán enseñado a desplegar su abanico. Muestre sólo sus ojos por encima de él. Míreme como si me deseara, pero fuera demasiado tímida para hacer algo

al respecto.

El hombre era guapo como Apolo, pero ella tendría que fingir el deseo. Curiosamente, si hubiera sido el señor Hastings quien estuviera frente a ella, habría sido mucho más fácil. Incluso después del paso de una semana, aún podía recordar la sensación de sus manos sobre ella, y la forma en que su mera presencia cargaba la atmósfera a su alrededor como un rayo.

Tal vez si se imaginaba que era Hastings y no Beckham...

—Eso es exactamente. Muy bien. Ahora, voy a apartarme e inspeccionar un cuadro de la pared. Míreme como si yo fuera un plato de pasteles de miel y usted un mendigo hambriento. Examíneme de cerca sin moverse y vea si puede hacer que me dé cuenta de usted.

Beckham no. El hercúleo Hastings, con sus músculos abultados y su presencia imponente...

Espera, ¿qué demonios le pasaba? Debería estar imaginándose a Daniel, no a un criado, por muy moreno que fuera.

Uf. Aquello le sentó mucho mejor. Pensar en Daniel le resultaba familiar y seguro.

—Aguante la respiración —dijo Beckham—. Necesito sentir su mirada sobre mí. —Miró fijamente el perfil de Beckham y trató de imaginar que era Daniel. Pero, seguramente, no era posible hacer que un hombre se diera la vuelta sólo mirándole.

Evidentemente, lo era. Beckham se volvió hacia ella con una sonrisa y le dijo:

—Excelente.

Ella dejó escapar un suspiro de alivio... hasta que él dijo:

—Ahora, baje el abanico y pásese ligeramente la lengua por los labios.

Ella vaciló. Había visto a lady Fanny hacer eso mismo en la mesa de refrigerios del duque de Darlington, pero pensaba que su rival sólo recogía una miga de pastel o una gota de vino perdidas. La percepción de lo que la mujer había estado haciendo en realidad dejó perpleja a Verety. Bueno, si lady Fanny podía hacerlo, ella también.

—Hmm, no está mal —comentó Beckham—. Pero tiene que parecer menos como si se estuviera comiendo un hielo.

Lo intentó de nuevo.

—Mejor. Ahora voy a mirarla a los ojos y demostrarla que agradezco su mirada. Y que la deseo. A ver si puede devolverme la mirada sin ruborizarse.

Beckham procedió a escrutar tanto su rostro como su figura, de arriba abajo y viceversa, y su expresión transmitía que no había duda de que le gustaba lo que veía.

Santo Dios.

¡Esto era tan embarazoso! Sintió un impulso irrefrenable de volver a sentarse y cruzar los brazos sobre su pecho.

Nerviosa, sacudió su abanico de un lado a otro para refrescar sus mejillas ardientes. Se rio entre dientes.

—¿Ve lo que se puede hacer con una simple mirada? Hágalo bien, y le prometo que el señor Finley vendrá corriendo.

Ella sacudió la cabeza con dificultad.

—¡Pero no podría codearme con un caballero así! Seguramente lo desanimaría.

—Créame, la mayoría de los hombres disfrutan con este coqueteo. Pero tenga cuidado con ser demasiado obvia. Una mujer siempre debe conservar cierto aire de misterio, mantener a un caballero adivinando. Enrollarlo lentamente... y luego volver a soltar el sedal.

Ella frunció el ceño, completamente desconcertada.

—Eso no es lo que pone en mis libros de etiqueta.

Él sonrió y le tocó ligeramente la barbilla con el dedo.

—Aprenda sus lecciones de la vida, querida, no de los libros. Sólo la experiencia real aporta el verdadero conocimiento.

Ella lo pensó un momento. Tenía mucho sentido.

—Imaginemos que la cuestión de la atracción mutua está en el aire —continuó—. ¿Cómo actuará al respecto?

—No estoy segura de saber a qué se refiere...

—Usted ha flirteado y él le ha lanzado una mirada que dice que tiene su atención. ¿Y ahora qué?

Ella lo consideró por un momento.

—Bueno, no hay mucho que pueda hacer a menos que estemos solos, lo que es poco probable que ocurra.

Él enarcó una ceja mirándola.

—¿Como ahora, por ejemplo? Puede que haya que ser un poco taimado para aprovechar ese momento de intimidad, pero es posible. Sin embargo, también se puede hacer mucho en público, con sutileza. Bailar, por ejemplo. Un hombre puede hacer varias cosas mientras baila para señalar su interés.

Ella se quedó atónita.

—¿Delante de todo el mundo? Pero eso es escandaloso.

—Puede tomar así la mano de una dama.

Verety nunca había visto a un caballero presionar sus dedos entre los de ella de un modo tan sugerente. Tampoco nadie le había frotado suavemente el pulgar por el dorso de la mano, ni le había acariciado ese punto especialmente sensible de la muñeca. Intentó imaginarse a Daniel haciéndolo, y no pudo.

Una visión del señor Hastings retumbó sin previo aviso en su mente. No, definitivamente él no estaba para tanta sutileza. Y no conocería nada más refinado que esos bailes campestres en los que las mujeres se lanzaban al aire o se balanceaban vigorosamente con las faldas volando y enseñando los tobillos.

Beckham la miraba interrogante, así que ella desterró rápidamente todo pensamiento sobre Hastings.

—Pero, ¿cómo voy a responder? —preguntó—. ¿Y cómo puedo hacer que Daniel quiera

hacer esas cosas cuando nunca antes lo ha hecho?

El capitán siguió acariciándole la muñeca.

—Si la atracción magnética no está ahí para empezar, es difícil cultivarla. Pero no veo ninguna razón para que el señor Finley no se sienta atraído por usted. Sólo necesita un poco de estímulo para verla como una mujer, en lugar de como una amiga de la infancia. Debe esforzarse por parecer menos inocente, más conocedora. Eso le intrigará.

Ella asintió, intentando en vano apartar su mano de la de él.

—Haga que sienta celos de otro hombre. ¿Yo mismo, tal vez? Eso debería captar su atención y su interés.

Beckham se acercó y su mano libre rozó la curva de su cintura. Con un suave jadeo, ella se apartó.

Una cosa era experimentar la mano de un hombre sobre su cuerpo durante la embriagadora excitación de un baile, y otra muy distinta cuando estaba a solas con un caballero en su salón.

—No sea tímida, señorita Spillwell. Debe acostumbrarse al tacto de un hombre. Si todo lo que hace es retirarse... ¡Maldita sea, hombre, di órdenes de que no me molestaran!

Oh, gracias a Dios.

Dio varios pasos más hacia atrás cuando Beckham la soltó, luego miró horrorizada al hombre que acababa de irrumpir sobre ellos.

Hastings, naturalmente.

No había llamado a la puerta ni esperado el asentimiento de su amo antes de dirigirse a grandes zancadas al centro de la habitación, interponiendo su robusto armazón entre ella y su... maestro.

—Lo siento, señor. No sabía que estaba ocupado. He venido a... comprobar los hierros del fuego. Me dijeron que uno de ellos fue... dañado por la criada esta mañana mientras limpiaba.

—Un pretexto lamentable, Hastings —espetó Beckham—. Tengo ganas de mandarte a paseo. Cuando pido que no se me moleste, quiero decir que no se me moleste, salvo en la más grave de las emergencias. No por un maldito atizador doblado.

—Mis disculpas, señor. Realmente no sabía que estaba aquí. Le ruego que me disculpe, señorita —añadió, volviéndose hacia Verety con una torpe reverencia.

—Idiota.

Verety hizo una mueca de dolor cuando Beckham escupió la palabra.

—Salga de mi vista antes de que ponga fin a su empleo con efecto inmediato.

—Seguro que no hay daño —dijo Verety en defensa de Hastings. Soltó una risa forzada—. No es como si hubiera interrumpido algo —ahogó otra carcajada, intentó llamar la atención de Hastings y añadió en voz alta: —No hacíamos nada.

Él no le hizo caso. Entrecerró los ojos hacia Beckham y pareció crecer en altura, hasta encumbrarse por encima de él. Cuando juntó las manos a la espalda, cada tendón estaba rígido, ella vio que los nudillos estaban blancos. Hubo un momento, sólo una fracción de momento, en que pareció aterradoramente posible que golpeara a su amo.

Ella no daba mucho por las posibilidades de Beckham.

Haciendo acopio de todo su valor, se interpuso entre los dos hombres, separándolos a la fuerza, y luego giró hacia la puerta, diciendo alegremente:

—Oh, Dios, es más tarde de lo que pensaba. Mi criada volverá en cualquier momento a recogerme. Hastings, le estaría muy agradecida si pudiera traerme el bonete y la pelisse. Esperaré en el vestíbulo hasta que ella llegue.

Tenso, el hombre giró sobre sus talones e inclinó la cabeza hacia ella, respiró hondo y se disculpó de nuevo con Beckham por el malentendido, y luego salió de la habitación como un guardia furioso.

Beckham frunció el ceño tras él.

—Ese hombre es exasperante, mucho más difícil de manejar que los otros criados. Siempre está en sitios donde no debería y me interrumpe cuando tengo compañía. Nunca he conocido a nadie con tan poco sentido de la oportunidad.

—Quizá no sea demasiado listo —sugirió Verety, aunque estaba segura de que no era el caso. Estaba bastante segura de que Hastings había irrumpido para rescatarla de una situación que temía que ella no pudiera manejar. Aunque se equivocara, ella debía sentirse agradecida, así que añadió: —Estoy segura de que tiene buenas intenciones. ¿Lleva mucho tiempo con usted?

—Poco más de un mes. Me rescató de un pequeño accidente de carruaje, por eso le contraté, supongo. Vino muy bien recomendado. Recibí una nota del mismísimo duque de Darlington. No podría cantar sus alabanzas lo suficiente.

Hastings, ¿un héroe? Verety se sobresaltó con una imagen mental de él, desnudo hasta la cintura, ejercitando sus hercúleos músculos sacando un carruaje de una zanja.

Señor, ¡tenía calor!

Esperando que Beckham no se creyera responsable del subido color de sus mejillas, dijo:

—Se calmará con el tiempo. Bueno, milord, será mejor que me vaya. No quiero que mi criada espíe por la ventana y me pille a solas con usted. No parece en absoluto una emigrante francesa. Mi padre se indignaría si descubriera mi engaño, y el pobre ya ha tenido bastante con lo que lidiar desde su lesión al montar a caballo.

—Entonces váyase, dulce dama. Pero no sin mi bendición —que resultó ser un beso.

Directamente en sus labios.

Duró apenas un instante, pero la conmoción de sentir su boca en la de ella perduró mucho después de que él se hubiera alejado.

¡Ese hombre tenía agallas! No le había dado ninguna advertencia. Y no había ninguna razón por la que un beso suyo la ayudara a volverse más atractiva para Daniel. ¿O tenía Beckham otro propósito en mente?

Todavía aturdida por su atrevimiento, escapó rápidamente hacia el pasillo y se topó directamente con algo alto, cálido y deprimentemente familiar.

Las manos de Hastings se cerraron en torno a sus brazos y, antes de que pudiera respirar, fue arrastrada a un pequeño y sucio armario lleno de botas, abrigos y un penetrante olor a humo de pipa.

Su pulso se aceleró cuando la puerta se cerró tras ella con un ominoso clic.

Capítulo 9

El corazón de Mikey palpitó como un martillo de vapor, arrepintiéndose al instante de la audacia de su impulsiva acción. Un riesgo demencial.

Incluso mientras soltaba su agarre de los brazos de la señorita Spillwell, temió que aquello pudiera costarle todo aquello por lo que tanto había trabajado.

Con manos inseguras, encendió una cerilla de azufre y prendió un farol de cuerno, que llenó el pequeño espacio de luz amarilla. Se volvió para mirar a su cautiva, que lo miraba como un pez ultrajado, con sus bonitos labios color melocotón tensos por la furia.

Dios, era encantadora, incluso en su ira.

Especialmente en su ira.

No es que él tuviera por qué darse cuenta.

—Señorita Spillwell —siseó, cogiéndola por los hombros—. En nombre de Dios, ¿qué cree que está haciendo? Le advertí que no confiara en Beckham. ¿Acaso mis palabras no significaron nada para usted?

Los huesos de sus hombros eran tan finos, tan delicados. Le costó un enorme esfuerzo no explorar sus fascinantes hendiduras y elevaciones, no trazar con sus dedos a lo largo de su clavícula hasta la esbelta columna de su cuello.

Pero eso no le haría mejor que su enemigo.

Tras unas cuantas respiraciones agitadas, ella pareció recobrarse y siseó:

—No es asunto suyo, señor. Suélteme ahora mismo o gritaré y pondré a toda la casa sobre sus oídos.

Sus ojos se clavaron en los de él, intentando mirarle fijamente, pero él era un hombre que no se movía fácilmente de su propósito. Dijo con firmeza:

—Señorita Spillwell, sé quién es usted y lo sé todo sobre su familia. Ni una palabra de escándalo ha tocado a los Spillwell a lo largo de los siglos, ni una mancha en el escudo. Sin embargo, aquí está, a punto de arriesgarlo todo, sin tener en cuenta mi advertencia.

—No sé por qué debería escuchar la opinión de un sirviente —ella espetó, con la barbilla alzándose un poco.

Él rechinó los dientes.

—Porque, a pesar de las apariencias, conozco la Sociedad. ¿Por qué debería usted, que tiene todos los privilegios, todas las ventajas en apariencia, en carácter y en perspectivas, perder el tiempo con un notorio libertino? Piense en la vergüenza que sus acciones acarrearán a su

familia. Olvide a Beckham y no vuelva por aquí nunca más —le dio una pequeña sacudida para plantar sus palabras con más firmeza.

Ella se retorció en su agarre.

—¡Suélteme! Esto es imperdonable. Haré que el capitán Beckham le despida de inmediato.

—No lo hará —le gruñó él—. O la llevaré directamente a su casa e informaré a su padre exactamente de lo que ha estado haciendo hoy.

Sus hombros se hundieron y su mirada bajó de su cara a su pecho. ¿Podía ella oír el retumbar de su corazón? Para él, era casi ensordecedor.

Por un momento pensó que había atravesado su armadura, pero ella se inclinó más hacia él y le preguntó acusadoramente:

—¿Cómo sabe lo que he estado haciendo? ¿Ha estado escuchando tras las puertas otra vez, señor Hastings? Eso es censurable, incluso para un sirviente.

En este pequeño espacio, era imposible ignorar la dulce fragancia a rosas de su perfume y el atractivo de su cálida feminidad. Pero tenía que intentarlo. Era por su propio bien.

—¿Critica mi comportamiento? —le preguntó bruscamente—. Cuando se ha comportado como la más ligera de faldas, ¿se atreve a echarme la bronca?

La creciente furia en su rostro le advirtió que quizá había ido demasiado lejos.

Maldita sea, nunca había sido bueno con las palabras.

—Señor Hastings —le espetó ella—. No tiene derecho a inmiscuirse en los asuntos de sus superiores. Mi padre se horrorizaría si se le acercara un simple criado con semejantes chismes. Le azotaría en el acto.

La columna de Mikey se puso rígida.

—¿Azotarme? ¿A mí?

—Sí, y estoy tan enfadada que podría hacerlo yo misma. Ahora, suélteme antes de que decida cumplir mi amenaza.

Ella se zafó de su agarre y le miró como si fuera algo que acabara de salir de debajo de una piedra. ¡Desagradecida! ¿No tenía ni idea de su propia estupidez? Estaba claro que no.

Aunque ahora estaba libre de él, no hizo ningún esfuerzo por escapar. Un pensamiento asombroso le asaltó. ¿Estaba ella, tal vez, disfrutando de su batalla? Porque para su sorpresa, bajo su suprema exasperación, descubrió que le gustaba bastante cruzar espadas con esta mujer vivaz e intrigante. La indignación, sin embargo, era real.

Se obligó a calmarse. Su advertencia nunca sería atendida si ambos estaban enfadados. Y discutir sin poder alzar la voz era frustrante más allá de lo soportable.

Retrocedió todo lo que pudo en el espacio cerrado y moduló la voz.

—Sólo tengo en mente sus mejores intereses, señorita Spillwell. Si supiera lo que sospecho del capitán Beckham…

Ella le cortó con un gesto de la mano.

—He oído los rumores. Lo que la gente haya dicho, no me afecta.

Su ira volvió con fuerza.

—Debería. Perdone mi vehemencia, pero realmente debería. Y dudo sinceramente que una joven de gentil crianza como usted haya oído el peor de los rumores.

Le miró con frialdad.

—Me sorprende que siga al servicio del capitán Beckham si piensa tan mal de él.

Él la miró fijamente, intentando leerla. ¿Estaba consiguiendo algo? Si tan sólo pudiera mantener su temperamento bajo control... y su floreciente y muy inapropiada lujuria.

Dijo, tan uniformemente como pudo:

—Los buenos trabajos son difíciles de encontrar, y éste me va bien. Sin embargo, le repito que éste no es lugar para una joven de su evidente calidad.

Cuando su mirada se calmó un poco, se reprendió interiormente. No había sido su intención halagarla.

—¿Qué sabe un sirviente de esos asuntos? —preguntó ella con un resoplido.

—Mi querida señorita Spillwell —dijo él, esforzándose por tener paciencia—. Nada agradable puede salir de su asociación con Beckham. Tiene un historial de arruinar a mujeres jóvenes como usted y simplemente no se puede confiar en él. Que venga a su casa, con carabina o sin ella, es altamente impropio. ¿Acaso su reputación no significa nada para usted?

Sus hombros se encogieron y una mirada ilegible brilló en sus ojos.

—Comprendo su preocupación, señor Hastings, y se lo agradezco. Pero no puede impedir que vuelva. Mi propósito aquí aún no se ha cumplido.

Entrecerró los ojos con frustración y recelo.

—Me aterra pensar cuál puede ser ese propósito —dijo sombríamente.

Ella le sacudió un dedo.

—Eso sólo me concierne a mí. Cuanto antes lo acepte, señor, mejor. No puede ir por ahí abordando a los visitantes de milord, por muy nobles que crea que son sus razones. Una palabra mía y será degradado a mozo de botas.

¿El chico de las botas? Apenas pudo contenerse de agarrarla y darle una lección.

Una lección que ella tan ricamente se merecía. Y una que Mikey estaba deseando administrarle: mostrarle lo que les ocurría a las jóvenes inocentes que se encontraban a solas con hombres sin escrúpulos ni moral. Hombres que las deseaban. Que ansiaban el sabor de sus labios suaves y el tacto de su piel sedosa. Que no deseaban otra cosa que tomar lo que tan ingenuamente les ofrecían y deleitarse con la emoción de la conquista. Hombres como el capitán Terence Beckham.

Pero no Mikey.

Mikey no carecía de honor, a pesar de su baja condición actual.

Si ella supiera con quién estaba tratando en realidad.

Si se lo dijera, ¿sería más probable que hiciera caso a su advertencia? No, no merecía la pena arriesgarse.

Unos golpes repentinos en la puerta principal la hicieron retroceder bruscamente. Apartó la mirada de... ¿sus labios? y le miró alarmada.

—Será mi criada —dijo en un susurro jadeante—. ¡No pueden verme salir de un armario con usted!

Se sacudió la poderosa e imprevista excitación que sus caprichosos pensamientos habían provocado.

—Muévase rápido. Nadie se dará cuenta.

Ella hizo ademán de irse, pero él volvió a agarrarla por el codo.

—Prométame que no dirá nada de esto.

Sus ojos se abrieron de par en par al ver cómo la agarraba.

—¿Es una amenaza?

—Hay mucho en juego.

—¿Para mí? ¿O para usted? —le espetó.

Por un momento, él se distrajo por la forma en que la ira chispeaba en sus ojos oscuros, dándoles vida. Su promesa de pasión le provocó y le excitó aún más.

Con gran esfuerzo, se obligó a aflojar el agarre.

—Parece que estamos el uno en poder del otro. Si revelo su secreto, usted expondrá el mío, y viceversa. Un callejón sin salida, señorita Spillwell. Estoy seguro de que es lo bastante inteligente para apreciarlo.

Sus labios torneados se adelgazaron.

—Oh, bien hecho. Se las arregla para hacer que un cumplido suene como un insulto. ¡Déjeme salir de aquí, odioso zoquete! Le prometo que no diré nada si no lo hace usted. Por el momento.

Listo. Tenía lo que quería. Entonces, ¿por qué ese reguero de arrepentimiento cuando abrió la puerta del armario y la vio salir corriendo al pasillo?

Estaba equivocada pero tenía un espíritu fuerte. Él tenía que admirar eso. Y ella había estado dispuesta a plantarle cara... aunque era una cabeza más baja, con una fracción de su fuerza.

Apagó la lámpara y salió del armario, simulando desempolvar un viejo delantal, justo cuando se abría la puerta principal a la criada de la señorita Spillwell. La señorita Spillwell se puso apresuradamente la pelisse y el bonete, deseosa de emprender una huida apresurada. Si tenía alguna idea de que él estaba allí de pie observándola, no dio ninguna señal de ello.

¿Volvería, incluso después de su advertencia? ¿No se daba cuenta de la amenaza que suponía para su reputación la visita a Beckham?

Peor aún, ¿tenía ella alguna idea -y él esperaba sinceramente que no la tuviera- de lo cerca que había estado de besarla en aquel armario?

Capítulo 10

Mikey revolvió los platos en el fregadero revestido de plomo y los fregó con irritación.

Beckham había tenido razón. Mikey era un idiota. Las aventuras amatorias de jóvenes tontas como la señorita Verety Spillwell no eran nada comparadas con su búsqueda. Nunca debió arriesgarse a revelar su verdadera identidad interfiriendo.

Si hubiera salido furioso y se hubiera ido a ver a su padre, sin duda habría levantado sospechas. No es en absoluto el tipo de cosa que haría un auténtico sirviente. Y con las sospechas levantadas vendrían preguntas, y descripciones de ese sirviente. Se estimularían los recuerdos y se le descubriría.

Atrás quedaría su mejor oportunidad de volver a encontrar a su hermana Meredith.

Y debía encontrarla, fuera cual fuera su destino.

Apoyó un plato de peltre en el escurridor de madera y contempló el brillante día de primavera. Era la segunda semana de mayo y hasta ahora había sido bastante prometedor, con sólo un poco de lluvia ligera, suficiente para nutrir las plantas. Sin embargo, hacía muchísimo calor aquí en el sur. El perejil de vaca, las margaritas ojo de buey y la veza estaban fuera en profusión en los setos de las afueras de la ciudad. En el Norte, allá en casa, la primavera apenas estaría en camino, y el viento que soplaba a través de los muros de piedra y emplumaba los lomos de las ovejas aún sería gélido. ¡Cómo lo echaba de menos!

Supuso que con el tiempo se acostumbraría al Sur. Pero él prefería el paisaje salvaje de Yorkshire, con sus románticas abadías en ruinas y sus cielos oscuros y lluviosos, y los gritos solitarios de los buitres sobre los afloramientos escarpados.

Acercó a la luz un vaso de tallo retorcido y lo pulió con un grueso paño de algodón. Era innegable que Beckham tenía buen gusto, pero eso era lo único bueno que a Mikey se le ocurría decir de él. El número de mujeres diferentes a las que entretenía -incluidas lady Fanny y la chica Spillwell -era bastante chocante. Al menos la señorita Spillwell aún no había estado en la cama de Beckham, mientras que él sabía con certeza que lady Fanny sí. Pero con un hombre como su amo, era sólo cuestión de tiempo.

Lo cual sería una lástima, pues la señorita Spillwell era una muchacha encantadora con un saludable color rosado en las mejillas. Su pelo color bronce brillaba tanto a la luz del sol como a la de las velas, y tenía los labios más deliciosamente color melocotón. ¡Qué exasperante que todos estos atributos tan atractivos ocultaran un carácter tan testarudo y decidido, y muy descarriado!

Pero la señorita Spillwell no era el problema de Mikey. No había necesidad de preguntarse si volvería y cuándo, cómo reaccionaría ante él o qué le diría.

Era a Meredith a quien quería salvar, a quien necesitaba salvar. No a Verety Spillwell.

Apoyó las manos en el borde del fregadero, los nudillos blanqueándose al rememorar la tragedia de hacía seis meses. Parecía que había sido ayer -todavía podía ver, con vívida claridad, la sombría imagen de la casa de su tía tras el incendio: una ruina ennegrecida y humeante, con los criados de pie, llorosos y pálidos por la conmoción. La máquina contra incendios permanecía a un lado, los hombres bombeando sus mangos de madera, primero a un lado, luego al otro, humedeciendo las cenizas para asegurarse de que las voraces llamas no pudieran consumir otra vivienda ni arruinar otra vida.

A su llegada, la tía Claudette había corrido hacia él y se había arrojado, llorando incontrolablemente, en sus brazos. Cuando había levantado la vista, las huellas de sus lágrimas eran como cicatrices blancas a través del hollín de su rostro. Nunca olvidaría su expresión.

Habían traído lámparas y las habían encendido a su alrededor, y los espectadores permanecían en grupos silenciosos, algunos todavía aferrando sus cubos de agua, esperando a ver si la crisis había terminado.

No lo había hecho.

—¡Mikey! Mikey, ¿no está Meredith contigo? —le había preguntado la tía Claudette sin aliento.

—No. ¿Debería estar?

—Hemos preguntado a todos los vecinos y ninguno la ha visto.

Recordó el primer hilillo de inquietud.

—Pero... ¿Seguro que no estaba aquí en casa contigo?. Es más de medianoche.

Había mirado el rostro desesperado de su tía, y poco a poco la horrible verdad había empezado a calar.

—¿Está diciendo que ha desaparecido? —Temía la respuesta, pero había que hacer la pregunta—. ¿No ha sido... encontrada?

—Ni rastro. Quizá esté vagando por alguna parte, demasiado conmocionada para encontrar el camino de vuelta a nosotros. Subió a su habitación a la hora habitual. Todos lo hicimos. De hecho, se fue temprano. Tuve que reñirla porque bostezaba mucho —su tía le había mirado con ojos desorbitados—. Pareces agotado. Debes de haber cabalgado como un demonio desde Collins House.

Lo había hecho, en cuanto le había llegado la noticia del desastre en casa de su tía, todo el tiempo temiendo lo peor: que todos hubieran muerto o resultado gravemente heridos.

Durante todo aquel interminable y terrible viaje a través de la oscuridad, se había maldecido por permitir que Meredith se quedara con Claudette. El duque de Darlington las había invitado a ambas a pasar el mes en una fiesta en su casa, pero Meredith había dicho que se sentiría culpable viniendo a Oxford pero no hacer compañía a Claudette, y su hermana podía ser muy decidida.

Mikey había jugado con la idea de acompañarla, pero no conocía prácticamente a nadie en Oxford. Al menos en Collins House, conocía al duque de Darlington y a la familia inmediata del duque, y sin duda haría nuevos amigos a medida que avanzara el mes.

Y debido a aquella fatídica decisión de dejar que Meredith se saliera con la suya, ahora se había ido. Posiblemente para siempre.

Había intentado compartir el optimismo de la tía Claudette aquella noche, había intentado hacerse creer que Meredith había escapado de algún modo de las rugientes llamas, que había una razón perfectamente lógica para que no la encontraran después. Pero no había podido soportar el pavor enfermizo, y aunque los bomberos y los alguaciles le aconsejaron que no lo hiciera, se había atado la corbata sobre la nariz y la boca, había tomado prestada la azada de jardín de alguien y había empezado a rastrillar entre los escombros humeantes.

¿Qué había esperado encontrar? ¿Un fragmento de camisón carbonizado, o los restos derretidos del medallón que contenía un retrato en miniatura de sí mismo? O peor aún, ¿un cráneo ennegrecido con un revoltijo de pelo chamuscado?

Hacía tiempo que el agua de la vajilla se había enfriado cuando ahora, recordando, miraba por la diminuta ventana del fregadero. Desconsolado, observó a una golondrina que se zambullía en busca de moscas, zambulléndose magistralmente entre los arbustos bajos del jardín trasero de Beckham. Deseó poder convertirse en esa golondrina, volando libre con el viento bajo sus pies, sin tener que pensar en nada más que en alimentarse, anidar y criar a sus polluelos.

Pero eso no iba a suceder. No hasta que hubiera conocido la verdad sobre el destino de su hermana.

Necesitaba mantenerse ocupado, necesitaba la castigadora rutina del trabajo de criado en una casa, tratar con las visitas, ayudar a poner la mesa, limpiar y pulir el estaño y la plata, mantener las velas y las lámparas, comprar y recoger bienes para la casa, quitar el polvo de los libros y levantar muebles pesados para que las criadas pudieran barrer debajo. Necesitaba esa sensación de agotamiento satisfecho que llegaba tras un duro día de trabajo honesto, que le concedía un sueño sin sueños.

¡Cómo se había aferrado aquella noche a la esperanza de que Meredith estuviera viva! Había rastrillado desesperadamente entre aquellas cenizas durante horas, hasta que sus botas estaban agrietadas y duras y le quemaban los pies.

Había encontrado botas nuevas, y al amanecer estaba de nuevo en ello, esta vez con la ayuda de algunos de los estudiantes de Oxford que vivían cerca. Pero entre todos los cristales rotos y derretidos, la madera astillada y los restos chamuscados y ennegrecidos de los muebles, no encontró ni una sola cosa que pudiera proceder de un cuerpo humano.

Meredith no estaba allí. De algún modo, había escapado del infierno. Pero, ¿adónde había ido?

Se habían colocado carteles ofreciendo una recompensa en cada farola, en cada barandilla, en cada tablón de anuncios de la universidad. En vano. Con creciente aprensión, había hecho averiguaciones, preguntas, peticiones en el periódico. Con un único resultado: había salido a la luz que no fue nadie de la casa de Claudette quien dio la primera voz de alarma sobre el incendio.

Entonces, ¿quién lo había hecho? ¿La propia Meredith? ¿Había visto las llamas y había ido a buscar ayuda? De ser así, ¿por qué no había regresado?

Para Mikey era prioritario descubrir quién había dado la alarma.

El nombre del capitán Beckham había surgido finalmente. Mikey había oído mencionarle

antes, pero no recordaba cuándo ni en qué contexto. ¿Acaso la propia Meredith había mencionado a Beckham? Pero el galante capitán también había desaparecido y no podía ser interrogado.

Mikey había persuadido a su tía para que regresara a Yorkshire con él. Finalmente, atormentado por la pena, la había seguido hacia el norte para enterrarse en los negocios de sus fincas escocesas y de Yorkshire, con la esperanza de remendar así los pedazos rotos de su vida. Al final, uno de los agentes de investigación que había contratado le informó de que el capitán Beckham había reaparecido en Oxford, donde había iniciado una vida de disipación y placer, convirtiéndose al instante en el favorito de las damas.

Mikey podría haberse limitado a coger un carruaje y viajar en persona para acechar al león en su guarida. O podría haber dado instrucciones a sus agentes para que hicieran averiguaciones más minuciosas. Pero una parte de su mente le había instado a que sería mejor utilizar la sutileza.

Así que había bajado a Oxford vistiendo una chaqueta andrajosa de fusilero, con la esperanza de ganarse la simpatía de Beckham por un compañero veterano venido a menos.

Mikey había urdido un pequeño accidente de carruaje, asegurándose de estar allí para rescatar al capitán de entre los restos, y luego le había preguntado si conocía a alguien que pudiera necesitar una espalda fuerte y un par de manos firmes. Un agradecido Beckham le había contratado en el acto; el amigo de Mikey, el duque de Darlington, le había proporcionado referencias para apoyar su subterfugio.

Así era como lord Mikey Talbot, conde de Abernathy, había llegado a trabajar en la residencia del capitán Terence Beckham, disfrazado de criado doméstico.

Capítulo 11

La treta había supuesto un sacrificio considerable por parte de Mikey durante los últimos meses, así como una cantidad desmesurada de autocontrol.

Pero estaba convencido de que el capitán sabía algo sobre la repentina desaparición de Meredith. Era demasiada coincidencia que, habiendo dado la voz de alarma sobre el incendio, luego se desvaneciera por completo durante varias semanas. Un hombre inocente se habría quedado para dar su versión de los hechos a las autoridades investigadoras.

Por mucho que despreciara a aquel hombre, Mikey no podía, sin embargo, creer que el capitán hubiera hecho daño deliberadamente a Meredith. ¿Secuestrarla, abusar de ella o directamente matarla? No. Beckham era un granuja y un mujeriego, pero nunca había sido violento de ninguna manera que Mikey hubiera descubierto, ni con ninguna mujer.

Por lo tanto, Meredith y Beckham debían de tener algún tipo de entendimiento. El hombre debió de convencerla para que huyera con él y provocó el incendio para retrasar cualquier persecución. Pero la conflagración se había vuelto más grave de lo que los amantes pretendían, por lo que Beckham había dado la alarma antes de que huyeran, para que nadie resultara herido. Tenía sentido, aunque era terriblemente desconsiderado y arriesgado.

Por desgracia, estaba resultando endiabladamente difícil para Mikey probar ninguna de sus sospechas.

Sin embargo, una vez que tuviera la prueba, utilizaría sus puños sobre el apuesto rostro de forma que el canalla confesara el destino de Meredith. Su intención era dejar al hombre irreconocible. Despojado de su buena apariencia, el bastardo nunca sería capaz de seducir a otra mujer como lo había hecho con Meredith. Por si fuera poco, Mikey anunciaría a los cuatro vientos que Beckham era un tramposo y un mentiroso. Sus cómodos ingresos procedentes del juego se evaporarían y sus acciones e inversiones perderían su valor a medida que los inversores honrados le retiraran su apoyo. Sería arrojado a la prisión de deudores, abandonado a vivir el resto de sus días en la miseria.

Lo cual era mejor de lo que el villano se merecía.

Mikey estaba decidido a encontrar a Meredith y a arruinar por completo a Beckham por lo que le había hecho.

El sonido de la aldaba de la puerta se estrelló contra sus pensamientos y arrastró su mente de vuelta al presente.

Era miércoles, el día señalado para la próxima visita de la señorita Spillwell, si es que era tan tonta como para venir a pesar de sus advertencias. Secándose rápidamente las manos frías en el delantal, se dirigió a la puerta. Si era ella, estaba obligado por su honor a advertirle que se alejara de nuevo.

Maldita sea, ¡demasiado tarde! Matthews ya había contestado.

Mikey se retiró a las sombras y observó cómo dejaban entrar a alguien. Una joven bien formada con el pelo color bronce.

La señorita Spillwell. De vuelta otra vez, a pesar de todo lo que había dicho.

Apretó los dientes con frustración. La muy tonta estaba entrando directamente en la guarida del lobo.

Miró a su alrededor mientras Matthews la despojaba de su ropa de exterior. Cuando vio a Mikey, el color subió a sus mejillas. Debería estar avergonzada, volviendo para más juegos amorosos con Beckham.

Él le dirigió su mirada más severa y desaprobadora, la que hacía retroceder incluso a su propia familia. Ella le parpadeó un par de veces, luego le dio la espalda y se dirigió al salón mientras Matthews iba a buscar a Beckham.

¡La muy descarada!

A pesar de su firme intención de no volver a interferir, Mikey se dirigió a la puerta y se detuvo fuera, respirando hondo y tranquilizándose.

Tenía que hacer un último esfuerzo para disuadirla, no fuera que acabara como su hermana. Aunque aún no había encontrado pruebas, creía que Beckham había depositado a Meredith -seguramente embarazada- en algún lugar oscuro, fuera de su vista, fuera de su mente. Arruinada y demasiado avergonzada para ponerse en contacto con su familia, ahora estaba criando al hijo de Beckham en la pobreza en algún lugar. Dios no permitiera que estuviera en un asilo de pobres, o incluso en el extranjero, donde él nunca podría encontrarla.

Mientras tanto, el capitán había vuelto felizmente a su antiguo estilo de vida de soltero, coqueteando con las mujeres, seduciéndolas con su buen aspecto y su reputación de ser un amante excepcional.

La señorita Verety Spillwell, con ese rostro brillante y fresco y esos chispeantes ojos color avellana, pronto seguiría el mismo camino que su hermana si nadie desenmascaraba a Beckham por lo que era. Y pronto.

Mikey tenía que detenerla.

Entró en la habitación. La señorita Spillwell se volvió bruscamente y lo miró con odio.

Antes de que pudiera hablar, el sonido de pasos rápidos anunció la llegada de Beckham, y se vio obligado a retroceder y hacer su reverencia.

—Ah, señorita Spillwell —exclamó el capitán—. Qué alegría volver a verla. Hastings, ¿en qué estás pensando, saludando a los visitantes con tu delantal? Váyase. Llamaré si necesitamos algo.

Así que Mikey se vio obligado a marcharse sin que se intercambiara ni una palabra entre él y la señorita Spillwell. Quizá sus ojos habían transmitido el mensaje que su lengua no había podido. Pero no podía permitirse insistir de otra manera.

Si Beckham le despedía, se acabaría el tiempo de la sutileza. Se vería obligado a arrastrar al putero por los tribunales, si es que sus puños no lograban sacarle la verdad antes.

De un modo u otro, el mundo sabría de la villanía de ese canalla.

Capítulo 12

Verety esbozó una sonrisa cuando el capitán Beckham salió a recibirla con las manos extendidas.

Diantres, ¡ese Hastings! Acababa de irrumpir en la habitación, todavía con el delantal húmedo y lanzándole una mirada de tal desdén que podría haberle gritado, ¡realmente podría!. Sin embargo, justo cuando se daba la vuelta para marcharse, su expresión había cambiado, dejándola más perpleja que enfadada. Parecía casi... triste.

—Entonces, ¿está lista para su próxima lección sobre cómo seducir a un hombre?— la sonrisa de Beckham era desconcertante.

Debía recordar por qué estaba aquí: para ganarse el corazón de Daniel Finley.

Armándose de valor, respondió:

—Sí, por supuesto. ¿Qué quiere que haga?

Beckham la miró especulativamente durante un momento y luego dijo:

—Yo me lo pensaría dos veces, querida, antes de decirle algo así a un libertino de renombre.

—Pero usted es mi tutor —dijo ella, forzando la confianza en su voz—. Debería poder confiar en usted.

La comisura de su labio se curvó.

—Está claro que es usted nueva en este juego milenario. Pero, sí, hicimos un acuerdo, y tengo la intención de mantenerlo. Ahora, a la primera lección del día.

—¿Cuál es?— ella esperaba que no implicara nada demasiado íntimo. Como un beso.

Para su sorpresa, él dijo:

—Baje la voz.

Ella frunció el ceño.

—¿Así?

Beckham rio entre dientes.

—No, no me refiero a susurrar, sino a bajar el tono. A los hombres les atrae más una voz más grave, una forma de hablar más lenta. Haga que su amante potencial esté pendiente de cada una de sus palabras.

Ella emitió un sonido en la garganta como un gruñido bajo.

—¿Así?

Él se rio.

—Quizá pueda ir un poco más alto. No querrá que piense que tiene dispepsia.

Esto le provocó una sonrisa genuina. Beckham le caía bien, a pesar de su notoria reputación. Era atractivo, además de excesivamente guapo, y podía ver por qué tantas damas se sentían atraídas por él, aunque ella no lo estuviera.

—Ahora, tenemos que hablar de su aspecto —le indicó la chaise longue, luego se sentó a su lado y le tiró de un mechón de pelo.

La alarma se apoderó de ella.

—Si supiera cuánto tiempo le llevó a Ella crear este peinado para mí, no se atrevería a interferir en él —dijo, resistiendo el impulso de apartarse.

—Es demasiado severo. Tiene que haber al menos un mechón rebelde, sólo para que un hombre imagine cómo sería si cada mechón quedara libre. Su cabello es brillante, cálido y lustroso. ¿Qué hombre no desearía verlo suelto sobre sus hombros?

—Supongo que puedo arreglármelas con un mechón suelto —dijo ella vacilante.

Él apartó el rizo y se lo colocó en el cuello, sus cálidos dedos apenas rozando su piel. Ella se estremeció. Seguramente, él podría haberle dicho qué hacer en lugar de hacerlo él mismo. ¿Tenía razón ese desgraciado de Hastings, después de todo?

Ahora tan cerca que podía sentir su aliento sobre su cuello, Beckham preguntó:

—Cuando esté en un baile, ¿llevará, presumiblemente, un vestido sin hombros?

Ella asintió en silencio, con todos los sentidos alerta, esperando que él no volviera a tocarla.

Su esperanza fue en vano. Sus manos alisaron el vestido sobre sus hombros. Ella tragó saliva con fuerza. Si cualquier otro hombre -excepto Daniel, por supuesto- se hubiera tomado semejante libertad, habría recibido una sonora bofetada. Pero este hombre le estaba enseñando, se recordó a sí misma.

Tenía que concentrarse. Si Beckham ayudaba a convertir a Daniel en su marido, si la unía al único hombre que sabía que podía darle una vida de felicidad, todo merecía la pena.

—¿Diría usted que se trata de una profundidad respetable? — inquirió Beckham, con voz lánguida y cálida.

Ella asintió. Empujó las mangas más hacia abajo, dejando al descubierto la parte superior de sus pechos donde anidaban, supuestamente a salvo, bajo su corsé poco profundo.

—¿Y esto?

—Ya no es respetable —susurró, y su mirada se disparó hacia la puerta. Sólo podía esperar que el desaprobador Hastings no estuviera escuchando en la rendija, o espiando por el ojo de la cerradura. Hizo ademán de subirse de nuevo las mangas, pero Beckham la detuvo.

—No, todavía no. Ahora que se ha ganado la atención del hombre con el mechón de pelo rebelde, tiene que mover ligeramente la cabeza para que el rizo suelto le acaricie el cuello, o el pecho, dondequiera que sus dedos anhelen ir. Pero debe llevar sus pensamientos un poco más allá. Tiene que avivar su necesidad, avivar las llamas de su deseo —frunció el ceño—. Un

momento.

Mientras él desaparecía por la puerta, ella se encaramó al borde de su asiento, con el corazón latiéndole desbocado, preguntándose hasta dónde pensaba llegar el capitán... y si podría o no tragarse su orgullo lo suficiente como para llamar a Hastings en su rescate.

Beckham regresó y se situó detrás de ella.

—Aquí —murmuró.

Algo frío tocó su cuello, y un pequeño y pesado cabujón se acunó en su expuesto escote.

—Consigue un collar de rubíes como éste —le aconsejó—. Elegí especialmente la piedra pálida. Puede asentarse tentadoramente entre sus pechos, del mismo color y tamaño que las dos joyas rosadas que se ocultan a la mirada del caballero. Esto hará que su imaginación trabaje febrilmente.

¡Esto era una locura! Verety se puso en pie de un salto, se subió los hombros del vestido y abrió la puerta tan bruscamente que casi se golpea con ella.

—¡Señorita Spillwell! ¡Verety! —llamó tras ella.

—Me pareció ver a la criada fuera —mintió—. Debo darme prisa. Será mejor que no me vea fuera, por si sospecha.

Dispuesta a coger sus cosas y salir corriendo por la puerta, el corazón de Verety cayó como una piedra cuando vio la forma amenazante de Hastings justo al lado del perchero.

Por un segundo vio alarma en su rostro, pero luego su expresión se tornó sombría y caminó hacia ella.

¡Maldita sea! No iba a arrastrarla de nuevo a un armario, ¿verdad?

Cuando la cogió por el codo, ella se temió lo peor. Entonces, ¿por qué no gritaba y chillaba para que Beckham o uno de los lacayos la rescatara?

Apenas tuvo tiempo de registrar adónde se dirigía cuando el bruto la arrastró hasta el final del pasillo, atravesó la cocina y entró en una diminuta fregadera con un fregadero forrado de plomo en un extremo.

Cuando cerró la puerta tras ellos, ella se preparó para otra diatriba.

Pero no llegó.

En su lugar, él la sujetó por los hombros y capturó su mirada con la suya.

—¿Qué ha hecho ahora ese maldito libertino? Sólo tiene que decirlo y le daré una lección que nunca olvidará.

Verety lo miró boquiabierta, golpeada por una repentina perspicacia. Él no estaba enfadado con ella. Estaba enfadado con Beckham.

Tragó saliva con fuerza. Ahora que estaban muy cerca, sintió de nuevo la atracción del poderoso cuerpo de aquel hombre. Y el hecho de que estuviera dispuesto a defenderla lo hacía casi... admirable. El impulso de aferrarse a él y aceptar la comodidad de sus brazos estuvo a punto de abrumarla.

Se sacudió el pensamiento. Daniel. Todo esto era por Daniel. Pronto, si todo iba según lo previsto, serían sus brazos los que se ofrecerían en consuelo, sus puños los que estarían

preparados para librar una batalla por ella... aunque ella esperaba sinceramente que nunca surgiera la necesidad.

La idea de que Hastings la persiguiera hasta el salón y derramara la sangre de Beckham sobre la alfombra no le resultaba agradable. Aunque el capitán había ganado honores en Waterloo, no tenía músculo para superar a su fornido sirviente.

Forzó una sonrisa, diciendo:

—Oh, no fue nada. Estoy siendo tonta.

—Toda esta empresa suya es una tontería —replicó Hastings—. Pero eso ya se lo he dicho. ¿Quizás ahora se da cuenta de lo peligroso que puede ser estar a solas con un hombre?

Ella parpadeó, sin saber por un momento si se refería a sí mismo o a Beckham. Ambos habían conseguido que su corazón latiera con fuerza, pero por razones muy distintas.

—Sé que estoy corriendo un riesgo —dijo ella, apartando la mirada. Su mirada era demasiado penetrante. Y perturbadora.

—Entonces deje de hacerlo —dijo él simplemente—. Déjelo todo atrás y espere que nadie se entere. Si utiliza la idea de cortejo de Beckham para conquistar a su hombre ideal, acabará con un amante, pero no con un marido.

Su corazón se agitó al oír la palabra 'amante' en sus labios. Sin duda era muy brusco. Y completamente fuera de lugar.

Era un misterio por qué no estaba más furiosa con él. Y por qué la sensación de sus manos sobre sus hombros era tan... distrayente.

—Aprecio su preocupación —dijo ella—. Creo que tiene buenas intenciones, a pesar de la forma abominable en que se ha comportado conmigo. Pero no se preocupe. Estoy aprendiendo a manejar a Beckham.

Había aprendido mucho sobre los hombres en general en el proceso. Aunque éste seguía siendo un enigma.

Sus dedos se apretaron contra ella.

—¿De verdad cree que vale la pena arruinar su reputación por este hombre, el que considera perfecto para usted? ¿No podría simplemente olvidarle y buscar marido en otra parte?

Ella se mordió el labio. Por supuesto que Daniel merecía la pena. No había pasado la mayor parte de su adolescencia llorando en la almohada por él como para dejar que una tontería como el pudor se interpusiera en su camino.

—No hay necesidad de buscar marido en otra parte cuando ya he encontrado al hombre que amo —dijo con firmeza—. He recibido ofertas de otros, pero ninguno de esos hombres era superior a Daniel.

Las manos de Hastings se deslizaron hasta los codos de ella y la atrajo hacia sí. Hablando suavemente con la cabeza cerca de la de ella, le dijo:

—Creo que descubrirá que el mundo está lleno de hombres superiores al señor Daniel Finley, si tan sólo estuviera dispuesta a abrir los ojos.

Ella le miró fijamente, desconcertada. Su rostro se había suavizado, y había un atractivo en

su mirada que ella nunca había visto antes. Sus ojos se clavaron en ella, profundos como el alma, interrogantes, atónitos y -seguro que no- ¿vulnerables?

Su cercanía le estaba haciendo un nudo en las entrañas y sus nervios estaban completamente a flor de piel. Fue una lucha apartar los ojos de su boca firme y masculina y dejar de preguntarse cómo se compararía un beso del señor Hastings con aquel beso del capitán Beckham.

Totalmente carente de refinamiento, sin duda. Áspero y crudo, pero... posiblemente devorador. Algo latía en el pecho de este hombre que ella no había experimentado con Beckham, ni había visto aún pruebas de ello en Daniel.

Pasión.

—Podría enseñarla —dijo, tan bajo que ella apenas pudo oírle—. Pero conmigo, sería real.

Su corazón se aceleró al galope. Aspiró en un esfuerzo por calmarse.

Su pecho se agitó cuando él hizo lo mismo.

La cabeza le dio vueltas cuando sus labios se acercaron a los de ella. No, ¡esto estaba completamente mal! Era hora de ponerle fin.

Inclinó la cabeza hacia atrás y le miró con el desdén que de algún modo consiguió reunir.

—Una vez más, señor Hastings, se pasa de la raya —se zafó de su agarre, del hechizo seductor que había tejido sobre ella—. Está claro que guarda usted un terrible rencor al capitán Beckham y que hará todo lo posible por frustrarle. Ha hecho todo lo posible por ponerme en su contra, pero ha fracasado. Ahora, apártese de mi camino. Me voy a casa.

Ella empujó contra su pecho, y sólo por un instante temió que él se negara a ceder. Pero en ese mismo instante, llamaron a la puerta principal, lo que le hizo moverse.

Podía sentir su presencia cerca detrás de ella mientras marchaba hacia la entrada principal, esperando ver a su Ella venir a recogerla.

Pero cuando uno de los lacayos la abrió, una elegante mujer con vestido de raso y turbante de elaboradas plumas entró en el vestíbulo.

Era lady Fanny.

Capítulo 13

Había transcurrido una semana entera desde la agonizante y embarazosa visita de Verety a la casa de Beckham. Lady Fanny la había adelantado furiosa por el pasillo y, en cuanto apareció Beckham, lanzó una diatriba celosa sobre pretendientes volubles y mujeres sueltas y maquinadoras, que había hecho que las orejas de Verety se pusieran rosadas.

Hastings la había salvado. Otra vez. Se había interpuesto entre ella y la iracunda mujer, sin dar a lady Fanny la oportunidad de mirarla bien a la cara. Mientras Beckham había iniciado el valeroso proceso de explicar la presencia de una joven bonita en su casa, Hastings la había ayudado a salir por la puerta y subir a lo alto de la calle.

Naturalmente, le había dado otro sermón inoportuno sobre su comportamiento altamente impropio, que la había angustiado y enfurecido tanto que sus ojos se habían humedecido para cuando Ella apareció y la rescató.

No podía explicarse por qué aquel hombre tenía el poder de inquietarla tanto, pero cada vez le resultaba más difícil plantarle cara. Y era imposible ignorarle.

Finalmente, en parte debido al obstáculo del Sr. Hastings, había decidido hacer sólo una visita más a la casa de Beckham.

Entonces comenzaría su campaña para hacerse notar por Daniel Finley.

Desgraciadamente, la semana siguiente, cuando Ella y ella se dirigían a su última "lección de francés", apenas habían recorrido la mitad del camino cuando el cielo gris se resolvió en un lúgubre aguacero. Se acurrucaron juntas bajo un paraguas compartido, con los ojos clavados en el suelo mientras sorteaban los charcos. Levantándose las faldas tanto como les era decente, siguieron adelante con dificultad, manteniéndose cerca de las barandillas para evitar la colada que lanzaban las ruedas de los carruajes al repiquetear sobre los relucientes adoquines.

—Espero que aprecies lo que estoy haciendo por ti, Daniel Finley—, Verety murmuró en voz baja—. Empapándome y arriesgando mi reputación. Todo porque estás demasiado ciego para ver el diamante que ha estado brillando ante tus propias narices.

Pero no importaba. Era un caballero tan perfecto, servicial, muy pocas veces fuera de quicio, y tan guapo, además. Era menos ágil que Beckham, y no era Atlas como el señor Hastings, a pesar de ser fuerte. A menudo le había llevado a caballito cuando eran niños, y podía llevarla a la carrera por todo el césped trasero y volver sin quedarse sin aliento. Era capaz de bailar todos los bailes de una asamblea y aún tener energía suficiente para izarla, riendo, hasta el carruaje para que su bata no se enganchara en los escalones.

El soleado recuerdo de tales momentos le arrancó una sonrisa, y le instó a Ella a una mayor velocidad. Cuanto antes terminaran sus lecciones de seducción, antes podría cosechar las recompensas.

Cuando llegaron a la puerta de Beckham y Verety estuvo a salvo bajo el pórtico, Ella cogió el paraguas y salió corriendo hacia el mercado.

Verety llamó a la puerta y esperó. Abrió la puerta uno de los lacayos, Matthews, que dio un respingo de sorpresa.

—¿Señorita Spillwell? ¿No recibió la nota del señor?

¿Y ahora qué?

—No, no recibí ninguna nota.

Hizo una reverencia.

—Mis disculpas, pero el capitán Beckham no está en casa. Envió una nota con Hastings para informarle de que se marchaba. ¿Nunca le llegó?

Desde luego que no. ¡Ese pomposo y entrometido Hastings! Sin duda, lo había hecho a propósito, para sacarle las narices de quicio y hacerle perder el tiempo.

—¿No va a invitar a entrar a la señorita Spillwell?— llegó la voz del otro lacayo de Beckham, Baxter—. No la deje ahí parada bajo la lluvia. Estoy seguro de que le vendría bien una taza de té caliente.

Matthews se apartó y la hizo pasar al interior. De todos modos, habría tenido que esperar, ya que Ella no volvería hasta dentro de media hora por lo menos. Verety pasó junto al lacayo y entró en el salón.

—¿Cuándo espera que vuelva su amo?

—Me temo que hoy no—, declaró Matthew—. Los caminos estarán inundados si esta lluvia continúa.

Se acomodó en una silla cerca de la chimenea vacía, sintiéndose como una intrusa en ausencia de Beckham. ¿Había ocurrido algo entre él y lady Fanny que había ocasionado su inesperada partida?

Mientras Matthews se despedía llevando su húmedo abrigo y su bonete, preguntó:

—¿Y dónde está Hastings? Me gustaría hablar con él sobre esa nota que no entregó.

La voz de Baxter llamó desde el pasillo:

—Se ha ido con el señor.

—No, no lo ha hecho—, dijo Matthews—. Me dijo que iba a hacer un recado para el capitán que lo mantendría alejado toda la noche.

—Eso no puede ser cierto—, contraatacó Baxter—. Definitivamente le oí decir que estaba siguiendo al capitán con algo que se le había olvidado llevar.

Matthews salió de la habitación y cerró la puerta. Verety pudo oír a los dos criados discutir al otro lado, sotto voce, sobre el paradero de Hastings. Parecía que había contado una historia diferente a cada uno de ellos y se había marchado a algún asunto nefasto por su cuenta.

Con un suspiro, se levantó y se dirigió a examinar la estantería, eligiendo un libro de versos de Byron. Sonriendo ante una romántica inscripción en la solapa que revelaba que el pequeño volumen era un regalo de -sorprendentemente- una de las muchas amantes del capitán, volvió a su asiento y se acomodó para disfrutar del té, de un pastel de frutas demasiado dulce y

de una poesía demasiado dramática.

No mucho después oyó el abrir y cerrar de la puerta principal. Mirando el reloj, se dio cuenta de que no podía ser Ella, era demasiado pronto. Tal vez era Beckham que regresaba. Se puso en pie, con el libro abierto en las manos, dispuesta a saludarle.

Se oían voces masculinas amortiguadas en el pasillo, pero cuando la puerta del salón se abrió, no fue para admitir al capitán, sino a un Hastings bastante húmedo, dando pisotones y apartándose el pelo chorreante de los ojos.

Se le revolvió el estómago al ver su alta figura, el abrigo multiforme que llevaba acentuando la anchura de sus hombros, bloqueando la puerta para que no hubiera forma de escapar.

Por un momento su rostro se iluminó, pero ella apenas había registrado esta expresión antes de que fuera sustituida por su más habitual expresión de total desaprobación.

—Señor Hastings—, dijo con frialdad—. Todos hemos estado debatiendo sobre su paradero. Tengo entendido que tiene una nota para mí que debería haber sido entregada hace dos días.

La puerta se cerró tras él, y de nuevo se vio atrapada con aquel extraño que la afectaba hasta lo más profundo. Por la adustez de su rostro, ella casi esperaba que cerrara la puerta y se llevara la llave.

—Entonces no hizo caso de mis advertencias—, dijo con rigidez.

Sinceramente, ¿acaso aquel hombre no tenía modales? Ella espetó:

—¿Por qué deberían importarme las opiniones de un criado?

Eso le hizo estremecerse, pero avanzó hasta que se elevó por encima de ella.

—¿No le avergüenza que un sirviente se preocupe más por la corrección que usted?—, le espetó.

¿Por qué siempre fallaba en mantenerse a una distancia respetable? Ella estaba esforzándose por recuperar el aliento, y los recuerdos de haber estado encerrada muy cerca de él volvieron con fuerza.

Al igual que el inquietante tirón de la atracción. Se sentía atraída hacia él como la aguja de una brújula hacia el polo. Sin embargo, él ni siquiera la había tocado.

Parecía que no era sólo Daniel con quien ella podía tener vívidas imaginaciones...

—Está goteando sobre mí—, se quejó, mortificada de que su cuerpo estuviera reaccionando de forma tan incontrolable a su cercanía.

Respiró hondo.

—Mis disculpas —dijo. Se quitó el abrigo y lo arrojó sobre el respaldo de la chaise longue, seguido de su sombrero de ala ancha. Indicándole una silla, esperó a que ella se hubiera sentado y luego se unió a ella en la mesa del té.

—Maldito tiempo horrible. Estas nubes me han estado siguiendo desde Westbury. Estoy empapado hasta el gorro—. Cogió un trozo de pastel—. ¿Queda algo de té en la tetera? Baxter y Matthews son idiotas. Deberían haber hecho fuego aquí. Debe de estar congelándose.

Estupefacta por el arrogante uso que el hombre hacía de los muebles y las cosas de té de su amo, Verety se limitó a mirarle. El agua goteaba lentamente de los húmedos rizos de su pelo a los pliegues blancos de su sorprendentemente pulcro paño de cuello, y pequeñas gotas se adherían a las pestañas de sus ojos oscuros y sensuales. Su apuesto rostro estaba rubicundo por el frío, su respiración profunda por los esfuerzos de su recado, cualquiera que éste hubiera sido.

¿Qué había estado tramando que le obligó a mentir a los demás sirvientes?

Espere un momento. ¿Westbury? ¿No estaba eso en Wiltshire? Antes de que ella pudiera preguntar qué razón tenía para viajar tan lejos, él dijo:

—Así que no ha podido resistirse a volver para probar otra vez las habilidades amatorias del deplorable capitán Beckham.

¿Detectó ella una pizca de amargura en su tono?

Ella encontró por fin su voz.

—¡Hace que suene tan sórdido! Tengo la mejor de las razones para mis acciones.

—¡Ah! Haría falta mucho para convencerme de eso. Sé que tiene un don para atraer a las mujeres bajo su hechizo.

—¿Por qué estamos teniendo esta conversación? No deseo hablar con usted, señor Hastings. ¿No tiene deberes que atender?

Sus ojos castaños se encontraron y sostuvieron su mirada durante un largo momento, y había algo indefinible en ellos que le robó el aliento. Pero todo lo que dijo fue:

—Es un pastel excelente, aunque un poco dulce. ¿Qué es eso que está leyendo?

—Nada —ella equilibró el libro en el brazo de su silla y luego se levantó, necesitando la ventaja de la altura—. Por favor, explíqueme qué hacía en Westbury y por qué está sentado aquí ahora, haciendo todo lo posible por arruinarme el día.

—¿No es obvio? Pretendía, una vez concluidos mis otros asuntos, quedarme a solas con usted y hacer un último esfuerzo para disuadirle de su propósito.

—¿Quiere decir que ha ocultado deliberadamente la nota de Beckham para que yo viniera aquí, sólo para que pudiera hacer sonar una campanilla sobre mí?

—No me rindo fácilmente —dijo—. Como parece que he fracasado -al menos temporalmente- en una empresa, estoy doblemente decidido a tener éxito en la otra.

—¿En qué ha fracasado? —preguntó ella, mirándole, y se distrajo al instante. ¡Qué cabello tan maravillosamente espeso tenía! Rico y ondulado, esculpido sobre su alta frente por la lluvia. Lástima que lo único que ella quería hacer era tirárselo hasta que él chillara.

Sus cejas se fruncieron.

—Quizá algún día le haga partícipe de mi escandaloso secreto, puesto que ya conozco el suyo. Todo lo que diré por ahora es que seguí a Beckham, pero no me llevó adonde esperaba.

—¿A Westbury? —preguntó ella, desconcertada.

—A Westbury.

Ella esperó a que él se explicara, pero él se limitó a coger la tetera y le ofreció más té antes de servirse un poco para él.

Ella dijo:

—Se da cuenta de que tendré que hablar con su amo sobre esto.

—Entonces tendré que hablar con su padre sobre él —replicó él, señalando con un gesto a un retrato militar del capitán Beckham que colgaba sobre la chimenea.

—¡No se atrevería!

Le enarcó una ceja.

—Pruébeme—, dijo.

Debería haberse enfurecido, pero cuando él la miró así, perdió la voluntad de luchar, y su mente se disparó de nuevo a cómo se había sentido cuando estuvo encerrada en el armario con él. Excitada y... tentada.

Luchó desesperadamente contra los sentimientos inapropiados. ¡No debía dejar que ese hombre la afectara de esa manera! ¡Sólo Daniel podía hacer eso!

Terminando un bocado de pastel, Hastings se limpió los labios en una servilleta de una manera tan educada que ella entrecerró los ojos mirándole. De repente, se dio cuenta de que la habitual rebaba peculiar de su forma de hablar había sido sustituida por un acento de cristal tan nítido como el suyo propio.

Pero...

Su mente se agitó. Y llegó a la única conclusión posible. ¡Dios santo! ¡No era en absoluto un sirviente!

¿Pero cómo podía ser? ¿Quién era este hombre?

—No me parece una mujer tonta —dijo él, ajeno a su conmoción—, así que me sorprende que no pueda ver lo que está mal en su pequeño plan. ¿No se le ha ocurrido que cualquier escándalo que vincule su nombre con el de Beckham podría tener como consecuencia que se viera obligada a casarse con él?

No. Porque no tenía intención de que la descubrieran. Eso echaría por tierra por completo sus planes de casarse con Daniel.

¿Realmente cumpliría Hastings su amenaza de contárselo a su padre?

—Me negaría a casarme con él —dijo con firmeza—. Diría que no ha pasado nada, que ha sido un completo malentendido. ¿A quién creería la gente? Al criado o a la gentil señorita...

Él le dirigió una mirada irónica.

—Cuando se trata de un escándalo…

Ella respiró hondo y le cortó.

—¿Quién es usted realmente, señor? No puede engañarme más. Sé que no es un sirviente —ella se irguió—. ¡Y si continúa amenazándome, se lo diré a todo el mundo y le meterán en una celda!

El color se le fue de la cara.

—¡Por el diablo! —Se levantó de un salto y se dirigió a la puerta, la abrió y, aparentemente satisfecho de que no hubiera nadie al alcance de sus oídos, la cerró y echó el pestillo, y luego

vino a colocarse junto a ella.

Su estómago dio una voltereta. Estaba furioso. No, espera, no era furia. Era miedo. Miedo, presumiblemente, a lo que ella pudiera hacerle, ahora que había descubierto su secreto.

Lo cual le vino bien.

Una miríada de expresiones revolotearon por su rostro. Claramente, estaba luchando con alguna confusión interna. Levantó la barbilla. Sin duda estaba intentando decidirse a pedirle disculpas y rogar su indulgencia.

Sus ojos se entrecerraron y se inclinó más hacia ella. Tan cerca que ella podía oler la lluvia persistente en su pelo y ver el oscurecimiento de sus pupilas, sentir el sutil cambio en sus emociones.

Y de repente, se sintió aterrorizada porque no podía estar más equivocada. No tenía intención de disculparse...

¡Por amor de Dios!

Su intención era besarla.

Capítulo 14

Los labios de Hastings eran duros y exigentes, abrumando cada parte de la boca de Verety como una carga de caballería. Sin estar preparada para su repentina embestida, su mandíbula se aflojó y la lengua de él presionó hacia delante, invadiéndola y apoderándose de todos sus sentidos.

Debería apartarle, abofetearle, golpearle en los dedos de los pies, gritar pidiendo ayuda. Pero su cuerpo se negaba a cooperar. Todo estaba concentrado en el hombre y en el calor de su tacto, la poderosa mano en su nuca manteniéndola firme, los dedos acariciándole la cara, sus movimientos cada vez más seguros cuando ella no se resistía, trabajando en armonía con su lengua.

Un poderoso anhelo cobró vida en su vientre, inundando acaloradamente el resto de su cuerpo, haciendo que le dolieran los pechos y que su centro hormigueara de anticipación. ¿Era así como se sentía el deseo? ¿Ese deseo feroz y elemental que atraía al hombre y a la mujer como el hierro a un imán?

Intentó decirse a sí misma que era vergonzoso permitir que aquel hombre la besara, nada menos que a plena luz del día, en medio del salón de Beckham. No, no sólo permitirlo, sino darle la bienvenida. Pero fue inútil. Su cuerpo se derretía al contacto de él, sus labios y su lengua le seguían la corriente, le exploraban, le incitaban, se deleitaban en la celestial perversidad del deseo mutuo.

Estaba embriagada por su sabor, mareada por su tacto. Ni siquiera la embriagadora excitación de bailar con Daniel había despertado sentimientos como éste.

El pensamiento de su amado la bañó como un cubo de agua fría.

¿Qué estaba haciendo?

Puso las manos firmemente contra el pecho de Hastings y empujó.

Por un momento no ocurrió nada, luego dio un paso atrás, respirando con dificultad.

—¡Dios mío! —exclamó, mirándola como si le acabaran de crecer dos cabezas.

—Secundo ese sentimiento —respondió ella, tocándose cautelosamente la boca magullada.

Él parpadeó.

—Yo... Perdóneme. No era ésa mi intención.

Su reacción tampoco había sido lo que ella pretendía. Pero para ser sincera... lo había disfrutado.

Mucho.

¿Quién era este hombre, que podía hacerla llorar con unas pocas palabras bien elegidas y hacer que quisiera arrancarse toda la ropa sólo porque la había besado?

Tragó saliva.

—Supongamos —aventuró, tratando de volver a controlar su voz ronca—, que ambos hemos cometido un error tonto. Creo, tal vez, que esto iguala las cosas entre nosotros, señor Hastings. Usted ya no puede denunciar mi supuesto comportamiento a mi padre, y yo me sentiría una hipócrita si le denunciara a usted a su amo.

Hastings se pasó una mano por el pelo.

—Por favor, siéntese, señorita Spillwell. Hay algo que necesito decirle.

Un hilillo de presentimiento se deslizó por ella. Ella se sentó.

—Hizo bien en sospechar de mí. Mi nombre no es Hastings, y no soy un sirviente. Me llamo Mikey Talbot y soy el conde de Abernathy. Mi tía Claudette vivía aquí en Oxford... hasta hace muy poco.

Verety sintió que el mundo le daba vueltas. Se agarró a la mesa del té, con la mandíbula desencajada.

—¿Usted es Abernathy? —dijo incrédula—. ¿El conde desaparecido?

Y sin embargo, la asombrosa revelación explicaba muchas cosas. La insubordinación, la pomposidad, la total confianza en que sus opiniones eran las únicas correctas.

—Veo que la he conmocionado, señorita Spillwell —dijo—. ¿A menos que sea pura incredulidad?

Ella cerró la boca de golpe. ¡Por amor de Dios! ¡Acababa de ser besada por el conde de Abernathy!

Y qué beso había sido...

—Oh, no —logró decir—. Puedo creerlo perfectamente. Sabía que había algo sospechoso en usted desde el primer momento.

—¿De veras? —Sus labios se curvaron—. Creía que me había ido bastante bien.

Ella ignoró su obvia referencia y se enderezó.

—¿Con ese acento ridículo? Ahórreselo. ¿Debo recitarle todas las cosas que le delataron?

—Bueno, supongo que puedo felicitarla por ser perspicaz... excepto cuando se trata de juzgar el carácter. Usted está bastante fuera de lugar con el capitán Beckham.

—¡Lo dice el hombre que se hace pasar por su sirviente! ¿Cómo puede criticarme cuando ha tenido a todo el país buscándole? Ha habido rumores de secuestro, asesinato, espías y complots bonapartistas. Su familia y amigos se han preocupado hasta la muerte, apuesto. No veo honor alguno en su carácter.

Su expresión se ensombreció.

—No se le ocurra juzgarme, Verety, cuando no lo sabe todo.

—Entonces dígamelo —dijo ella, exasperada, odiando que pudiera estar desarrollando... sentimientos muy inapropiados... por un pícaro embustero. Su mente y su cuerpo estaban en tal

conflicto que no sabía qué creer. O sentir—. Me reservaré el juicio hasta que haya oído sus razones.

Él la estudió durante un largo momento.

—Muy bien. Pero debe prometerme que ni una palabra de esto irá más allá de esta habitación. El honor de mi familia y el mío propio, dependen de ello.

Intrigada -y aliviada por la mención del honor- asintió.

—Lo prometo.

Durante el siguiente cuarto de hora, permaneció sentada escuchando asombrada cómo el hombre que ahora sabía que era el conde de Abernathy le contaba la sombría historia de la desaparición de su hermana.

No fue hasta que él hubo puesto al día su relato cuando ella recordó de pronto algo que podía ser significativo.

—¿Ha dicho que el nombre de su hermana era Meredith? —preguntó ella con un pinchazo de excitación.

—Así es. ¿Por qué lo pregunta?

—Puede que no sea nada, pero... —se levantó y buscó a su alrededor el libro de poesía que había estado leyendo—. Aquí, ¿ve? —le mostró la nota manuscrita en la guarda—. Para mi queridísimo Terence, de Meredith, Pascua de 1821, Aston.

Se puso en pie de un salto y cogió el libro, luego escudriñó la inscripción, con el rostro tan atento como un sabueso tras el rastro. Se acercó a la ventana y volvió a leerla. ¿Era un truco de la luz o se había puesto muy pálido de repente?

—Es su letra —dijo, su voz tan baja que ella apenas podía oírle. Entonces una sonrisa se dibujó lentamente en su rostro, la primera sonrisa genuina que ella había visto allí.

A ella le gustó. El ablandamiento de sus ojos y de su rostro le hizo parecer aún más guapo.

Dejando caer el libro, caminó hacia ella, irradiando una sensación de alegría tan envolvente que ella no pudo evitar devolverle la sonrisa. Antes de que se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, él la rodeó con sus brazos y tiró de ella en un fuerte abrazo, haciéndolos girar a ambos una y otra vez hasta que ella se sintió mareada.

Se quedó sin aliento y, con él, sin sentido. Se deleitó con él abrazándola con fuerza, agudamente consciente de la fuerza de su cuerpo musculoso mientras él se movía por la habitación. Estaban bailando, pero los pies de ella no tocaban el suelo.

—¡Ángel! —exclamó él, dejándola en el suelo bruscamente y cogiéndole la cara entre las manos—. Meredith está viva. Y ahora sé dónde está.

Luego la besó. Otra vez. Una presión larga, dura y acalorada de los labios que hizo saltar su corazón y temblar su cuerpo de necesidad. Cuando cesó, la dejó tanteando en busca de una silla y desplomándose en ella, con el pulso saltándole enloquecido.

¡Por el amor de Dios! No pudo evitar adorar lo que el hombre le hizo.

Se volvió para rebuscar en las estanterías, esparciendo libros y mapas por el suelo. Movió las cosas del té para colocarlas precariamente en el alféizar de una ventana y así poder desplegar

un mapa sobre la mesa. Con un dedo inseguro, trazó las líneas de las carreteras, pinchó los puntos de las ciudades. Levantó la vista con el ceño fruncido y preguntó:

—¿Dónde demonios está Aston? ¿Es demasiado pequeño para estar en el mapa?

Verety se movió para estudiarlo.

—¿No dijo que siguió a Beckham a Westbury? —preguntó.

—Sí. Pero sólo había ido allí para reunirse con un amigo suyo del ejército. Uno de mis agentes le oyó decir que pretendía regresar vía Bath a buscar unas botellas del agua salutífera para un pariente enfermo.

Ella le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Tiene agentes?

—Por supuesto. No hago nada a medias.

—Me he dado cuenta —ella se aclaró la garganta—. Entonces, ¿por qué disfrazarse y vivir en la casa de Beckham? Podría haber contratado a un agente para hacerlo.

Él la miró, ya sin sonreír.

—Necesitaba ver por mí mismo qué clase de hombre es Beckham. Para ver si es de los que seducen a una joven inocente, la despojan y la abandonan en algún lugar con su hijo en el vientre.

Verety retrocedió ante el vitriolo de sus palabras y su tono.

—Es usted muy brusco, milord.

Él le sostuvo la mirada, y ella sintió un escalofrío que le recorría la espina dorsal.

—No endulzaré el asunto, dulce Verety. Ya sabe cómo es. El diablo casi la tuvo en sus garras.

—No estoy de acuerdo. Estoy segura de que habría cumplido nuestro acuerdo y no me habría hecho daño.

—No sea ingenua. Los hombres como Beckham nunca cambian. Era un libertino antes de conocer a mi hermana, y lo sigue siendo. Tengo toda la intención de poner fin a su comportamiento antes de que otro inocente salga herido. Ahora que ha oído mi historia, ni siquiera debería querer darle la hora.

Sacudió la cabeza.

—Le ha condenado sin ninguna prueba. Debe encontrar a su hermana y hablar con ella. Escuche su versión de la historia.

Se levantó y empezó a pasearse.

—¡Si pudiera! Debe de haber estado cegada por el amor. Igual que usted con ese arruinado señor Finley suyo. Cuando haya terminado con Beckham, ninguna mujer le mirará dos veces.

Verety se estremeció de aprensión.

—¿A qué se refiere? ¿Pretende utilizar la violencia contra el pobre hombre?

—¿Pobre? —exclamó el conde, con la voz cada vez más alta—. ¿Le preocupa el canalla?

No le ha hecho ningún favor. Podría haberla arruinado fácilmente, si yo no hubiera intervenido.

—¿Y no lo habría hecho? —replicó ella, poniéndose en pie y encontrándose de frente con su mirada—. Me parece, por lo que ha pasado entre nosotros, que usted apenas es mejor.

Ella esperaba acaloradas negativas, o incluso ira. Se acercó más a la puerta, por si acaso.

Apartó la mirada, pero no lo bastante rápido como para ocultar la expresión de dolor en sus ojos.

—Eso fue... involuntario —dijo—. Lo siento. Me olvidé de mí mismo.

—No era la primera vez —le recordó ella, insegura de si buscaba una disculpa... o una declaración.

Obtuvo ambas.

—No, no lo era —dijo él—. Perdóneme. Me siento atraído por usted, Verety... aunque sea en contra de mi buen juicio. Pero no se preocupe. No volverá a ocurrir. Puede seguir adelante y perseguir a Finley, si eso es realmente lo que quiere. Sólo prométame que no tendrá nada más que ver con Beckham. Recibirá su merecido.

—Lord Abernathy…

—Por favor. Mikey está bien. Mis días como Hastings han terminado, pero dadas las circunstancias, sería extraño que empezara a doblegarse ante mí —le dedicó una sonrisa significativa.

Sus mejillas se encendieron, pero se negó a dejar que la inquietara.

—Muy bien... Mikey. No debes actuar hasta que hayas encontrado y hablado con tu hermana. Si dañas a Beckham sin justificación, podrías caer ante la ley. Incluso si tienes justificación, aún no estás por encima de ella. Y si tu hermana ama a ese hombre, no le hará mucha gracia que le hagas daño.

—No pretendo matarlo —dijo Mikey—. Sólo estropear su aspecto y arruinarlo.

A Verety se le revolvió el estómago.

—¿Eso es todo? —¿De verdad podía Abernathy ser tan bruto? Se dio la vuelta y se dispuso a reponer los libros que él había esparcido por ahí, diciendo: —Bueno, si no se deja convencer de tan vil plan de venganza, puedes encontrar Aston tú mismo, sin ninguna ayuda por mi parte.

Ella pudo oír la amenaza en su voz cuando dijo:

—Sabes dónde está, ¿verdad?

Ella se volvió para mirarle, levantando la barbilla.

—No.

—Mientes —él cruzó la habitación en un par de zancadas, cogiéndola por los hombros—. ¡Dímelo, maldita sea!

—No si me gruñe como un perro furioso. Tiene unos modales deplorables, milord.

—Mikey. Y puedo vivir con eso. ¿Me lo vas a decir, o tengo que arrojarte sobre mi regazo y sacártelo a nalgadas?

—¿Qué? ¿Cómo te atreves? De todos los groseros, pomposos, desagradecidos...

Luchando contra su indignación, inquirió con frialdad:

—Dime, ¿es toda Escocia tan incivilizada, o sólo tú?

—Desdichada moza. ¿Piensas burlarte de mí? ¿Cumpliré mi amenaza?

Ella sintió el poder de su proximidad, el pararrayos de su tacto abrasando sus nervios, encendiendo su núcleo mismo. Este hombre tenía un encanto elemental que ella nunca había imaginado que existiera. Y claramente, sabía cómo utilizarlo.

—Mikey —dijo, manteniendo la voz tan firme como pudo, incluso cuando su imaginación echó a volar ante las imágenes que su amenaza conjuraba—. ¿Hacemos un trato?

—Te escucho.

—Prométeme que no harás daño a Beckham y te diré dónde está Aston. Incluso te ayudaré en tu búsqueda de Meredith.

Sacudió la cabeza.

—No puedo hacer una promesa que tal vez no pueda cumplir.

—Debes moderar tu ira. Puede que Beckham no haya actuado tan reprensiblemente como crees. Al menos espera hasta que sepamos la verdad.

Hubo una larga pausa mientras él escudriñaba su rostro. Finalmente, la soltó y dijo:

—Lo intentaré. No puedo prometerte más que eso. Ahora, ten piedad de mí, Verety, y dime dónde se encuentra mi hermana.

Probablemente a este hombre no le resultaba fácil suplicar. ¿Cómo iba a ignorar una petición tan sentida? Iba a tener que confiar en él.

—Hay un pequeño pueblo en Wiltshire llamado Aston Tankerville —dijo—. Mi amiga Portia vive allí.

Su semblante se iluminó y ella sintió el poder de su sonrisa.

—¿Está cerca de Westbury, supongo? —dijo con entusiasmo.

Ella podía sentir su excitación. Crepitaba positivamente a su alrededor. Devolviéndole la sonrisa, ella respondió:

—Lo está.

—¡Maldita sea! —exclamó él, clavándose el puño en la palma de la mano—. Sabía que debería haberme quedado con Beckham. Podría haberme llevado directamente a ella después de haber estado en Bath. Me pregunto si a Maxim le quedan más millas hoy.

Verety arrugó el ceño.

—¿Maxim?

—Mi caballo.

Estaba asombrada. Y alarmada.

—¿Pero no pretenderás cabalgar hasta allí ahora? Nunca llegarás antes del anochecer. Y con este tiempo…

Los caminos estarían llenos de baches. ¿Y si su caballo resbalaba y le tiraba? Podría

romperse el cuello.

No es que debiera importarle.

—Si no voy ahora los caminos estarán aún peor —dijo, volviendo a la chaise longue para coger su abrigo—. La he buscado durante seis meses. No puedo esperar más —se colocó el sombrero en la cabeza y se dirigió a la puerta—. No le digas nada de esto a nadie, te lo ruego.

Pero... ¡no! ¡No podía desaparecer, posiblemente del todo, de su vida!

Aún había tanto que decir, que pensar, que decidir.

Sobre sus besos. Sobre... ellos.

Excepto que ahora ella sabía que él era un conde, no un humilde sirviente. Así que nunca podría haber un 'ellos'. Estaban demasiado separados en rango.

—Prométeme que me harás saber el resultado de esta historia —le instó mientras él la apartaba suavemente de la puerta y la desbloqueaba.

—Me las ingeniaré para hacértelo saber, de un modo u otro. Pero júrame que no volverás a llamar a Beckham.

Ella asintió, con sus pensamientos en un torbellino de chocante decepción.

—Muy bien.

—Y si persistes en perseguir a un hombre tan claramente indigno de ti como el señor Finley, al menos cortéjalo por medios respetables, no a través de... lecciones nefastas.

Su rostro se encendió al recordar, no sus lecciones de Beckham, sino los besos excitantes de Hastings-Mikey... incluso cuando el nombre de Daniel la llenó de una oleada de culpabilidad.

Y de repente, no podía imaginarse disfrutando de unos besos tan perversos y sensuales con nadie que no fuera Mikey.

Ni siquiera con Daniel Finley.

Lo cual era ridículo, porque Daniel era el hombre al que ella amaba, no el conde de Abernathy.

Ella agachó la cabeza y estudió la punta de sus zapatos para que él no viera el caos de confusión en sus ojos.

—Te lo prometo.

Él le hizo una reverencia muy caballerosa.

—Gracias —dijo gravemente, y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Ella permaneció un rato en silencio, con todas las cosas que acababa de descubrir efervesciendo en su cabeza como champán recién vertido. ¿Cómo iba a lidiar con las nuevas y preocupantes emociones que sentía por haber perdido una relación que ni siquiera se había dado cuenta de que quería?

Que no quería.

Ella sólo quería a Daniel. Daniel era su pareja perfecta: el amable, considerado y sensible Daniel. No el incivilizado, mercurialmente apasionado y vengativo.

No, Talbot.

Mikey Talbot. El infame desaparecido conde de Abernathy.

Exhaló un suspiro de frustración. Y ¡qué exasperante era no poder compartir ese descubrimiento con nadie!

¿Dónde estaba Ella? El aire fresco y el enérgico paseo hasta casa eran exactamente lo que Verety necesitaba ahora. Necesitaba pensar.

Al ver los libros aún esparcidos por el suelo, continuó recogiéndolos y devolviéndolos a sus estantes. Cuando llegó al libro con la inscripción de la poesía de Byron, sus dedos se movieron pensativos sobre la cubierta. Y sonrió.

Había prometido no revelar a nadie los secretos de Mikey. Pero no había prometido no hacer una visita a su buena amiga, Portia. Ciertamente, la joven viuda debía de estar necesitada de compañía.

Perfecto. Ella podría vigilar a Mikey y asegurarse de que su mal genio no le llevara a la cárcel. También podría asegurarse de que no le ocurriera nada malo al capitán Beckham.

Y si, cuando Mikey volviera a verla, insistía en darle otro beso o dos, bueno, tal vez ella debería permitirlo.

Tal vez había tenido razón, y él era el hombre que debía darle lecciones en el arte de besar. Después de todo, se le daba muy bien.

Capítulo 15

Mikey había estabulado a su semental Maxim en el Lamb and Flag de St. Giles, bien lejos de los curiosos ojos de la casa de Beckham. Sólo había recorrido la mitad de la distancia hasta allí cuando se encapotó el cielo.

¡Diablos! Su abrigo con capa aún estaba húmedo de su cabalgata anterior y no le daría ninguna protección. Se vio obligado a buscar la tienda más cercana y refugiarse en su puerta.

—Le cortaré la lengua —juró Mikey a la lluvia. Ahora que su objetivo estaba a la vista, sus emociones se encendieron con los pensamientos de su inminente venganza—. Le amorataré el ojo y le romperé la nariz. Nadie querrá volver a mirarle a la cara. Mi querida y dulce Meredith, ¿a qué te ha llevado?

Su diatriba se vio sobresaltada cuando un caballero salió de la tienda, con un paquete envuelto en papel bajo el brazo.

El hombre le hizo un gesto con la mano a Mikey y miró al cielo desde debajo del ala de su elegante sombrero de castor.

—Vaya —exclamó—. No es un buen día para estar por ahí. Tengo mi paraguas, pero aun así viviría con miedo a ahogarme —esto último lo dijo riendo, pero la expresión divertida se desvaneció del rostro del hombre cuando vio la de Mikey.

—¿Nos conocemos, señor? —preguntó Mikey con suspicacia.

—No lo creo —dijo el otro con ecuanimidad—. Creo que me habría acordado de usted. Daniel Finley, a su servicio.

Hizo una reverencia y, momentáneamente aturdido, Mikey le devolvió la reverencia, derramando una cantidad de agua del ala de su sombrero.

El otro hombre rio entre dientes.

—Usted, supongo, no pensó en traer un paraguas.

—Mikey Talbot. Y, ehm, no, no lo hice —dijo Mikey sin pensar, incapaz de apartar los ojos de la cara del otro hombre. Santo Dios. El idiota, el que casi había arrancado a la voluble lady Fanny del capitán Beckham.

El mismo hombre por el que Verety Spillwell estaba dispuesta a arriesgarlo todo.

—¿Finley? Hmm. Creo que tenemos un conocido común —dijo Mikey con cuidado, muy consciente de que no era un experto en conversaciones triviales. O en sutileza, para el caso. Pero no pudo evitarlo.

—¿Nos conocemos? ¡Qué espléndido!

El amado de Verety era un caballero alegre, en cualquier caso. Debía de ser uno de sus atractivos. De repente, Mikey deseó conocerlos todos. Por qué prefería a este hombre sobre cualquier otro.

Por encima de él, por ejemplo.

—Efectivamente —se atragantó Mikey—. He conocido recientemente a la señorita Verety Spillwell.

Los ojos de Finley se abrieron de par en par.

—Un momento. ¿Ha dicho Mikey Talbot? No el desaparecido conde de Abernathy, seguramente.

¡Maldición! ¿Por qué demonios había dado su verdadero nombre? Qué idiota.

—El mismo, pero estaría en deuda con usted si se lo guardara por ahora. Aún no estoy preparado para volver al mundo en general.

Finley se dio un golpecito conspirativo en el costado de la nariz.

—No diré ni una palabra, milord. Lamenté enterarme de su tragedia familiar. Debe ser verdaderamente terrible perder a una hermana. No puedo imaginar cómo me sentiría yo mismo si perdiera a Verety.

Una hiel amarga subió a la garganta de Mikey. ¿Celos? No, por supuesto que no. Pero sentía curiosidad. Se estaba jugando su reputación para atraer a ese hombre. Lo menos que podía hacer Mikey era asegurarse de que las intenciones de Finley eran honorables.

—¿Le tiene mucho cariño? —preguntó.

—Oh, sí. Somos los mejores amigos. Crecimos juntos como vecinos cercanos. Mientras nuestros padres nos visitaban, nos entreteníamos mutuamente cuando la conversación de los adultos se volvía aburrida. Recuerdo que a ella le encantaba mirar mis libros de texto y mis dibujos, y yo solía subirla a mi poni y llevarla de un lado a otro. Pero, naturalmente, ahora las cosas han cambiado.

—¿En qué sentido?

—Se ha convertido en una jovencita como Dios manda. Se acabaron los paseos a caballito y los retozos. Eso no serviría. Tiene que pensar en encontrar pronto un marido.

Mikey se abstuvo de balbucear ante la palabra 'apropiada'. O reírse a carcajadas.

—No creo que haya ninguna dificultad en ese aspecto —ofreció.

Finley le guiñó un ojo. Mikey no estaba acostumbrado a que le guiñaran el ojo. No estaba seguro de que le gustara.

—No con su aspecto —dijo el otro hombre—. Aunque el pelo color bronce y los ojos color avellana no están precisamente de moda. Pero es una auténtica fuera de serie, ¿no?

Por supuesto que lo era. Era impresionantemente bella, y también deseable. Era una barbaridad que hubiera tenido que recurrir a tales extremos para atraer la atención de este hombre.

—Realmente no podría decirlo —objetó—. Apenas nos conocemos. ¿Tiene a alguien en mente para marido? O más bien, ¿lo tiene su padre?

Finley se rio entre dientes.

—Haría que me casara con ella si por él fuera —Mikey le lanzó una mirada aguda.

—Parece que podría oponerse.

—Por mucho que me guste el viejo -y Verety, por supuesto- sería como casarme con mi propia hermana —sin dejar de sonreír, dio un delicado estremecimiento—. De todos modos —añadió—, ella tiene una enorme dote establecida. Algún pariente lejano que hizo fortuna en la India. Así que no le faltan pretendientes tras ella.

Mikey no sabía por qué aquella información le golpeó como un puñetazo en el pecho. Sus emociones oscilaron entre una oleada de alivio imprevisto y la pura indignación.

¿Acaso el imbécil no sabía lo que Verety sentía por él? ¿Lo enamorada que estaba de aquella criatura obtusa e inmerecida?

—¿Ha tenido ofertas? —Tenía que hacer la pregunta, aunque no le gustara la respuesta.

—Muchas. Pero ella está esperando... Dios sabe qué. ¿El hombre perfecto? Como si tal cosa existiera —resopló—. Mujeres, ¿eh? ¿Cómo vamos a entenderlas?

¿Cómo, en efecto? Estaba bastante claro que Finley no había engañado a Verety. Ella había decidido sin ningún estímulo por su parte que él era el único hombre para ella. Sin embargo, como había observado el verano pasado en la fiesta en casa de su amigo el duque de Ulvercombe, los hombres preferían que fueran ellas las que corrieran y no al revés. La tenaz persecución de Marcus a su bella presa había dado sus frutos al final, aunque a veces había parecido una carrera muy reñida...

A Verety le haría más mal que bien si continuaba persiguiendo a Finley.

Mikey contempló las varas plomizas de lluvia y los carruajes que pasaban chapoteando, levantando barro de la carretera que ennegrecía los bordillos. A pesar del tiempo sombrío y del largo viaje que le esperaba con un final incierto, su corazón se animó un poco.

—¿Ve esto? —inquirió Finley, indicando el paquete que llevaba bajo el brazo—. Una docena de yardas del mejor algodón indio, estampado con capullos de rosa. Tengo intención de llevarlo a los mejores modistos y confeccionar con él un vestido para mi prometida.

Mikey se quedó helado y luego frunció el ceño.

—¿Su pretendida? ¿Puedo suponer que no es la señorita Spillwell?

—Cielos, no —dijo Finley, ligeramente horrorizado—. Aunque nuestros padres lo desearan. Ella es demasiado aburrida para mí. No, me refiero a lady Fanny Flecher.

Santo Dios. A Verety no le haría ninguna gracia oír esta noticia. Tampoco se la haría a Beckham. No es que a Mikey le importaran los sentimientos del capitán. Se merecía todo lo malo que le viniera. Pero Verety no. Ella estaría destrozada.

—¿Puedo sugerirle, señor —dijo Mikey lentamente—, que tenga cuidado en cómo le da esta noticia a la señorita Spillwell? Me temo que puede escandalizarla.

—Lo dudo. Es mi amiga, y espero que mis amigos me feliciten.

No todos, pensó Mikey. Verety había arriesgado su reputación por nada y desde luego no se alegraría por esta noticia.

—¿Se ha declarado realmente a la dama en cuestión?

—Bueno, todavía no —respondió el otro, jugueteando con el cordel de su paquete—. Mi padre está empeñado en Verety, ya ve. Muy venal por su parte. Pero lady Fanny también es rica, así que me atrevo a decir que recapacitará con el tiempo. ¿Por qué demonios cree que a Verety no le gustará el partido?

Mikey iba a tener que elegir sus palabras con mucho cuidado aquí, o Verety no volvería a dirigirle la palabra. Dijo:

—Estoy seguro de que ella mencionó a un tal señor Daniel Finley en términos bastante elogiosos. O alguien más dijo que lo había hecho.

Maldita sea. No se le daba bien disimular.

—Oh, eso —dijo Finley—. Sólo un capricho pasajero, después de la muerte de su madre. Era muy joven.

—Y sin embargo, ahora que es una mujer adulta y ha tenido varios pretendientes, ¿los ha rechazado a todos?

Una expresión de duda cruzó el rostro del hombre. Bien. Por fin estaba captando el mensaje.

—Entiendo lo que quiere decir. Supongo que es posible que aún sienta algo por mí... Pero no tiene importancia, ahora que he conocido a lady Fanny. Es un poco tempestuosa, pero tengo la esperanza de poder calmarla. Con el tiempo.

¿Y Verety no era tempestuosa? Mikey discrepó.

—Pero por supuesto, a la luz de lo que usted dice, se lo diré con tacto. A Verety, quiero decir. Supongo que no es de por aquí, milord —continuó alegremente Finley—. Escocia, ¿verdad?

Mikey hizo acopio de ingenio.

—Sí. Pero paso la mayor parte del tiempo en mis propiedades de Yorkshire. He oído -y espero que no lo tome a mal- que lady Fanny tenía alguna relación con otro caballero.

—¿Se refiere al capitán Beckham? Cierto, ella tuvo un poco de obsesión con él en una época. Es muy encantador para el bello sexo.

Mikey le dirigió una mirada desconcertada.

—Parece que no le guarda rencor.

—¿Por qué habría de hacerlo? Las reglas del juego limpio no se aplican en el amor y en la guerra, como dijo el poeta. Confío en que ella lo superará. Él nunca se casará con ella, es un hecho. Pero yo sí.

La cabeza de Mikey daba vueltas. Aquel hombre era un completo idiota. ¿Cómo podía siquiera plantearse casarse con alguien de la andrajosa reputación de lady Fanny? Sobre todo cuando ella aún sentía algo por otro hombre. Sentimientos bastante fuertes. Más de una vez, Mikey había necesitado taparse los oídos contra los sonidos de lady Fanny gritando de placer en la alcoba de Beckham. El señor Finley estaría recibiendo mercancía bien usada.

Mikey preguntó:

—¿No le preocupa eso, en absoluto?

—Supongo que sí, pero estoy muy enamorado, así que no dejaré que eso se interponga en mi camino. Debo perdonar sus pecadillos si quiero conquistarla.

Mikey sólo pudo sentir asombro ante esta peculiar actitud. Le resultaría imposible perdonar un comportamiento tan licencioso en alguien a quien amaba. Diablos, le habían molestado intensamente acciones mucho menos deplorables en una mujer que acababa de conocer.

—Tiene usted un gran corazón, señor —concluyó. Pero no pudo evitar añadir: —No quiero inmiscuirme en sus asuntos, pero me preocupa que quizá no sepa toda la verdad sobre lady Fanny.

Finley parecía un tipo bastante decente, aunque obtuso. Sería una lástima que acabara con las piernas encadenadas a una notoria falda de luces el resto de su vida.

—¿Hay algo que deba saber? —preguntó Finley.

—Sé de buena fuente —dijo Mikey—, que estuvo en casa del capitán Beckham hace muy poco. Y no creo que estuvieran tomando el té.

—Ah —dijo el otro hombre, casi filosóficamente—. Ella aún no lo ha superado. Pero lo hará, con el tiempo.

Mikey se quedó atónito.

—¿No le molesta eso?

—Por supuesto que sí. Hablaré con ella de ello, sí. Pero al final, tendré que perdonarla.

El hombre era condenadamente indulgente. O posiblemente sin carácter. La ira atravesó a Mikey. ¿Cómo había podido Verety encapricharse tanto de semejante ñoño?

—Yo no podría perdonar tan fácilmente —aventuró.

—Pero si no la perdono, sólo nos pelearemos y nos haremos desgraciados el uno al otro.

Finley se encogió de hombros y dijo:

—Apuesto a que me enfadaría un poco más si ella me pone los cuernos después de casarnos.

—¡Yo creo que sí! —coincidió Mikey. Detestaría que alguien le pusiera los cuernos; había visto el daño que eso podía hacerle a un hombre. Su antiguo amigo, Hal, lord Ansford, se había convertido en un recluso a causa del comportamiento desordenado de su difunta esposa.

Finley añadió:

—Hasta entonces, me atrevo a decir que puedo vivir con ello. Todos somos humanos y al final tenemos que llegar a un acuerdo, ¿no es así? Estar enfadado, amargado o lleno de odio desgasta bastante el cuerpo y el alma. Yo no lo recomendaría.

Mikey estaba tan desconcertado por toda aquella afirmación que no tuvo respuesta que dar.

—Creo que empieza a despejarse. ¿Va por mi camino? Podríamos compartir mi paraguas.

—No, pero gracias —respondió Mikey, tendiéndole la mano. Haciendo malabarismos con su paraguas y su paquete, Finley estrechó con él, luego levantó su paraguas y se marchó con una

reverencia y una sonrisa.

—¡No me olvidaré de guardar silencio por haberte conocido! —llamó por encima del hombro, y luego se dirigió al otro lado de la calle.

Mikey se quedó mirando tras él durante algún tiempo. Qué conversación tan extraordinaria. Qué puntos de vista tan novedosos sobre el amor y el perdón. Si él hubiera sido Finley, habría querido llamar la atención a Beckham por seguir tonteando con lady Fanny. Y también habría pensado en un castigo adecuado para la dama. Pero, ¿la habría perdonado?

Todavía dándole vueltas a la pregunta, se colocó de nuevo el húmedo sombrero en la cabeza y partió hacia lo que esperaba que fuera la última fase de su larga búsqueda.

Cuando encontrara a Meredith, junto con la prueba de que Beckham era responsable de cualquier destino que la hubiera apartado de su querida familia, no habría lugar para el perdón.

Ninguno.

Capítulo 16

Mientras otro bandazo del autocar volvía a forzar la bilis en su garganta, Verety se preguntó por qué demonios se había embarcado en esta cuestionable aventura. La lluvia reciente había hecho cráteres en las carreteras y lodazales en los arcenes. Ahora éstos se estaban secando y endureciendo hasta convertirse en superficies irregulares, de modo que cada sacudida de las ruedas le levantaba el estómago como quien hace un merengue.

Estaba incómodamente encaramada entre un anciano granjero que olía a oveja y un párroco que olía a brandy y moho. Intentar no tropezar contra sus poco atractivos armazones requería mucha concentración, y envidiaba profundamente a Ella subida en la caja, disfrutando del espacio para los codos y del aire fresco de la primavera.

Se hurgó en un hilo suelto de su guante y se recordó a sí misma que esta visita *tenía* que hacerse. Era demasiado arriesgado dejar que Mikey se ocupara solo de este asunto de Beckham. Mikey tenía un temperamento fogoso y era propenso a enfurecerse ante la menor infracción. Si todas sus funestas suposiciones resultaban ser correctas, iba a asegurarse de que Beckham estaba acabado.

Sí, sería verdaderamente despreciable que el capitán hubiera enviado a una joven inocente a la clandestinidad porque -posiblemente- la había dejado embarazada y rechazado su matrimonio. Pero, ¿merecía el horrible castigo que probablemente le infligiría el conde? ¿Y si Mikey lo mataba, aunque fuera accidentalmente? Sería una terrible pérdida de dos vidas.

Con suerte, si Mikey encontraba a Meredith en Aston Tankerville, Beckham no estaría con ella. Pero de cualquier modo, Verety necesitaba advertir al capitán de que el conde de Abernathy se estaba acercando a la verdad sobre su hermana y buscaba sangre.

¿Era realmente Beckham un hombre tan terrible? A pesar de su supuesto estilo de vida disipado, llevaba una casa ordenada, había sido aceptado en clubes respetables y contaba con muchos pares entre sus conocidos. Disfrutaba de la cultura, la poesía y la búsqueda del conocimiento. Y era muy guapo. No llamativo como Mikey, ni guapo como Daniel, pero ella odiaría verle la nariz rota por el puño de hierro del iracundo conde, o ver sus brillantes ojos amoratados y ennegrecidos por un asalto de ese oso furioso de hombre.

Hay que reconocer que también se había apresurado a acudir a Aston para apaciguar su propia culpa. Si Mikey mataba o mutilaba a Beckham, sería enteramente culpa suya. Había sido ella quien había descubierto la inscripción y le había dicho a Mikey dónde se encontraba Aston. ¿Cómo podría perdonarse a sí misma si alguno de los dos caballeros dañaba al otro?

El chirrido del carruaje se atenuó y el sonido de los cascos de los caballos sobre los adoquines llegó a sus oídos. Sonó el claxon del cochero y se produjo una notable relajación de la tensión entre los pasajeros. Habían llegado a la siguiente parada y podían descansar un poco y tomar un refrigerio.

—¡Aston! —llamó el conductor—. Paramos durante media hora, exactamente, para cambiar de caballos. Encontrará una bienvenida preparada en el Rose and Crown.

El carruaje se balanceó mientras se vaciaba gradualmente de sus pasajeros. Verety salió por fin del amontonamiento del interior, sintiéndose como una mariposa liberada de su crisálida.

Una cofia de brillantes adornos sobre una masa de rizos se balanceaba arriba y abajo entre el tumulto general de gente en el prado que precedía a la posada.

—¡Verety! ¡Por aquí! —gritó su portadora.

Verety se apresuró hacia su amiga y la abrazó alegremente, notando con placer el buen aspecto que tenía. Tras arreglar la entrega de la bolsa de Verety, pasearon cogidas del brazo hasta la casa de campo encalada de Portia, situada cerca del centro del pueblo.

—¡Me alegro tanto de que hayas venido a verme! —se entusiasmó Portia mientras hacía pasar a Verety a su pequeño salón, que daba al verde del pueblo—. Por fin una pausa en el aburrimiento. Cuánto anhelo algo emocionante, como una feria del ganso con juegos, un espectáculo de linternas ambulantes o un globo aerostático cautivo. Qué suerte tienes de poder ir a Oxford siempre que quieras.

Verety recibió agradecida una taza de té.

—Entonces debes venir y quedarte conmigo un día no muy lejano. Pero déjame decirte —añadió, sintiendo que se le erizaban los pelos de la nuca—, que puede que la emoción ya haya llegado a Aston.

Los ojos de Portia brillaron.

—Por favor , cuéntamelo.

—No puedo revelarlo todo, ya que he prometido no hacerlo. Pero he venido aquí con la esperanza de salvar la vida de alguien. Y el honor de otra persona.

Portia dio una palmada.

—¡Una aventura con mucho en juego! Por favor, ¡dime que no va a ser peligrosa!

—No te preocupes. Creo que puedo prevalecer.

A ella le gustaba a Mikey. Verety sabía que él nunca le haría daño. Pero no estaba tan segura de que no cumpliera sus amenazas de herir gravemente al capitán Beckham. Rezaba por poder hacer que Mikey entrara en razón, pero su propia seguridad era lo último que le preocupaba. No, era otra cosa totalmente distinta...

—¿Ha venido recientemente al pueblo alguna persona importante? —preguntó—. ¿Un caballero de complexión poderosa en los últimos días? ¿O una dama, hace unos seis meses? ¿O incluso un hombre que parece un ángel de cabellos dorados?

Portia se inclinó hacia delante con entusiasmo.

—¡Con qué gente tan interesante parece que te has estado relacionando! Pero ninguno de ellos suena como tu amado señor Finley. ¿Está él excluido de esta aventura?

Verety retrocedió bruscamente ante el recordatorio.

—Es mejor que no sepa nada de esto.

Los ojos de Portia se abrieron de par en par.

—Dos caballeros implicados, ninguno de los cuales es Daniel. Qué intrigante.

—No, no es nada de eso —dijo Verety rápidamente. Quizá demasiado deprisa, porque la mirada de Portia se agudizó. No te ruborices, se dijo Verety con firmeza. Mikey -lord Abernathy- no significaba nada para ella. Sus besos sólo habían sido... una breve distracción. Y ella *no* le permitiría que volviera a tomarse tales libertades.

Ella no amaba a nadie más que a Daniel. Y eso era todo.

—Entonces, ¿cómo podría conocer a este caballero de poderosa constitución? —preguntó Portia—. ¿Aparte de esa descripción?

—Se parece a Hércules. O como me imagino que podría ser Hércules. Una torre de fuerza, tendones y músculos... —Verety se interrumpió y miró por la ventana, con la imagen de su apuesto rostro frente a ella, recordando el calor abrasador de su último beso. Su aliento se condensó en una nube de vaho caliente en el cristal de la ventana.

—Continúa —le incitó suavemente su amiga—. ¿Tiene nombre este semidiós?

Verety se obligó a volver al presente.

—No estoy en libertad de decirlo.

—¡Qué fastidio! ¿Es guapo? ¿Moreno o rubio?

Ella sonrió.

—Es de aspecto llamativo, de una forma muy masculina, con el pelo oscuro, ojos castaños profundos y largas pestañas.

Portia le dirigió una mirada penetrante.

—Parece espléndido. Ya estoy medio enamorada de él.

Verety resopló.

—No lo estés. Es irascible, entrometido, temperamental y completamente molesto. Pero la cuestión es, ¿le has visto?.

Portia sonrió.

—Lamentablemente, no.

Fuera, el estridente sonido de la bocina del cochero llamó a filas a los viajeros que quedaban.

Portia levantó la vista y preguntó:

—¿Habrá venido a caballo o en carruaje? Suelo asomarme cuando pasan, pero como la carretera está en el lado opuesto del prado, no siempre puedo distinguir mucho. Si viniera a caballo, quizá no me habría fijado en él. Pero si está aquí, se alojará en el Rose and Crown. A menos que sea un personaje muy importante, en cuyo caso probablemente se alojaría con alguno de la aristocracia local.

Era evidente que Portia estaba buscando información. Para desviarla, y evitar su propio sonrojo, Verety preguntó:

—¿Ha llegado últimamente algún nuevo inquilino al pueblo?

—¿Hace cuánto?

—En los últimos seis meses. Se trataría de una joven.

—¿Se me permite saber su nombre? —preguntó Portia esperanzada.

Verety sonrió.

—Mejor que no. Eres demasiado buena resolviendo rompecabezas —Portia suspiró—. ¡Esto es lo más exasperante que me has hecho nunca, Verety Spillwell! —Hizo una mueca—. Y sé con certeza que no has venido a verme. Sólo me estás utilizando como un lugar donde quedarte mientras persigues tu aventura.

Verety cogió la mano de su amiga, atónita.

—¡No! Ésa es sólo una pequeña parte de mis razones, créeme. Echo tanto de menos tener a alguien en quien confiar. Mi prima, Rachel, está completamente enfrascada en sus libros y sus estudios, y yo desde luego no puedo hablar con papá de... bueno, de nada que no sea el tiempo. Te prometo que en cuanto tenga permiso te contaré todo lo que sepa. Y si hay alguna aventura que vivir, estarás incluida en ella.

Esto pareció apaciguar un poco a su amiga, que sonrió y luego reflexionó un momento.

—Bueno, hay una anciana que ha cogido una casita en la carretera de Kenville. Está justo en el límite del pueblo. No viene a Aston para nada, pero un criado bien vestido aparece esporádicamente y le hace recados.

Desanimada, Verety dijo:

—No, no se trataría de una anciana.

Mikey estaría muy decepcionado. Pero al menos la piel de Beckham permanecería entera durante un tiempo más.

Dejó la taza en el suelo y dio un gentil estirón. Su amiga le dijo enseguida:

—Debes de estar agarrotada por el viaje. ¿Qué tal un paseo por el pueblo? Podemos preguntar por la gente que buscas.

Parecía una idea espléndida. Aunque la perspectiva de volver a encontrarse con Mikey tan pronto causó algo extraño en su interior.

Y definitivamente, se dijo a sí misma con firmeza, *no* habría besos de por medio.

Capítulo 17

Mikey estaba sentado con furia en un mugriento colchón lleno de paja encima de una estrecha estantería de madera. Algo se había arrastrado fuera de la ropa de cama y le había mordido varias veces antes de que lo encontrara y lo aplastara. Ahora le picaba la cabeza, así como las piernas, los brazos y el torso, pero le resultaba sumamente difícil rascarse donde debía, debido a los grilletes que le sujetaban el brazo y el tobillo derechos a la pared.

Apretó la mandíbula mientras contemplaba un pequeño cuadrado de cielo azul, a través de las rejas, era todo lo que podía ver del mundo exterior. Sin las cadenas, habría podido asomarse, ver cómo era su entorno a la luz del día. No es que importara. El maldito pueblo podía irse a la horca, y toda la gente que había en él también, por lo que a él le importaba. Para una persona de su estatus, ser tan maltratado, ser arrojado a esta miserable celda durante veinticuatro horas completas sin esperanza de liberación, era el colmo de los colmos.

Cuando por fin saliera, colgaría a ese odioso alguacil de la torre de la iglesia por los cordones de sus botas. Golpearía las cabezas de los hombres que le habían arrojado a esta celda hasta que olvidaran sus propios nombres, y enviaría a una cuadrilla de canteros para que desmantelaran este espantoso encierro, piedra a piedra, y luego romperían las piedras y las utilizarían para rellenar baches. Eso demostraría al mundo exactamente lo que pensaba del maldito Aston Tankerville, de sus residentes y de la maldita Casa Ciega en el prado. El alguacil de la parroquia, un zoquete bien alimentado con multitud de llaves tintineando sobre su persona, le había traído a Mikey un pan rancio y un poco de cerveza hacía una hora. El hombre se había parado justo fuera de su alcance y le había echado la bronca por no ser capaz de controlar su temperamento y por causar daños a la propiedad ajena.

¿A él? ¿No controlar su temperamento? ¡Claro que podía! ¿Acaso la existencia continuada de Terence Beckham en forma inalterada no era prueba de su autocontrol? Además, Mikey podía pagar fácilmente la maldita bisagra dañada de la puerta.

En retrospectiva, había sido un error no cambiarse el atuendo de criado antes de emprender el viaje. Los aldeanos de medio pelo, al verle sobre un caballo superior, sospecharon de inmediato que debía de habérselo robado a su amo. Ahora su fiel y agotado corcel estaba en un establo en la parte trasera de la posada, vigilado por un muchacho que no distinguía su menudillo de su frente. Si Maxim sufría algún daño, Mikey no sería responsable de sus actos.

Maldito sea el posadero, pidiendo ver el color de su moneda antes de ofrecerle la hospitalidad del Rose and Crown. Eso, junto con todas las caras hostiles, cuando ya se sentía díscolo después de su agotadora cabalgata, había sido la gota que colmó el vaso.

Cogiendo el pan arenoso que tenía en la mano izquierda, dio un mordisco desganado y se sentó de nuevo en la fría y dura tabla de una cama, mirando fijamente a través de los barrotes la burlona mancha azul.

Más allá de las paredes curvas y la cúpula de su cárcel, la vida del pueblo continuaba. Había oído llegar un carruaje, vaciarse, llenarse y volver a marcharse. Había oído los pesados cascos de los caballos que tiraban de los carromatos, el chirrido de las grajillas y el *clac, clac, clac* de las alas de las palomas. Ahora podía oír suaves voces femeninas, cada vez más fuertes a medida que se acercaban.

—Tengo entendido que un pobre desgraciado fue arrojado anoche a la Casa Ciega —dijo una mujer.

Mikey rechinó los dientes. Sí. Sería él. No le gustaba que le llamaran pobre desgraciado.

—¿Sucede a menudo? —inquirió la otra mujer.

—No muy a menudo. Normalmente se les deja marchar al día siguiente. Se supone que han aprendido la lección... o que se les ha pasado la borrachera. Está la picota para los reincidentes, por supuesto —respondió la primera voz.

—¡Qué horror! —exclamó la segunda.

Las orejas de Mikey se aguzaron. Aquella voz. ¿La había oído antes?

—Aquiles Marsh, nuestro alguacil, es meticuloso en el cumplimiento de sus deberes.

Posee un juego completo de la Ley Parroquial y puede citar capítulo y versículo —Mikey frunció el ceño, distraído por el nombre de su perseguidor. *Aquiles Marsh*.

Recordaría ese nombre.

—Si te pones sobre esta piedra de aquí, podrás asomarte —informó la primera mujer a su compañera.

—Cielos, no. No deseo deleitarme con la desgracia de un extraño.

Mikey se sintió como si le hubiera alcanzado un rayo. Sí que conocía esa voz. Demasiado bien.

Se levantó de un salto y se acercó a los barrotes tanto como se lo permitieron sus cadenas.

—¿Señorita Spillwell? Estoy *bastante* seguro de que le ordené que se fuera a casa y se mantuviera alejada de problemas —la llamó.

Se oyó un ruido estrangulado procedente del exterior y luego, tras una serie de forcejeos, una cabeza con bonete apareció silueteada contra el cielo.

—¿Mi... ehm, Mikey? ¿Eres realmente tú?

Exclamó:

—Señorita Spillwell. ¿Qué está haciendo aquí?

Como si no lo supiera.

Tras una pausa cargada de culpa, dijo:

—Vengo a visitar a mi amiga, la señora Fiennes. Creo haber mencionado que vive en Aston.

Se sintió orgulloso de cómo mantenía la compostura. Él podía controlarlo.

—¿Viajó sola?

—Vine con mi criada, Ella. No con Beckham, si es eso lo que preguntas —dijo ella, con evidente afrenta.

Oyó que la primera voz preguntaba:

—¿Es ésta una de las personas por las que preguntabas? —Una segunda sombra oscureció la abertura—. ¡Buenas tardes!

Mikey gimió para sus adentros. Como si no fuera bastante malo para Verety verle en esta mortificante situación.

Ambas cabezas desaparecieron en medio de una discusión amortiguada. Las cadenas de Mikey tintineaban consternadamente mientras se restregaba la cara con las manos. ¿Podría empeorar este día?

La voz de Verety volvió a sonar cuando su cabeza reapareció.

—¿Qué has hecho para merecer su encarcelamiento, Mikey?

—¡Nada! Es una completa farsa, una parodia de la justicia. El casero de la posada fue grosero conmigo, así que decidí seguir adelante, y cerré la puerta de un portazo demasiado enérgico, sin esperar ni por un momento romper sus goznes. Debían de ser inferiores, o ya estaban dañados. El casero está siendo innecesariamente vengativo.

Verety soltó un bufido poco femenino.

—Qué bien hablas. ¿No es venganza exactamente lo que quieres?

¿No sentía compasión por su insostenible situación? Obviamente no. La mujer necesitaba un buen... Quería un profundo...

Apretó los labios en una línea dura. ¡Maldita sea! No pensaría en eso ahora.

Cuando él no respondió, ella dijo suavemente:

—¿Se ha descubierto tu verdadera identidad?

—Desde luego que no —se las arregló.

—Me temo que si no estás preparado para utilizar tu influencia, no tendrás más remedio que servir el resto de tu tiempo.

—¿Traer el deshonor a mi familia revelando mi nombre? ¿Qué dirían en la ciudad si se enteraran de este enloquecedor malentendido?

Ella ladeó la cabeza y le miró de forma desconcertante.

—¿Supongo que consideras honorable espiar a otro caballero en su propia casa?

Sus cadenas traquetearon y sonaron con su agitación.

—Estás disfrutando con esto, ¿verdad? Ahora que no puedo alcanzarte para callar esa boca tuya.

Por la sacudida de su cabeza, él pudo darse cuenta de que ella sabía exactamente lo que él quería decir. Entonces ella le levantó la barbilla y dijo con firmeza:

—No te tengo miedo. De todos modos, la señora Fiennes me informa de que no es propio del alguacil encarcelar a alguien por el mero hecho de romper una puerta. ¿Hay algo más que desees divulgar?

Ella ya lo sabía, la muy desgraciada. Él podía oírlo en su tono. Oh, cuando volviera a ponerle las manos encima…

—Si te lo digo —dijo—, ¿me sacarás de este maldito lugar?

La cabeza de ella se inclinó hacia el otro lado.

—Lo pensaré. Pero te pediría que cuides tu lenguaje cuando hables con una dama.

—Vas a lamentar tus burlas —murmuró. En cuanto saliera de aquí, se lo haría pagar. Y pagar. Y pagar. En la más placentera de forma de condenación—. Bien —espetó—. Lamento haber... perdido un poco más los estribos cuando se me acusó injustamente de romper la puerta.

Ella frunció sus tentadores labios.

—¿Un *poco* más?

Se apretó la mano contra la frente.

—Alguien salió corriendo de la posada y me atacó por la espalda. Giré en redondo y alcancé al hombre en la cara con el puño.

Inhaló bruscamente. Mikey esperaba que fuera simpatía por su desventura, no una risa a su costa.

—Entonces, ¿te acusaron de agresión?

—Como mínimo, estoy seguro. Tuve la gran desgracia de golpear al alguacil de este desdichado lugar. Aunque, obviamente, fue en defensa propia.

Hubo una pausa. Verety dijo al fin:

—Has sido muy desacertado en tus acciones, señor. Me sorprende que hayas tenido el descaro de criticar las mías cuando está tan claro que tú no eres ningún ángel. Nunca he golpeado a nadie, ni accidentalmente ni a propósito, ni he roto una puerta.

—Qué suerte la tuya.

—Yo lo llamaría buena crianza y la capacidad de controlar mi temperamento —¿Habían vuelto a eso?

—Ten cuidado de no burlarte demasiado de mí —dijo, con voz oscura de advertencia—. Al final saldré de aquí. Y cuando lo haga, recordaré tu impertinente boca —la idea de besarla sin sentido y administrarle otros castigos más perversos era una tortura exquisita—. ¿Qué diría de eso tu querido señor Finley?

Su amenaza fue recibida con un silencio tan pesado que temió haber ido demasiado lejos. Tanto con ella como en su propia imaginación. Aparte de sentir una gran puñalada de culpabilidad por invocar el nombre de un hombre que sabía a ciencia cierta que no le importaría que Mikey la besara diez veces delante de toda la tonelada.

—Señorita Spillwell —la llamó—. Lo siento. ¿Quieres hablar conmigo, por favor?

Una discusión muda estalló justo debajo de la pequeña ventana enrejada de la celda. Minuto tras minuto, y él siguió esperando, hasta que las voces enmudecieron ominosamente y los pasos silenciosos se retiraron.

Toda la rabia lo inundó y se desplomó de nuevo sobre el colchón infestado de piojos. Maldita sea.

Sin duda acababa de arruinar su única oportunidad de salir de aquí sin revelar su verdadera identidad y sin que el mundo entero se enterara del escandaloso secreto de su familia.

Por no hablar de hacer imposible su propio secreto, más personal y escandaloso: su insaciable deseo de poseer a la exasperante mujer que acababa dejarle a su merced.

Capítulo 18

De repente, la luz del sol se cortó cuando, una vez más, una cabeza asomó por debajo de la ventana enrejada, sumiendo la celda de Mikey en una oscuridad estigia.

Levantó la mirada, la esperanza surgiendo a través de él. ¿Había vuelto Verety?

—Haremos lo que podamos para que te liberen rápidamente —dijo la única voz que realmente podía conmover su alma—. Portia conoce bien al alguacil, así que intentaremos convencerle.

Mikey se puso en pie de un salto.

—¡Gracias! Estaré para siempre en deuda con ambas.

—Sin embargo, hay… —añadió Verety en tono severo—, condiciones.

¿Por qué no se sorprendió?

—Dímelas.

—Primero, debes decirle al alguacil quién eres. Me han dicho que se puede confiar en su discreción. Segundo, debes jurar que no atacarás a Beckham, incluso si es culpable de arruinar a tu hermana e incendiar la casa de tu tía como crees. Seguramente, el fuego nunca tuvo la intención de ser tan peligroso. No le creo capaz de tal crueldad deliberada. Tercero, debes prometerme, por tu vida, que no dirás nada a nadie sobre mis... lecciones con él.

Se le retorció el corazón. Lo último no hacía falta decirlo. ¿Pero no vengarse de Beckham? ¿Por qué seguía defendiendo a ese libertino, el hombre que arruinó la vida de Meredith, junto con la de incontables inocentes?

—Señorita Spillwell —dijo—, puedo aceptar algunas de tus condiciones. La única de la que no puedo estar seguro concierne a Beckham. No tienes hermanos o hermanas, ¿verdad?

—No los tengo.

—Entonces no puedes comprender el amor que un hermano puede sentir por su hermana. Tal vez no de niños, pero sí una vez crecidos. Cualquiera que asesta un golpe a un hermano se convierte en enemigo.

Silencio de nuevo. Esperaba que ella empezara a comprender su posición. Necesitaba que ella le entendiera, y lo mucho que su hermana significaba para él.

—Supongo que un conde puede ser más protector con una hermana que la mayoría —aventuró Verety.

—Sobre todo cuando se trata de su reputación —añadió.

—¿Más preocupado que ella misma?

La furia lo invadió. Abrió la boca para expresar una aguda réplica, pero volvió a cerrarla. No se atrevía a decir lo que pensaba. Estaba demasiado furioso. *¿Se* atrevía a culpar a la dulce Meredith de lo que había ocurrido, en lugar de a Beckham?

Encontraría la forma de convencerla para que le permitiera igualar las cuentas con el canalla. Pero por ahora, debía acceder a lo que ella exigiera, por mucho que le irritara.

—No tenía ni idea de que Meredith estuviera... liada con un hombre —dijo Mikey, intentando mantener un tono uniforme—. Sólo el amor más profundo -o el engaño- habría dado lugar a semejante comportamiento. Nunca podría haber esperado que una relación así transcurriera sin mi conocimiento.

—No me imagino a una hermana inocente deseando revelarle sus sentimientos más íntimos. Puedes ser algo... formidable —dijo Verety.

Eso le dolió. Porque, obviamente, debía de ser cierto.

—Señorita Spillwell —espetó a la defensiva—, está claro que no tienes una opinión muy buena de mí. Pero el hecho es que ninguno de nosotros descubrirá lo que no ocurrió entre Beckham y mi hermana mientras yo esté atrapado en este apestoso agujero infernal. Ten piedad de mí, por favor, antes de que me coman vivo las chinches, las pulgas y la frustración.

Pudo distinguir vagamente su rostro contra el brillante cuadrado del cielo. Se estaba mordiendo el labio, decidida. Eso no le gustó. Ella tenía una boca encantadora, que no merecía tal trato... de nadie más que de él.

—Me vi obligada a decirle a Portia quién eres en realidad —confesó Verety—. Quiere saber qué harás cuando te pongan en libertad.

—¿Aparte de sacudirte hasta que tu cabeza se tambalee? ¿O besarte hasta dejarte sin sentido? —gruñó, sotto voce. Se aclaró la garganta y, con voz más alta, dijo: —Buscaré alojamiento.

—¿En el Rose and Crown? Seguro que si te ofreces a pagar los daños...

—Unos caballos salvajes no podrían arrastrarme de vuelta a través de esa puerta —dijo enfáticamente—. Aunque, tendré que volver al patio a por Maxim y mis alforjas. A menos que ya las hayan robado todas, lo que no me sorprendería.

Hubo más conversaciones susurradas entre Verety y la invisible señora Fiennes.

—Portia te invita a quedarse con nosotros.

Miró con recelo la silueta de Verety. Inseguro de si la experiencia sería un placer o un purgatorio...

—Qué amable por su parte —consiguió, ahogando algunas vívidas imaginaciones.

—Iremos a buscar tus cosas. Tendrás tu propia habitación. Ella puede dormir en la mía.

Lo que significaba ninguna posibilidad de tenerla para él solo. Lo cual, al menos por su bien, era probablemente mejor...

Aunque, él no era Beckham, a pesar de las exigencias de su cuerpo.

Nunca tomaría lo que no se le ofreciera libremente.

—Le agradezco su amable consideración —dijo, esforzándose por sonar cortés.

—Veo que por fin has recordado tus modales. Por favor, continúa haciéndolo una vez que sea liberado.

Respiró hondo y contó hasta diez.

—Me esforzaré por complacer.

—Muy bien. Haremos lo que podamos para liberarte. ¿Podemos traerte algo mientras tanto, algo que puedas empujar a través de los barrotes?

—No te molestes. Sin duda caería al suelo justo fuera de tu alcance.

A pesar de su total y absoluta frustración por todos los aspectos de su vida en ese momento, se decidió en ese instante a que, dondequiera que tuviera influencia, se encargaría de que los prisioneros no tuvieran que llevar cadenas. O si era absolutamente necesario, que sólo les ataran un pie o una mano, pero no ambos. También se alisarían cuidadosamente los bordes ásperos de los grilletes para que no rozaran. Y la paja de los colchones se cambiaría con regularidad y se les proporcionaría material para lavarse.

—Hablaremos con el señor Marsh —dijo Verety—, y volveremos contigo directamente.

—¿Antes del anochecer? —No quería quedarse atrapado en este sitio infestado de ratas después del anochecer.

—Mucho antes del anochecer. Adiós.

—Adiós —respondió mientras la cabeza se retiraba, dejándole de nuevo con su trozo de cielo y su soledad.

No podía creer que ella le hubiera prohibido castigar a Beckham. Probablemente también le obligaría a disculparse con ese gruñón de alguacil. ¡Maldita Verety Spillwell y sus exasperantes nociones del perdón! Ella no tenía la menor idea del honor familiar. ¡Maldita fuera también su hipocresía! Se había comportado de forma totalmente escandalosa, pero sobre eso no tenía nada que decir.

Cuando fuera libre, tendría que señalarle ese pequeño error de juicio.

De un modo u otro.

Capítulo 19

El agente Aquiles Marsh fue finalmente rastreado hasta la posada Rose and Crown y conducido desde allí a la cocina de Portia. Sin embargo, a Verety le costó bastante más de lo esperado convencerle de que liberara al conde de Abernathy. El buen hombre había insistido en beberse una botella entera de vino de saúco y comerse un cuarto de panceta antes de consentir en considerar cualquier circunstancia atenuante.

Afortunadamente, se había enterado del espantoso incendio de Oxford que se creía que se había cobrado la vida de lady Meredith, y estaba intrigado por averiguar dónde se había estado escondiendo el conde todo este tiempo. Sin embargo, Verety no podía divulgar esa información sin arriesgarse a sacar a la luz sus propias fechorías.

Miró por la ventana y se dio cuenta de que el cielo se había oscurecido mucho.

—Señor Marsh, ¿cree que se le podría permitir a lord Abernathy su libertad ahora? El crepúsculo ya está sobre nosotros.

Las manos de Portia volaron dramáticamente a sus mejillas.

—Oh, Dios mío, no tenía ni idea de que hubiéramos estado conversando tanto tiempo. El desafortunado debe estar congelándose. Iré corriendo a poner un caldero en el fuego para que tenga agua caliente para lavarse si quiere.

Pero el señor Marsh no estaba para prisas. Volvió a colocarse el sombrero en la cabeza, se pasó una manga por los botones, probó el peso de su bastón, hizo tintinear oficiosamente sus llaves e inclinó su copa para asegurarse de que había escurrido hasta el último poso de vino de saúco antes de levantarse por fin para dirigirse a la cárcel.

Verety se mordió el labio mientras la pequeña procesión se dirigía solemnemente por el prado hacia donde la oscura cúpula de la Casa Ciega se recortaba contra un atardecer rosado que se desvanecía. No estaba preocupada por Mikey -en serio, no lo estaba-, sólo le repugnaba que Portia fuera la destinataria de su enfado porque hubieran tardado tanto en conseguir su libertad.

El alguacil apoyó su bastón en la pared de piedra caliza y abrió la puerta de la celda con una floritura.

—Estas damas han conseguido su pronta liberación, milord —anunció magistralmente.

Se hizo el silencio.

Verety avanzó hasta la puerta abierta y se agarró al dintel.

—¿Mikey? ¿Lord Abernathy? ¿Pasa algo?

—Yo diría que sí —fue la respuesta, claramente pronunciada a través de unos dientes apretados con la mayor de las furias.

—Siento que nos haya llevado un poco más de tiempo organizarlo de lo que habíamos planeado, pero aun así saldrás varias horas antes.

—¿No podrías, supongo, haber regresado antes de la salida masiva de clientes de ese agujero infernal al que dudo en conceder el título de posada?

Verety ladeó la cabeza. ¿Por qué iba a importar eso? Se acercó y el alguacil entró detrás de ella, colgando su linterna de un gancho de la pared.

—¿Qué es ese olor? —preguntó con una mueca. Había un olor distinto en la cámara, que le recordaba a las toscas posadas en las que se había detenido en el viaje a Aston. Al avanzar, sus pies encontraron humedad pegajosa en el suelo de lajas.

Amaneció una terrible comprensión.

—¡Oh, no, no lo hicieron!

—Oh sí, lo hicieron. Y parece que tienen bastante experiencia en ello.

Se volvió hacia el alguacil, que se afanaba en encontrar la llave correcta para los grilletes.

—¡Señor Marsh! ¿Por qué han asaltado al conde de Abernathy de esta forma tan bárbara?

—Espero que mantenga la calma, milord —aconsejó el alguacil—. No encontrará a los culpables. Todos se han ido a casa a cenar.

—¿Qué ocurre? —Portia revoloteaba fuera, entusiasmada por conocer a su primer conde, sin duda decepcionada porque no estaba saltando de muy buen humor, encantado de haber sido liberado.

—Los aldeanos han estado arrojando cerveza rancia a través de los barrotes —explicó Verety, alejándose del desaliñado y furioso Mikey—. Al menos, espero que fuera eso y nada peor.

—¡Oh, cielos! Qué paganos son. Volveré corriendo y empezaré a llenar la bañera.

—Se lo agradecería mucho —respondió Mikey, cada palabra rechinaba como un cuchillo sobre una muela. Por fin se le cayeron las esposas y se puso en pie.

Con toda la apariencia del aristócrata que era, pareció crecer claramente más alto y más grande a medida que se acercaba a la puerta de su prisión.

En ese breve instante, mientras Verety esperaba a que explotara, sintió una considerable admiración por Aquiles Marsh. El alguacil dio un paso atrás, pero sólo para dejar espacio a su prisionero, luego se mantuvo firme, se quitó el sombrero e hizo una breve reverencia.

—Milord —dijo—, es usted libre de irse.

A la luz vacilante del farol y de los últimos rescoldos del día, el rostro de lord Abernathy -pues no se trataba de Mikey, sino del conde en todo su rango y gloria- tenía un aspecto positivamente demoníaco. Miró fijamente a Marsh, que aguardaba impasible. Luego trasladó su mirada a Verety.

Ella bajó la mirada avergonzada, sin estar acostumbrada a experimentar toda la fuerza de aquel hombre poderoso dirigida directamente hacia ella.

Aunque el conde permanecía en un silencio sepulcral, ella intuía que estaba tramando su venganza y estaba bastante segura de que el peso de su ira caería sobre ella.

Y lo peor era que pensar en eso no la aterrorizaba. La emocionaba.

Porque siempre que se enfadaba con ella, parecía acabar besándola.

—Gr…gracias, alguacil. Ha sido usted muy u…útil —balbuceó Verety, desterrando rápidamente las ansias no deseadas de su cuerpo— ¿Cree que alguien de la posada podría enviar las pertenencias del conde a la casa de campo de Portia? Quiero decir, las pertenencias del señor Hastings , ya que ese es el nombre por el que se le conoce.

—Señorita, ¿está segura de que desea dar alojamiento al caballero? Siempre podría probar en Kenville Manor si quiere estar con los suyos.

—Bastante segura —se volvió hacia Mikey—. Y tengo algunas noticias para ti —le dijo alegremente, con la esperanza de desviar sus crecientes emociones—. Una misteriosa dama vino a vivir al pueblo más o menos cuando desapareció tu hermana—. No necesitaba saber que era una anciana. Verety siempre podría alegar ignorancia más tarde.

Su muñeca fue agarrada con fuerza. El alguacil dio un golpecito con su bastón en señal de advertencia. Tras una pausa significativa, Mikey retiró la mano de ella.

—Preferiría no hablar aquí, señorita Spillwell. Si pudiera llevarme a casa de su amiga, donde podría lavarme esta inmundicia, le estaría muy agradecido.

Los latidos de su corazón se duplicaron.

—Sí, por supuesto —dijo.

Y rezó fervientemente para no estar cometiendo el error de juicio más monumental de su vida.

Capítulo 20

Al llegar a casa de Portia, el conde de Abernathy evitó la cena con fría cortesía y subió a bañarse. Verety sólo podía esperar que, una vez que se hubiera lavado el olor a cerveza rancia, abandonara la muestra de escalofriante cortesía y volviera con ellas de un humor más amistoso.

—Debo decir —dijo Portia en cuanto estuvo fuera de su alcance—, que estoy un poco decepcionada con los modales de tu amigo. Está muy distante.

—Mikey sopla caliente o frío. No hay término medio con él. Y dudaría en llamarle mi amigo. No hace más que reñirme.

—Tal vez se comportan de manera diferente en Escocia —sugirió Portia.

—Abernathy es tan inglés como tú o como yo, a pesar de su afirmación de que odia el sur.

Verety había estado leyendo sobre su pedigrí durante el viaje a Aston, como una forma de pasar el tiempo. Desde luego, era impresionante.

—Se habló mucho de él en los periódicos después de que desapareciera —dijo Portia, sacando una maltrecha cantimplora de cubiertos de un cajón—. Tiene tierras tanto en Yorkshire como en Escocia. Gant's Ridge, creo que se llama la finca de Yorkshire.

Verety parpadeó y se llevó la mano a la frente con cegadora comprensión.

—¡Soy tan tonta! Gant's Ridge, Hastings... debería haberme dado cuenta.

—Ah, su alias —Portia asintió y luego preguntó cuidadosamente:— ¿Sabe el señor Finley de tu conexión con el conde de Abernathy?

—Por supuesto que no —ella misma no lo había sabido hasta hacía un par de días.

—¿Por qué no? ¿No le pondría celoso? Si lo estuviera, no podría hacer ningún daño a su causa.

En efecto, Verety estaba deseando contarle a Daniel que conocía al conde de Abernathy. Bien conocido. Tan pronto como ese granuja vengativo e ingrato de arriba dejara de jugar al espía y volviera a ocupar el lugar que le correspondía en la sociedad.

—Lo intentaré, por supuesto —dijo, algo descorazonada—. Pero necesito conseguir que Daniel piense en mí como algo más que una amiga fraternal antes de tener la más mínima esperanza de ponerle celoso.

—¿Más de esas escandalosas lecciones de las que me hablaste en tu carta? ¡Realmente eres demasiado escandalosa! ¿Y si te hubieran descubierto?

—Empiezo a ver lo tonta que fui. Supongo que necesitaba darme cuenta por mí misma, en

lugar de que un hombre autoritario, controlador y exasperante como Mikey me lo señalara.

—¿Mikey? —dijo su amiga arqueando las cejas.

Verety puso los ojos en blanco.

—Le conocí como criado. No busques nada en ello.

—¿Por qué no? Creo que le gustas. Y es muy guapo.

—¿Incluso cuando está cubierto de cerveza rancia?

—Me gusta bastante su aspecto desaliñado. Tiene unos ojos marrones impresionantes con unas pestañas deliciosamente largas y unas cejas impresionantes. ¡Y su boca! Aunque lúgubre en este momento, está bellamente esculpida. Sería encantador besarle, estoy segura.

Las mejillas de Verety se encendieron, recordando lo encantador...

—¿Tiene buenos dientes? —continuó Portia.

—Aún no le he visto sonreír. Realmente no sabría decirlo —sintiéndose aún desesperadamente cohibida, Verety levantó los ojos al techo al oír un ruido peculiar—. ¿Qué es eso?

Una mancha oscura se extendía lentamente por el yeso picado.

Portia exclamó horrorizada:

—¡Santo cielo, debe de ser agua de su bañera! Debes subir inmediatamente —ordenó—, y decirle que deje de chapotear de inmediato.

Verety se resistió.

—Eso sería de lo más impropio. Ve tú.

Portia hizo una mueca.

—Acabo de conocer al conde. Envía a Ella si no quieres hacerlo.

—Pero está a punto de servir la cena —señaló Verety—. Oh, muy bien, aporrearé fuerte la puerta. Pero no entraré a fregar el desorden. Tendrá que hacerlo él mismo.

—¡Dile que detenga la inundación antes de que todo el techo caiga sobre nuestras cabezas!

Verety subió a toda prisa las estrechas escaleras y se plantó ante la puerta, con el corazón latiéndole furiosamente. Llamó a la puerta.

No hubo respuesta, sólo un buen chapoteo.

Volvió a llamar, tan fuerte como sus nudillos pudieron soportar.

Seguía sin obtener respuesta. Apretando los dientes, abrió la puerta y se quedó de pie en el umbral, con los ojos firmemente cerrados y desviados.

—¿Milord? ¡Mikey!

El chapoteo cesó, al igual que el extraño zumbido procedente de la dirección de la bañera.

—¿Verety? ¿Qué demonios? —preguntó, claramente asombrado por la intrusión.

Con los ojos aún cerrados, señaló al suelo.

—Deja de chapotear de una vez. Estás estropeando el techo de abajo.

Hubo una pausa acuosa. Luego dijo:

—Lo siento mucho. No me había dado cuenta. Pero por Dios, mujer. ¿En qué demonios estás pensando al entrar en una habitación donde sabes que se encuentra un hombre desnudo? ¿Acaso Beckham ha arruinado tu sensibilidad por completo?

La irritación la atravesó.

—¿Tienes que meterlo en todas las conversaciones? No puedes dejarlo estar, ¿verdad? Estás obsesionada con el hombre.

Dijo, más tranquilamente:

—¿Quizás has venido esperando otra de tus indecentes lecciones? De mí, esta vez.

Ella se tapó los ojos con la mano por si sentía la tentación de espiar y espetó:

—No habría necesitado entrar si hubieras contestado a mi llamada.

—No te oí. Debía de estar rociándome la cabeza.

—O cantando. ¿Era canto lo que oí?

—Puede que lo fuera... —respondió, sonando desconcertado—. Siempre canto en el baño. Ahora, sobre esta inundación...

Hubo un sonido de buches, seguido de un ruido acuoso de succión. Debía de estar de pie.

Ella no debía mirar. De verdad que no debía. ¡Ella no miraría!

—Me vestiré —dijo—, y puedes hacer subir a un criado.

Afortunadamente, el hombre era insufrible.

—¿Qué criado? —preguntó irritada—. Ella está haciendo la cena. Portia no es una sirvienta, ni yo tampoco.

Se oyó un golpe húmedo, seguido de otro.

—Ya puedes abrir los ojos —dijo—. Estoy decente.

De mala gana, retiró la mano.

E hizo todo lo posible por no mirar. Sin éxito.

Defina decente, se preguntó.

¡Gran Juno! El conde de Abernathy tenía realmente el cuerpo de un joven Hércules. Su forma proclamaba una masculinidad y una fuerza que ella nunca había esperado ver encarnadas en un hombre de carne y hueso. Desde luego, Daniel no tendría ese aspecto sin ropa, aunque ella se lo había imaginado de forma bastante creativa.

Un Mikey casi desnudo era, en una palabra, magnífico.

La toalla que había envuelto alrededor de sus delgadas caderas era totalmente inadecuada para ocultar... bueno, cualquier cosa.

Gracias a Dios.

¡No! Esto estaba... mal.

Luchó por apartar la mirada y dirigirla a su rostro en lugar de examinar cada protuberancia

muscular con fascinada admiración. Y fue obsequiada con una visión de sus nalgas desnudas en el espejo, reveladas por la escasa toalla.

¡Por el amor de Dios! Sintió una peculiar sacudida en su interior, un brote de algo caliente y excitante que recorrió rápidamente cada parte de su cuerpo. Cada vez le costaba más respirar y le ardía la cara cuando apartó la mirada del tentador reflejo y se obligó a centrarse en el rostro de él.

¿Era una sonrisa burlona? ¿Sabía él cómo la estaba afectando? ¿Y estaba disfrutando ?

La mortificación la invadió.

—Te sugiero que limpies el agua tú mismo —dijo ella con tono de prueba—. La has derramado —cuando él abrió la boca para protestar, ella levantó un dedo—. Recuerda que eres un invitado en esta casa.

Él dio un paso hacia ella.

—Y permíteme recordarte que yo tampoco soy un sirviente, y que no es culpa mía que me dejara en esa apestosa celda para ser insultado y humillado por los malditos lugareños con flagelos de cerveza rancia.

Se acercó más, apretando los puños.

—Te prefería mucho cuando *eras* un sirviente. Tienes suerte de que nos hayamos molestado en rescatar a semejante ingrato. La razón por la que estabas en la celda en primer lugar fue tu propio temperamento mal controlado.

Su mandíbula se puso rígida y dio otro paso hacia ella, con sus ojos oscuros brillando con una luz salvaje.

—Ya he tenido suficiente de tus reprimendas, Verety. No me gustan nada.

Ella levantó la cabeza. Ahora estaban casi pecho con pecho, y ella podía sentir el agua derramada empapando sus zapatos, pero estaba demasiado enfadada con él para retroceder.

—En ese caso, haré que mi amiga rescinda su invitación, ¡y no te ayudaré más en tu búsqueda!

—Nunca te pedí ayuda —dijo él, pero la ira se le estaba escapando de la expresión—. Calmémonos los dos, Verety, y no exageremos —la miró durante un largo momento—. Aunque tengo que decir que estás impresionantemente guapa cuando te enfadas.

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla. Le había quitado todo el viento de sus velas con ese cumplido, ¡maldito fuera el hombre!

¿Y cómo podía seguir enfadada cuando él estaba tan cerca que fácilmente podía estirar la mano y pasarla por su carne resbaladiza y húmeda? Si sus lecciones con Beckham eran un escándalo, estar aquí con Mikey en su estado casi desnudo era una completa desgracia.

No le importaba.

—Verety —sus dedos húmedos se estiraron y le acariciaron la cara, sus pulgares le acariciaron las comisuras de la boca. Ella no le miró a los ojos. No podía concentrarse en otra cosa que no fueran sus labios carnosos y firmes, calientes y atrayentes.

Sólo a un susurro de distancia...

A través del borrón de sus pensamientos lujuriosos, registró el roce de una toalla caída. Entonces él la atrajo contra su cuerpo y la besó.

Por un momento, ella se congeló. Luego se derritió contra él.

Sí, oh sí. Ella *deseaba* esto. Tocarle, ser tocada. Explorar su cuerpo alto y musculoso con dedos ansiosos. Nunca antes había reaccionado tan poderosamente ante un hombre, nunca había deseado a un hombre tan desesperadamente. Ni siquiera a Daniel.

Nada importaba excepto experimentar las intensas sensaciones que recorrían su cuerpo.

Los labios de Mikey saquearon los suyos y, con las manos de él sujetándole la cabeza, ella no habría podido escapar aunque hubiera querido.

No quiso. Ni en un millón de años.

Enredando las manos en su cabello negro chorreante, le acarició la cabeza, atrayendo su boca más firmemente contra la suya, separando los labios para que su lengua pudiera saborearlo.

Toda la masa caliente y dura de su cuerpo se apretó contra el de ella, y supo que su bata quedaría empapada, pero con la cantidad de calor que pasaba entre ellos, sólo sintió placer.

Él la rodeó con sus brazos, apretando sus pechos contra el sólido músculo de su pecho, pero no la liberó de su beso. En su lugar, sin previo aviso, su lengua se introdujo entre sus labios, penetrando sus flojas defensas en un movimiento magistral. Se burló y bailó con la de ella.

—Maldita seas, mujer —gruñó, soltando su boca por un momento—. Me estás poniendo en ridículo.

Ella parpadeó, pero su cuerpo estaba completamente en sintonía con el de él, capturado por la magia especial que la estaba llenando de sensaciones tan deliciosas y desconocidas.

—No hables —le ordenó, atrayendo de nuevo sus labios hacia los suyos—. Bésame.

Él profundizó el beso, su lengua sondeando la boca de ella en un implacable ritmo de avance y retroceso. Ella recorrió con las manos los músculos de sus anchos hombros, bajó por la parte superior abultada de los brazos y recorrió los antebrazos nervudos con su oscura mata de vello.

Sus manos habían encontrado el camino hasta su cintura, luego subieron lentamente por su caja torácica, peligrosamente cerca de donde sus pechos le presionaban. Sus pulgares empezaron a rodear la suave carne de sus curvas, y ella se estremeció ante su tacto, retrocediendo inconscientemente para permitirle un mejor acceso.

De repente, se oyó un ruido procedente de la puerta, junto con un grito corto y femenino.

Capítulo 21

Verety se giró y vio a Portia de pie, armada con una fregona y un cubo, mirándola boquiabierta.

Mikey deslizó las manos alrededor de su cintura desde atrás y la sujetó con firmeza.

—No te muevas —le susurró al oído—. No queremos sobresaltar a tu amiga más de lo necesario.

Su voz era tan baja, tan tentadora, que un estremecimiento de conciencia le recorrió todo el cuerpo. Quería inclinarse hacia atrás y sentir de nuevo sus labios en los suyos... y quizá también en otros lugares.

Ella tragó saliva.

—Lo siento mucho, Portia —logró decir—. Me distraje un poco.

—¡Ya lo veo! —exclamó su amiga, tirando la fregona y el cubo justo al otro lado de la puerta—. Estaré abajo poniendo la mesa para la cena. Si es que a alguien le sigue importando cenar.

—La hemos sorprendido —dijo Verety mientras su amiga cerraba la puerta de un portazo —. ¿Qué pensará de mí?

—Ha estado casada —dijo él, y a ella le encantó la forma en que su voz reverberaba en su pecho, donde estaba apretado contra ella—. Ella sabe cómo es un hombre desnudo.

—Pero nunca me había visto en las garras de uno. ¿Cómo voy a explicarle... esto? ¿Y si exige que nos casemos?

—No lo hará —dijo él con facilidad, su aliento agitando el pelo de ella—. Estamos en el campo, no en la alta sociedad. Ella lo entenderá. Apenas hubo tiempo para más que un beso.

—Bestia desdichada —ahora que el sensual hechizo se había roto, Verety no encontraba el valor para darse la vuelta y enfrentarse al hombre que acababa de hacerse con el control absoluto de su cuerpo y su voluntad. La tentación permanecía, pero la locura había desaparecido—. Será mejor que vaya con ella para salvar la situación, si puedo.

—Muy bien —aceptó él, soltándola—. Limpiaré el agua antes de bajar. Pero te sugiero que te cambies de bata antes de cenar. No me gustaría que cogieras frío.

Ella podía oír la sonrisa en su voz. ¿Se sentía engreído, pensando que acababa de ganar algún tipo de victoria sobre ella? Tendría que darle la razón en ese aspecto . Pero por ahora, debía apaciguar a Portia.

Sin atreverse a mirar detrás de ella, se apresuró a cambiarse de vestido y bajó rápidamente las escaleras.

Esperando encontrar a su amiga horrorizada y en total estado de shock, fue una gran sorpresa verla sentada como un rayo en la mesa del salón, con un jamón sin cortar delante, envuelta en sonrisas.

—Verety Spillwell, ¡quién hubiera pensado que lo llevabas dentro!— declaró Portia.

—Me he comportado de forma abominable. Lo siento mucho.

—No lo sientas. Valió la pena un techo húmedo para presenciar lo que hice. Qué músculos superlativos tiene el conde... lo que pude ver de ellos.

Verety parpadeó confundida. Había esperado reproches y recriminaciones, si no una exigencia rotunda de que ella y Mikey se casaran inmediatamente.

—Pero... ¡has huido despavorida!

La sonrisa de Portia se ensanchó.

—Eso fue regocijo. No quería estropearte el momento.

Verety respiró hondo y lo soltó lentamente.

—Creo que probablemente me salvaste de la ruina —dijo.

—Eso sí que sería una gran pena —dijo Portia con decisión.

Verety negó con la cabeza.

—Debes saber que no estoy interesada en lord Abernathy en ese sentido.

Portia parecía singularmente dubitativa.

—¿Por qué no? Creo que sus buenas cualidades -particularmente sus atributos físicos- pesan más que las malas. Su temperamento puede mejorarse con un poco de trabajo. No creo que su cuerpo pueda. Es prácticamente perfecto.

—¡Qué vergüenza, Portia! Nunca supe que tuvieras pensamientos tan licenciosos sobre los hombres.

—Sucede cuando has estado sin uno durante demasiado tiempo. Pero de verdad, ¿por qué dices que no estás interesada? Tus acciones sugieren lo contrario.

Una buena pregunta, desde luego. Una que Verety había empezado a hacerse.

—Amo a Daniel desde que tenía trece años. No hay otro hombre para mí —las palabras le salieron como si las estuviera repitiendo de carrerilla, de tanto haberlas dicho -y pensado- a lo largo de los años.

Su amiga la miró con complicidad.

—¿Estás segura? ¿No necesitas pasar más tiempo en compañía de otros caballeros, como lord Abernathy, para poder hacer comparaciones?

Se oyó un crujido en la escalera y el cuerpo de Verety tembló de anticipación ante la aproximación del hombre en persona. Esto era ridículo. No debería tener tanto poder sobre su persona. Se obligó a bajar los hombros y trató de aparentar aplomo.

Agachó la cabeza al entrar en la habitación. No la miró, pero ella supo instintivamente que él sentía su presencia, como ella sentía la suya. No podía apartar los ojos de él, bebiendo en la espléndida vista, examinando su rostro en busca de un indicio de lo que estaba pensando. Porque

lo que él pensara de ella, y de su comportamiento, de repente importaba muchísimo.

—Por favor, tome asiento, milord. ¿Vuelvo a encender el fuego? —preguntó Portia.

—Sólo si usted misma lo desea, señora Fiennes —dijo él, con una cortesía de la que Verety no le había creído capaz—. Debo disculparme por el derrame. Espero que su techo no esté irremediablemente arruinado.

¿Cómo es que nunca había sido tan galante con ella*?*

—No se preocupe. Siempre puedo hacer que lo pinten —dijo Portia, agitando la mano desdeñosamente—. ¿Quiere que le trinche un poco de jamón? Me temo que no es de la calidad a la que está acostumbrado.

Se sentó en la silla indicada.

—Créame, he olvidado a qué sabe la calidad, ya que últimamente sólo he cenado el tipo de comida que se sirve a los criados. Y criminales —añadió con ironía.

¡Si tan sólo la mirara! Necesitaba ver esa llama en sus ojos, ansiaba asegurarse de que no le había disgustado con su desenfreno. Estaba totalmente conmocionada por su propia respuesta ante él y apenas sabía qué hacer consigo misma. El jamón estaba seco como cenizas en su boca.

—Creo que está familiarizada con la búsqueda de mi hermana, la señora Fiennes —le dijo —. Espero poder confiar en su discreción.

—Por supuesto, milord. Por favor, sírvase un trozo de pastel de caza.

—Mikey, por favor. No nos quedemos en la ceremonia. He sido simplemente Hastings durante meses. El pastel tiene un aspecto delicioso, gracias.

Verety no podía apartar los ojos de él. En cierto modo era un alivio verle bien vestido y respetable -habían traído de la posada sus alforjas con ropa de repuesto-, pero también una decepción. Se había secado el pelo con una toalla y se lo había peinado para apartarlo de la cara, revelando más de la cincelada estructura ósea que siempre le había hecho parecer llamativo.

No. Más que llamativo. En cierto modo masculino, era bastante... hermoso.

Sus rodillas volvieron a temblar. ¿Qué le había hecho con aquellos besos abrasadores?

Él dijo:

—Antes de ese desafortunado malentendido en la posada, iba a preguntar si una joven se ha mudado a esta zona recientemente. Mi hermana no se parece en nada a mí, pero tiene el pelo claro y es de estatura media.

Su mirada se encontró con la de Verety mientras hablaba, sus ojos parecían casi negros en la tenue luz del atardecer. Ella se removió incómoda en su asiento y luego, cuando él continuó sometiéndola a su intenso escrutinio, su incomodidad se convirtió en calor, acumulándose en la parte baja de su abdomen, haciendo que su cuerpo se sintiera pesado y lánguido. Se movió de nuevo y apartó la mirada.

—Lo lamento, no —dijo Portia—. La única recién llegada se produjo hace cuatro o cinco meses. Una anciana que ahora vive sola en una casita en el camino que lleva al pueblo de al lado.

—¿Está segura de su edad?

—Bueno... Tiene el pelo blanco.

—¿Podría ser una peluca? —sugirió Verety—. Quizá tu hermana desee ocultar su identidad.

—Es posible. ¿Alguien la ha visto de cerca? ¿Su cara?

—En las raras ocasiones en que viene a Aston, siempre lleva un velo y un sombrero de ala muy ancha. Me pregunto si tiene los ojos débiles y trata de protegerlos.

—¿Nadie ha conseguido verla bien, entonces?

—Aquiles, el alguacil, pasaba por allí cuando ella estaba en el jardín con el velo levantado para poder atender a sus rosas. Sólo vio un lado de su cara antes de que ella se bajara el velo, pero dijo que su piel estaba definitivamente arrugada, no era propia de una mujer joven.

—Hmm. No parece un disfraz —reflexionó Mikey—. Pero tal vez debería ir a verla de todos modos, sólo para asegurarme.

—Aquiles podría llevarte allí —se ofreció Portia.

Mikey hizo una mueca.

—Gracias, pero me alegra bastante evitar la compañía de ese caballero. Sólo dame la dirección y me dirigiré hacia allí mañana.

—Soy terrible con las direcciones —dijo Portia frunciendo el ceño— Verety sabe dónde está el lugar, sin embargo, ¿verdad, querida? Caminamos por allí la última vez que viniste de visita. El pequeño sendero a nuestro regreso de la mansión.

—Sí, supongo...

—Tengo que esperar mañana por la mañana al chico de la carnicería, así que debes mostrarle el camino a su señoría —dijo Portia, sonriéndole.

—Mikey —le recordó a su amiga.

Era una conspiración. Verety reconoció su derrota.

—Por supuesto.

Pero sin duda llevaría a Ella de carabina. Incluso salir a pasear a plena luz del día por un camino rural parecía un asunto peligroso, dada su inexplicable debilidad por los besos del apuesto conde de Abernathy.

Iba a tener que ser muy cuidadosa a partir de ahora.

Capítulo 22

Mikey llevaba demasiado tiempo sin una mujer.

No se debía a falta de oportunidades; podría haber ofrecido sus servicios como amante a cualquier número de sus conocidas, y sin duda habría sido aceptado. Incluso en su disfraz de sirviente sabía que había hecho girar algunas cabezas. Había sorprendido incluso a señoras correctas recorriendo con la mirada su físico, calculando sus proporciones y su aspecto, y encontrando una suma que aparentemente les complacía.

Sin embargo, el incendio, la pérdida de Meredith y los horribles rumores sobre su destino le habían carcomido, le habían quitado el interés por la búsqueda del placer.

Pero Verety Spillwell había vuelto a despertar su pasión. Ella no era del tipo por el que él se sentía atraído habitualmente; de hecho, era todo lo contrario. Verety no era una señorita tranquila, amable, compasiva y sensata. Era orgullosa, testaruda, descarriada, a veces idiota... Y había vuelto a encender en él un fuego que creía apagado para siempre.

Era la mañana siguiente, y miró su reflejo en el espejo, preguntándose qué le depararía el día. ¿Una alegría sin límites... una frustración enloquecedora... o una profunda tristeza?

Raspó con una navaja la barba incipiente de su mejilla. Era una suerte que se hubiera vuelto tan bueno afeitándose a sí mismo. Aquí no había nadie que pudiera hacerlo, y Verety probablemente preferiría cortarle el cuello antes que afeitarle, después de la libertad que se había tomado con ella la noche anterior.

Aunque su mente le había gritado que se estaba comportando como la peor clase de hombre, su cuerpo se había rendido por completo. Verety era hermosa, con esa piel de porcelana y esos ojos color avellana, y los brillantes rizos color bronce que se recogía y escondía de las miradas de admiración. Sus labios, sus curvas femeninas, eran todo lo que él podía desear en una amante.

¿Cómo sería ella como su amante? No sabía lo que Beckham le había enseñado; diablos, no quería saberlo. Pero era una lástima que un diamante de primera agua aprendiera las lecciones del amor a través de una teoría insulsa -o peor aún, de una seducción calculada- en lugar de hacerlo desde el afecto y el ardor genuinos.

Mikey ciertamente podría enseñarle una o dos cosas, si ella se lo permitiera. Cosa que no haría. Él ya había jugado esa carta.

No era una buena idea, de todos modos. Podrían no congeniar a largo plazo, y desde luego no quería verse obligado a contraer matrimonio con una mujer tan por debajo de su propio estatus. Eso sólo le complicaría la vida. Probablemente.

—Así que, manos fuera —concluyó, probándose la barbilla para asegurarse de que estaba

lisa, y luego agitando la cuchilla en la palangana para deshacerse del jabón de afeitar.

Por otra parte, ¿qué importaba que fuera terca, equivocada y testaruda, cuando era capaz de una pasión tan sublime? ¿Cuando el mero hecho de pensar en ella le hacía palpitar el corazón y le encendía la sangre?

Daniel Finley era un hombre muy afortunado.

Sacudió la cabeza ante su reflejo y retrocedió. No, el señor Finley se había fijado en lady Fanny.

Verety se había metido en una tontería al pedirle a Beckham que le enseñara a seducir a aquel hombre inconsciente. Mikey debía decirle que Finley era una causa perdida, que ya había sido seducido por alguien mucho más experimentado que ella. ¿Pero estaba ella dispuesta a escuchar? ¿Pensaría ella que él sólo hablaba por interés propio porque era obvio que la deseaba? Después del episodio de anoche, no la culparía por pensar exactamente eso.

Tras sacudirse el agua de la cuchilla, la secó con cuidado y se examinó en el espejo. Sí, había pasado la prueba. Se puso la ropa y bajó a desayunar con la señora Fiennes y la deslumbrante señorita Spillwell.

Media hora más tarde, él y Verety salieron al brillante sol de principios de junio.

Solos.

Sonrió para sí con satisfacción.

Ella había estado estornudando toda la mañana, tan fuerte que había despertado a todos. Afirmaba haberse resfriado mientras viajaba en la caja del carruaje, y parecía muy poco dispuesta a levantarse de la cama. Portia aún tenía que quedarse en casa para la entrega de carne y para atender a Ella, así que Verety ahora le acompañaba sin carabina.

Lo cual era más bien un golpe para su cuidadosamente perfeccionada indiferencia de caballero.

Y una enorme bendición para ese demonio interior que le urgía a probarla de nuevo.

Pero antes, necesitaba una respuesta sobre su hermana.

Y ese pensamiento bastó para enfriar su ardor. Por ahora, al menos.

Las golondrinas revoloteaban sobre sus cabezas mientras se ponían en marcha, y luego se lanzaban a baja altura para alimentarse de los mosquitos bailarines que revoloteaban como humo negro por encima de los setos. El camino, ancho y en buen estado, conducía a Mikey y Verety tentadoramente hacia adelante, alejándose del pueblo y adentrándose en lo salvaje desconocido.

—Alguien ha empezado ya a segar —comentó él, olfateando el aire, desesperado por distraerse de los temas más pesados de la hermana amada y los besos deseados—. Si tienen suerte con el tiempo, puede que incluso hagan una segunda siega antes del otoño.

—¿Te interesa la tierra? —preguntó ella.

—Muchísimo. La fortuna de mi familia ha dependido desde tiempos remotos de nuestras posesiones señoriales.

—¿Y han cambiado las cosas desde entonces?

—No materialmente. Pero siempre nos hemos mantenido al día de los inventos más

novedosos, de las últimas ideas sobre cómo gestionar el pastoreo de los animales y producir una buena cosecha de heno. Hemos invertido en las fábricas de lana y nos hemos suscrito a varios planes de carreteras, canales y otros transportes, y también recibimos unos ingresos considerables de ellos.

—Apruebo la remodelación de carreteras —dijo ella—. No soporto una carretera llena de baches. Me sentí bastante mareada durante todo el viaje hasta aquí.

—Para mí la marcha fue mejor. A caballo se pueden evitar las roderas. ¿Montas a caballo, Verety?

—Muy poco. Tuve un poni cuando era pequeña, y tenemos un caballo, Aníbal, en casa, pero como fue el que tiró a papá, nadie ha tenido ganas de montarlo desde entonces.

—¿No os habéis deshecho del animal? —preguntó esperanzado.

—Oh no, nunca haríamos eso. Fue un error de mi padre, no de Aníbal.

—Bien. No soporto ver cómo se castiga a un caballo —dijo con sentimiento.

—Yo tampoco puedo.

Caminaron unos pasos más en cómodo silencio. Los campos de heno habían dado paso al trigo verde, sus tallos largos y robustos, las espigas cabeceando y ondeando suavemente cuando la brisa susurraba a través de ellas.

Él le sonrió.

—Pero alguien debe montar pronto a Aníbal —dijo—. O se echará a perder.

—Papá dice que lo hará él mismo cuando sus piernas estén más fuertes.

Mikey asintió con aprobación.

—Parece un hombre valiente.

—Terco y decidido, más bien.

Igual que su hija.

—Quizá debería pasarme y montarlo por ti unas cuantas veces —sugirió Mikey—. Sólo para recordarle la sensación de un hombre sobre su lomo.

Verety hizo una pausa y lo miró de arriba abajo, calibrando su tamaño. Él sintió un estremecimiento ante su atenta mirada.

—Creo que probablemente es lo suficientemente alto como para llevarte. Pero tiene una boca suave.

—Puedo arreglármelas bastante bien con una boca blanda —respondió y no pudo evitar dejar que su mirada se desviara hacia la de ella.

Un delicado color rosado floreció en sus mejillas antes de que ella desviara la cabeza. Maldita sea la cofia que llevaba. Cada vez que se apartaba de él, ocultaba su rostro. Él quería verla.

—¿No hace demasiado calor con ese bonete?

—Un sombrero ancho de paja sería mejor, pero no está a la moda —dijo ella, riendo entre dientes.

De repente, se detuvo, mirando a su alrededor.

—Esta parte de la carretera no se ha mantenido muy bien. Me pregunto por qué.

—¿Diferente propietario? —sugirió Mikey, deteniéndose a su lado.

Un charco considerable se extendía ante ellos, brillando a la luz del verano y atrayendo el interés de una gran libélula, junto con varios insectos voladores que parecían que iban a picar. No le interesaban los bichos que mordían. Sobre todo no desde sus horas en la celda.

Cuando dio un paso adelante para vadear el agua, la mano de ella en su brazo le hizo detenerse en seco.

—No puedo caminar por ahí. Déjame volver y coger mis botas.

—No seas tonta —dijo él automáticamente—. Yo te llevaré.

Ella retrocedió.

—Oh, no, no podrías.

Él se volvió y la miró, curvando el labio.

—Señorita Spillwell —dijo apresuradamente—, nunca te habría tomado por una cobarde.

Ella levantó la barbilla.

—No, me refería a que puedo mantenerme en el borde.

Miró hacia donde el arcén se encontraba con un seto cubierto de maleza.

—¿Y hacer pedazos tu vestido en las zarzas de allí? No, insisto.

No le dio tiempo a evadirse. Ella estaba en sus brazos, sorprendida y completamente deliciosa, en cuestión de instantes.

Esto era mejor. Ahora podía verle la cara. El impulso de quitarle el bonete de la cabeza y acariciar con el hocico la seda de su pelo era casi irresistible.

Al otro lado del charco la puso en pie, pero se dio cuenta de que no quería renunciar a sujetarla. Le cogió la mano y se la puso en el brazo. Ella intentó apartarse, pero él puso su otra mano sobre la de ella para impedirlo.

—Mikey —dijo ella suavemente—. Te olvidas de ti mismo. Se supone que aún estás interpretando el papel de un sirviente, ¿no es así?

—¿Puede un criado no apoyar a su ama si está cansada? De todos modos, aquí no hay nadie que nos vea salvo las alondras y los tábanos.

—Y posiblemente tu hermana —le recordó ella—. La cabaña de la vieja debería estar cerca.

La mención de su hermana apagó al instante sus deseos egoístas.

—No puedo decidir si quiero que sea Meredith o no. Si es ella, viviendo en la miseria y la ruina, puede que tenga que romper la promesa que te hice y llamar a Beckham —dijo sombríamente—. O matarle directamente.

Un gesto de desaprobación surgió en su rostro.

—No entiendo por qué está tan convencido de que el capitán Beckham es un villano —dijo

—. La única prueba real que tienes contra él es el nombre de Meredith en un libro.

—Creo que su uso del término 'querida' en su inscripción es una buena prueba de una relación entre ellos. Como Beckham no ha abandonado el país, tengo que suponer que Meredith está viva pero escondida. Presumiblemente en el lugar nombrado en la inscripción. Aunque puede haber cualquier número de lugares llamados Aston, lo que significa que es muy probable que estemos en un error.

—Pero piénsalo racionalmente por un momento —le instó Verety—. Si ella se enamoró de él, y de alguna manera escapó del terrible incendio, entonces se mudó a Aston por cualquier razón…

—Porque él la había arruinado.

—¿Pero entonces ella le envió un libro de poemas de amor en el que le llamaba '*queridísimo*'? No. ¡No es posible que esté enemistada con ese hombre! —terminó exasperada—. Si él la hubiera maltratado, antes o después del incendio, ¿emplearía ella un lenguaje tan cariñoso?

Mikey se detuvo en seco. Santo Dios. Sencillamente, no se le había ocurrido. Meredith había sido apartada de sus amigos y familiares -presumiblemente por Beckham- y, sin embargo, seguía escribiéndole en términos cariñosos.

—Puede que ella ame o *haya* amado al capitán —dijo frunciendo el ceño—. Pero su conducta desde su desaparición... No, no ensuciaré sus oídos con historias de su comportamiento libertino.

—Eres como un terrier con un hueso —murmuró ella.

Volvió a pasarle la mano por el brazo y echó a andar de nuevo.

—Hace un día precioso, Verety. No lo estropeemos estando reñidos. Está claro que a ti te gusta Beckham y estás decidida a defenderlo contra toda aspiración.

—No, simplemente creo que puede tener sentimientos genuinos por una mujer. Estaba decididamente celoso cuando Daniel flirteaba con lady Fanny.

—Me temo que el hecho de que un hombre esté celoso no significa necesariamente que sienta un gran amor por la dama. Se trata más bien de la necesidad de conquistar a un rival.

Como había estado celoso de que Beckham maltratara a la señorita Spillwell. Ahora podía admitirlo ante sí mismo.

—No hay necesidad de fruncir el ceño. Tú mismo has dicho que no deseabas pelear conmigo, pero sin embargo estás discutiendo.

Ella le miraba, una ceja arqueada interrogativamente, un ligero tirón en la comisura de la boca. ¡Maldita sea esa boca tentadora! Quería apretar sus labios contra ella, explorar su forma de nuevo, de forma mucho más pausada esta vez.

Sí, definitivamente celosa.

Apretó la mandíbula.

—Necesito saber más sobre tu señor Finley. ¿Qué hay en él que hace que tu corazón lata con fuerza e inspire un amor eterno?

Hubo una larga pausa, durante la cual no se oyó nada más que el crujido de sus pies sobre el camino y la repetitiva llamada de un pinzón desde un arbusto de espino.

—Es difícil de decir —dijo ella al fin—. Le conozco desde la infancia. Jugábamos. Me dejaba montar en su caballo balancín, y cuando tuvo su primer corcel adulto, me sentó en la silla delante de él para que pudiera admirar sus habilidades como jinete.

—Muy romántico, seguro —respondió Mikey, incapaz de mantener el sarcasmo en su tono. No podía olvidar que a Finley no le importaba nada Verety, y el saber que desperdiciaba su afecto en un destinatario tan poco merecedor le roía el corazón.

—Cuando se fue a la escuela, le eché muchísimo de menos, y cuando volvió parecía tan crecido. Estaba tan llena de admiración por todo lo que estaba aprendiendo que sentía que iba a estallar. A medida que crecía, se convirtió en todo un dandi.

Mikey se mordió un bufido despectivo. El hombre sonaba como un completo mojigato.

Sin embargo, después de haberlo conocido, Mikey sabía que al menos era una persona agradable.

Verety soltó una risita y él le sonrió, pero ella estaba escondida en su bonete, con la mirada fija al frente, la mente bloqueada en el pasado. Lamentó haber sacado el tema. Pero siguió adelante.

—Y tú has seguido admirándole —le dijo.

Pero no amándole. Aún no había oído nada que sonara remotamente a amor.

—Ganó todo tipo de premios en Oxford. Baila bien, canta divinamente, toca el pianoforte…

—Un hombre de muchos talentos —interrumpió Mikey con impaciencia—. Pero hay muchos otros hombres que muestran cualidades similares.

—Eso me dice Portia —dijo Verety con ironía.

El corazón de Mikey se aceleró. Entonces, ¿había esperanza? Era hora de señalar lo obvio.

—¿Te ha dado alguna vez Finley motivos para creer que siente lo mismo por ti?

Ella se encogió de hombros.

—Vosotros los caballeros podéis ser muy difíciles de leer. Jugáis a vuestros juegos, tenéis vuestras rivalidades, hacéis apuestas sobre quién será el primero en robarle un beso a una mujer en particular... Dios nos libre de que un hombre sea franco.

Ah, pero él lo había sido, con Mikey. Ahora sería el momento de decirle la verdad.

Que Daniel Finley sólo tenía ojos para lady Fanny y que nunca miraría a Verety como algo más que a una hermana.

—¿Te ha besado Daniel alguna vez? —preguntó sin rodeos.

Esta vez ella se detuvo a medio paso. Retiró la mano de su brazo y se volvió hacia él.

—Esa es una pregunta impertinente.

—Como alguien que también te ha besado, tengo derecho a saberlo. ¿Lo ha hecho? —Ella se mordisqueó el labio. Él también quiso mordisquearlo.

Su mirada cayó y su boca se curvó hacia abajo.

—Todavía no. Por eso fui a Beckham, para averiguar cómo hacer que Daniel me viera de otra manera, que me viera como una mujer.

—Y ya te he dicho lo tonto que es eso. Cualquier hombre con ojos en la cabeza te vería como una mujer. Ya sabes cómo me afectas.

Inclinando la cabeza, le dirigió una mirada coqueta.

—Bueno, eso ya es algo, supongo.

Él la miró fijamente. ¿Estaba coqueteando con él?

—Quédate quieta —le ordenó—. Hay algo que tengo que hacer.

—¿Qué es?

—Confía en mí.

—Pero...

Las cintas de su bonete se desataron sin dificultad. Se lo quitó y observó cómo el sol convertía su cabello en hilos de oro hilado. Era un crimen ocultar tal esplendor a la luz. Le puso el bonete en las manos, luego se inclinó y le depositó un beso en la parte superior de la cabeza, saboreando el tacto del fino cabello contra sus labios.

No hubo movimiento, ni respuesta. Bien podría estar besando el pelo de una muñeca.

Era obvio que ella necesitaba más instrucciones. La levantó en brazos.

—¿Qué estás haciendo? —chilló ella.

—Voy a terminar las lecciones que empezó Beckham.

Capítulo 23

Verety se quedó absolutamente inmóvil. La sensación del poderoso cuerpo de Mikey moviéndose mientras la llevaba hacia el campo vecino fue una distracción irresistible del caos que corría desenfrenado por su mente.

Su costado estaba apretado contra el vientre firme y plano de él, sus pies flotaban justo por encima de los jóvenes tallos de trigo y su cabeza se acurrucaba contra el músculo de su pecho. De algún modo, sus manos estaban enroscadas alrededor de su cuello, su bonete colgaba de sus dedos por sus cuerdas.

El impulso de levantarse para poder besarle el borde de la mandíbula era casi irresistible. Pero eso sólo le animaría.

¿Hasta dónde estaba dispuesto a llevar su 'lección'? Le aterrorizaba averiguarlo.

Más aterrorizada estaba de no averiguarlo.

Siguió caminando hasta que un macizo de altos espinos les ocultó del camino. Entonces la dejó en el verde trigo y, finalmente, inclinó la cabeza para besarla.

Sus labios se separaron en un suspiro, y ella dejó que su cabeza se hundiera hacia atrás para dar pleno acceso a su boca firme y exigente.

Las visiones del encuentro de la noche anterior nadaron por su cabeza: su impresionante cuerpo, resbaladizo por el agua, brillando a la luz de las velas, la oscuridad de sus ojos, su expresión impregnada de deseo. Él la había deseado.

Y ella también le había deseado. Quería que él la estrechara entre sus brazos y la besara y la tocara, y... Señor, ella no sabía qué más.

Su beso se hizo más profundo, más hambriento. Su bonete cayó al suelo y ella rodeó su cuerpo, clavándole las uñas en la espalda. Él gimió y se movió, y empujó sus caderas contra ella de una forma escandalosamente sugerente. Ella no pudo contenerse. Su cuerpo pareció tomar el control, y ella presionó sus caderas contra las de él a cambio.

No era así como había imaginado que serían las cosas cuando se había imaginado a Daniel haciéndole el amor. No había habido nada de ese instinto profundo y animal, ese deseo fundamental de explorarlo íntimamente como hombre. *Todo él*.

Mikey había despertado algo en ella que no comprendía... pero que estaba ansiosa por experimentar. Ella era la alumna, él el maestro, y hacia donde él la guiaba ella no tenía más remedio que seguirlo. Todo su ser le dolía por... Mikey.

Incluso cuando sintió que su cuerpo empezaba a ablandarse, a fundirse con su forma mientras mezclaba su boca con la de él, él desabrochó infaliblemente los botones de su pelisse y se la quitó de los hombros. Sus manos tiraron del cordón de su bata.

¡Por el amor de Dios! la estaba desnudando...

Y mientras sus hábiles manos hacían su trabajo, sus besos se hacían más profundos, más insistentes y abrumadores en su intensidad.

Sintió que su vestido se aflojaba, el aliento de la brisa de principios de verano sobre sus hombros, la caída de su cabello acariciando su cuello. ¿Cuándo la había liberado? No tenía ni idea, pero se alegró. Él le había dicho que quería verla fluir libre.

Su voz interior de la razón le gritaba que se detuviera inmediatamente, antes de que cayera completamente bajo su hechizo... pero él ya le había robado la voluntad, y todo lo que consiguió hacer fue moverse ligeramente y murmurar una queja a medias de que pudieran ser vistos.

Su voz era suave y grave cuando respondió:

—No hay nadie a quien ver salvo las golondrinas y las alondras, y a ellas no les importará, ya que sus mentes están exactamente en lo mismo.

Se encogió de hombros para quitarse el abrigo y colocó las manos de ella sobre los botones de su chaleco.

—¿Quieres que los desabroche? —Ella se sorprendió de poder seguir hablando, con los labios tan magullados, la lengua tan suelta por el acalorado enredo con la de él—. Me parece justo —dijo él, sonriéndole—. Si tú quieres, eso es.

Ella lo hizo.

Al conocer la gloria que yacía bajo su ropa, se sintió como si estuviera desenvolviendo el mejor regalo que jamás le habían hecho. Le dio la oportunidad de pasar las manos por su pecho, sintiendo la ondulación de los músculos, la fuerza innata que representaban. Rápidamente, el chaleco se unió a sus otras prendas desechadas, abajo, entre el tembloroso buche.

La atrajo de nuevo contra él, buscando su boca, y encontró sus pechos bajo el corsé aflojado, y acarició la suave carne con los dedos.

¡Qué vergonzosamente pecaminoso! ¡Qué deliciosamente perverso!

Ella arqueó la espalda, apretando más firmemente los pechos contra sus manos, deleitándose con su sensual tacto.

Gimió ante la invitación, y sus dedos encontraron sus pezones rebordeados y atraparon las yemas doloridas entre el pulgar y el índice, apretando suavemente. Ella dejó escapar un suspiro ahogado en respuesta, y él también.

Parecía disfrutar tocándolos tanto como ella disfrutaba que se los tocase. Sus labios aumentaron la presión cuando su lengua exigió el acceso total a su boca, y ella lo acogió con la suya, exultante por su deseo y su necesidad, y por el hecho de que cada espléndido centímetro masculino de él estaba concentrado en este momento.

En ella.

Extendió las manos sobre el lino de su camisa y recordó el aspecto que tenía sin ella puesta. Sintió un deseo desesperado de volver a ver su torso desnudo. Tocar estaba bien, pero ver y tocar sería aún mejor.

Le pasó las manos por los flancos hasta encontrar la cinturilla de los calzones y empezó a tirar de la camisa para liberarla.

Él la liberó del beso y la apartó de él, mirándola aturdido.

—Verety, esto es una locura. Tu entusiasmo está haciendo que me olvide de mí mismo. Llevar esto más lejos me haría tan malo como el capitán Beckham.

Todo su ser gritaba *¡no*! No podían detenerse ahora. ¿Qué iba a hacer ella con este desesperado y palpitante deseo que había penetrado en cada parte de su cuerpo, si no... esto? Necesitaba... algo. Sus palabras y su tacto confiado daban a entender que sabía exactamente lo que era, aunque ella no lo supiera.

Intentó pensar en las lecciones que Beckham le había enseñado. Pero no pudo recordar ni una maldita cosa. Así que simplemente estiró la mano hacia delante, tiró de su camisa y le exigió:

—Quítatela. Quiero volver a verte.

Su rostro estaba inmóvil, sin otra expresión que el ardiente infierno de sus ojos. Por un momento tuvo miedo de él: de su tamaño, de su poder, de la evidente intensidad de sus sentimientos y de su pronta capacidad para arruinarla por completo.

Su mano se acercó a la de ella en la maraña de su camisa.

—Ten cuidado, pequeña —le advirtió—. Estás jugando con fuego.

—¿Qué clase de caballero no está dispuesto a complacer los deseos de una dama?

—Un caballero de honor —respondió él.

La frustración la invadió.

—¿No hemos sobrepasado ya los límites de la decencia y el honor? Anoche estabas desnudo cuando me besaste. Ya hemos roto casi todas las reglas de la sociedad.

Él la miró y dijo:

—Es justo decir que yo empecé esto, no tú. Pero soy un hombre de honor, a pesar de... todo... y tengo toda la intención de hacer lo correcto por ti.

—Bien —dijo ella—. Entonces quítate la camisa.

Observándola atentamente, él se agarró a los bordes del lino, se llevó la prenda por encima de la cabeza y la arrojó a un lado.

—Ya está. ¿Y ahora qué?

Apartándose de la intensidad de su mirada, dejó que sus ojos recorrieran su pecho magníficamente musculado con su fina mata de vello oscuro. Sí, lo había visto antes, pero entonces no había sido suyo. Ahora parecía que podría serlo.

Puso una mano apreciativamente sobre su pecho duro y masculino y dejó que sus dedos se deslizaran sobre la carne fría y suave, explorando cuidadosamente cada montículo, cada hundimiento de su torso. Una curiosidad primitiva y palpitante hizo que sus dedos se deslizaran más abajo, sobre la carne más suave de su vientre, y aún más abajo, para ver cómo se sentía la piel allí.

Gimió y susurró:

—Basta. Me estás volviendo loco por ti.

—¿No dijiste que esto iba a ser una lección? ¿No ibas a enseñarme?

La mirada de sus ojos era oscura y peligrosa.

—¡Malditas sean tus lecciones! Soy de carne y hueso, no un autómata. No entiendes lo que tus burlas le hacen a un hombre.

Más bien pensó que sí. Si se parecía en algo a cómo él la había hecho sentir, ella quería hacer más de lo mismo.

Poniéndose de puntillas para darle otro beso, estiró la mano y empezó a explorar su espalda desnuda. Se apretó contra él y pudo sentir cómo su miembro masculino se hinchaba como había visto hacer una vez a un semental cuando cubría a una yegua, y empujaba contra su abdomen.

Su respiración era ahora más rápida -al igual que la de ella- y cuando inclinó la cabeza para darle otro beso, el encuentro de sus bocas se volvió nada menos que frenético. Sus manos ahuecaron su cabeza y luego se hundieron profundamente en su pelo, le masajearon los hombros y subieron y bajaron rápidamente por sus brazos como si trataran de tocarla toda a la vez.

—¡No! —ronroneó, y se zafó de su agarre—. Me estás empujando a un punto más allá del cual ya no puedo confiar en mí mismo. Quiero hacerte el amor más de lo que puedas imaginar. Pero Verety, eres joven e inocente, y aún no eres mía. Tomarte ahora sería codicia de la clase más egoísta. No puedo hacerlo.

—Oh, pero… me siento tan bien.

Le dedicó una sonrisa temblorosa.

—Inconsciente.

Ella volvió a estudiar su pecho desnudo, despacio, intentando domar los impulsos salvajes y licenciosos que se habían apoderado de su cuerpo.

—Sí. Supongo que lo soy. ¿Es eso tan malo?

—En el lecho matrimonial, en absoluto. ¿Pero en un campo de trigo? ¿Donde cualquiera podría toparse con nosotros?

—Fuiste tú quien me trajo hasta aquí —dijo malhumorada, la frustración rodando por ella como un trueno—. ¿Qué planeabas hacer, si no esto?

—No planeaba desnudarte, si eso es lo que estás pensando. Sólo quería... algo más que un beso.

—Entonces tómalo —instó ella en voz baja—. Te lo ofrezco libremente.

Sus palabras fueron recibidas con un gemido bajo.

—¿Qué clase de lascivia he desatado en ti?

Muy deliberadamente, deslizó los hombros de su vestido hacia abajo, luego dejó que se deslizara hasta el suelo, y se quedó ante él en nada más que su corsé aflojado y su chemise. Luego se despojó del vestido y le rodeó el cuello con los brazos, apretando contra él sus doloridos pezones. Necesitaba...

Alivio.

Sus manos se aferraron a ambos lados de su cintura como si quisieran apartarla, pero luego se apaciguaron.

—Si así lo deseas, Verety, entonces debes convertirte en mi amante o en mi esposa.

—Como desees.

—La nuestra no será una relación fácil, me temo.

—Me atrevería a decir que aprenderemos mutuamente con el tiempo —dijo ella, pasando sus manos sobre sus flancos acalorados—. Intentaré portarme bien, si tú quieres.

Él rio entre dientes.

—Siempre que sólo seas buena conmigo.

Ella besó su sonrisa, plantando besos breves y suaves a lo largo de la costura de sus labios y en las comisuras ladeadas de su boca. Cuando las manos de ella se movieron por su cuerpo, continuando su deliciosa exploración, él emitió un pequeño zumbido de agradecimiento y llevó sus labios en un pausado viaje por su cuello y su oreja.

Escalofríos de fuego recorrieron su piel y todo su cuerpo se estremeció. Quería sentir más de él, dominar sus respuestas como él dominaba las suyas. Le pasó las manos experimentalmente por la parte baja de la espalda, y luego más abajo, por la parte trasera de los calzones. La carne de él se tensó bajo su tacto, y ella sintió un impulso irrefrenable de apretar, recordando lo tentador que había parecido su trasero en el espejo de Portia.

¡Cuánto ansiaba volver a sentir su desnudez! Su cuerpo la llamaba desde cada poro, despertando en ella un deseo abrumador de poseerlo: en cuerpo, corazón y alma.

Pero en este momento concreto, le bastaba con su cuerpo.

Encontró y desató el cordón de su chemise y comenzó a distraerla con pequeños besos a lo largo de su garganta, y a través de su clavícula, luego sobre su hombro desnudo.

Antes de que pudiera pensar en lo hábilmente que la estaba desnudando, le quitó las manos del cuerpo y se las puso a los lados, luego le bajó la chemise aflojada hasta la cintura.

Sintiéndose repentinamente expuesta, agarró la prenda antes de que descendiera más.

—Puedes sujetarla ahí si lo deseas. No me importa —le dijo con una sonrisa perversa—. Porque no tendrás ninguna mano libre con la que refrenar mis acciones.

¿Por qué querría ella refrenarle? Estaba disfrutando de cada caricia, cada nueva sensación, y su cuerpo había pasado a un nivel de conciencia totalmente distinto, embriagado por los placeres acalorados del reino físico.

Sus manos ahuecaron sus pechos. Sus pechos desnudos. Sus ojos sostenían los de ella con una mirada ardiente y triunfante.

Ella tragó saliva cuando los cálidos dedos de él se movieron sobre la tierna piel, encontraron los pezones erectos y exigentes y los acariciaron, apretaron y frotaron por los picos. Un brillante arco de sensaciones se abrió camino desde los doloridos capullos hasta su vientre y el caldeado lugar que había debajo, haciéndola apretar las piernas en un puro y chisporroteante deleite.

Una presión constante sobre sus hombros la instó a arrodillarse entre los brotes de trigo, entonces él se arrodilló ante ella. Con tranquila determinación, retiró las manos de ella de donde aferraban la chemise y las colocó sobre sus hombros. Ella sintió cómo el lino se deslizaba lentamente hacia abajo, llevándose el corsé con él, dándole a él acceso sin trabas a su torso

desnudo.

Inclinando la cabeza, tocó un pezón con los labios. Su lengua se deslizó por él, y cuando sus dientes lo mordisquearon suavemente, los sentimientos de necesidad en la parte inferior de su cuerpo gritaron. Sus labios se separaron, y ella sintió el calor húmedo de su boca y su lengua mientras la chupaba.

¡Por el amor de Dios!

Se estremeció con deliciosa conmoción, su cabeza cayó hacia atrás y su cuerpo se arqueó, pidiendo con avidez más de lo mismo. Su boca se movía sobre un pecho mientras sus dedos jugueteaban con el pezón del otro.

Temblaba incontrolablemente. Se sentía intensamente desnuda y expuesta, aquí en la tierra fecunda bajo el cielo azul, una con la Naturaleza y el pulso del mundo. El calor se acumulaba en su vientre, entre sus piernas, y entonces su amante encontró también ese lugar y la acariciaba con dedos fuertes e inteligentes, provocando oleadas de increíble placer que la bañaban.

En un último y débil atisbo de pensamiento sensato, se dio cuenta de que él lo estaba haciendo todo. Ella, a cambio, no hacía nada por él.

Se acercó a su cabeza, hurgando profundamente en el espeso cabello ondulado, acariciando sus orejas y la robusta columna de su cuello. Trabajó bajando por sus hombros, a través de su pecho, acariciando el fino vello rizado, rodeando los pequeños y duros pezones masculinos, fascinada al descubrir que respondían de la misma forma que los suyos. Sus pequeñas y agudas respiraciones le decían que le gustaba que se los tocara.

Levantó la cabeza y apretó su mejilla contra la de ella.

—¿Estás bien, Verety? ¿Me lo dirías si no lo estuvieras?

—Demasiado hablar, lord Abernathy. Continúe con su lección. Necesito saber qué ocurre a continuación.

—Muy bien —gruñó—. Sólo recuerda que me lo has pedido.

Capítulo 24

No había vuelta atrás.

Así que Verety decidió que no tenía sentido mostrarse tímida. Quería saber qué pasaba bajo los calzones de Mikey.

Apretó su mano contra él. Él aspiró entre dientes apretados.

—¿No debo tocar? —preguntó ella, deteniéndose para mirarle.

—Es... muy atrevido por tu parte —había una tensión inconfundible en su voz.

—¿Te importa?

—En absoluto —dijo con una voz que sonaba un poco como si se estuviera ahogando—. Sólo estoy sorprendido. Realmente eres una mujer extraordinaria.

Ella pasó la mano por su hinchada virilidad. La punta de la misma sobresalía ahora por encima de la cintura de sus calzones. Se sentía... aplastada. Lo que debía de ser incómodo. Ella buscó sus botones.

Su poderosa mano se acercó a la de ella.

—¿Estás segura?

Ella sabía que era pura locura. Peor aún, estos pocos momentos de placer sin límites cambiarían casi con toda seguridad su vida por completo... y no necesariamente para mejor.

Y sin embargo...

—Nunca he estado más segura de nada en mi vida —susurró.

—Nunca he deseado a ninguna mujer más de lo que te deseo a ti —murmuró él.

Todavía arrodillado, se inclinó hacia delante y la besó profundamente, su lengua entrando y saliendo, marcando un ritmo que ella copió con la mano en el formidable bulto de sus calzones.

Él aspiró un suspiro como si le hubiera hecho daño, pero la besó con más fervor aún, para que ella supiera que no era dolor sino placer.

Un poco más de esfuerzo con los botones y sus calzones bajaron por encima de sus caderas. Oh, pero sus nalgas eran tan deliciosas de apretar, tanta carne tensa y masculina en sus manos. Sus caderas empujaron contra su estómago, y ella sintió su eje largo y duro, piel con piel contra ella. Nunca antes había visto a un hombre así -excepto en algunos bocetos de estatuas recuperadas de Pompeya -pero supo instintivamente que estaba experimentando uno de los milagros fundamentales de la vida, el cambio en un animal macho que le permite emparejarse con una mujer. En los humanos, se decía que era un cambio provocado por el amor, por la habilidad, por el deseo. Ella rezó fervientemente para que Mikey sintiera las tres cosas.

Le tendió la mano y sintió la onda de sensaciones que fluía por su cuerpo, cambiándole de la coherencia a la incoherencia, haciéndole gemir y mecerse y agitarse y jadear su nombre contra su mejilla.

¡Se sentía tan increíble!

Pero era grande. Realmente grande.

Le retiró la mano y presionó su miembro contra el vello rizado entre sus piernas. Ella no entendió muy bien lo que ocurrió a continuación... pero era demasiado tarde para expresar sus temores.

Él colocó el brazo detrás de su cintura para poder bajarla al suelo, sosteniéndola en su fuerte abrazo como si no quisiera romper el contacto entre ellos más de lo que ella quería.

Los tallos verdes del trigo se doblaban y crepitaban, haciéndole cosquillas y arañazos en la piel cuando su cuerpo desnudo se apretaba contra ellos. Él se suspendió sobre ella, apoyado en sus brazos, y ella alargó la mano para tocarlo de nuevo.

Tan caliente, tan duro, tan sedoso, con la piel más suave.

Le pasó la mano por el tronco, aumentando la presión, y él gimió y se balanceó sobre ella. Inclinándose sobre un codo, utilizó la mano libre para hurgar entre sus pliegues femeninos. La mano se movía con facilidad -a través de una mancha de humedad que se había acumulado allí.

—No frunzas el ceño —susurró, como si intuyera sus preguntas—. Así es exactamente como tiene que ser.

Con un sobresalto, se dio cuenta de que su dedo había entrado en ella -¿quizá más de un dedo? No podía saberlo. Luego lo retiró y ella sintió la ancha punta de su virilidad siguiendo la trayectoria de su dedo.

Se tensó al darse cuenta de lo que estaba a punto de hacer.

Su mano libre le acarició la cara y le besó tiernamente los párpados, luego la frente.

—No te preocupes, pequeña. Debes relajarte. Habrá una pizca de dolor al principio, pero pasará rápidamente. Tendré cuidado, te lo prometo.

Y él fue muy cuidadoso, muy paciente con ella, aunque ella pudo darse cuenta por la expresión de su cara de que le costaba mucho ir despacio. A medida que él empujaba más y más adentro, el cuerpo de ella pareció dilatarse para acomodarse a su anchura y, tras una breve punzada de dolor, supo por fin lo que era ser verdaderamente una mujer.

Verdaderamente su mujer.

Su corazón se aceleró y sus piernas se separaron al sentir cada glorioso centímetro de él presionando lentamente dentro de ella. Entraron en un mundo diferente, un mundo de recibir y dar, de sensaciones y anhelos, un mundo en el que ella estaba ebria de placer y ya no tenía ningún control sobre las exigencias de su cuerpo.

Él empezó a moverse dentro de ella.

Ella inhaló sorprendida. Pero cada movimiento, cada retirada burlona y regreso triunfante la empujaban cada vez más alto, hasta que se sintió completa, una con otro ser, en total comprensión y comunión.

Su respiración se volvió agitada. La de él también.

Sus caricias fueron más rápidas. Ella apretó con músculos que no sabía que poseía. Cuando se tensó, pudo sentir la fricción, el deslizamiento de su miembro hacia delante y hacia atrás dentro de ella, con cada uno de sus nervios.

Él gimió. Ella también.

Su cabeza colgaba sobre ella, el pelo oscuro cayendo sobre su frente, ocultando su rostro, y ella lo alcanzó, agarrándose a su espalda, deleitándose con la sensación de los poderosos músculos trabajando mientras él se movía más y más rápido, más y más fuerte.

Entonces llegó un momento de absoluta quietud. Él arqueó la espalda y se estremeció dentro de ella, y ella empujó hacia abajo, con fuerza, y de pronto sintió que se abría como una flor al sol. Su carne floreció, y se elevó por encima de sí misma hasta el éxtasis, y las oleadas de placer la bañaron una y otra y otra vez.

Lanzó un grito suave y estrangulado, y se inclinó hacia ella, con el pelo rozándole suavemente la cara, y la besó con tanta ternura, con tanta delicadeza, que pensó que podría llorar de alegría.

Él seguía dentro de ella. No había incomodidad, sólo una dichosa sensación de saciedad, de plenitud, de totalidad. Quería estar tumbada así, con él llenándola, abrazándola como si la amara, para siempre.

Cuando él se movió para sacarla, ella maulló decepcionada, pero él la acarició y la calmó, rodando sobre su espalda y acunándola contra su costado, donde encajaba perfectamente, con la cabeza sobre el músculo acolchado de su hombro. Él levantó la mirada hacia el cielo y los tallos de trigo, y ella bebió en su belleza: el noble perfil, la boca firme y sensual que tanto placer le había proporcionado, las largas pestañas que descansaban sobre los altos pómulos.

Él estaba más allá de toda comparación. Ella no podría haber pedido más. Ella no podría haber dado más. Era perfecto. *Eran* perfectos.

—¿Mikey?

Giró la cabeza y la besó en la frente.

—¿Sí, cariño?

—¿Estuvo bien?

—Insuperable. Para mí, al menos.

Él se rio.

—Pero haré todo lo posible para aumentar tu placer, la próxima vez.

¿Iba a haber una próxima vez? La idea le calentó. Ella dijo:

—Me gusta cuando te ríes. Me gusta cuando sonríes.

—Me has dado mucho por lo que sonreír, señorita Verety Spillwell —él extendió la mano y tiró de ella sobre su cuerpo desnudo, su hombría medio erecta presionando contra su abdomen desnudo. Era la sensación más erótica que había experimentado, y que podía volver a excitarla fácilmente.

El sonido del balido de una cabra la devolvió súbitamente a la tierra. Aquí estaba, tumbada

desnuda en medio del campo con su amante -que casualmente era un orejudo- y ni siquiera era aún la hora de comer. ¿Podría el día volverse más extraño?

¿Y cuál iba a ser, en todo caso, el resultado de este extraordinario lapsus de autocontrol?

Capítulo 25

Mikey odiaba abandonar aquel lugar idílico con aquella mujer maravillosa, pero, ay, había llegado el momento. Verety estaba completamente vestida y tenía un aspecto impresionantemente encantador, los ojos brillantes, los labios amoratados por sus besos y las mejillas manchadas de rosa por haber hecho el amor.

Rescató su cofia y la hizo rodar entre sus manos, presionándola para que recuperara su forma.

—Lo siento —le dijo, devolviéndoselo a su acostumbrado lugar sobre la cabeza—. Parece que lo hemos aplastado en algún momento.

Ató las cintas, sonriéndole, luchando por controlar su lujuria aún desbocada y recordar el tipo de comportamiento que se espera de un caballero.

—Ya está. De vuelta a la normalidad —dijo, dándole un último ajuste al bonete. Volvió a sonreír porque parecía lo correcto, y miró a su alrededor—. Estoy bastante seguro de que nadie nos ha visto, excepto esa cabra que asoma por el seto.

Ella siguió la dirección de su mirada, rio suavemente y le miró, esperando.

Tomando su mano entre las suyas, la colocó sobre su brazo. Debían seguir con su recado como estaba previsto, pero despacio, dando tiempo a su excitado cuerpo para calmarse antes de encontrarse con la anciana. Y dando tiempo a su atormentada mente para encontrar las palabras adecuadas para asegurarse de que Verety se casaría con él.

Porque, por supuesto, debían casarse después de esto. No había duda de nada más. Supuso que ella lo sabía, pero no se atrevía a sacar el tema.

¿De qué tenía miedo, del rechazo? ¿A causa de Finley? ¿Cómo iba a rechazar a Mikey después de lo que acababan de hacer? Sería una locura. Ahora ella era suya, le gustara o no. Aunque, él sinceramente esperaba que a ella le gustara.

Pero no encontraba las palabras adecuadas para decírselo. Para desterrar para siempre su obstinado aferramiento a la ternura infantil que tan claramente había superado. Pero, ¿cómo convencerla de ello? ¿O necesitaría siquiera convencerse? Sus pensamientos estaban tan revueltos que todo lo que pudo manejar fueron bromas banales mientras paseaban por el sendero.

—¿Estás satisfecha ahora de que cualquier hombre con ojos en la cabeza deba verte como una mujer? —le preguntó.

—¿Hmm? Oh, sí.

—Confío en que ya no sientas la necesidad de las lecciones de Beckham.

Ella soltó una ligera carcajada.

—¿Estás buscando cumplidos, Mikey? ¿Deseas que te premie con una manzana de oro para que estés seguro de que eres el mejor tutor?

Frunció el ceño. No era la respuesta que esperaba. No parecía preocuparle lo más mínimo que él la hubiera arruinado esencialmente.

—Quizás soy así de vanidoso. No lo sé. Sólo espero que ahora te des cuenta de que Finley no es el único hombre que puede hacerte feliz.

Ella le dirigió una mirada maliciosa.

—Bueno, no puedo hacer una comparación adecuada hasta que haya convencido a Daniel de que me haga el amor como tú acabas de hacerlo.

Él se puso rígido de indignación.

—Preferiría que no lo hicieras —su sonrisa se ensanchó.

Estaba bromeando. Tenía que estar bromeando.

—Creo que éste puede ser el lugar —dijo Verety, deteniéndose para indicar una cabaña con entramado de madera y techo de paja.

—Ah —habían llegado demasiado pronto. Demasiado pronto. Quería hablar sobre su forma de hacer el amor. Sobre su matrimonio.

Pero aún podían hacerlo en el camino de vuelta a casa, después de que él hubiera averiguado la identidad de la mujer que vivía en aquella casa de campo... y si era su querida hermana.

Había llegado el momento de la verdad.

El sol se reflejaba brillantemente en las hojas lustrosas de las rosas que se arrastraban y se extendían por toda la valla de madera que cerraba el jardín de la casita. Grandes malvarrosas se esforzaban por alcanzar los aleros del tejado de paja de aspecto antiguo, pero aún no habían abierto sus redondeados capullos en flor. La lavanda florecía a lo largo del borde del sendero, creando un refrescante aroma.

Una mujer con un sombrero de paja de ala ancha y un velo estaba en el jardín delantero, con una carretilla en el suelo delante de ella y un par de tijeras de podar en la mano. Un par de guantes yacían junto a la cesta. Estaba tan absorta en quitar unas correhuelas que amenazaban con ahogar el tallo de una rosa, que no se percató de su llegada.

Cuando Mikey le dio a la mujer un alegre saludo:

—Buenos días —vio con sobresalto que la piel de sus manos era fresca y sin manchas, no eran manos propias de una anciana.

Su respiración se volvió entrecortada y apretó con fuerza la mano de Verety contra su costado.

La mujer se enderezó, su gran sombrero de paja ensombrecía su rostro. Ladeó la cabeza y les miró. Luego aspiró un suspiro horrorizada.

Y se desmayó completamente.

Mikey se lanzó hacia delante, saltó por encima de la valla y recogió la forma inerte en sus brazos.

—Verety, mira si la puerta está abierta, por favor.

Ella respondió a la urgencia de su voz y corrió hacia delante para abrir la puerta, permitiéndole llevar a la mujer al interior de la casa. Atravesó una cocina diminuta y entró en un salón igualmente diminuto, donde un sofá raído del siglo pasado resultaba lo suficientemente largo como para depositar su carga con suavidad.

—Verety —su voz contenía un temblor que era incapaz de ocultar— Ayúdame.

Sus dedos temblaban mientras luchaba con el velo y el sombrero. Verety se arrodilló a su lado y aflojó los lazos bajo la barbilla de la dama.

El corazón le latía con fuerza y empezaba a sentirse mal. Miró a Verety y ella comprendió. Juntos, retiraron cuidadosamente el velo.

Un peculiar sonido estrangulado surgió de lo más profundo de su ser, y apretó los nudillos contra los dientes en un intento de contener sus emociones. Fue tenuemente consciente de que Verety deslizaba un brazo sobre sus hombros y le apretaba con todas sus fuerzas.

—Meredith —dijo con la respiración entrecortada. Era su hermana.

Pero estaba tan cambiada que apenas la reconoció.

Por un momento sólo sintió angustia, un dolor que le atravesó hasta el corazón, cortándole tan profundamente que no sabía cómo podría soportarlo.

La mujer del sofá parecía una extraña criatura inventada por Blake o Fuseli. La mitad de su rostro era pálido, de piel suave, y habría parecido juvenil de no ser por las cejas blancas y el pelo blanco que se extendía en finos mechones por su frente. La otra mitad de su rostro estaba marchita y descolorida. En algunos lugares, la piel parecía pergamino, tan estirada que parecía a punto de desgarrarse. El párpado de ese lado estaba enrojecido y caído de forma grotesca. Era mitad monstruo, mitad ángel.

El corazón de Mikey se hizo añicos por su querida hermana. Por su rostro arruinado, y por la belleza perdida de su adorada Meredith.

Lentamente, la angustia dio paso a la ira, y la ira dio paso a la furia.

Lanzó una mirada fulminante a Verety, que le miraba con el rostro blanco.

—Beckham hizo esto —estalló—. Intentó huir con ella y debió haber provocado el incendio para disuadir la persecución. Pero algo salió mal y Meredith acabó así. Voy a cazar a ese hombre y masacrarlo como la alimaña que es.

—¡No! —estalló Verety—. No puedes hacerlo. Eso sería un asesinato. Tómate un momento, te lo ruego, y piensa.

Pero él ya estaba en pie, dando zancadas hacia la puerta.

—¡Mikey! Espera —le suplicó ella, apresurándose a colocarse en el umbral de la pequeña habitación—. ¡Tu hermana es más importante ahora! Meredith te necesita. Le traeré un poco de agua. Apóyale la cabeza, asegúrate de que pueda respirar con facilidad.

Vaciló, nunca antes tan desgarrado.

—Y cuando esté recuperada, podrá contarnos toda la verdad.

—¿La verdad? ¿La verdad? Si estaba tan cegada por el amor como para ocultar su aventura

con Beckham, ¿cómo puedo esperar que alguna vez me diga la verdad? ¡No! Fuera de mi camino, Verety.

Ella retrocedió ante él a través de la cocina, luego apretó la espalda contra la puerta, mirándole suplicante.

—No puedo dejarte marchar cuando estás tan furioso —le dijo—. Ya sabes con qué facilidad tu temperamento te mete en dificultades. Además, me lo prometiste. ¿Vas a desechar tan rápidamente las promesas que me hiciste, milord?

La doble implicación de sus palabras hizo que Mikey se detuviera, y la miró fijamente, con la mandíbula apretada. Haber experimentado, tan poco tiempo antes, tal éxtasis con ella, para verse ahora sumido en una abyecta desesperación, era suficiente para aplastar el alma de un hombre.

—No debes hacer nada respecto a Beckham hasta que hayas oído la versión de Meredith —le instó.

Su hermana estaba arruinada, su belleza había desaparecido para siempre. Quería llorar. Pero al menos estaba viva.

Y no se veía ni se oía a un bebé. Gracias a Dios por eso.

Respiró entrecortadamente y trató de concentrarse en el rostro compasivo de Verety.

—Muy bien —dijo—. Primero atenderemos a mi hermana.

—¿Y no le harás daño a Beckham?

—Debo enfrentarme a él. Pero hablaré con él.

—Es con tu hermana con quien debes hablar ahora, Mikey. ¿Cómo se sentirá si vuelve en sí y descubre que te has largado furioso en busca de su amante? ¿No ha sufrido ya bastante?

Sus hombros se relajaron un poco y volvió a respirar hondo.

—Quizá tengas razón.

—¿No crees, quizás, que es exactamente por eso por lo que se ha estado escondiendo? ¿Por miedo precisamente a una reacción así?

—Verety, yo...

Antes de que pudiera enmarcar las palabras que necesitaba decir, un grito horrorizado rasgó el aire. Entró corriendo en el salón, donde Meredith estaba ahora sentada y mirando salvajemente a su alrededor en evidente estado de shock.

—¡Meredith! —en un instante estaba de rodillas ante ella, cogiéndola en brazos y acunándola contra sí.

—¿Mikey? ¿De verdad eres tú?

De repente, la puerta se abrió de golpe tras ellos, y Mikey sintió una fuerte mano en el cuello de su camisa, intentando apartarle bruscamente de su hermana.

Se levantó de un salto, agarró a su agresor por el cuello, lo levantó de sus pies y lo estampó, con no demasiada suavidad, contra la pared.

Reconoció al hombre al instante.

—¿Matthews?

Dios santo, ¿qué hacía aquí el lacayo de Beckham?

Mientras Matthews empezaba a ponerse rojo y a balbucear, Meredith se levantó y tiró seriamente del abrigo de Mikey.

—Déjale ir, Mikey. No ha hecho nada malo.

De todas las personas, ¿Matthews había sabido del paradero de Meredith todo el tiempo?

Mikey sintió que la furia volvía a acumularse, pero antes de que tuviera la oportunidad de bajarlo y respirar tranquilamente para recuperar el autocontrol, alguien se abalanzó sobre él, haciéndole soltar a Matthews, tropezar con un pequeño escabel y caer indefenso de espaldas sobre el alféizar de la chimenea.

Verety, por supuesto.

Su enérgico salto también la había desequilibrado y se desplomó sobre él, con las extremidades agitadas. Matthews se deslizó por la pared en un montón sin aliento, y Meredith se desplomó de nuevo sobre el sofá, abanicándose rápidamente.

Mikey se quedó allí tumbado, mirando a Verety y, más allá de ella, al techo de escayola, donde una tenebrosa telaraña ondeaba en una tenue corriente de aire.

De repente, la tensión estalló en su pecho, recostó la cabeza en la alfombra y se echó a reír hasta que las lágrimas se le escaparon de los ojos.

Capítulo 26

Algunas personas se habrían reído al ver a una joven derrocar al conde de Abernathy. Pero la última persona que Verety habría esperado que se riera en ese momento en particular era el propio conde.

Rodó de lado, volcándola, y luego se sentó con las piernas cruzadas y escondió la cara entre las manos, con los hombros temblando de diversión.

Matthews miró a Verety y el reconocimiento apareció en sus ojos. Luego miró a Mikey y su rostro se ensombreció.

La alarma saltó a través de ella.

Afortunadamente, Meredith dijo rápidamente:

—Matthews, éste es mi hermano, Mikey.

Verety puso una mano sobre el hombro de Mikey. Esperaba que nadie más hubiera notado lo mismo que ella: que había sollozos sacudiendo aquel robusto armazón, intercalados con las risas. Estaba literalmente llorando y riendo al mismo tiempo, tan embargado estaba por la emoción.

—¿Tu hermano? —exclamó Matthews—. ¿Cómo puede ser eso? Tu hermano es un conde. Este hombre es un sirviente al servicio del capitán Beckham.

—¿En casa de Terence? —El rostro de Meredith palideció casi tanto como su cabello cuando miró a Mikey. Verety se dio cuenta de que mantenía el lado dañado de espaldas a ellos.

Pobre chica. Qué dolor debe haber sufrido. ¡Qué angustia!

Mikey se pasó las palmas de las manos por los ojos y luego se volvió hacia Matthews.

—Lo que mi hermana dice es cierto. La he estado buscando desde el incendio de la casa de mi tía. Sospechaba que había una conexión entre ella y Beckham, así que decidí espiar al capitán disfrazado de sirviente. Fue esta joven, la señorita Spillwell, quien finalmente encontró la pista que me condujo hasta aquí.

Utilizando el hombro de Mikey como apoyo, Verety se puso en pie, con las manos extendidas hacia Meredith.

—Perdóneme —dijo—. No tenía ni idea de que había sufrido quemaduras, ni de que podría estar escondiéndose deliberadamente del mundo.

—Por supuesto que le perdono —Meredith le cogió ambas manos y se las apretó cariñosamente—. Se ha limitado a provocar algo que estaba destinado a suceder tarde o temprano. Terence no paraba de decirme que debía ponerme en contacto con mi familia, hacerles saber que estoy viva y bien. Sólo... sólo me costaba encontrar la confianza.

Mikey llegó al lado de Verety.

—Meredith, te presento a la señorita Verety Spillwell. Debo advertirte que es una fogosa habitual y no me teme, ni a los dictados de la sociedad, ni a lo que se considera una conducta apropiada para una joven soltera. Pero espero cambiar eso pronto. Matthews, trae agua para mi hermana, por favor.

Verety parpadeó. ¿Cambiar qué parte? El fuego, el miedo, o...

Matthews no respondió inmediatamente. Mikey se limitó a enarcar una ceja aristocrática y dijo:

—Bueno, ¿a qué esperas?

No había error en el tono elevado de su voz. Fue suficiente para convencer a Matthews.

—Enseguida, milord —dijo, y desapareció en la cocina.

Verety, sin embargo, estaba sumida en un mar de incertidumbre.

No era la menor de ellas no querer interferir en el reencuentro entre hermano y hermana. Tenían mucho de qué hablar, y no todo agradable. Pero cuando se dio la vuelta para irse, el breve roce de los dedos de Mikey en su brazo se lo impidió.

—Quédate —le ordenó suavemente. Ella se quedó.

Trajeron el agua, Matthews fue despedido al jardín y Meredith se sentó en una silla. Debía de ser su favorita: estaba colocada de modo que desde fuera sólo podía verse la parte posterior de su cabeza, mientras que para cualquiera que estuviera en la habitación, su rostro quedaba en la sombra por la luz de la ventana.

Mikey tomó el sofá y, tras un momento de indecisión, Verety se unió a él allí para que Meredith pudiera dirigirse a ambos. Los dedos del conde temblaban donde descansaban sobre su muslo. Sintiéndose tan abrumada por el hombre y sus emociones como por el momento, Verety extendió la mano y los apretó. Cuando hizo ademán de romper el contacto, él enroscó su mano alrededor de la suya y se lo impidió.

—Supongo —le dijo a su hermana—, que tienes una gran historia que contarme.

—Creo, hermano —dijo la joven desfigurada—, que eso es más bien quedarse corto.

Capítulo 27

A pesar del dramático descubrimiento de su hermana y de sus sentimientos terriblemente encontrados acerca de sus circunstancias, Mikey seguía siendo cegadoramente consciente de la joven sentada a su lado, que había contribuido a propiciar aquel reencuentro. La mujer a la que acababa de comprometer en un campo de trigo. A pesar de su juventud y de su falta de mundanidad, era actualmente una torre de fortaleza. Se había agarrado a su mano, ofreciéndole consuelo, como un hombre que se ahoga se aferra a una roca o a una pértiga. Éste era un viaje hacia lo desconocido, y se alegraba bastante de no hacerlo solo.

—He amado al capitán Beckham desde el primer momento, y él me ha amado a mí —dijo Meredith—. No, Mikey, es el tipo de amor más puro. No necesitas preocuparte por mi honor.

¿Su honor? Sería bueno que él lo cuestionara, después de lo que acababa de hacer con Verety...

—Nos conocimos en secreto…

—¿Pero por qué no pudiste ser abierta al respecto? ¿Contarme tus sentimientos? —interrumpió, medio desconcertado, medio dolido por ello.

—No lo habrías aprobado.

—¿Cómo podías saberlo sin preguntar? —preguntó él, aunque sabía que ella tenía razón—. ¿Soy tan intratable que no podrías esperar persuadirme?

¿Era tan intratable?

Tal vez.

Podía sentir su aguda mirada sobre él, aunque sus ojos estaban en la sombra.

—Eres mucho mayor que yo —dijo ella—. Siempre me has causado bastante admiración.

Se pasó una mano por el pelo. ¿De verdad asustaba a las mismas personas que le importaban? Sólo había querido protegerlas.

Igual que había querido proteger a Verety de un libertino, le remordía la conciencia. Y mira cómo había resultado.

—Lo siento —dijo sinceramente—. Ojalá tú y Beckham me hubierais pedido permiso. Intentado persuadirme. Si hubiera cedido, ninguno de nosotros estaría donde estamos ahora.

Meredith inclinó la cabeza.

—Ambos sentimos mucho todos los problemas que hemos causado. Especialmente Terence. Está atormentado por la culpa.

Mikey la miró incrédulo. No había visto ninguna prueba de nada parecido a la culpabilidad

durante el tiempo que pasó con ese granuja. Pero no heriría a su hermana señalándolo.

—¿Todavía le quieres? —preguntó Mikey en su lugar. No podía creer que la respuesta fuera afirmativa.

—Le quiero. Y él me quiere a mí.

Al oír eso, soltó un bufido despectivo.

—Yo no...

Verety le agarró la mano en señal de advertencia, pero Meredith le cortó, con una sonrisa en la voz.

—No hace falta que lo digas. Lo sé todo sobre lady Fanny Flecher. Y de las otras. Sí, me lo cuenta todo —Mikey podría jurar que echó una mirada de reojo a Verety—. Tenemos un acuerdo. Yo soy su secreto, y ambos tenemos la firme intención de que siga siendo así.

—¿Puedes perdonarle sus aventuras amorosas? —preguntó Mikey, atónito ante la generosidad de su hermana.

Ella enrojeció.

—Tiene necesidades. No lo haría si yo aceptara casarme con él.

El estupor se convirtió en sorpresa.

—¿Beckham te ha pedido que te cases con él? —Preguntó Mikey, incrédulo. Esta nueva visión de Beckham como un mártir enamorado le resultaba difícil de tragar.

Ella asintió con nostalgia.

—Regularmente. Cada vez que me visita. Pero no quiero que se encadene a un monstruo que no puede salir en sociedad.

Ante eso, hubo un suave jadeo de Verety.

—¿Por qué no puede salir en sociedad? —preguntó, inquisitiva.

Meredith se limitó a sacudir la cabeza, con los labios tristemente torcidos hacia abajo.

—Bueno, eso son tonterías —dijo Verety, enderezándose en su asiento con autoridad—. Se puede hacer mucho con cosméticos. Y pelucas. La piel de topo puede sustituir a las cejas, los sombreros de ala ancha pueden llevarse justo en el ángulo adecuado. Los velos pueden ocultar…

Mikey apretó los dedos de Verety. Ella intentaba ayudar y él lo agradecía, pero veía que su hermana no iba a ser persuadida.

—Querida señorita Spillwell, tiene toda la razón, por supuesto —dijo Meredith—. Pero no tengo confianza. La gente seguirá sabiendo que parezco un bicho raro. Si nos casamos, Beckham será compadecido por su elección de esposa. No querría eso para él.

Su declaración sonó tan valiente, y a la vez tan desolada, que el corazón de Mikey se rompió en pedazos aún más pequeños.

—Podemos decidir el mejor curso de acción más tarde —dijo. Todavía estaba demasiado peligrosamente enfadado con Beckham como para discutir racionalmente cualquier posible matrimonio—. Ahora mismo, quiero oír lo que ocurrió la noche del incendio. Procuraré no juzgarte.

Meredith asintió y luego se quedó pensativa durante un momento, con cara de dolor.

—Terence y yo nos conocimos en la biblioteca —murmuró—. Ambos estábamos hojeando libros de poesía de Byron. Hubo una instantánea atracción que ninguno de los dos podía negar, y a medida que pasaban los días, nada nos gustaba más que inventar planes para poder estar a solas. Sé que estuvo muy mal por nuestra parte, pero el amor hace que la gente haga tonterías—.

En efecto, así era, pensó Mikey. Y fíjese en las consecuencias.

Él tendría algunas consecuencias propias con las que lidiar en breve. Aunque, con suerte, mucho más felices; el único fuego que pretendía encender era uno en el corazón de Verety. Levantándole la mano, le besó los nudillos y luego se volvió hacia Meredith.

—La noche del incendio —continuó Meredith—, había concertado una cita con Terence. Él, en su afán, había llegado mucho antes de la hora acordada, lo que probablemente me salvó la vida. Me había lavado el pelo y trataba de secármelo rápidamente junto al fuego de mi habitación. De repente, mi pelo chisporroteó y escupió, y temí que le hubiera prendido fuego.

La sorpresa congeló a Mikey en el sitio.

—¿El fuego fue un accidente? ¿No provocado deliberadamente?

Meredith parecía confusa.

—¿Deliberado? Dios mío, no. En mi pánico por apagar el fuego con las manos, derribé una vieja lámpara de aceite, que hizo arder el hogar. Grité para dar la alarma, pero sólo Terence, que esperaba en las sombras bajo mi ventana abierta, me oyó.

—¡Gracias al cielo que estaba allí! —exclamó Verety.

Mikey no se atrevió a mirarla. Maldita sea, ella había tenido razón todo el tiempo.

Beckham no había provocado el incendio.

Meredith sonrió temblorosamente.

—Terence escaló la enredadera del exterior y estuvo en mi habitación en cuestión de segundos. Pero para entonces, mi ropa estaba ardiendo y yo gritaba y tosía entre el humo, dando tumbos a ciegas, intentando escapar del dolor insoportable. Debí de tirar de las cortinas de la cama en llamas porque lo siguiente que supe es que el dosel se había caído, golpeándome la cabeza. Después de eso, no supe nada en absoluto. Hasta que me desperté en una habitación extraña, en agonía, con la cabeza envuelta en vendas. No puede imaginarse el miedo que sentí hasta que oí la voz de Terence, diciéndome que me calmara.

Dios se apiade. Mikey se estremeció, el horror le recorrió por dentro. ¡Qué horrible para su querida hermana pasar por aquella terrible experiencia! Y él no había estado cerca para ayudar. Había estado cenando con Darlington aquella noche, sin tener ni idea de lo que había ocurrido hasta varias horas después.

Sintió una vez más la sombría desesperanza de ordenar las cenizas, intentando descubrir cualquier rastro de lo que le había ocurrido a su hermana.

La ira surgió de nuevo en él.

—¿Y qué hacía Beckham mientras usted yacía insensible?

—Primero me llevó escaleras abajo fuera de peligro, luego despertó la casa con el gong,

aporreó las puertas de nuestros vecinos y alertó a un vigilante nocturno. Luego me llevó corriendo al médico más cercano, que resultó ser un amigo suyo de las guerras peninsulares, un hombre familiarizado con las quemaduras. Allí me prepararon una cama y Beckham apenas se separó de mí durante días, aterrorizado de que pudiera empeorar.

Al recordar la destrucción que Mikey había visto cuando llegó a lo que quedaba de la casa de su tía, pudo saborear de nuevo la horrible náusea que le había subido desde el estómago. La aterradora soledad a la que se había enfrentado por su hermana, el espantoso miedo a su pérdida que había soportado.

—¿Por qué no nos dijisteis que estabas herida? —preguntó con amargura—. Seguramente, ése debería haber sido tu primer pensamiento después de haberte puesto a salvo.

Parecía contrita.

—Él quería, pero yo le rogué que no lo hiciera. Estaba tan enferma, tan asustada. El incendio fue culpa mía, y no podía enfrentarme a la pobre tía Claudette, que lo había perdido todo. ¿Está bien, Mikey? Le debo tanto y me porté tan mal.

—La trasladé a Gant's Ridge. Ha estado afligida por ti, Meredith, a pesar de que la insté a no desesperarse ya que no había encontrado pruebas de que hubieras muerto en el incendio. ¿No podrías al menos haberme escrito una nota?

Verety murmuró:

—Mikey, no es momento para recriminaciones. Tu hermana ya ha sufrido bastante. Además, tú mismo desapareciste durante un tiempo, ¿recuerdas? Con todo tipo de especulaciones.

—Sí, me enteré. Y traté de no preocuparme —dijo Meredith—. Sabía que el feo rumor de que te habías suicidado en un arrebato de culpabilidad no podía ser cierto. Eres demasiado fuerte de mente para contemplar la autodestrucción.

Se le había pasado por la cabeza, sin duda, pero había estado demasiado decidido a encontrarla como para considerarlo seriamente. Y demasiado decidido a vengarse cuando encontrara al responsable.

—Estaba desesperado por encontrarte y Beckham era la única pista que tenía. Me pareció muy sospechoso que hubiera dado la alarma sobre el incendio pero no se hubiera quedado para ayudar a combatirlo. Así que decidí investigarle.

La comprensión iluminó los ojos de Meredith.

—Por eso Matthews te tomó por sirviente.

—Sí. Me convertí en el señor Hastings, y con un poco de ayuda de amigos en las altas esferas, me infiltré en la casa de Beckham.

—Estoy tratando de imaginarme al orgulloso conde de Abernathy como sirviente —dijo Meredith con una risita, el peso de su confesión aliviándose en su sonrisa.

—He aprendido un respeto considerable por la clase sirviente, ahora que sé por lo que les hacemos pasar —confesó Mikey con una mueca.

—No le mostraste mucho respeto a Matthews —reprendió Verety—. Casi estrangulas al desafortunado.

—Refuto eso —dijo contrito—. Sabía exactamente cuánta fuerza usar.

—Por favor, no te burles de mí —no cuando sus emociones estaban tan a flor de piel.

Ella le devolvió la mirada con simpatía. Lo que sólo le hizo sentirse peor.

—Matthews debe haber estado muy confundido cuando entró y te vio hace un momento —dijo Meredith con un divertido movimiento de cabeza.

—¿Qué te pasó después de convalecer en casa del médico? —Mikey preguntó.

Ella volvió a ponerse seria.

—Me llevaron a casa de otro amigo de Terence, un caballero muy amable llamado Babcock, cuya esposa me cuidó. Nadie me reconoció -había perdido casi todo el pelo y las cejas en el incendio- y cuando me volvió a crecer el pelo, era blanco. Para cuando me permitieron mirarme en un espejo, lo peor de los daños en mi cara empezaba a cicatrizar. Puedes imaginarte mis sentimientos cuando vi mi reflejo por primera vez —aspiró y se secó las lágrimas de recuerdo.

Al instante, Mikey estaba arrodillado a sus pies, con la mano de ella entre las suyas.

—Debió de ser terrible para ti, querida. Pero siempre serás hermosa para mí, para el resto de la familia. No debes creer que alguna vez pensaríamos ni una fracción menos de ti.

—No soy más que una sombra de lo que fui —dijo abatida—. Cuando vi ese horrible reflejo, supe que necesitaba convertirme en alguien nuevo y olvidar todo el pasado. Convencí a Terence para que me buscara un lugar tranquilo donde pudiera vivir mis días en soledad, cuidando mi jardín, leyendo mis libros y escribiendo mis terribles poesías. Argumentó en contra de mi decisión: aún quería casarse conmigo. Pero yo le dije que ya era bastante malo que uno de los dos perdiera toda esperanza de volver a salir al mundo. No quería que estuviera atado a una esposa que sólo le hundiría en la sociedad.

Esta generosidad de espíritu era demasiado. Una hiel amarga subió a la garganta de Mikey, y se puso en pie.

—¿Estabas dispuesta a dejarlo libre, a no pedirle cuentas, incluso después de todo lo que te hizo?

—No fue culpa suya —insistió ella.

—¡Lo fue! Puede que Beckham no hubiera provocado el incendio deliberadamente, pero seguía siendo el culpable en última instancia.

—Mikey —la mano de Verety estaba en su brazo, pero él la sacudió.

—Despediste a tu criada antes de tiempo porque tuviste una cita con él —le acusó—. Por eso te estabas peinando tú misma, y por eso el accidente ocurrió. Beckham te ha hecho pagar un precio terrible por amarle.

Apretó los puños mientras su ira crecía y amenazaba con desbordarse.

Beckham seguía siendo su enemigo.

Sólo había una forma de tratar con un enemigo. Destruirlo.

Caminó hacia la puerta.

—Mikey, ¿adónde vas? Tenemos tanto de qué hablar —la voz de Meredith estaba llena de

alarma.

—Voy a encontrar a ese hombre y a hacerle pagar por lo que te ha hecho. Por lo que nos ha hecho a nosotros.

—Mikey, no lo hagas. Estás demasiado enfadado para pensar con claridad —Verety se puso delante de él, intentando bloquearle el paso. Él sacudió la cabeza, la levantó y la colocó detrás de él.

—Verety, necesito hacer esto.

Ella volvió a empujarlo, se colocó directamente contra la puerta de la cocina y lo encaró, con la barbilla alta y decidida. Antes de que él pudiera detenerla, había cerrado la puerta y dejado caer la llave por el corpiño de su bata.

Él parpadeó. Y se quedó boquiabierto.

Y sus pensamientos galoparon instantáneamente en otra dirección completamente distinta.

Sus mejillas se sonrosaron al observar su rostro, y su labio tembló ligeramente. Recordó la sensación de aquellos labios contra los suyos, la suave seda de su pecho bajo su mano, y la emoción en su corazón cuando la había hecho suya.

Su rabia remitió un poco.

—¿Crees que esto es un elemento disuasorio eficaz, señorita Spillwell? —inquirió con brusquedad—. ¿Qué me impide meter la mano y recuperar esa llave?

Sus ojos se abrieron de par en par y Meredith tosió.

—Pero no, eso me distraería demasiado de mi propósito, como estoy seguro de que sabes. Así que en aras de la premura, si no me la das, te volcaré boca abajo y te sacudiré hasta que se caiga.

—¡Mikey! ¡Qué vergüenza! —Meredith estaba ahora detrás de él, su voz era una imitación exacta de la de su antigua niñera.

Puso los ojos en blanco hacia el techo y respiró hondo y tembloroso.

—Dios de los cielos, he sido desarmado y superado por dos ingenuas que realmente creen que tengo conciencia. Bueno, dejadme deciros que ya no me importa tanto el decoro como antes. Así que, señorita Spillwell, esa llave definitivamente no es tan segura como te imaginas.

—Como es mi llave —dijo Meredith—, creo que soy la que mejor puede juzgar cuándo usarla, así que ¿quizá la señorita Spillwell estaría dispuesta a cederla a mi custodia?

Levantó una ceja mirando a Verety. Al cabo de un momento, hundió la mano en la hendidura entre sus pechos y buscó la llave.

Dioses, ¡cuánto deseaba él ayudarla con eso! Pero con su querida, añorada y sufrida hermana de pie justo detrás de él, sabía que debía hacer acopio de todas sus fuerzas y refrenar sus lujurias impropias.

Verety sabía exactamente lo que hacía, la pequeña provocadora. Sus ojos no se apartaban de los de él mientras manoseaba su corpiño, y la media sonrisa que se dibujaba en su rostro le informaba de que había aprendido bien sus lecciones de seducción. Estaba dominando rápidamente cómo ganar la partida en el juego del amor.

Ahogó un gemido cuando ella sacó la llave y se inclinó sobre su hombro para presentársela a Meredith.

—Si me prometes no disgustar a tu hermana, volveré ahora a casa de Portia, para que podáis discutir vuestros asuntos familiares en privado —dijo Verety—. Matthews puede acompañarme y luego volver con tus cosas, Mikey, si deseas quedarte aquí con lady Meredith.

Él vaciló y se perdió en las cálidas profundidades de aquellos ojos color avellana. Deseaba desesperadamente que ella se quedara. Pero ella tenía razón. No había visto a su hermana en seis meses, y había tantas cosas que había que decir y planificar.

Se sacudió su necesidad de Verety, junto con sus ansias de venganza inmediata.

—Muy bien, Beckham escapa a la retribución. Por ahora. Sin embargo, no puedo decir lo mismo de ti, señorita Spillwell. Hablaremos más tarde.

Su sonrisa le dijo que pensaba que había ganado. Tendría que pensarlo de nuevo. Haciendo acopio de sus mejores modales, se llevó la mano de ella a los labios, le hizo una elegante reverencia y luego la condujo fuera y al cuidado de Matthews.

Volvió a entrar a toda prisa y, en cuanto se cerró la puerta, envolvió a Meredith en sus brazos y la sostuvo allí durante largo rato en silencio, perdido en la embriagadora mezcla de amor y alivio que se arremolinaba en su corazón, y elevando silenciosas plegarias de agradecimiento.

—No hay palabras para expresar lo feliz que me siento de haberte encontrado de nuevo —susurró.

—Como yo, mi querido hermano.

Ella levantó la mirada, y él vio que sus ojos estaban húmedos. No podía soportar verla llorar. Nunca había sido capaz. Tiró de ella hacia atrás y le dio otro largo abrazo.

Finalmente, ella se apartó y le dedicó una cálida sonrisa.

—Te gusta la señorita Spillwell —dijo tras una breve vacilación.

—La chica es una amenaza —respondió él, que no quería hablar de Verety por el momento.

—Al contrario —dijo Meredith con complicidad—. Creo que tiene un buen corazón. Es considerada y amable.

—Y exasperante, descarriada, y testaruda.

Meredith se rio mientras volvían al salón.

—¿Es ella de la que me habló Terence? ¿La de las lecciones?

Mikey hizo una mueca.

—Ya lo sabes, entonces.

—Terence no vio nada malo en ellas, sólo un poco de inocente tutoría en el coqueteo con la perspectiva de que, al final, la señorita Spillwell conseguiría el marido que deseaba.

A Mikey se le heló la piel.

—No conseguirá al señor Finley —le informó—. Está encaprichado de la misma lady

Fanny con la que tu capitán Beckham ha tenido un romance. Finley piensa en Verety como en una hermana. Siento ser brusco, pero así es.

Meredith avivó el fuego de la cocina y llenó una tetera de la bomba de la cocina.

—Pobre señorita Spillwell. Pero eso es bueno para ti, ¿no?

—¿Por qué dices tal cosa? —preguntó. ¿Cómo habían llegado a este tema? Se había quedado para hablar de Meredith, no de su vida amorosa.

—Porque nunca te había visto mirar así a una mujer.

—No quiero tener esta conversación —afirmó él, cruzando hacia la ventana y tamborileando con los dedos en el alféizar.

Fuera, un petirrojo revoloteaba de rama en rama de un ciruelo, haciendo temblar los jóvenes frutos verdes a su paso.

—Sería una esposa excelente —dijo Meredith, poniendo las cosas para el té sobre la mesa —. No querrías a alguien que no pudiera hacerte frente. Alguien dulce pero aburrida. Nunca te aburrirías con la señorita Spillwell.

Ella no sabía ni la mitad, pensó mientras contemplaba el camino que Verety y Matthews habían tomado de vuelta a Aston.

—¿Es de buena familia? —preguntó ella en voz baja, cuando él permaneció en silencio.

Se apartó de la ventana y su hermana parecía tan seria que cedió y dijo:

—Bastante. No tiene título, pero su familia se remonta al Conquistador. Meredith, ¿por qué me sonríes así? —preguntó irritado.

—Las damas no sonríen. Sonríen en secreto.

Puso los ojos en blanco.

—No has cambiado —sonrió, su corazón se llenó de calidez—. No es que me queje.

—Está claro que la has investigado, así que debes estar interesado en ella.

Sacudió la cabeza.

—Ella estaba asociada con Beckham. Quería encontrarle, así que me propuse averiguar sobre todos sus conocidos.

—Háblame entonces del pedigrí de lady Fanny.

—*Touché* —definitivamente, esta conversación no estaba saliendo como él había planeado —. Digamos que la señorita Spillwell me intrigó.

—¿En pasado? Sólo llevamos reunidos media hora y ya estás ofuscándote.

—Mis sentimientos no importan. Me temo que su corazón aún pertenece a otro.

—Y, sin embargo, esperas que reaparezca fuera con Matthews cuando te traiga el equipaje, y que se detenga a tomar el té con nosotros para que puedas contemplar hasta saciarte su rostro excesivamente bonito.

Ah. Así que para eso se estaba preparando su hermana.

—De hecho, esperaba que trajera a Maxim, no a la señorita Spillwell —objetó—. No me

entusiasma la idea de volver a esa posada llena de viruela a buscar mi caballo.

—Además, tú mismo has dicho que ella nunca conquistará a ese otro hombre —insistió Meredith.

Él le dirigió una mirada tranquilizadora.

—No tengo intención de discutir sobre señoritas contigo.

El rostro de Meredith era todo inocencia.

—¿Hay alguna razón para que no intentes conocer un poco mejor a la señorita Spillwell?

Ciertamente, ahora conocía a Verety mucho mejor que durante el desayuno, pero no iba a decírselo a su hermana. Se casaría con Verety, por supuesto.

¿Tomar a Verety Spillwell como esposa?

A pesar de lo que habían compartido, las razones para que un conde no se involucrara más profundamente con ella eran a todas luces obvias. Era impulsiva, testaruda, sin ningún respeto por las reglas de la sociedad. ¿Y si seguía comportándose con irreflexiva incorrección, como había hecho con Beckham, como había hecho con el propio Mikey, y le arrastraba a él y a su familia al descrédito?

No se le escapó la hipocresía. Él, el mismo hombre que la había despojado, la consideraba posiblemente indigna de ser su esposa porque ella se lo había permitido.

¿Por qué le había dejado hacerlo?

No es que importara. Ella lo había hecho, y si él poseía siquiera una pizca del honor que tanto le preocupaba, debían casarse. Y eso era todo.

Lo que significaba que él debía desengañarla de algún modo de su molesta y persistente obsesión con el señor Daniel Finley.

Capítulo 28

—¡Has estado fuera una eternidad! —gritó Portia en el momento en que Verety entró por la puerta principal—. ¿Has encontrado a la hermana desaparecida del conde? ¿Qué le ha ocurrido? ¿Quién era el criado que recogió sus cosas?

Verety sonrió y se quitó el bonete, sintiéndose como si hubiera vivido dos vidas desde que vio a su buena amiga aquella mañana.

—Sí, la hemos encontrado. ¿Podríamos tomar un té? Contarlo todo va a dar mucha sed y estoy agotada.

—¡Oh, estoy tan contenta! ¿Cómo es ella? Pero no pareces tan contenta como deberías. ¿Te ha molestado algo?

Que le den. Portia era demasiado perspicaz. Como lo era Mikey.

A Verety le asaltó de repente la incómoda sensación de que debía de ser mucho menos sutil y aplomada de lo que había pensado.

Sólo Daniel seguía siendo incapaz de adivinar sus sentimientos. ¿Tan obtuso era el hombre?

¿O quizá era ella la obtusa?

Había pasado la mayor parte de la mañana con otro hombre, tumbada desnuda en un campo de trigo, entregándole su inocencia. Y gustándole. Inmensamente. En todo ese tiempo, no había pensado ni una sola vez en Daniel. Ni se había imaginado nunca haciendo con Daniel algo parecido a lo que había hecho con Mikey.

Y con ese pensamiento vino un segundo, mucho más incómodo. ¿Podría ser realmente que se hubiera enamorado ligeramente del conde de Abernathy?

¿Quizá incluso más que ligeramente?

—¿Y bien? —preguntó Portia mientras servía té caliente en tazas que Verety ni siquiera se había dado cuenta de que estaban preparadas y colocadas— ¿Qué ha pasado?

Se obligó a volver al presente y relató toda la historia de la búsqueda de la hermana de Mikey, lady Meredith.

Portia sonrió complacida.

—Es lo más emocionante que ha ocurrido nunca en este tranquilo pueblecito. Pero pareces pensativa. ¿Estás preocupada por ella? ¿O triste porque vuestra aventura haya terminado?

—En absoluto —la tranquilizó Verety—. Sólo estoy un poco alterada por todo el drama, supongo. Llevamos todo el día sumidos en una profunda emoción. Nunca he visto a un hombre

tan conmovido como lo estaba lord Abernathy al encontrar a su hermana.

Excepto, quizás, cuando había estado haciendo el amor con Verety...

Se aclaró la garganta.

—Creo que el corazón del conde está en proporción con el resto de él, aunque por lo general, prefiere no mostrarlo. Es un hombre impresionante.

Por Júpiter. No había querido expresar ese pensamiento en voz alta.

Portia la miraba con creciente interés.

—¿Debo entender que por fin has encontrado a otro caballero al que admirar? ¿Has olvidado ya del voluble señor Finley?

—¿Cómo puedes decir eso? —reprendió Verety—. No has visto a Daniel más de media docena de veces y no puedes tener motivos para condenarle por voluble.

—No le importan tus sentimientos —cuando Verety hizo ademán de protestar, Portia agitó una mano y dijo:

—Sí, me pareció afable, con un buen grado de ingenio de salón, modales aceptables y una conversación agradable. Pero no había chispa en él. No como lord Abernathy.

—¿Estás llamando aburrido a Daniel?— Verety apenas podía creer lo que oía—. ¿Seguro que piensas eso?. Daniel monta a caballo, lee mucho, baila con mucha elegancia y tiene opiniones sobre una gran variedad de temas.

—¿Y comparte alguna de esas cosas contigo?

—Yo... Él…

—No lo creo. Bajo su barniz de intereses civilizados, está escudriñando la cosecha anual de jovencitas en busca de una novia potencial.

Verety hizo una mueca de dolor y pensó en la forma en que miraba a lady Fanny.

—No, estoy segura de que te equivocas.

Excepto que ella sabía instintivamente que su amiga no se equivocaba. Él ya había hecho su elección.

Y no era Verety.

—Déjalo ir. Hay un espíritu, una pasión en ti, Verety Spillwell, que Daniel Finley no puede igualar ni satisfacer. Por lo que he visto del conde de Abernathy, hay más que suficiente en él para satisfacer a cualquier mujer... en todos los sentidos posibles.

La taza de té de Verety repiqueteó sobre su platillo, salpicando té por los lados. ¡Por amor de Dios! Su amiga no tenía ni idea.

—¡Portia! ¡Me escandalizas! —gritó, para ocultar los vívidos recuerdos que aquella afirmación evocaba en su mente... y en su cuerpo.

—Hmph. Si mal no recuerdo, no era yo la que estaba abrazada a un hombre desnudo anoche. Así que, de verdad, ¿quién es más escandalosa?

Verety se retorció en su silla y volvió su rostro acalorado hacia la ventana. Portia realmente no tenía ni idea.

Gracias a Dios.

Su amiga exhaló un fuerte suspiro.

—Eres esclava de lord Abernathy, pero demasiado testaruda para dejar de lado tu visión idealizada del señor Finley, un hombre que no podría hacerle sombra al conde.

Verety se volvió hacia su amiga.

—Si tanta admiración sientes por él, ¿por qué lo conquistas tú misma?— dijo, sin saber de dónde le venía su repentino pique.

Esto provocó un vendaval de risas de Portia.

—Porque lord Abernathy sólo tiene ojos para ti, querida. Estaría perdiendo el tiempo.

Verety miró fijamente a su amiga durante un largo y confuso momento, luego se recompuso y dijo:

—He salpicado té en mi platillo. ¿Tienes un paño?

Portia suspiró.

—Así que no quieres hablar de Abernathy. Muy bien. No me gustaría que me acompañara durante el resto de su visita. Te traeré un paño.

No, no quería hablar con Portia sobre Mikey. Sus sentimientos hacia él eran demasiado caóticos como para intentar ordenarlos ahora mismo. Además, había otras cosas de las que preocuparse. Beckham, para empezar. ¿Cómo podía estar tranquila cuando el conde aún parecía empeñado en arruinarle? También le preocupaba lady Meredith. Verety le había tomado verdadero cariño a la hermana de Mikey y quería verla restablecida en el lugar que le correspondía en la sociedad.

¡Qué carácter tan desinteresado tenía aquella joven! A pesar de seguir locamente enamorada de Beckham, había tenido el valor y el desinterés de rechazar su demanda, anteponiendo la preocupación por él a sus propios sentimientos.

Eso hacía que el amor de Verety por Daniel pareciera terriblemente egoísta. Todos estos años, sólo había pensado en sus sentimientos por él y en lo que ella quería, no en los sentimientos de él y en lo que podría ser mejor para él. Si Daniel sólo quería ser su amigo, estaba muy mal por su parte conspirar para seducirle, atrapándole potencialmente en el matrimonio.

Santo cielo. Mikey había tenido razón cuando había dicho que ella estaba en un disparate con esas lecciones.

Portia seguía sonriendo cuando volvió a entrar en la habitación.

—Aunque es un hombre bastante guapo.

Verety quería gemir. La mujer era implacable. Y muy acertada.

—Supongo que lo es.

—Extremadamente codiciado, también —continuó Portia, sin avergonzarse por la mirada de advertencia de Verety—. He estado leyendo sobre él en un viejo ejemplar del Courier. ¿Sabías que tiene...

—Basta, te lo ruego. No quiero hablar de él.

Portia hizo un mohín.

—Me privarías de cualquier entretenimiento en mi soledad.

—Si te sientes sola, debes ir y hacerte amiga de lady Meredith, pues ella también se ha sentido muy sola. Estoy segura de que te caería bien.

—Si se parece en algo a su hermano, seguro que lo haré —cuando Verety le dirigió otra mirada suplicante, entrecerró los ojos y dijo:

—Está claro que algo ha pasado entre vosotros dos. Debes decírmelo de inmediato.

—No, no hay nada más que contar de lo que ya te he dicho —insistió Verety, pero le resultó imposible mirar a su amiga a los ojos.

Portia inclinó la cabeza y luego miró hacia la ventana.

—Quizá debería enfrentarme al hombre en persona. Puede que se muestre más comunicativo.

Siguiendo la dirección de la mirada de su amiga, Verety se quedó atónita al ver a Mikey saludándolas alegremente mientras se dirigía hacia la cabaña.

¡No! Ella no podía verle ahora. Durante su visita a lady Meredith, Verety había conseguido bloquear sus pensamientos y sentimientos sobre lo que había hecho con él, lo que había perdido por él, lo que había sentido por él. Y aún sentía. Pero en el camino de vuelta a casa, todos esos pensamientos y sentimientos habían resurgido con fuerza y se habían apoderado de ella por completo.

Necesitaba ordenarlos.

Decidir su mejor curso de acción, si ocurría lo peor.

Decidir qué sería , de hecho, lo peor que podría pasar...

—Dile que se vaya. Que me duele la cabeza —le ordenó y subió las escaleras tan rápido como le permitieron sus piernas.

Se oyó un golpe en la puerta. Se abrió y fue seguida por el sonido de voces. Seguramente Portia no iba a invitarle a entrar.

Apretó el oído contra la puerta de la alcoba.

La conversación continuó durante un momento o dos y luego la puerta se cerró.

Ansiosa, Verety se acercó a la ventana y se asomó.

Y miró directamente a los ojos de Mikey. El estómago le dio un vuelco y se agarró al alféizar de la ventana para apoyarse. ¿Cómo podía un hombre tener el poder de afectarla tanto, incluso a tanta distancia?

Mikey le sonrió ampliamente y la saludó con la mano. Luego se alejó a grandes zancadas por el prado del pueblo. Ella le vio detenerse frente a la Casa Ciega, sacudir la cabeza y seguir adelante hasta que desapareció de su vista.

¿Adónde se dirigía? ¿Qué iba a hacer?

Cuando volvió a bajar las escaleras, Portia saltaba de un pie a otro emocionada, sosteniendo un papel doblado.

—¿Qué es?— preguntó Verety.

—El conde ha dejado un mensaje para ti. Desea reunirse contigo, para hablar.

El corazón de Verety se aceleró. Desdobló y leyó la nota, esperando que Portia no notara cómo temblaba en sus manos.

Levantó la vista.

—Lord Abernathy desea reunirse conmigo en el patio de la iglesia mañana a las once de la mañana.

Capítulo 29

El día siguiente fue tan hermoso como lo había sido el anterior, aunque Verety lo recibió con los ojos algo sombríos tras una noche agitada. Los acontecimientos de ayer habían pasado por su mente en un interminable carrusel de emociones que era incapaz de detener.

Sabía que tenía que escuchar lo que Mikey tenía que decirle, e imaginaba que sería mucho, pero eso no hacía que enfrentarse a su propio comportamiento licencioso con él fuera más fácil.

O, de hecho, sus recién descubiertos sentimientos hacia él.

¿Había sustituido su seguro y familiar deseo de casarse con Daniel Finley por la peligrosa e incierta fantasía de ser la esposa de un tempestuoso conde?

¿Acaso la deseaba de ese modo?

O tal vez sólo estaba interesado en adquirir una amante. Ayer, él había mencionado ambas posibilidades por igual, y ella no había objetado ninguna. ¿Por qué no había protestado ante la sugerencia menos honorable?

¿Quizás había quedado con ella simplemente para explicarle -de forma caballerosa, por supuesto- que todo había sido un terrible error?

Tras una mañana agitada, se puso en camino hacia el cementerio y llegó, con la mente aún en un torbellino, exactamente al filo de las once.

—¡Verety!— Mikey se acercó a ella con todos los indicios de placer escritos en sus apuestos rasgos. Ella tuvo que admitir, al verle alegre y a plena luz del día, que era extremadamente guapo. Podría competir fácilmente en ese aspecto con Daniel o Beckham y ganar. Físicamente, los eclipsaba a ambos. Sólo había tardado un poco en acostumbrarse a que él fuera bien parecido y tan... tan abrumadoramente masculino.

—¿Mikey?

Él sonrió, mostrando un conjunto de dientes blancos muy parejos. Y un hoyuelo en cada mejilla que ella, por alguna razón, no había notado antes. No sólo guapo, sino también gallardo. Las mariposas empezaron a revolotear en su estómago.

—¿No hace un día espléndido? —dijo—. Este pueblo espantoso parece casi alegre con la luz del sol sobre él.

—Te estás convirtiendo en un poeta —dijo ella irónicamente.

—Ah, has tropezado con uno de mis secretos. Escribo poesía, pero sólo para entretener a amigos y familiares.

¿En serio? Qué intrigante. Ella misma había escrito algunos versos, pero la mayoría eran sobre Daniel y decididamente no para entretenimiento de familiares y amigos.

—Hoy estás de un humor eufórico —dijo ella, preguntándose cuándo iba a prescindir él de las galanterías e ir al grano. Estaba ansiosa por conocer su destino.

—En efecto, así es. Meredith ha aceptado volver a casa, a Yorkshire, conmigo. Es una gran alegría tenerla de vuelta, saber las buenas noticias que llevaré a la tía Claudette y al resto de la familia. Quiero agradecer tu ayuda. No sé si fue tu suerte o la mía la que te hizo recoger ese libro en casa de Beckham, pero te estaré eternamente agradecido por haberlo hecho.

—De nada —la impaciencia la hizo soltar:

—Pero no puede ser de eso de lo que deseabas hablarme. Me he estado preguntando qué puedes tener que decir que sea apto para un cementerio pero no para los oídos de Portia.

—Contundente, como siempre —dijo con un suspiro, y luego la miró un momento.

—Sobre lo de ayer...

Sintió la boca repentinamente seca como un hueso.

—¿Tu hermana?

Él le dirigió una mirada reveladora.

—No. Nosotros.

De repente, ella no estaba preparada para oírlo. Tragó saliva pesadamente y abrió la boca para decir algo que lo entretuviera, pero él levantó una mano para detenerla.

—Podría disculparme por lo que pasó ayer entre nosotros —dijo—, sólo que no lo siento en absoluto. Y creo que disfrutaste de nuestra... intimidad tanto como yo.

Sus ojos oscuros fulguraron, enviando un escalofrío de conciencia a lo largo de su espina dorsal. Eso era quedarse corto.

—Bueno —dijo ella—, posiblemente. Pero quizá llevaste tu 'lección' un poco demasiado lejos. Nunca pretendí...

Sus labios se curvaron y se acercó un poco más al interrumpirla.

—No me desanimaré, ¿sabes? Pero antes de que caigamos en una discusión, debes dejarme decirte que hoy estás muy guapa, Verety.

Nunca hacía cumplidos tan galantes. Ella desconfió al instante. ¿Era esto el preludio de un beso... o de una despedida?

—Dios mío —respondió ella, esperando que él no notara la forma en que su voz se entrecortaba en su garganta—. Estás de buen humor.

—En efecto. Me siento como si todas mis naves hubieran entrado a la vez. Sólo falta que ocurra una cosa más para completar mi felicidad.

—¿Oh?— Estaba realmente aterrorizada de preguntar.

¿Era su imaginación o él se había acercado aún más? Se sentía como un conejo hipnotizado por un armiño. Pero si ella se alejaba, él pensaría que era cobardía.

Quizá era una cobarde.

Definitivamente, era una cobarde, porque en lugar de todas las preguntas que bullían en su cabeza, dijo:

—Así que lady Meredith se marchará pronto. Es una lástima. Esperaba llegar a conocerla mejor. ¿Ha sido Beckham informado?

El avance de Mikey se detuvo.

—¿Por qué debería ser informado?— preguntó con el ceño fruncido.

—Porque él se ha ocupado de todas sus necesidades durante los últimos seis meses. No puedes llevártela sin más sin ni siquiera pedir permiso.

—¿No puedo? Creo que descubrirá que puedo, y que lo haré —ahora había acero en su tono.

—¿Igual que te la arrebató a ti? ¿No recuerdas lo terrible que se sintió, que ella simplemente desapareciera?

Frunció el ceño.

—Eso es diferente. Yo soy su hermano. No tiene derecho…

—¿No te importa que ella lo ame? ¿Que él la ame?

Mikey agitó una mano desdeñosa.

—Él tiene otras mujeres. Y ella se ha negado a casarse con él. Ella lo superará pronto, como él a ella.

—Las otras mujeres fueron porque él no podía tener a la que más quería. Ella le animó a tener amantes, así que no intentes hacer de él un villano —contraatacó Verety.

Mikey dio otro paso hacia ella y tuvo que torcer el cuello para sostenerle la mirada. Estaba peligrosamente cerca. Y, sin embargo, ni de lejos lo bastante cerca...

—¿Por qué te preocupas tanto por ese canalla? —preguntó, visiblemente frustrado.

—Le considero mi amigo, así que me importa lo que le pase —tenía que mantenerse firme en esto. Debía mantenerse firme, para evitar corazones rotos y un posible desastre.

—Bueno, él no es mi amigo. Si hubiera sido honesto y abierto acerca de sus sentimientos por Meredith y hubiera hecho lo correcto, ¡ella no estaría ahora escondida en una cabaña en la parte trasera del Viento del Norte con sólo media cara y sin confianza en sí misma!

—Fue un accidente, Mikey —¿Nunca lo entendería? De todos los testarudos…

—¡Deja de defenderlo!— La voz de Mikey se había convertido en un gruñido grave, y el calor de su fastidio irradiaba de su cuerpo. Un músculo trabajó en su mejilla. Tal vez discutir con él a tan corta distancia no fuera la mejor idea. Estaba más profundamente enfadado de lo que ella le había visto nunca, pero no podía comprender la razón.

—Alguien tiene que hacerlo —dijo ella, intentando mantener un tono uniforme—. Aún no has escuchado su versión de la historia.

—Cualquiera pensaría que sientes ternura por ese caballero —replicó él.

—No seas ridículo —espetó ella, con su propio temperamento en alza—. Sabes exactamente por qué empecé a salir con Beckham.

—Los sentimientos pueden cambiar. Decídete, Verety. ¿Quién va a estar en tu cama? ¿Finley? ¿Beckham? ¿O yo?

¿Qué?

Ella enderezó la columna.

—Eso, señor, es un insulto grosero. No soy... no soy esa clase de mujer— ¡Por Dios, eso dolió! ¿Cómo podía pensar...? Estaba demasiado enfadada para hablar, pero consiguió escupir:

—No deseo seguir en tu odiosa presencia —se dio la vuelta para irse, pero él la cogió del brazo y la hizo girar para que le mirara.

—Aún no he terminado contigo —dijo, con voz engañosamente suave.

¿Cómo se atrevía a mangonearla en público?

—Suéltame —exigió ella, levantando la mano para apartarle, pero él la agarró por la muñeca y tiró bruscamente de ella contra su cuerpo.

Luego inclinó la cabeza y la besó. Con un hambre que asombraba. Ella forcejeó contra él.

—No.

—Sí.

Volvió a besarla.

Ella no se resistió tanto. Especialmente cuando su agarre se suavizó y sus labios se volvieron seductores en lugar de furiosos.

Él no interrumpió el beso.

Ella dejó de forcejear y se fundió con él.

El deseo bullía entre ellos, un deseo sólo acrecentado por su batalla de voluntades, su profunda atracción burlándose de sus duras palabras.

A veces, pensó Verety mientras se rendía a él, el tacto exigente de un hombre excitado era un poderoso afrodisíaco, no un castigo.

Si se trataba del hombre adecuado.

Cuando él le soltó las manos, ella se las ajustó a la cintura. Abrió la boca a la contundente presión de él, inclinando la cabeza para que él pudiera profundizar el beso, y perdió hasta la última pizca de decoro que poseía.

Entonces, con la misma brutalidad, él apartó sus labios, y cuando ella abrió los ojos, quedó momentáneamente cegada por la luz del sol que se reflejaba en un monumento de mármol blanco en el patio de la iglesia.

Mikey ya no estaba frente a ella. ¿Dónde demonios se había metido?

Capítulo 30

Otro rostro apareció a la vista mientras Verety parpadeaba confundida.

Tardó un momento.

—¿Daniel?

—Verety —el rostro habitualmente alegre de Daniel estaba oscuro como una tormenta de verano, sus ojos palidecían de ira—. ¿Estás bien?

¿Por qué? ¿Qué creía él que le había pasado? Dios santo, ¿había presenciado aquel tumultuoso beso? La vergüenza la recorrió desde las orejas hasta los dedos de los pies.

Sin esperar su respuesta, se dio la vuelta y siseó:

—¡Mestizo insolente! Si la tuviera conmigo, ¡usaría mi fusta con usted hasta que su espalda fuera un mar de rojo!

Verety tardó un momento horrorizada en darse cuenta de que ya no se dirigía a ella. El beso la había perturbado tanto que aún se sentía como en un sueño, o en el fondo del mar, con todo arremolinándose a su alrededor en un miasma de sensualidad y extrañeza emocional.

—¿Qué demonios? ¡Dios santo, Finley! Quíteme las manos de encima de una vez, señor! — gritó Mikey.

Cuando el mundo de Verety se estabilizó, se dio cuenta de que los dos hombres estaban de pie justo a su lado, casi pecho con pecho, erizados de ira.

Daniel dijo:

—¡Espere, le conozco! Nos conocimos el otro día en Oxford, durante aquel chaparrón.

Mikey le miró con el ceño fruncido.

—Nos conocimos. Ahora, ¿qué demonios significa este ultraje contra mi persona?

Los ojos de Daniel se entrecerraron peligrosamente.

—He venido a buscar a Verety. Y ni un momento antes. ¡Debería llamarla! De hecho…— Empezó a quitarse el guante de montar.

Todavía conmocionada por la repentina aparición de Daniel, Verety se interpuso rápidamente entre los dos hombres.

—Daniel, su señoría no pretendía hacerle daño. No es lo que usted cree.

Él se volvió hacia ella asombrado, con el guante a medio quitar y los puños apretados.

—¿Quiere decir que agradece las atenciones de un hombre a la vista de cualquiera que pase por delante? No puedo creerlo. Te ha importunado, ¡se ha aprovechado de tu inocencia!

Llamaré al alguacil.

Ella replicó enfadada:

—No seas tonto, Daniel. Será arrestado. Es el conde de Abernathy.

—Sé muy bien quién es. Un título no le hace menos gentuza.

—Daniel, por favor. No me importó que me besara —gritó frustrada.

—No, no, no —Daniel sacudió la cabeza y cerró los ojos con fuerza como si le doliera la cabeza—. Todo esto está mal. No puedes amar a otra persona. Se supone que estás enamorada de mí.

—¿Cómo dices?— Un escalofrío de miedo conmocionado recorrió la espina dorsal de Verety.

¿Qué estaba pasando aquí? ¿Cómo podía saberlo?

Mikey empezó a acercarse a Daniel pero Verety extendió un brazo para impedirle el paso. Él obedeció, pero ella pudo darse cuenta por su rigidez de que estaba sumamente enfadado.

—Explíquese, Finley —dijo Mikey con frialdad—. O puede que decida llamarle por ese insulto.

Daniel enderezó los hombros e hinchó el pecho de un modo muy poco propio de él.

—He venido —dijo imperiosamente—, a pedirle a la señorita Spillwell que se case conmigo.

—¿Qué?— Verety y Mikey hablaron a coro mientras a ella se le estrujaba el corazón de confusión.

—Es muy sencillo. Verety va a ser mi esposa. Nuestros dos padres lo desean, y lo han hecho durante algunos años. Ya es lo bastante mayor como para conocer su propia mente…

—¿Perdón? —exclamó ella, la indignación eclipsando su conmoción ante sus inesperadas palabras. Había sido lo bastante mayor para conocer su propia mente desde que salió de las cuerdas de líder. Y siempre había querido a Daniel. Pero no después de…

—Quiere decir —interrumpió Mikey su furia con la suya propia—, que acaba de descubrir que las acciones que componen su dote se han disparado recientemente de forma considerable en valor.

Verety giró para mirarle. ¿Cómo sabía él lo de su dote? Había profundizado en sus asuntos más de lo que había admitido. ¡Qué descaro!

—En absoluto —respondió Daniel con afrenta—. Le tengo mucho cariño a la señorita Spillwell, y creo que tendremos un matrimonio sumamente confortable. Resulta que sé que ella me quiere y la tengo en la más alta estima.

El corazón de Verety se encogió aún más dolorosamente. Ninguna mención al amor.

Si Daniel no la amaba ya, nunca lo haría. Fue un descubrimiento funesto. Mikey había tenido razón todo el tiempo.

Sorprendentemente, la idea ya no la llenaba de desesperación. ¿Era alivio lo que sentía? O confusión total porque su deseo más querido durante los últimos seis años por fin se había hecho realidad... y lo único que sentía era indiferencia. ¿Cómo podía estar pasándole esto a ella?

—Daniel... —empezó con cautela.

—Verety, déjame ocuparme de esto —ordenó Mikey, pasando por delante de ella—. Finley, me dijiste que estabas prometido a lady Fanny Flecher.

¿Prometido? Verety se sintió repentinamente enferma. ¿Cuándo? ¿Cuánto tiempo llevaban prometidos?

¿Y por qué demonios no se lo había dicho Mikey? ¡Él sabía lo que ella sentía por Daniel! O había sentido...

¡Por amor de Dios! estaba tan embrollada que ya no sabía lo que sentía.

—Ya no estoy comprometido con esa dama —contestó Daniel, enrojeciendo—. Resulta que es demasiado... voluble.

A Verety se le revolvió el estómago de humillación. Así que sólo había ido a por ella porque Fanny le había echado. Y pensar que hace un mes ella le habría recibido con los brazos abiertos.

—Elo lamento—dijo Mikey—. Pero se precipita demasiado, señor. Verety ya no está interesada en usted.

—¿Disculpa? —exigió ella—. Puedo hablar bastante bien por mí misma. No es que estuviera equivocado, pero...

—No te metas, Verety —le advirtió Mikey—. Finley y yo arreglaremos esto entre nosotros.

Furiosa, empujó el músculo inflexible del pecho de Mikey y se detuvo a punto de darle la paliza que tanto se merecía.

—¡No lo harás! Es mi vida la que estás requisando. Soy yo quien decide con quién me caso.

La cogió por los hombros y trató de atraerla contra él, diciendo:

—Verety, por favor. Finley no te ama. Tu obsesión con él te está haciendo cometer tonterías…

—¡Quítele las manos de encima!— rugió Daniel.

Verety giró alarmada, justo cuando él se abalanzaba hacia delante. Mikey se apartó con elegancia, arrastrándola con él.

El impulso de Daniel lo llevó hacia delante y se enganchó el pie en el bordillo de una tumba. Volcó. Se oyó un crujido espantoso cuando su cabeza golpeó el borde de una lápida vecina. Se desplomó, flácido como una marioneta.

Verety se arrojó al suelo y acunó su cabeza entre las manos.

—¡Daniel! ¡Háblame!

Oh, Señor, estaba sangrando. Copiosamente. La cabeza le daba vueltas y el estómago se le apretaba de náuseas y miedo. Miró a Mikey en busca de ayuda.

Él hizo una mueca.

—¡Maldita sea! Nunca debería haberme atacado así.

—Lo llevaré a casa de la señora Fiennes y mandaré llamar a un médico.

—Tendrás que tener cuidado, su cabeza está... ¡Oh!

Asombrada, vio que los ojos de Mikey se entornaban, mostrando el blanco, y al segundo siguiente él también se había desplomado en el suelo, inconsciente.

Por un momento no reconoció al hombre que estaba justo detrás de él, con un fuerte palo en la mano levantada.

Los ojos del hombre se abrieron de par en par.

—¿Verety? ¿Qué demonios haces aquí?— Era Beckham.

—Yo preguntaría lo mismo —dijo ella con un grito ahogado, intentando que su corazón galopante volviera a su ritmo normal—. Pero apuesto a que ya lo sé.

Le dirigió una mirada de incomprensión y luego miró a Mikey.

—Está claro que no me he equivocado. Realmente es Hastings. Reconocería a ese bruto en cualquier parte —trasladó su mirada a la forma inerte de Daniel—. Y, si no me equivoco, ése es su señor Finley. Le recuerdo del baile de Darlington.

—Sí, sí. Pero... —Ella intentó cortarle.

—¿Qué significa esta carnicería?— Beckham la ignoró y volvió a levantar el bastón, como si esperara más problemas.

—¡Capitán Beckham, retírese! —le gritó. Se arrancó la pelisse y la dobló para acolchar la cabeza de Daniel, luego se giró para poder examinar a Mikey—. No hay necesidad de violencia.

Mantuvo el bastón preparado, pero afortunadamente, no golpeó.

—Parecía necesario, dadas las circunstancias.

—Usted no sabe nada de las circunstancias —levantó con cuidado la cabeza y la acunó en su regazo, palpando con cautela en busca de golpes o roturas. Cuando le examinó la parte posterior del cráneo, pudo notar la creciente hinchazón bajo el pelo—. ¿No le importa que acaba de dejar sin sentido al hermano de su amada? Y sin motivo alguno. La caída de Daniel fue solo un accidente.

Beckham se quedó helado.

—¿El hermano de mi amada? Pero cómo...

—Lo sé todo sobre lady Meredith —dijo Verety con impaciencia—. Y éste es el conde de Abernathy.

—¿Hastings?

—¡Sí! Oh, no se quede ahí boquiabierto, llame a un médico. Hay dos hombres heridos aquí. Las explicaciones tendrán que esperar.

—No —la cabeza de Mikey se movió en su regazo mientras volvía en sí y se acomodaba en una posición sentada—. ¿Acaba de pegarme ese maldito bastardo?

—Un simple malentendido —se apresuró a asegurarle Verety, sosteniéndole mientras intentaba levantarse—. Pensó que habías atacado a Daniel.

—Y aun así le defiendes —gruñó Mikey. La apartó de él y se cernió sobre Beckham—.

Golpea a un hombre por la espalda. Es un cobarde. Le daré a probar de su propia medicina —agarró a Beckham por las solapas y lo arrastró hacia delante.

—¡No! —gritó—. ¡Detente!— Todas sus pesadillas se estaban haciendo realidad a la vez.

Pero ella nunca iba a averiguar lo que Mikey tenía en mente. Aquiles Marsh, el alguacil, llegó corriendo.

—¡Alto!— Sin esperar, asestó a Mikey un fuerte golpe en un lado de la cabeza con su pesado bastón.

El conde se tambaleó contra el pedestal de un ángel de mármol y se aferró allí, aturdido.

—¡Lo sabía! —proclamó Marsh con petulante satisfacción—. Sabía que ese villano traería problemas. No importa cuán alta alcurnia sea, es un pecado y va contra la ley reñir en el Acre del Señor. De vuelta a la Casa Ciega que se va.

Lo siento, señorita, si a usted y a la señora Fiennes no les gusta, pero él necesita aprender el respeto apropiado. Voy a buscar ayuda y a encerrar a estos dos delincuentes hasta que se hayan calmado un poco.

—¿Dos?— exigió Verety. Agarró a Mikey del brazo y lo levantó. Tenía la cara tan blanca como Daniel y los ojos sin ver. Tales golpes en la cabeza no podían ser saludables para ningún hombre.

El alguacil señaló a Mikey y al todavía postrado Daniel.

—No, señor Marsh. Usted no lo entiende. Todo fue accidental. Estos hombres necesitan un médico, no una noche en una celda húmeda —había un chorro de rojo burbujeando por el costado de la cara de Daniel y escurriéndose en una ola sobre su cuello. Nunca había visto nada igual.

Afortunadamente, las dos heridas de Mikey parecían menos graves. Ya asomaba un moratón furioso donde el bastón del alguacil le había golpeado en la sien, pero la piel no estaba rota.

—La ley es la ley —le dijo el alguacil—. Lo siento, señorita. Una vez que estén asegurados, usted y la señora Fiennes pueden entrar y vendarles las heridas. Quédese aquí. No tardaré —se marchó a grandes zancadas.

Beckham se quedó observando la escena, su anterior enfado se convirtió en irónica diversión.

—¡Capitán, haga algo! —dijo con frustración—. Dígale al alguacil que todo ha sido un horrible error, se lo ruego.

Sus ojos azules se entrecerraron mientras miraba a Mikey, a quien ella aún se esforzaba por sostener.

—Pero ésa no sería la verdad, ¿verdad? Juro que vi asesinato en su expresión.

—Las expresiones faciales no son ilegales —dijo Verety—. No le puso un dedo encima a Daniel, y lo único que le ha hecho es arrugarle el abrigo.

—La intención estaba ahí —dijo fríamente Beckham, dirigiendo a Mikey una mirada inescrutable—. Por no hablar de que merodea por mi casa, espiándome. Estoy seguro de que hay una ley contra eso.

—¡Pero es el hermano de Meredith! ¿Cómo se sentirá ella si usted presenta cargos contra él? Se sentirá mortificada.

—Correré ese riesgo —fue la respuesta de Beckham.

Mikey se sacudió el apoyo de Verety y se levantó, balanceándose ligeramente.

—Maldito seas, Beckham —dijo con voz ronca—, ha deshonrado a mi hermana y arruinado su vida. No merece vivir.

—Esa forma de hablar podría llevarle a la horca —proclamó Aquiles Marsh, acercándose por detrás de ellos, con un grupo de jornaleros de aspecto rudo a su paso.

Esto era ridículo.

—Capitán Beckham —espetó ella—, si no pone fin a esta tontería ahora mismo, iré directamente a ver a lady Meredith y le diré que está enamorada de un granuja sin corazón que prefiere ver a su hermano en la cárcel antes que decir la verdad.

Se cruzó de brazos.

—Señorita Spillwell, no está en posición de dictarme nada. Lo que sé de usted rizaría las páginas de la Gaceta…

—¡Cómo se atreve a insultar así a la señorita Spillwell!— enfureció Mikey, tambaleándose inestablemente hacia delante.

La masa de hombres que traía el alguacil se detuvo justo dentro de la puerta del cementerio, aparentemente poco dispuestos a intervenir en el drama antes de que se hubiera desarrollado.

—Mikey, no empeores las cosas —suplicó ella, aferrándose a él.

—Da igual que me cuelguen por una oveja que por un cordero —gruñó él—. Primero insulta a mi hermana y ahora insulta a la mujer que pretendo hacer mía.

No tuvo tiempo de reaccionar ante aquella inesperada declaración porque, en ese mismo instante, el alguacil hizo una señal a los aldeanos para que se adelantaran. En segundos, tanto Mikey como el apenas consciente Daniel estaban encadenados.

—¡Señor Marsh! —dijo ella, cogiendo al alguacil por el brazo y haciéndolo a un lado, pensando furiosamente.

—¿Qué ocurre, señorita?

—Realmente no creo que poner a los dos caballeros en la Casa Ciega sea una buena idea —dijo ella en tono templado—. Cuando el conde sea liberado, que ambos sabemos que lo será, puede hacerles la vida muy incómoda.

—La ley es la ley —dijo el hombre, golpeando su bastón contra el muslo—. No puedo cambiarla, aunque quisiera. Cosa que no hago.

—Abernathy está muy bien relacionado —dijo conspiradoramente—. Probablemente se codea con el magistrado local. Sé de buena fuente que cena con el rey y cuenta al duque de Darlington entre sus mejores amigos.

El alguacil lanzó una mirada de reojo a la manada de hombres que esperaban para llevarse a sus cautivos. No sería bueno hacerle quedar mal delante de ellos.

—Tengo una solución —dijo—, que podría servir. Ponga a los dos caballeros bajo llave en el Rose and Crown. Y si las puertas de allí no pueden cerrarse con llave, sitúese usted o uno de sus ayudantes en el exterior. Los prisioneros pueden permanecer maniatados, pero al menos podrán tumbarse en camas decentes y podrán ser atendidos mientras se recuperan de sus heridas. Heridas accidentales —añadió significativamente—, de las que el capitán Beckham dará fe —cuando consiguiese que entrara en razón.

—¿Se refiere al tercer caballero? ¿El del espléndido garrote?

—Sí.

Marsh apretó sus regordetes labios y reflexionó un momento. Verety contuvo la respiración.

—Muy bien. Pero no voy a pagar su manutención. El propietario querrá sus honorarios.

—El conde lo pagará todo.

—No parece tan complaciente...

—Hablaré con él, lo prometo. De una forma u otra, me aseguraré de que no se quede sin dinero.

El alguacil se balanceó sobre sus talones un par de veces.

Finalmente, dijo:

—Muy bien. Haré lo que usted diga.

El alivio la inundó. Un problema evitado, al menos.

—Gracias.

—¿Le dirá a la señora Fiennes que he hecho lo que he podido para ayudarla?

—Se lo diré.

El alguacil marchó al mando de su tropa y Verety por fin se sintió capaz de respirar de nuevo. Pero sólo había aliviado la situación a corto plazo y no había estado ni cerca de resolverla.

El resultado potencial era demasiado horrible para contemplarlo. Beckham no se arrepentía y sin duda provocaría a Mikey a la primera oportunidad. Por su parte, Mikey buscaba sangre y era probable que acabara ahorcado si dejaba que su necesidad de venganza se impusiera a la razón.

Lo más chocante de todo era que Daniel, después de todos sus años de anhelo sincero, había decidido por fin proponerle matrimonio. ¿Y cuál había sido la reacción de ella ante tan ansiada declaración? No de alegría. Ni deleite. Ni impaciencia por casarse con el objeto del deseo de su corazón. Sino más bien, una petulante satisfacción de que por fin hubiera entrado en razón, y el conocimiento irrefutable de que ella ya no le quería.

¿Podría ser la situación más descabellada?

Posiblemente no.

Mikey nunca tuvo la oportunidad de explicar lo que quería decir con 'hacerla suya'. ¿Se refería a hacer lo honorable y pedirle matrimonio? ¿O había planeado proponerle una posición mucho menos honorable en su vida?

¿Y si el hombre al que ya no amaba le ofrecía el matrimonio, y el hombre al que amaba con todo su corazón sólo le ofrecía la infamia?

¿Qué demonios debía hacer?

Capítulo 31

Bueno, al menos el Rose and Crown tenía camas más blandas para tumbarse. Aunque Mikey no podía convencerse de que estuvieran más limpias que las de la celda. Al menos nadie podría tirarle encima los posos de sus jarras. O al menos eso esperaba.

Aun así, sus pruebas no habían terminado. No sólo le dolía la cabeza como el mismísimo diablo, sino que se veía obligado a soportar los gemidos intermitentes de Daniel Finley desde el otro lado de la habitación.

—Sea un hombre, Finley —le ordenó Mikey—. No puede ser tan malo.

—¿Qué razón tiene para burlarse de mí?— se quejó su compañero de celda—. Si tuviera la cantidad de dolor que yo tengo, usted también gemiría. Estoy cegado por la sangre y estoy a punto de echar cuentas en cualquier momento. Espero que esté satisfecho con su obra.

Mikey sacudió la cabeza y luego deseó no haberlo hecho. El dolor era insoportable.

—Yo no le hice eso. Usted cargó contra mí, tropezó y se golpeó la cabeza con una lápida. La señorita Spillwell dará fe de todo eso.

Finley dio un tirón infructuoso de los grilletes que ataban sus manos.

—Ella dirá lo que usted quiera que diga. Usted es un conde, ¿no? ¿Acaso los condes no consiguen lo que quieren?

Mikey suspiró pesadamente y echó un vistazo a su nueva prisión. Las paredes gruesamente enlucidas estaban oscuras por el humo del tabaco y las marcas de hollín, y el olor a cerveza rancia se colaba por las tablas del suelo, trayendo recuerdos desagradables con él.

—Muy pocas veces —afirmó—. Las costumbres de la sociedad dictan lo que uno puede y no puede tener. Como compañero, tengo menos libertad que el jornalero más bajo. Pero no esperaba que usted lo entendiera.

Tampoco esperaba simpatía por su situación, ni la deseaba. Sólo quería que la gente se diera cuenta de lo importante que era su familia para él, y de hasta dónde llegaría para defenderlos, o vengar los agravios que les hicieran.

—No hubiera pensado que mutilar a una joven en un lugar público fuera bien visto en sociedad —señaló Finley con irritación.

—Cierto —concedió Mikey. Verety le hacía hacer cosas que nunca hubiera imaginado. Su comportamiento se había vuelto inconcebible. Poco mejor que la del maldito capitán Beckham —. Todos cometemos errores —dijo brevemente.

—¿Se arrepiente de haberla besado? —inquirió el otro hombre.

—En absoluto. No me arrepiento ni de un minuto del tiempo que ella ha pasado en mis

brazos.

—Puede que sea un conde, pero usted es la peor clase de libertino —dijo Finley acaloradamente, con los ojos brillantes. Luego hizo una mueca de dolor—. ¡Oh, Señor! ¡Cómo duele la cabeza! Creo que estoy a punto de vomitar. ¿Hay un orinal aquí?

—Habrá un orinal debajo de la cama.

—¿Cómo voy a cogerlo con las manos constreñidas?

—¡Por Dios, hombre, yo se lo cogeré si está tan indefenso!

Mikey se bajó con cuidado de la cama, teniendo en cuenta su cabeza, y colocó la olla en el suelo frente a su rival.

Volvió a tumbarse en la cama, dio la espalda a la escena e intentó ignorar los desagradables ruidos procedentes de la otra mitad de la habitación. De todas las suertes malditas, estar encerrado en una alcoba plagada de pulgas con un lechero con arcadas que se creía un dechado de virtudes. El hombre que poseía la única parte de Verety Spillwell que Mikey no había tocado.

Su corazón.

Al cabo de un momento, los sonidos cesaron y una voz débil dijo:

—No crea que le aceptará. Ella me quiere. Siempre lo ha hecho. Usted mismo me lo dijo.

Mikey rodó sobre su espalda y gimió. Sí, ciertamente lo había insinuado, y ahora lo lamentaba enormemente.

—Usted no sabe si ella aún le ama —insistió—. Por sus acciones, si no por sus palabras, me ha dado todas las razones para creer que no lo hace.

—¡La ha deshonrado!— Finley estaba indignado.

Se negó a dignificar la acusación.

—Tengo toda la intención de hacerla mi esposa. Si ella me acepta.

Por supuesto que iba a casarse con ella. ¿Cómo podía siquiera considerar un futuro sin Verety Spillwell en él?

—Sigo diciendo que usted no la tendrá —contraatacó Finley—. Usted no es en absoluto adecuado. Verety necesita una existencia tranquila, sin dramas ni crisis. Estoy más que feliz de rusticar en el campo con ella si se cansa de Oxford.

—Entonces no la conoce en absoluto —afirmó Mikey—. Verety es joven, enérgica e ingeniosa. Necesita estímulos, aventuras y le gusta experimentar cosas nuevas. Se cansaría de usted enseguida.

Por muy ciertas que fueran las palabras, se dio cuenta de lo poco agraciadas que sonaban. Y petulantes. Pero no tenía sentido pelearse con Finley por ella, como dos perros por un hueso. Verety ya había declarado que tomaría su propia decisión. Lo cual era lo correcto. La decisión de casarse con Mikey debía partir de ella.

Y si su elección no caía de su lado, bueno, él tendría que encontrar la manera de hacerla cambiar de opinión.

Capítulo 32

Una hora más tarde, tras haber consumido una jarra de cerveza aguada, un pastel de cordero de corteza dura y una loncha de queso, Mikey se sentó en el borde de su cama, mirando torvamente al hombre que le amenazaba con arrebatarle a Verety. Bueno, él podía hacer sus propias amenazas. Dijo:

—¿Sabe Verety que usted siempre tuvo la intención de casarse con lady Fanny? Estoy seguro de que lo encontraría de lo más interesante.

Finley, que no había tocado su comida, acunó la cabeza entre las manos.

—No me atosigue, señor, se lo ruego —dijo—. Todavía me encuentro muy mal.

—Preferir a lady Fanny antes que a Verety... —Mikey hizo un ruido despectivo—. Es usted un completo idiota.

Se oyó un ruido de raspado al girar una llave en la puerta de la cámara, y una nueva voz dijo:

—¿Quién es un completo idiota? Dígamelo, por favor.

Mikey gimió en voz alta. Había dos cosas en el mundo que realmente no necesitaba ahora. Una era tener que escuchar los justos parloteos del aspirante a marido de Verety, la otra era que Terence Beckham viniera a regodearse en él. No cuando no estaba en condiciones de cambiarle la cara a aquel caballero.

—Qué bien que me visite —dijo Mikey con amargura.

—Necesito hablar con usted, Abernathy —dijo Beckham—. Más pronto que tarde, creo.

—¿Ha venido, tal vez, a disculparse por poner mi vida patas arriba? ¿Por robarme a mi hermana y hacernos creer que estaba muerta? ¿Por engañarla con otras mujeres y romperle el corazón? ¿Por permitir que su casa ardiera hasta los cimientos y desfigurar su hermoso rostro? ¿Destruyendo todas sus esperanzas de felicidad futura? Todos los caminos conducen a usted, capitán.

Hubo un largo silencio y luego Beckham dijo:

—Todo es cierto. Pero debe creerme, yo estaba, y sigo estando, muy enamorado de su hermana. Quizá aún más ahora que he visto lo inconmovible de espíritu que es, y valiente.

Mikey pensó en ello un momento, con la mente aún nublada por el dolor y la fuga de sus heridas. La tentación inmediata fue corregir a Beckham y decir que la palabra 'descarriada' podría haber sido mejor. Sin embargo, ahora comprendía demasiado bien que la gente no siempre se comportaba con inteligencia cuando se trataba de asuntos del corazón.

—No puede comprender cómo ha sufrido la familia, sin saber qué había sido de ella,

temiendo que estuviera muerta o algo peor —le amonestó.

—Usted sabía que estaba viva —replicó Beckham—, o no habría entrado a trabajar para mí como sirviente, husmeando con la esperanza de encontrar pistas.

—Creía que habíais huido juntos y que habíais provocado el incendio para impedir retrasar la persecución.

Beckham parecía genuinamente horrorizado.

—¡Cielo santo, no! ¿Cómo puede tener una opinión tan pobre de mí? ¿De vuestra propia hermana?

Mikey se pasó una mano por el pelo, y sus grilletes tintinearon y rozaron.

—Cuando uno se enfrenta a lo peor, su imaginación echa a volar. Sí, supuse que aún debía de estar viva, pero que la estaban ocultando hasta que naciera un bebé. Estaba decidido a encontrar pruebas y obligarle a casarse con ella.

Beckham hizo un ruido de desaprobación. —

¿Consideraba a un pirómano y expoliador de inocentes un marido adecuado para su hermana? Si de verdad fuera tan malo como usted imaginaba, la habría estado condenando a una vida de miseria.

—Estoy de acuerdo —dijo una voz débil desde la esquina opuesta.

—No se meta en esto, Finley —dijo Mikey ominosamente—. Este asunto es privado, y tendré sus pelotas por un tiro de campana si habla de ello con alguien.

—No hace falta que amenace. Sólo preguntar puede ser igualmente efectivo.

Mikey hundió la cabeza entre las manos. ¿Había estado alguna vez en una situación más insufrible que ésta? ¿Atrapado no sólo con un enemigo, sino con dos? Y totalmente incapaz de zafarse.

Intentando templar su tono, le dijo a Beckham:

—Me siento algo diferente ahora que sé la verdad. Pero aun así le exigiré una disculpa, ya que fue su precipitado comportamiento, su cobarde falta de voluntad para pedirme permiso para cortejarla de la manera aceptada, lo que ha provocado todo este lamentable asunto.

Beckham levantó de pronto la vista y se dirigió a la puerta de la cámara.

—Bien, señor —dijo—, va a tener que decidirse muy rápido. Puedo oír a Meredith fuera, charlando con el alguacil.

Mikey levantó la vista, ansioso por ver a su hermana.

—Esto va a ser interesante —advirtió Finley desde su lado de la habitación.

—Un tirón de campana, Finley —le recordó Mikey.

Tan pronto como Meredith fue admitida, Beckham la atrapó en su abrazo y la besó sonoramente.

—¡Querida mía! —exclamó—. ¡Cómo te he echado de menos!

—Calla, amor, no delante de mi hermano, por favor —dijo ella, apartándole suavemente —. ¡Dios mío, qué pálido estás, Mikey!

Ella revoloteó insegura entre él y el capitán, luego se arrodilló al lado de Mikey y tomó su mano entre las suyas.

Intentó sonreír.

—Es muy amable por tu parte que hayas venido. Sé que no tienes ningún deseo de salir en público.

—He seguido el consejo de la señorita Spillwell y me he peinado para cubrir lo peor de las quemaduras, y me he puesto un bonete profundo. Puede que me dedique al diseño de sombreros para entretenerme mientras completo mi recuperación.

—Estás maravillosa, Meredith —dijo—. Y me alegra verte de tan buen humor.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de ti —respondió ella con una mueca—. Pero tengo entendido que el otro caballero, el señor Finley, se encuentra en un estado aún peor. Supongo que es él el que está al otro lado, aparentemente dormido.

—Nunca le he tocado —respondió Mikey, pasándose ligeramente una mano por el lado de la cabeza—. Aun así, su galante capitán Beckham me golpeó.

—Perdóneme —dijo Beckham—. Entendí mal la situación.

—Evidentemente.

Meredith apretó la mano de Mikey.

—Siento que ocurriera, pero te curarás, querido. Siempre lo haces.

—¿Cómo demonios te has enterado del altercado? —se preguntó Mikey de repente.

—Verety corrió a la cabaña para decírmelo. Dijo que te habían golpeado dos veces en la cabeza. Me alegra mucho ver que sigues siendo racional.

¿Lo era? Empezaba a dudarlo. Nada de esto tenía sentido.

—¿La señorita Spillwell hizo todo ese camino para buscarte? — preguntó.

—Ella sabía que me preocuparía cuando no regresaras. Y, por supuesto, me moría por ver a Terence, del que me dijo que estaba aquí. ¿Hay algo que pueda hacer por ti, cualquier cosa que desees?

—¿La cabeza del alguacil en una bandeja? —sugirió Mikey con amenaza—. Preferiblemente con muchas cosas afiladas clavadas en ella. —Ante el grito ahogado de reproche de ella, él agitó una mano y dijo:

—Gracias, no. Me esforzaré por sobrevivir a la noche.

Ella sonrió sombríamente y empezó a levantarse.

—Muy bien. Entonces veré...

Él la agarró suavemente del brazo.

—Pero, ¿qué voy a hacer contigo y con el malhechor que está detrás de ti?

—Oh, por favor, no te enfades con Terence —suplicó Meredith—. Todo fue tan culpa mía como suya.

—Es culpa suya —dijo Mikey con el ceño fruncido—. Es un hombre de mundo y tú eras

una chica inocente. Debería haberte cortejado como es debido.

—Sobre eso... —Volvió a sentarse sobre sus ancas y miró a Mikey fijamente—. He estado pensando mucho últimamente. Y ahora he empezado a considerar mi futuro bajo una luz más positiva. Si Terence aún desea casarse conmigo, me gustaría aceptarlo.

Beckham se precipitó hacia delante.

—¡Meredith! No puedo creer lo que oigo!

—Es verdad, querido.

Hubo un gran crujido de seda cuando Beckham la levantó y la apretó contra su pecho.

Mikey quería gritarles que se detuvieran. Por favor, aquí no, ahora no. ¿Cómo podía soportar contemplar la felicidad de los demás cuando la suya propia se sentía tan amenazada?

Su hermana se soltó del abrazo de su amante y miró esperanzada a Mikey.

—Valoraríamos tu bendición, hermano.

—Ahora no es un momento propicio. Pero prometo que lo pensaré —fue todo lo que pudo conseguir por el momento. Por supuesto que daría su consentimiento. Pero dejó que el hombre se lo pensara un poco.

—La señorita Spillwell me advirtió que serías así —declaró Meredith—. Ella dijo que mientras te decides, debo exigir tu promesa solemne de no dañar a Terence. No lo llamarás, no serás violento con él ni intentarás arruinar sus perspectivas.

—No estoy acostumbrado a ceder ante ultimátums —replicó—. ¿Y si no lo prometo?

Meredith se mordió el labio.

—Entonces no volverás a vernos —dijo con tristeza—. Desapareceremos, iremos a las Colonias o a la India, donde se pueden hacer fortunas. ¿No es así, Terence?

—Es una idea emocionante —ofreció Beckham, pero para su crédito, su cautelosa mirada se dirigió a Mikey, como implorándole que lo reconsiderara.

—Pero no es una idea sabia. Podría detenerte fácilmente —replicó Mikey, aunque su corazón no estaba en ello. Había perdido a su hermana una vez, y podía haber perdido a Verety a manos de su rival. Quería recuperar a su hermana, al menos.

Ella pareció percibir las grietas que se extendían en su determinación.

—Sí, pero no lo harás —sonriendo, le acarició la mano con ternura—. Verte de nuevo ha sido un tónico, Mikey. Pero ahora me siento cansada. Terence, ¿puedes llevarme a casa? Todos nos sentiremos mejor después de una noche de descanso. Podemos hacer nuestros planes por la mañana —cogió el brazo del capitán y lo estrechó en un gesto íntimo.

La irritación recorrió a Mikey.

—Pareces muy segura de que al final te dejaré casarte con Beckham.

—Sé que lo harás —ella inclinó la cabeza y le dirigió una mirada socarrona—. Porque tú mismo has estado aprendiendo sobre el amor últimamente, y sabes que no puedes interponerte en su camino.

Él se aquietó.

—¿De dónde has sacado una idea tan ridícula?

—De ti y de la señorita Spillwell, por supuesto.

Sintió un cuchillo invisible en el corazón.

—¿Amor? —se burló—. Estás muy equivocada.

—No lo creo. Cualquiera estaría ciego para no ver que sentís algo el uno por el otro.

Intenta decírselo a ella. O a él, pensó, y lanzó una mirada poco amistosa a la forma dormida del señor Finley.

—Te estás imaginando cosas —dijo.

—Tal vez. Quizás no —musitó ella con una sonrisa cómplice—. Deberías darle una oportunidad, al menos.

Él rechinó los dientes.

—Déjalo, Meredith. Mi vida romántica, o la falta de ella, no es de tu incumbencia.

Su sonrisa sólo se ensanchó.

—Terence y yo iremos a ver a la señorita Spillwell. ¿Le digo que venga a verte?

—¡No harás tal cosa!

Meredith ladeó la cabeza.

—De acuerdo. No quieres que la señorita Spillwell te vea en este lamentable estado. Lo comprendo.

Otra vuelta de tuerca.

—Sé que tienes buenas intenciones —replicó—, pero estoy cansado y me gustaría dormir ahora. Asegúrate de que Matthews te acompañe a casa —lanzó a Beckham una mirada cortante y significativa—. Aún tienes una reputación que mantener, Meredith, y yo tengo un escándalo que callar.

Beckham tosió y arrastró los pies, pero Mikey le ignoró. Si quería cortejar a Meredith, era hora de que siguiera las reglas.

—Me alegro mucho de que hayas venido a buscarme —le dijo ella a Mikey—. Esta semana ha sido un punto de inflexión para todos nosotros. Adiós por ahora, cariño. Deja que te bese.

—Yo también me alegro mucho —dijo con sinceridad.

—¡Querido Mikey, te quiero de verdad! —Ella le dio un beso en la mejilla. Después de dar las gracias al alguacil, ella y el capitán dejaron finalmente a Mikey a solas con Finley, y sus propios pensamientos tempestuosos.

Capítulo 33

Verety se detuvo insegura ante la puerta de la cámara que servía de celda. Encerrados juntos en aquella habitación había dos hombres por los que había tenido sentimientos abrumadores. Sin embargo, ella sabía, en lo más profundo de su alma, a qué hombre deseaba.

A Mikey.

Pero, ¿la quería él a ella? El insulto que le había dedicado justo antes de su beso en el cementerio de la iglesia, aún le escocía. Mucho. El beso había sido glorioso, pero había empezado con dolor y rabia. ¿Cómo podía saber ella lo que él sentía realmente por ella, en el fondo? ¿Si tenía intención de convertirla en su esposa o sólo en su amante?

¿Debía seguir a su corazón... o tomar el camino seguro que le ofrecía Daniel, el camino que había seguido durante la mayor parte de su vida? Contar con los sentimientos de Mikey sería un riesgo enorme...

—¡Señorita Spillwell! —anunció el alguacil Marsh—. ¿Ha venido a remendarles la pata a estos rufianes?

Ella difícilmente llamaría 'rufianes' a ninguno de los dos, pero dejó que el hombre saboreara su pequeña victoria mientras durara. Que ella esperaba que no fuera mucho.

Levantó la cesta que llevaba en el brazo para mostrarle su contenido. Vendas, un frasco de agua limpia con un poco de hamamelis, un poco de bálsamo de árnica.

—¿La señora Fiennes no viene con usted? —preguntó el alguacil, visiblemente decepcionado.

—No. No estábamos seguras de si nos dejarían entrar a las dos.

—Oh, cuantos más seamos, mejor —dijo, balanceándose sobre sus talones. Ella creyó oír el tintineo de una moneda en su bolsillo, y esperó haber traído suficiente para su propio soborno.

—Ya ha habido dos visitantes —le informó Marsh mientras la despojaba sigilosamente de su chelín.

¿Quién podría estar visitando a Daniel y a Mikey? ¿Lady Fanny? Verety esperaba sinceramente que no.

—El capitán Beckham y la nueva dama que vive en la carretera de Kenville ya han estado aquí.

¿Beckham? ¿Con Meredith? Dios santo. ¿Cómo habría afrontado Mikey ese escenario? ¿Especialmente después de su cortante pregunta sobre si Verety preferiría la cama de Mikey o la de Beckham?

—Todo fue amistoso, ¿verdad? —preguntó con cautela mientras el alguacil metía la llave

en la cerradura—. ¿Ninguna discusión, voces levantadas?

—Ninguna en absoluto. Yo no habría permitido ningún altercado, ¿sabe?.

—Por supuesto que no.

Así que Beckham seguía de una pieza. Buenas noticias, desde luego. Su corazón se animó un poco al entrar en la habitación donde su amante -y su antiguo amor- estaban ambos encarcelados.

—¡Verety! —Mikey se levantó de un salto y le cogió las manos, y ella dio un respingo al sentir el frío tacto del hierro de sus grilletes.

—Mikey, ¿cómo estás? ¿Qué le ha pasado a Daniel?

Ella no sabía muy bien cómo actuar con él. Aún se sentía herida por su comentario desconsiderado. Pero él la había besado tan apasionadamente. Quizá lo mejor sería mantener las cosas educadas y de negocios hasta que tuvieran ocasión de hablar.

Señaló con la cabeza hacia el otro lado de la habitación e hizo una mueca.

—Debo dejar de mover la cabeza tan bruscamente —dijo, y luego añadió:— Creo que está dormido.

—Me ocuparé de él en un momento, entonces. Siéntate, Mikey, por favor. Déjeme ver tus heridas.

Él se sentó, y ella dejó la cesta en el suelo y le pasó las manos cautelosamente por la nuca.

Oh, ¡se sentía tan bien estar cerca de él otra vez! Recordando lo que habían compartido y todo lo que él le había hecho sentir, rezó para que él sintiera por ella lo mismo que ella sentía por él.

Oyó su aguda inhalación mientras ella la palpaba, y resistió el impulso de burlarse de él, sabiendo que poco podía hacer para protestar con ambas manos encadenadas. Entonces vio el feo moratón en su sien, y sus malvados pensamientos se evaporaron en una nube de preocupación.

—Eso parece doloroso. Portia recomienda pomada de árnica, si la piel no está rota.

—Portia ha resultado ser una amiga muy útil —dijo Mikey con ironía, mientras Verety mojaba los dedos en el ungüento y empezaba a untar con cuidado tanto el moratón como el chichón.

Cuando hubo terminado con el ungüento, se limpió las manos en un pañuelo y luego miró por encima del hombro.

Daniel seguía tumbado de espaldas a ellas, aparentemente dormido. Ahora podría ser un buen momento para preguntarle a Mikey qué había querido decir con que pensaba 'hacerla suya' cuando estuvieran en el cementerio. Fuera cual fuera su oferta, le gustaría tener tiempo para preparar su respuesta.

—Mikey…

—Verety, ¿eres tú?

Explosión.

Se volvió para ver a Daniel sentado en el borde de su cama, apoyando la cabeza en las manos y con un aspecto decididamente indispuesto.

—¡Daniel, estás muy pálido! Perdona —le dijo a Mikey, cogiendo su cesta y corriendo a examinar a su amigo de la infancia.

Daniel no sólo estaba pálido, estaba verde. Tenía un feo tajo donde su cabeza había golpeado la lápida, y el cuello de su camisa estaba teñido de oscuro por la sangre.

—He tenido días mejores —declaró débilmente.

Mikey soltó un bufido burlón.

—Yo diría que los dos los hemos tenido.

¿Podría estar celoso por la proposición de Daniel en el cementerio, preocupado de que ella prefiriera a Daniel antes que a él? Ella sonrió. Quizá le hiciera bien. Siempre estaba tan seguro de sí mismo. Y de ella.

Mojó un paño en el agua y se dispuso a frotar suavemente alrededor de la herida de Daniel. Se sentía tan extraña al estar tan cerca de él, más cerca de lo que había estado desde que eran niños, más cerca incluso que la última vez que habían bailado juntos. Podía apreciar los pómulos altos, el pelo claro y ondulado, la nariz y la frente aristocráticas. A pesar de la palidez de su piel, no era menos guapo de lo que ella lo había considerado nunca.

Qué irónico giro del destino que de repente él deseara casarse con ella y ella ya no lo quisiera más que como amigo.

Daniel le parecía ahora un extraño. Ella había conocido el tacto de otro hombre -el tacto de Mikey- y la idea de Mikey sentado a sólo unos metros detrás de ella la afectaba infinitamente más profundamente que la cercanía de Daniel.

—¿Vas a tomarte todo el día con eso?

Mikey otra vez. Sí, definitivamente estaba celoso. Y no se le daba nada bien ocultar el hecho. ¿Era eso un buen presagio para sus sentimientos hacia ella? Había estado a punto de llamar a Daniel, antes de que se desatara el infierno en el cementerio...

Volvió a sonreír.

—Pondré una venda sobre esto para mantener la herida limpia —dijo—, y entonces habré terminado.

Pensó que había terminado, y estaba a punto de volverse hacia Mikey de nuevo, cuando Daniel se deslizó de repente de la cama sobre una rodilla y le cogió la mano entre las suyas.

—Sé que éste no es un momento propicio, conmigo siendo acusado de un delito, y nosotros teniendo una audiencia no deseada, pero... Por favor, señorita Verety Spillwell, ¿me haría el honor de convertirse en mi esposa?

Oh, no. ¡Otra vez no!

Se oyó un profundo jadeo ahogado desde el otro lado de la habitación, y ella pudo sentir los ojos de Mikey clavándose en su espalda. ¡Maldito Daniel Finley! ¡Qué insulto para un conde! Y a sí misma.

Éste no era en absoluto el lugar ni, desde luego, el momento para proponerle matrimonio.

—Daniel, estás conmocionado —le dijo severamente—. No sabes lo que dices —ella intentó apartar la mano, pero él se negó a soltarla.

—Sé exactamente lo que digo —sus palabras sonaban un poco arrastradas. Definitivamente no estaba en sus cabales, pero continuó a pesar de todo—. Tu padre lo desea, mi padre lo desea, y sé que me quieres.

No era ninguna sorpresa que de alguna manera hubiera discernido sus sentimientos por él. Ella los había dejado suficientemente claros a lo largo de los años. Sólo se preguntaba por qué había elegido este día exacto para declararse por ella. Era enloquecedor por su parte, realmente, esperar hasta el preciso momento en que ella hubiera cambiado de opinión.

¿Pero lo había hecho? ¿Había cambiado de opinión?

La incertidumbre de los sentimientos de Mikey volvió a atormentarla.

Dijo rígida:

—No negaré que una vez tuve... fuertes sentimientos por ti, Daniel. Pero era muy joven cuando empezaron, sin tener ni idea de lo que es realmente el amor. Te quiero como amiga, aunque…

—No pienses en rechazarme, Verety…

—No he dicho que lo fuera…

—Aunque así es —pronunció Mikey, exasperante.

Con las manos en las caderas, giró para enfrentarse a él.

—Por favor, Mikey. Déjame ocuparme de esto.

—Harías bien en aceptarme —advirtió Daniel—. Abernathy está demasiado alto de empeine para ti. Yo, sin embargo, puedo ser indulgente. No me importa casarme contigo, aunque es evidente que Abernathy ha comprometido gravemente tu reputación. No me importa un ápice que le hayas dejado.

—¿Qué?

Verety no podía creer lo que estaba oyendo. Su corazón pareció arrugarse en su interior, mientras su mente ardía de furia. Se volvió hacia Mikey.

—¿Se lo dijiste?

—¡Claro que no! Obviamente fue testigo de ti en mis brazos, y de nuestro beso, pero nunca dije que hubiera algo más que eso entre nosotros.

Ella apretó la mandíbula, rechinando los dientes. Señor. Si Daniel no había sabido antes que ella y Mikey habían intimado, seguro que lo sabía ahora, después de que ella hubiera soltado su acusación.

Le dolía el corazón. Aquellos preciosos momentos robados en el campo de trigo, aquella maravillosa sensación de ser uno con un hombre, de ser uno con la naturaleza, todo había sido intensamente privado... y debería haber seguido siéndolo.

Y ahora Daniel lo sabía. ¿A quién más se lo diría, si ella rechazaba su proposición? Este era un bocado de cotilleo tan delicado como el que la tonelada había disfrutado en muchos días. Era todo demasiado humillante.

Se incorporó, usando la rabia para evitar derrumbarse en un montón de abyecta miseria.

—Sois despreciables. Los dos. No quiero veros a ninguno de los dos, nunca más.

—¡Verety!

Ignorando sus protestas, cogió su cesta, esquivó a Mikey cuando se puso en pie para detenerla y atronó con el puño los polvorientos paneles de madera de la puerta.

La abrió con presteza un sorprendido Aquiles Marsh, que entró y puso una mano de advertencia sobre el pecho del conde.

Se dio la vuelta, mirando a Mikey y a Daniel con total furia, y espetó:

—No me casaría con ninguno de los dos, ni aunque me lo rogarais. De hecho, no creo que quiera casarme con nadie. Jamás.

Capítulo 34

Nada en la tierra de Dios iba a alejar a Verety de él. Habiendo, tras una larga y acalorada discusión, sobornado al alguacil para obtener su libertad, Mikey corrió directamente a la casa de campo de la señora Fiennes, sólo para descubrir que Verety había subido al último carruaje del día y se había marchado de Aston.

Se lanzó a lomos de Maxim y cabalgó con más fuerza que nunca en su vida, alcanzando afortunadamente al carruaje del correo justo cuando llegaba a Devizes.

¿Estaba Verety dentro? Tenía que estar. Sería mala suerte, de hecho, si hubiera perseguido a medio Wiltshire tras el carruaje equivocado.

¡Sí, allí! Reconocería su figura en cualquier parte, los rizos de bronce que acariciaban su cuello bajo la sombra de su bonete, esa forma decidida pero sensual de caminar...

Afortunadamente, no iba a entrar en la posada del Pelícano para tomar un refresco. Se alejaba de ella, en dirección a Caen Hill. Bien. No quería que su conversación fuera en público.

Bajó de un salto del lomo de Maxim, lanzó las riendas a un mozo de cuadra y corrió colina abajo en su persecución. Verety acababa de acomodarse en un pintoresco banco de madera bajo un sauce a pocos metros del canal cuando él la alcanzó.

Frenando hasta detenerse, se dio un momento para beber en la visión de ella.

Gracias a Dios que la había encontrado. No podía dejarla salir de su vida.

Especialmente por un completo malentendido. Le importaba demasiado. Más, quizá, de lo que estaba dispuesto a admitirse a sí mismo. Pero fuera lo que fuera ese sentimiento que había mantenido su corazón en un puño de hielo desde que ella había abandonado la posada de Aston, era demasiado doloroso como para permitir que continuara.

—Verety —dijo en voz baja, con todos los nervios a flor de piel.

—¡Mikey! —Ella dejó caer su retícula con asombro, pero él estaba allí en un instante, devolviéndosela y acomodándose en el banco junto a ella.

¿Se alegró ella de verle? El brillo de sus ojos, el rosa de sus mejillas, ¿se debían al enfado o al placer?

Esperaba que a lo segundo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, algo jadeante.

—Cuando la señora Fiennes me dijo que habías cogido la siguiente diligencia de vuelta a Oxford, supe que no podía dejarte marchar. Había demasiadas cosas que quedaban por decir.

Cuánto anhelaba tocarla, desprender el guante de aquella tierna mano, presionar sus dedos

entre los de ella y decirle que la amaba, que no podía contemplar un futuro sin ella. Pero sus últimas palabras antes de marcharse no habían sido alentadoras.

—¿Cómo es que ya no estás bajo arresto domiciliario? —preguntó ella con recelo—. ¿Seguro que no te has ganado un indulto? ¿Dónde está Daniel? ¿No está contigo?

Naturalmente, ella preguntaría por el entrometido granuja.

—Vine solo, gracias a que le di a ese desgraciado alguacil un buen soborno.

Sumado a los que ya le habían dado.

—¿Daniel también está libre?

Mikey se aferró a su paciencia.

—A pesar de todo, me habría sentido un canalla si hubiera comprado mi propia libertad y le hubiera dejado atrás —la miró atentamente—. Estás bastante segura de que no vas a casarte con él, ¿verdad?

—Creo que fui bastante clara la última vez que hablamos —dijo ella con rigidez—. No deseo casarme con ninguno de los dos.

—Pero definitivamente no con Finley.

—No lo sé. Lo he deseado durante tanto tiempo... —ella se dio la vuelta para que él no pudiera ver su expresión.

Su corazón se sintió como plomo y el pánico estalló en su pecho. Seguramente sólo le estaba tomando el pelo.

—Preferiría con mucho que te casaras conmigo —dijo él, cogiéndole la mano.

Ella no se apartó. ¿Una buena señal? Sus dedos se tensaron, al igual que su pecho.

Ahora mismo, ella podía destruirle con una sola palabra.

—¿Es una orden, lord Abernathy, o una oferta? —preguntó ella con acritud, volviéndose de nuevo hacia él.

—Ambas cosas —respondió él con una sonrisa porque ella no le había rechazado de inmediato.

Ella guardó silencio durante un largo momento.

—Todo lo que puedo decir es que me lo pensaré. Tú y Daniel me habéis dado mucho en qué pensar.

—Te agradecería mucho que te olvidaras de él —dijo, intentando no sonar petulante—. Quiero que pienses sólo en mí.

Sus labios se curvaron hacia abajo.

—¡Qué vanidad!

—Apenas —dijo, bajando la mirada hacia su ropa manchada de viaje y sus polvorientas botas de Hesse. Ni siquiera se había parado a ponerse un abrigo—. Si fuera vanidoso, ni soñaría con cortejarte con algo menos que mi mejor traje de seda parisino.

Se rio entre dientes. Era el sonido más dulce del mundo.

—No puedo imaginarte en nada tan fino, Mikey. Aún no he visto todos tus atavíos de grandeza.

—La próxima vez, me pondré las galas que uso para la Corte —prometió—, para poder impresionarte.

—¿Esperas ganar mi corazón vistiéndote elegante?

—Oh, no. Tengo mucho más en mi arsenal que eso.

Las cosas parecían estar tomando un giro positivo, y él debía hacer valer su ventaja. Pasándole un brazo por la cintura, la atrajo hacia sí y apretó sus labios contra los de ella.

Oh, ¡el meloso melocotón de su boca! Tan dulcemente inocente y a la vez generosamente dadivosa. ¿Cómo podría tener nunca suficiente de esta mujer?

Deslizó la lengua por el pliegue entre sus labios y luego mordió suavemente el inferior. Para su deleite, ella se movió contra él, empujando más cerca, e inclinó la cabeza para profundizar el beso, abriendo la boca y dando la bienvenida a su lengua inquisitiva.

Él giró la cabeza, con los dedos acariciándole la mejilla, anclándose en su pelo, y la besó con el hambre dura y pesada que se había estado gestando en él desde que había hecho el amor con ella en el campo de trigo. Por Dios, si hubiera algún lugar privado cerca, lo haría otra vez, y otra, hasta que estuviera demasiado agotado para moverse.

Pero se estaba olvidando de sí mismo. No había cabalgado hasta aquí a toda prisa para echarse a Verety a la espalda, por muy tentador que eso pudiera ser. Había venido para ganarse su mano.

Y, si era posible, su corazón.

Se retiró y la besó ligeramente en la frente antes de apartarse.

—¿Quieres casarte conmigo, Verety?

Su rostro se volvió serio.

—Te agradezco que hayas recorrido todo este camino para encontrarme —dijo ella—. Pero como probablemente puedas adivinar, acorté mi visita a Portia para no tener que volver a verte a ti o a Daniel. Al menos, no hasta haber decidido lo que siento por los dos.

Su corazón dio volteretas dentro de su pecho.

—¿Y qué sientes?

—Estoy muy confundida.

—Si quieres una disculpa, déjame darte una. Te pido disculpas, de todo corazón, por besarte en público. Por hablar de ti con el señor Finley. Nunca debería haber hecho ninguna de las dos cosas.

—¿Y por ese horrible comentario en el cementerio? —Frunció el ceño.

—¿Qué comentario?

Su boca se inclinó.

—¿No te acuerdas? ¿Tu cruel pregunta sobre la cama de quién preferiría compartir...?

Él hizo una mueca, mortificado por su imperdonable insulto, y volvió a cogerle la mano.

—Lo siento mucho. No debería haber dicho eso. Estaba enfadado y... No, fue imperdonable, y lo lamentaré hasta el día de mi muerte.

Ella soltó un suspiro.

—Sí, no lo dudo. Pero, ¿cómo puedo saber que no es lo que realmente sientes por mí, en el fondo? Desde mi primer encuentro con el capitán Beckham, estabas convencido de que mi comportamiento carecía de decoro. Y no he hecho más que darte la razón.

—¡No es cierto! Me preocupaba por ti porque eras inocente y sabía que Beckham era menos que honorable.

Ella lo miró.

—Y sin embargo, tu hermana lo ama, y él quiere hacer lo correcto por ella, y hacer lo honorable.

—Evidentemente —frunció el ceño. No quería hablar de eso ahora. Todavía no se había asegurado la promesa de Verety.

Pero antes de que pudiera volver el tema a sus propios esponsales, ella preguntó:

—¿Vas a permitir que se case con Beckham?

—No lo he decidido —dijo él brevemente—. No le he perdonado lo que le hizo.

—Oh, pero debes hacerlo. Por el bien de ella. Ella le quiere.

Maldita sea, estaban discutiendo otra vez. ¿Cómo ocurría esto siempre?

—Lo tendré en cuenta —dijo él—. Ahora, ¿podemos volver a...? — Pero sus palabras fueron cortadas por el fuerte toque de la bocina del cochero.

Verety agarró su retícula y se puso en pie de un salto.

—La diligencia. Debo irme.

Él la cogió por los hombros y tiró de ella contra sí.

—No. Quédate. Aún no hemos terminado de hablar.

—Necesito tiempo para pensar, Mikey —dijo ella, separándose de él—. Sobre tu oferta y la de Daniel. Concédemelo.

Al instante siguiente, ella estaba corriendo calle arriba hacia la posada.

Él debería correr tras ella, atraparla y besarla hasta dejarla sin sentido. Besarla hasta que todas las dudas y todos los pensamientos sobre Daniel Finley quedaran desterrados de su mente. Para entonces la diligencia habría partido y ella sería suya para cuidarla, suya para llevarla de vuelta con su padre, suya para quererla y amarla y casarse con ella...

Pero sus pies se negaban a moverse.

No sabía si su corazón podría soportar más incertidumbre. ¿Estaba realmente considerando aceptar a Finley antes que a él? ¿Incluso después de haberle regalado tan voluntaria y amorosamente su inocencia? Su orgullo se rebelaba ante la idea de seguir persiguiéndola hasta que supiera que tendría éxito.

Pero no tenía elección. No podía perderla.

Se casaría con ese voluble y venal señor Finley ¡por encima de su cadáver!

—Encontraré la manera de ganar tu mano —juró en voz alta.

Pensaría en un gran gesto que la asombraría e impresionaría. Y ganaría su corazón para siempre.

Capítulo 35

Verety llevaba de vuelta en Oxford dos semanas enteras cuando una mañana su padre barajó su periódico y exclamó:

—¡Qué noticia tan extraordinaria! El escurridizo conde de Abernathy ha sido encontrado.

Su cuchara se estrelló contra el borde de su cuenco de gachas y, cuando intentó rescatarla, era todo dedos y pulgares, lo que se convirtió en un punto de interés inmediato para su familia.

—Está claro que esta noticia te ha trastornado —declaró su prima Rachel—. Pero no puedo imaginar por qué.

Su reacción había sido tan patente que no hubo demora.

—Es todo un poco complicado de explicar, pero conozco a lord Abernathy, ya ves.

—¡Caramba! —exclamó su padre—. ¿Cómo se te ha pasado mencionar que has estado codeándote con un conde?

Más que codeándose, pensó, sintiendo una familiar punzada de dolor. Quince días enteros y no había sabido nada de él. De alguna manera, ella no había esperado que él cediera tan fácilmente.

—Le conocí en Aston mientras estaba de incógnito —se las arregló—. Buscaba a su hermana desaparecida pero no quería provocar un escándalo. Prometí no revelar su identidad ni su paradero.

Rachel le dirigió una mirada penetrante.

—Sin duda te convertiste en su confidente en muy poco tiempo. Sólo estuviste en Aston un par de días.

—Espero que no te convirtieras en una molestia —amonestó su padre con despreocupación.

Rachel continuó mirándola fijamente, aumentando su incomodidad.

—Tío, te ruego que no te burles de la pobre Verety. Debemos suponer que su encuentro con el conde la trastornó de algún modo, y por eso parece tan consciente de sí misma.

El conde, en efecto, la había trastornado. Pero no de la forma que imaginaban. Había puesto su mundo patas arriba, había socavado todas las verdades que habían sido sagradas para ella y había abierto lugares en su cuerpo y en su corazón que ahora sentía como abismos de doloroso vacío.

Abismos que ni siquiera una propuesta de matrimonio de Daniel Finley podría llenar.

El antiguo amor de su vida no era ahora más que el pálido fantasma de un recuerdo

comparado con el poderoso, enérgico, exasperante y apasionado conde de Abernathy.

¿No le había propuesto él también matrimonio? ¿Acaso no había imaginado ella aquella breve conversación en la posada? ¿Un sueño? ¿Un deseo?

Sólo oír el nombre de Mikey en la mesa del desayuno era una tortura exquisita. Cómo deseaba que fuera posible rebobinar el reloj, deshacer la demanda de tiempo que había hecho en su último encuentro. ¿Por qué había insistido obstinadamente en que se le permitiera pensar las cosas, cuando su decisión ya estaba tomada desde mucho antes?

Por otra parte, si Mikey deseaba de verdad mantener una relación con ella, ¿no habría hecho ya todo lo posible por convencerla?

Tal vez, ahora que había vuelto a la esfera que le correspondía en la vida, se había dado cuenta de que era demasiado elevado e importante como para plantearse un enlace con la simple y humilde señorita Verety Spillwell.

Estaba a punto de apartar su cuenco, habiendo perdido todo el apetito, cuando su padre preguntó de repente:

—Entonces, ¿estaréis los dos en forma y lo suficientemente bien como para ir al baile, no creéis?

Verety parpadeó, reorganizando sus pensamientos.

—¿Qué baile?

—Un baile de máscaras en Collins House. La invitación llegó con el correo.

—Pero no tenemos nada que ponernos para un baile de máscaras —dijo Rachel, con expresión decepcionada.

—No te preocupes —dijo papá alegremente—. Hay una nota en la parte de atrás que dice que nos enviarán disfraces.

—Qué singular —musitó Rachel—. Supongo que debemos considerarnos privilegiados. Es imposible que el duque de Darlington envíe trajes a todos sus invitados. ¿Cómo sabría sus tallas, para empezar?

—Un baile suena... divertido —dijo Verety. Fue durante un baile en Collins cuando había conocido a Mikey. Parecían más años que simples meses atrás.

—¿Vendrá Daniel? —preguntó conversando—. Creo que él también ha recibido una invitación.

—Necesitamos saber si vendrá con nosotros, papá. Es muy hábil para subirte y bajarte de la silla —aunque, sin duda, su próximo encuentro con Daniel sería muy embarazoso, por muchas razones.

No la menor de ellas era su propuesta de matrimonio sin respuesta, a la que ella no tenía ni idea de cómo responder. Todo el mundo se escandalizaría si ella lo rechazaba, después de años de perseguirlo. Exigirían una explicación que, por supuesto, ella no podría dar sin comprometerse. ¿Y cómo iba a aceptar su proposición cuando sabía que sólo amaría de verdad a un hombre?

Un hombre que se había olvidado por completo de ella.

Ahogó un gruñido. ¿Cómo había podido enamorarse de un hombre tan exasperante?

Se dio cuenta de que había tensión en la habitación y miró desde el rostro ansioso de su prima hasta el ceño fruncido de su padre.

—Papá, ¿qué es lo que no dices?

Rachel le tendió la mano con mirada solemne.

—¡Ahora me estás asustando! —exclamó Verety—. Basta, los dos, y decidme qué os pasa —¿De qué habían estado hablando antes de su zambullida en la autocompasión?

Su padre dijo:

—No me gusta ser portador de malas noticias, querida, pero...

Daniel. Ella había estado preguntando si él estaría en el baile.

—¿Qué? —preguntó ella—. ¿Tiene algo que ver con Daniel? ¿Está enfermo?

Su herida en la cabeza había sido desagradable pero, seguramente, ya se le habría pasado. A menos que se hubiera infectado.

—No exactamente —respondió su padre—. Pero dudo que te agrade saber que tiene intención de acompañar a lady Fanny al baile.

¿Qué? La mente de Verety dio vueltas, pero consiguió decir:

—Oh, ya veo —así que su oferta de matrimonio a Verety no había sido en serio.

Brillante. Ahora sus dos pretendientes la habían abandonado.

—Hay más —dijo su padre, moviéndose incómodo en su asiento—. Aún no lo ha hecho público, pero he recibido una nota suya esta mañana. Quería que fuéramos los primeros en saberlo.

Respiró hondo.

—Creo que sé lo que vas a decir —aventuró—. ¿Le ha pedido Daniel que se case con él?

—Lo ha hecho, y ha sido aceptado. Confieso que estoy muy decepcionada por su elección. Siempre lo había esperado... pero no, no importa —su padre suspiró.

—Creo que está cometiendo un gran error de juicio —protestó Rachel—. Ella debe tener unos diez años más que él, ¡y su reputación es espantosa!

—Parece entregado a ella —dijo papá—. Yo tampoco lo entiendo, no cuando tiene el mundo entero para elegir. Supongo que el matrimonio con Finley devolverá la respetabilidad a lady Fanny.

Bueno, eso le ahorraría a Verety la incomodidad de tener que rechazarlo, si hubiera persistido en cortejarla. Sin embargo, no pudo evitar compadecerse de él. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que la voluble lady Fanny lo convirtiera en un cornudo?

Las cavilaciones de la familia sobre el destino de Daniel Finley se vieron interrumpidas por el chirrido de la puerta del jardín. Verety experimentó una dolorosa constricción en el estómago ante la posibilidad de que quien llamara trajera una carta de Mikey o, mejor aún, que fuera el propio Mikey.

Sin embargo, resultó ser la llegada de sus trajes, individualmente dirigidos, para el baile

del duque y la duquesa de Darlington.

Lo primero que Verety sacó de su caja fue una peluca. Era de crin de caballo pálida y formaba un montículo alto con varias capas diferentes y un delicioso volante de tirabuzones alrededor del borde. A continuación venían un par de zapatos de seda blanca, con tacones delgados y grandes rosetones para decorarlos. Les seguía una máscara -sólo media cara- con orificios inclinados para los ojos y bordes alados.

Y luego vino el vestido.

—¡Por Dios Santo! —Lo sostuvo delante de ella, admirando la enagua de seda regada con su dibujo de rosas amarillas al descubierto por una bata abierta, y los faldones de damasco de seda color bronce. Qué pena que tuviera que llevar la peluca blanca, porque el vestido combinaba perfectamente con su pelo. El torso también estaba estampado con flores doradas, y el escote, bastante más bajo de lo que estaba acostumbrada a llevar, tenía un delicado ribete de encaje. Las mangas también estaban decoradas con un precioso encaje belga hecho a mano al estilo del siglo anterior.

Era realmente fastuoso, mucho más espléndido que cualquier cosa que ella hubiera llevado nunca. Debía de costar una fortuna.

Lo único que ella tendría que proporcionarle era la ropa interior, en particular la corsetería deshuesada necesaria para rellenar correctamente la forma estrechamente ahusada de la parte superior del vestido, y las estructuras necesarias para abanicar las faldas de modo que una no estuviera constantemente pisoteándolas. Aun así, a falta de dos semanas para el baile, había tiempo de sobra para confeccionarlos.

Verety sonrió para sus adentros. Por primera vez desde su regreso de Aston, se sentía casi alegre. Detrás de la máscara, bajo la suntuosa ropa, podía fingir ser quien quisiera, como la Cenicienta del cuento de hadas.

Pero para ella no habría príncipe azul en el baile.

Tendría que cerrar la puerta para siempre a su amor por el conde de Abernathy y sacar lo mejor de lo que el Destino decidiera arrojarle.

Capítulo 36

-¿No tiene un aspecto espléndido? —exclamó Rachel—. Parecerá aún más espectacular cuando oscurezca.

Era la noche del baile y acababan de llegar al frente de la larga fila de carruajes.

—La feria de la belleza le eleva a uno el corazón —coincidió Verety mientras bajaba de su carruaje bajo la imponente fachada de piedra de Collins House.

Las antorchas estaban todas encendidas y brillaban radiantes, tal y como ella recordaba del baile anterior. Pero ¡qué cambiada estaba desde entonces!

Suspiró, luego se dio cuenta de que no debía hacerlo, ya que hacía que sus pechos se alzaran de forma demasiado precaria dentro de los confines del corsé ceñido. Su cintura estaba tan ceñida que tenía que hacer un verdadero esfuerzo para respirar, y esperaba sinceramente que los bailes no fueran demasiado animados, no fuera que se desmayara.

Se apartó a un lado mientras se realizaba la tarea de descargar la silla de su padre del techo del carruaje, y contempló las luminosas ventanas de Collins, recordando cómo se había sentido todos aquellos meses atrás, la noche en que conoció a Beckham y a su intrigante criado. Una muchacha joven, llena de esperanza y excitación, confraternizando con gallardos libertinos, soñando y maquinando sobre Daniel...

Fue desde una de esas ventanas desde donde había visto por primera vez a Mikey y había sentido ese estremecimiento de atracción, esa conexión inmediata entre ellos. Su ojos se empañaron.

—Bueno, creo que deberías haberte puesto una chemise debajo.

¿Qué? Verety se giró bruscamente. Seguramente era la voz de Daniel. ¿Se estaba dirigiendo a ella o...?

—No seas tan pesado, Daniel. Sabes que te gusta ver lo que tengo expuesto.

La mano de Verety voló a su boca y miró horrorizada la chaise cerrada que acababa de detenerse detrás de su propio carruaje. Lady Fanny y Daniel habían llegado juntos en la chaise de ella. Y estaban discutiendo incluso antes de que hubiera empezado la velada.

—Al menos ponte el fichu por encima. No querrás pasar frío.

—¡Es una noche calurosa! Qué aburrido eres, cariñito. Creía que habíamos salido a divertirnos.

¿Cariñito?

Uf. Daniel siempre había sido enormemente reacio a la idea de los nombres cariñosos. Si ahora respondía a cariñito, debía de estar realmente enamorado.

—Ya sé de qué se trata. Deseas exhibirte en caso de que el capitán Beckham esté aquí. Quieres que se ponga celoso, que se arrepienta de lo que se ha perdido al dejarte tirada por lady Meredith Talbot.

Verety aguzó las orejas. ¿Era de dominio público que Beckham cortejaba a Meredith? ¿Significaba esto que Mikey había dado su bendición a la pareja? ¿Que por fin había perdonado al capitán descarriado?

Por fin había entrado en razón. O... ¿lo había hecho... por Verety? No. Ahora sólo estaba siendo fantasiosa.

Deseó saber qué había sido de Mikey. ¿Por qué no la había buscado? ¿Había destruido cualquier posibilidad que pudieran haber tenido de encontrar la felicidad juntos?

Todo era demasiado deprimente.

Pero una no debe sentirse desgraciada en un baile. Así que se reunió con Rachel y papá para ayudar a supervisar a dos lacayos de impresionante complexión en la elevación de su silla por los escalones.

Tras saludar a su anfitrión, resplandeciente con un traje de Rey Sol Luis XIV, entraron en el salón de baile. Lo habían engalanado espléndidamente con todo tipo de flora, hiedras y enredaderas que se arrastraban y franjas de laurel siempre verdes.

¿Sería realmente capaz de disfrutar, a pesar de la ausencia del único hombre al que deseaba ver?

Quizá debería buscar consuelo en algunos de sus antiguos admiradores, caballeros perfectamente adecuados a los que había ignorado porque sólo tenía ojos para Daniel. Podría intentar reconquistarlos. Una dama debe casarse, después de todo, y bien podría ser mientras aún era lo bastante joven como para atraer a un buen partido.

Estaba Harold Spencer, que era pelirrojo, así que sería fácil verle si no llevaba una peluca de disfraz. Quizá también estuviera Archie Carlisle, que hablaba mucho de pesca con caña. Si se fijaba en él, tendría que aprender a nadar. Y a poner gusanos en anzuelos. Y envolver plumas alrededor de moscas temiblemente afiladas.

Carlisle fue tachado rápidamente de su lista de posibles maridos. Ni él ni Harold Spencer habían hecho que su corazón latiera más deprisa que Daniel. No, sólo había otro hombre que lo hubiera hecho alguna vez, y él había hecho que su corazón bombeara mucho más fuerte.

Levantó la vista de sus sombríos pensamientos con un sobresalto. Un hombre alto, muy elegantemente ataviado con un largo abrigo de seda negra con chaleco bordado y pantalón negro, se inclinaba ante ella. Su rostro estaba casi oculto por la máscara que llevaba, su pelo oculto por una peluca que era la versión masculina de la suya. Cortaba una figura muy fina. Una figura que ella reconoció.

Apenas atreviéndose a esperar que fuera realmente él, que pudiera tratarse realmente del conde de Abernathy, respondió a su reverencia con la obligada reverencia -lo cual era una tarea complicada debido a las voluminosas faldas- e inclinó la cabeza. Entonces extendió la muñeca de la que colgaban su pequeño carné de baile de marfil y su lápiz, para que su futura pareja reclamara su baile.

Él se tomó la libertad de sostenerle la muñeca mientras escribía su nombre.

¡Aquel tacto acalorado, aquellas manos fuertes pero cómplices! Su corazón retumbó tan fuerte que todo otro sonido quedó enmudecido.

Mikey.

Estaba segura de ello, incluso cuando él la soltó y se alejó entre la multitud. Pero, ¿por qué no dijo nada?

Capítulo 37

La mano de Verety temblaba tanto cuando acercó la tarjeta a su máscara que no pudo leer la firma.

—¡Rachel! —llamó—. ¿Qué dice esto?

Su prima le echó un vistazo, las plumas de su elaborado tocado se agitaban como si estuvieran vivas.

—¡Dios santo! —Rachel la miró con los ojos muy abiertos—. Dice Abernathy. Bueno, desde luego no quería quedarse a charlar, ¿verdad? ¿No te reconoció de Aston, quizás?

—Quizá por el disfraz —contestó Verety, esperando que su prima no se diera cuenta de sus jadeos.

Rachel emitió un gruñido.

—Si no es demasiado alto para desear un baile contigo, uno pensaría que estaría encantado de intercambiar cumplidos antes de marcharse. ¿Es tímido, quizás?

¿Tímido? Bueno, era posible. Pero él no había sido en absoluto tímido con ella antes, así que ¿qué le había vuelto tan reticente de repente?

—No creo que le importen mucho los modales de la tonelada —murmuró Verety.

—Empiezo a pensar que tu conde debe de ser muy excéntrico —dijo Rachel mientras se alejaba entre la multitud.

No es mío.

Verety no tenía ninguna duda de que Mikey la había reconocido. Pero ¿cómo se las había arreglado para distinguirla entre aquella masa abarrotada, disfrazada como estaba? Debía de haber aquí por lo menos trescientas personas, todas con pelucas y máscaras, en una vasta gama de sedas y satenes de colores, damascos y terciopelos. Sin embargo, apenas llevaba unos minutos en el salón de baile y él había venido directamente hacia ella.

Torciendo el cuello, trató de identificarle entre la multitud. Con su altura y tamaño, no debería ser difícil. Sin embargo, muchas de las pelucas anticuadas que llevaban los caballeros les daban una estatura engañosa. Tendría que esperar en vilo al tercer baile.

Si sus nervios -y el corsé- no la hacían desmayarse en el ínterin.

Después de llevar a su padre a un cómodo rincón de la sala de cartas, los músicos tocaron y ella salió a bailar el primer compás con un caballero al que no conocía de nada. Sus manos frías parecían de pescado muerto y olía demasiado a tabaco. Su baile era sólo moderadamente bueno, pero por alguna razón el suyo era poco mejor. Estaba pendiente del caballero de negro, para ver con quién bailaba, si es que bailaba con alguien.

—Oh, lo siento mucho —había chocado con una dama bastante voluminosa vestida de escarlata.

—Le ruego me disculpe —esta vez se había codeado con un hombre gordo con un chaleco dorado al que parecía que se le iban a saltar todos los botones en cualquier momento.

—Hay bastante aglomeración aquí esta noche —dijo amablemente su compañero—. Evitar los choques es agotador.

Cuando la música se detuvo, se sintió agotada, un manojo de nervios y ansiedades. El siguiente baile estaba reservado a un caballero que simplemente había dibujado una cruz en su tarjeta. Se apresuró a hacerle una reverencia y miró más allá de su hombro para ver si Mikey podía estar observando su deplorable actuación, pero no había ni rastro de él.

—Verety, ¿no me conoces?

—¡Oh, Daniel! Me distraje un momento. Te ruego que me disculpes. ¿Cómo estás?

—Qué educada eres —dijo él, cogiéndole la mano y conduciéndola a su plató—. Normalmente no recibo de ti un saludo tan soso. ¿Estás tratando de comportarte como una dama apropiada ahora, después de ese vergonzoso episodio en Aston?

—Nada de sermones, por favor, o me veré obligada a recordarte tu poco galante y, como resultó, insignificante proposición de matrimonio. Pero, ¿cómo me has reconocido? No te había visto.

Hace unos meses, sus ojos habrían estado pegados a la puerta de cualquier salón de baile o de actos, esperando su entrada. Se habría muerto de ganas de que la cogiera en brazos y la hiciera girar por el suelo. Pero ahora, sólo quería sentir las manos de Mikey sobre ella, aunque no bailara mejor que un caballo de tiro.

—Vi a tu padre, por supuesto —dijo Daniel—. No muchas jóvenes hermosas hacen su entrada acompañadas de un caballero en una silla de ruedas.

—Oh, sí. Qué tonta he sido —la orquesta tocó y ellos se separaron, luego unieron sus manos con el resto del conjunto.

—Verety, vas por el camino equivocado.

—¿De verdad? Lo siento mucho. Son estas faldas enormes. No puedo saber dónde están mis piernas debajo, y sigo chocando con la gente o perdiendo mi sitio.

—¿Puedo sugerirte que te concentres más en los pasos y menos en mirar a los demás?

—¿Eso hago? Perdóname —intentó prestar atención a sus pies.

—Debo decir que tu traje es espléndido. ¿Fueron todos los de tu familia al mismo modisto? —preguntó él.

—No, nos los envió el duque.

—¿En serio? —Su cabeza se echó hacia atrás en la forma que tenía que significaba que estaba perplejo. De repente le recordó a una tortuga estirando el cuello.

—Había una nota en el reverso de la invitación, así que suponemos que eran de Darlington...

—Sois muy privilegiados, desde luego. Que yo sepa, nadie más ha recibido semejante

recompensa.

Él la miró con consideración, y ella alzó la vista hacia sus ojos verdes, sombreados hasta una esmeralda oscura por la máscara. Sí, el verde era un color muy agradable para los ojos de un caballero. Pero unos ojos marrones... Unos ojos del color del whisky añejo eran algo muy especial.

—¿Verety?

—¿Hmm?

—Parece que has olvidado cómo se baila —ella volvió en sí con un sobresalto—. ¡Lo siento!

¿Qué le pasaba? Estas faldas, este encaje apretado, sin duda. Hacían del movimiento una experiencia muy diferente.

—Verety.

—¿Sí, Daniel?

—Concéntrate, por favor.

Ella hizo lo que pudo. Fue consciente, a medida que avanzaba el baile, de que los ojos de Daniel se clavaban en los suyos y de que su sonrisa había desaparecido.

—Y debo felicitarte, por supuesto. ¿Crees que lady Fanny te hará feliz?

Claramente, esto era lo que había que decir. Verety tuvo que pasar los siguientes compases, cada vez que se reunían, escuchando a Daniel recitar una lista de los encantos, logros y pedigrí de lady Fanny.

Qué excesivamente aburrido. ¿Había sido siempre así de aburrido?

Fue una lástima cuando su baile llegó a su fin. Ella hizo una breve reverencia y luego se limitó a mirarle por encima del hombro, despidiéndole sin apenas pensarlo.

El caballero de negro se dirigía hacia ella a grandes zancadas.

Lord Abernathy.

Se inclinó, la cogió en brazos y casi la levantó del suelo mientras la hacía girar al compás de la música. Ella no chocó con nadie, ni se le se le engancharon las faldas, tropezó, ni recibió codazos. Se abrió paso entre la multitud con la precisión de un cortador de diamantes, ligero y seguro sobre sus pies, y de ninguna manera, forma o manera similar a un caballo de carreras.

Él tomó el control total, y ella apenas tuvo que pensar en los pasos o en la música. Ella y él eran uno. Se movían y bailaban como uno solo.

¿Por qué no hablaba él? Ella esperó, cautivada por sus ojos y sus manos, flotando como en una nube. ¿Cómo era que a ella también se le trababa la lengua? Tenía tantas preguntas. Tantas cosas que contarle. A su alrededor había un bullicio de charla alegre, parejas de baile que conversaban y reían. Eran la única pareja que permanecía en silencio.

La tensión aumentó hasta un punto en que ella no pudo soportarlo más.

—Mikey —dijo ella con la respiración entrecortada—. ¿No me reconoces?

Los ojos marrones detrás de la máscara centellearon ante ella.

—Claro que sí, igual que tú a mí. Te reconocería en cualquier parte.

Ella observó la lenta sonrisa bajo la máscara, la aparición de esos hoyuelos que le hacían parecer mucho más humano.

—Te reconozco por la forma en que te sostienes, por cómo caminas, por los pequeños movimientos de tu cabeza cuando hablas. Puedo decir que estás de buen humor, lo que es un buen augurio.

—¿No estoy siempre de buen humor? —bueno, no lo había estado últimamente, pero con suerte él cambiaría todo eso esta noche.

—No conmigo, eso seguro —respondió—. Pero espero ganarme tu confianza con el tiempo. También tengo un regalo para ti.

—Para conquistarme puede que haga falta algo más que un regalo —bromeó ella, aunque en realidad sólo haría falta una mirada suya.

Se rio irónicamente.

—Ya lo creo.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Entonces, ¿por qué has permanecido en silencio?

—Tengo mucho que decirte, pero no es el momento. ¿Me concederás tu compañía un breve momento?

—¿Qué? ¿Y decepcionar a todos mis pretendientes?

Fingió afrenta.

—Espero sinceramente que sí.

Poco después de que terminara el set se encontró a solas con Mikey en una pequeña habitación bordeada de vitrinas llenas de porcelana china antigua.

No parecía real, estar a solas con él, los dos vestidos con las extravagantes modas del pasado, ambos enmascarados y misteriosos, y sin embargo tan dolorosamente familiares.

Ni siquiera estaba segura de cómo había llegado hasta allí. No recordaba el final del baile, ni el paseo por el oscuro pasillo.

Pero sí recordaba el sonido de una llave en la cerradura.

Lo que significaba que esta vez, era ella la que estaba presa.

Mikey se levantó la máscara y quiso que su corazón volviera a latir con fuerza. Verety no había revelado nada de sus sentimientos más allá de sus habituales intentos de tomarle el pelo. Sin embargo, el hecho de que pareciera feliz de estar de nuevo en sus brazos había convertido un destello de esperanza en una llamarada de optimismo.

Ella no estaría así a solas con él ahora si estuviera prometida a Finley.

¿Lo estaría?

Tenía la garganta seca cuando dijo:

—¿No te quitas la máscara, Verety? Quiero verte.

Ella así lo hizo, y el aprecio onduló a través de él. ¡Era una belleza!

Incluso con la peluca alta y las faldas voluminosas, podía hacer girar la cabeza de un hombre.

—Espero que estés disfrutando de la velada —dijo él, sin saber cómo proceder. Quería saber cuál era su situación con Finley, pero le aterraba preguntar y que todo su mundo se viniera abajo.

¿Debía simplemente besarla y condenarse?

—Qué cortés eres, lord Abernathy —dijo ella—. Espero que tú también estés disfrutando de la velada. Debo decir que estás bastante espléndido en toda esa seda negra, con el encaje blanco en el cuello y los puños.

—Qué amable por tu parte decirlo —dijo él con sorna—. Es mi traje de seda parisina; esperaba impresionarte con él. Mi ayuda de cámara le ha añadido algunas piezas para que se parezca más a la moda de nuestros antepasados. Debo confesar que no sé mucho de chalecos floreados.

Ella rio entre dientes, y él disfrutó del sonido. Sus ojos brillaron cuando dijo:

—Mikey. Nadie de tu estatura podría parecer pomposo.

El aprecio de ella le hizo más atrevido. Le cogió las manos y ella no se amilanó.

—No estaba seguro de si los trajes servirían —dijo—. Pero fuiste tú quien me dio la idea.

¿Por qué estaban manteniendo una conversación cortés cuando los labios color melocotón de ella estaban a escasos centímetros de los suyos?

No.

Contrólate, Mikey.

Debes ir despacio, según lo planeado, o corres el riesgo de arruinarlo todo.

Ella parecía desconcertada. Se dio cuenta de que había un lunar pegado a una mejilla, y otro tentadoramente colocado en la curva de un pecho.

—¿Ah, sí? ¿Qué idea fue ésa? —preguntó Verety.

Debía de haber añadido los parches ella misma, para que su disfraz fuera más auténtico. Nunca se le habría ocurrido. Pero eran perfectos.

—¿Hmm?

Especialmente el de...

—¿Dijiste que te di una idea?

Apartó los ojos de la constante subida y bajada de aquel tentador parche.

—Recomendaste a Meredith que probara la moda del siglo pasado. Peluca empolvada, sombrero ladeado y lo que fuera. Un baile de máscaras era la oportunidad ideal para traerla de vuelta a la sociedad.

—¿Ella está aquí? —preguntó Verety distraídamente.

Cómo le gustaba la forma en que sus ojos brillaban de asombro. Como una niña, pero ya era toda una mujer.

Una mujer que él deseaba con todas sus fuerzas.

Su voz sonó un poco ronca cuando contestó:

—Está aquí.

—Qué espléndido. ¿Qué lleva puesto? ¡Oh! —Sus ojos se abrieron de par en par—. Fuiste tú quien le pidió a Darlington que organizara un baile de máscaras, para que ella no tuviera que revelar sus cicatrices. Qué inteligente por tu parte.

Él saboreó la nota de admiración en su voz.

—Su disfraz es gemelo del tuyo, sólo que en plateado —dijo—. Pensé que el suyo debía hacer juego con su pelo.

Ah, sí, ésa era una expresión que le gustaba ver: calidez, gratitud, un pecho henchido de emoción.

—¿Tú enviaste los trajes?

Parecía que había jugado bien su mano. Hasta el momento.

—Lo hice —pero no había venido aquí para hablar de trajes de baile—. Olvida los trajes. Quiero...

Ella se acercó más a él, con una expresión indefinible en los ojos.

—Deja de hablar, por favor.

—Pero tengo mucho más que decir.

—Siempre lo tienes. Pero primero, déjame darte las gracias.

Ella se puso de puntillas, apoyó una mano en su pecho y rozó ligeramente sus labios con los de él.

Así era como se sentía al ser alcanzado por un rayo. De un modo placentero.

Si tan sólo pudiera mantener su revoltoso cuerpo bajo control hasta que hubiera hecho lo que tenía que hacer y dicho lo que había que decir.

Le levantó ambas manos y se las besó. No se permitió hacer más.

—Verety, Meredith te ha tomado mucho cariño.

—Y yo a ella.

Mikey tragó saliva y respiró hondo.

—Yo también te he tomado un gran cariño. Más que eso, de hecho...

Rogaba a Dios que no se burlara de él ahora. No sabía si podría soportarlo.

—Entonces estoy doblemente favorecida —su rostro estaba vivo de emoción... y ella no se estaba riendo.

—Sé que hemos tenido nuestras diferencias.

—Unas cuantas.

—Pero me gustaría que fuéramos amigos. Si alguna vez me necesitas, si alguna vez quieres un hombro sobre el que llorar, estaré ahí para ti. Siempre.

Quería de ella mucho más que amistad, pero estaba desesperado por obtener alguna señal de que ella también se preocupaba por él.

—¿Como amiga? —preguntó ella, con las cejas levantadas.

¿Había una mirada de decepción en esos ojos color avellana?

Hizo acopio de todo el valor que poseía y dijo:

—No. Como algo más que un amigo. Si me aceptas. Pero comprendo que quizá esté hablando fuera de lugar. Que tal vez no sea el momento, si tu corazón sigue cautivo del señor Finley.

Una de sus manos se deslizó por el borde de su ajustado chaleco. Se preguntó si ella tendría idea de lo erótico que resultaba el gesto. Sus dedos se engancharon en un botón y lo hizo rodar entre ellos. Ese gesto también fue incendiario. Atrapó su mano entre las suyas y se negó a dejarla escapar.

Con la mirada baja, esperó su respuesta, sintiéndose como un funambulista en equilibrio sobre un precipicio. Un paso en falso y su mundo se vendría abajo.

—Mikey —murmuró ella—, el señor Finley es un amigo desde hace mucho tiempo, y espero que siga siéndolo. Pero ya no pienso en él de ninguna otra manera.

Esto era exactamente lo que él había esperado oír. Pero nunca antes había sentido algo así por una mujer y estaba plagado de dudas. Necesitaba algo más de ella.

—¿Quieres decir que no has aceptado su oferta? —Elevó una plegaria silenciosa mientras esperaba, sin apenas respirar, su respuesta.

—Por supuesto que no. Dije que no aceptaría a ninguno de los dos, si lo recuerdas. ¿Has estado preocupado por eso?

Eso sería quedarse corto.

—Me he estado rompiendo el corazón por ello —dijo lentamente. Era una confesión que nunca había esperado hacer.

—Querido y tonto Mikey —dijo ella, acariciándole la mejilla—. Apenas he pensado en Daniel desde Aston.

Las lágrimas brillaron en sus ojos. Quiso apartarlas con un beso. De hecho, quería besar cada centímetro de ella.

La felicidad estaba a su alcance. Podía sentirla.

—Ningún otro caballero me interesa. ¿Cómo podrían, después de haberme entregado a ti? ¿O es que realmente me considerabas una mujer ligera de ropa, como me acusaste de ser la primera vez que me arrastraste al armario de Beckham?

—Dios, no. Simplemente no sabía si lo que pasó en aquel campo de trigo significaba algo para ti, aparte de otra lección que pondrías al servicio de Finley —ahora le costaba encontrar las palabras adecuadas. Todo sonaba tan egoísta e insultante.

—Por supuesto que sí —susurró—. Significaba todo el mundo para mí.

Su mano se había aplastado contra su pecho, y él se preguntó si ella podría sentir el latido de su corazón. Para él, sonaba tan fuerte y furioso como una carga de caballería.

La mano de ella se paseó apreciativamente por su pecho y bajó por sus costillas, donde descubrió la pequeña caja que él había metido en un bolsillo oculto bajo su chaleco.

Tocó el bulto con un dedo.

—¿Qué es esto?

—Tengo un regalo para ti. Por si mis palabras no bastan para persuadirte de que me escuches.

—Ahora te estoy escuchando, ¿no?

Ella ladeó la cabeza coquetamente. Él sonrió.

—No estoy seguro de que te lo hayas ganado todavía.

—¿Qué debo hacer para ganármelo?

—Admite que me quieres.

—¡Oh! —Ella se apartó sobresaltada, pero él la atrapó de nuevo en su abrazo, apretándola con fuerza contra él, con la cara vuelta hacia la suya.

Inclinó la cabeza y saboreó suavemente sus labios. Ella le recordó a la miel del final del verano. La sensación fue tan exquisita que volvió a hacerlo.

La idea de que cualquier otro hombre besara esos labios teñidos de melocotón, jamás, era impensable. Verety Spillwell debía ser sólo suya.

Ahora y para siempre.

—Muy bien. Acepto que quizá aún no me ames como yo a ti, pero eso no es obstáculo para el matrimonio. Muchos maridos y esposas eran menos que amigos cuando se casaron, pero aun así se han hecho felices el uno al otro.

Las manos de ella revolotearon entre las de él, como pájaros capturados. Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Me quieres?

—Creo que sí —él la miró con ternura—. Puede, por supuesto, que sea un mero enamoramiento, así que si yo fuera tú, me casaría conmigo rápidamente y aseguraría tu futuro antes de entrar en razón.

Ella parpadeó sin palabras mirándole.

—¿Quieres casarte conmigo, Verety Spillwell? —Ella apretó los labios y frunció el ceño.

¿Acaso no creía que hablaba en serio? O tal vez...

—¿Quieres que primero le pida tu mano a tu padre? No sé si puedo esperar a que todo se haga como es debido. Ya hemos pasado casi un mes separados y ha sido insoportable —dijo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Entonces debes venir ahora y conocer a papá.

Mikey quería que este precioso momento durara para siempre. La puerta de su corazón se había abierto, y volver a cerrarla y aparecer ante el mundo exterior como si nada hubiera pasado sería imposible.

—No puedo dejarte marchar hasta que te haya dado tu regalo —le dijo para entretenerla.

—¿Pero no debía habérmelo ganado primero? —preguntó ella insegura.

—Tienes una dispensa especial. Por favor, date la vuelta.

Cuando ella lo hizo, él sacó la cajita y la abrió para extraer un brillante rubí en una delicada cadena de plata. Se lo colocó con cuidado alrededor del cuello, intentando evitar tocar la tentadora seda de su piel. Porque si lo hacía, ¿cómo encontraría el autocontrol para no explorar más allá: el sensible pulso bajo su oreja, la columna de su cuello, la deliciosa hendidura entre sus pechos?

—Ya está —cogiéndola por los hombros, la hizo girar para ver cómo le quedaba la reliquia familiar a la mujer que él deseaba profundamente que se convirtiera en el miembro más reciente de esa familia.

Su mano subió por debajo del colgante, y ella contempló el rubí y luego aspiró un suspiro. Cuando ella levantó la vista hacia él, él no podía creer el cambio en su rostro. La herida y la traición le habían robado las rosas de las mejillas y los labios, y sus ojos estaban calientes por las lágrimas no derramadas de dolor, no de amor.

—¿Cómo has podido? —gritó—. ¿Es una broma horrible? No tiene gracia, Mikey. No tiene ninguna gracia.

Entumecido por la conmoción, observó incrédulo cómo ella tiraba de la cadena hasta romperla y luego arrojaba el precioso colgante a un rincón. Antes de que él pudiera detenerla, ella cruzó hacia la puerta en un revuelo de seda de bronce, la abrió de un tirón y desapareció en el pasillo de más allá.

Durante unos instantes, se quedó allí de pie, con el corazón acelerado por la consternación. ¿Qué había hecho? ¿Cómo había podido, con aquel regalo tan sencillo pero tan significativo, angustiarla tanto?

Sintiéndose mal del corazón, Mikey obligó a sus miembros a moverse. No podía dejar marchar a Verety ahora, no así, no cuando sentía que había estado tan cerca de conquistarla. Sin tener ni idea de lo que iba a hacer o decir, salió a grandes zancadas de la habitación, sin detenerse

siquiera a recoger el preciado rubí. Estaba condenado si dejaba que otro tonto malentendido los separara. Fuera cual fuera este nuevo problema, encontraría la forma de solucionarlo.

Ella se preocupaba por él. Ella definitivamente se preocupaba por él. Reforzando su valor con esta certeza, echó a correr, decidido a que ella no le eludiera a él.

Verety corrió a ciegas por el pasillo, sólo necesitaba escapar. Había un molino de gente en una dirección, así que ella tomó la otra. No podía enfrentarse a la luz y al ruido; su angustia necesitaba un refugio, un lugar oscuro y tranquilo donde nadie la encontrara.

Aquel horrible colgante. ¿Había estado Mikey escuchando y viendo la lección de Beckham sobre cómo atraer la atención de un hombre? ¿Qué quería decir con invocarla? ¿Su sincera proposición había sido sólo una farsa? ¿Pero con qué fin? Ella ya se había entregado a él.

Estaba muy confusa.

Lágrimas calientes resbalaron por sus mejillas y las barrió con las palmas de las manos. Se sentía traicionada, y el dolor de ello le oprimía los pulmones y le apretaba la garganta, obligándola a arrastrar el aire a grandes tragos. Sentía su cuerpo como un bostezo, un doloroso abismo de dolor.

—¡Verety! —Mikey la seguía.

Al divisar una puerta abierta, se lanzó a través de ella, bajó unos escalones y salió a los amplios prados de detrás de Collins House, donde se detuvo.

¿Qué dirección debía tomar? ¿Dónde podía esconderse? En un destello de inspiración, le llegó la respuesta.

El laberinto.

Pero sólo si podía eludirlo el tiempo suficiente para llegar hasta él. Giró sobre sí misma para ver si aún la perseguían.

Mikey se había detenido en lo alto de los escalones de la terraza, con la mirada clavada en ella.

La luz de la luna esculpía su rostro en crudos reflejos y sombras, haciéndolo tan implacable como una estatua de granito. Entonces, para su completo asombro, empezó a desabrocharse muy lentamente el chaleco.

Seguramente, ¿no pensaba desvestirse delante de todo el mundo? ¿Esperaba hacerla cambiar de opinión recordándole su delicioso y musculoso cuerpo y reviviendo los recuerdos de su gloriosa entrega a él en el campo de trigo?

Bajó los escalones al galope y empezó a correr velozmente por la hierba, directamente hacia ella.

Ella chilló aterrorizada, se arrebujó en las faldas y se puso en marcha de nuevo, bordeando la orilla del lago. Su corazón latía enloquecido. Atravesó una hilera de arbustos de laurel y, de repente, sus pies crujían sobre la grava, y miró a su alrededor para ver la luz de la luna brillando en los tejados de los invernaderos.

La certeza de que casi había alcanzado su meta la espoleó, a pesar de la aplastante presión de sus estancias. En cuanto apareció la oscura boca del laberinto, salió disparada hacia ella. Siguió corriendo, yendo de un lado a otro por todos los vericuetos hasta que, finalmente, sin apenas aliento para mantenerse consciente, alcanzó la plataforma del centro.

Una vez que su respiración había vuelto a la normalidad, debería ser capaz de escuchar a Mikey, y luego utilizar los giros y vueltas del laberinto para evadirse y escapar de él.

—Verety.

¡Por amor de Dios! ¿Cómo la había encontrado tan rápido?

No había nada que ella pudiera hacer. Había agotado hasta el último gramo de fuerza. Ahora estaba totalmente en poder de Mikey.

Él permaneció un momento ante ella, con las manos en las caderas, el pecho subiendo y bajando rápidamente. Luego, sin mediar palabra, la atrajo hacia sí y la estrechó contra su cuerpo, meciéndola de un lado a otro.

Se sentía como una muñeca de trapo en sus brazos, sin fuerzas, sin voluntad.

Acariciándole el pelo, le dijo:

—Dime qué he hecho mal, amor mío. Nunca quise disgustarte. ¿Creías que intentaba comprarte con una reliquia familiar? Te juro que no te haría daño por nada del mundo. Te quiero. De tu felicidad depende la mía.

Ella se obligó a contener una lágrima y agachó la cabeza, sin atreverse a creerle. El rubí era simplemente una coincidencia demasiado grande.

Pero había manchas de sangre en sus pies calzados con medias. Alguien que estaba dispuesto a arriesgarse a cortarse los pies en pedazos sobre la grava, podría, sólo posiblemente, ser sincero en sus sentimientos.

Siguiendo la dirección de su mirada, dijo:

—No podría correr con esos malditos zapatos. No sé cómo te las arreglaste con ese atuendo. Por cierto, te recogí el pañuelo. ¿Sabías que se había caído?

Volvió a mirar hacia abajo. Su chemise de cuello bajo quedaba ahora al descubierto bajo los cordones sueltos de la bata de bronce. Tendría que volver a ponerse el pañuelo si tenía alguna esperanza de regresar al baile sin que su reputación estuviera hecha jirones.

Por supuesto, probablemente ya era demasiado tarde para eso. Todo el mundo en la terraza había sido testigo de su persecución a la luz de la luna.

Para darse tiempo para pensar, preguntó:

—¿Cómo sorteaste el laberinto tan rápidamente?

—Darlington y yo somos amigos desde hace años, así que conozco bien la casa. El laberinto, sin embargo, es mucho más fácil de entender que tú, mi amor. Nunca debes dudar de la fuerza de mis sentimientos. Volvería a correr por la grava si eso te los demostrara.

Su angustia empezó a desmoronarse lentamente.

—¿De verdad?

—Dime —le exigió Mikey, levantándole la cabeza para que se viera obligada a mirarle—. ¿Qué hice mal?

El sentimiento de traición empezó a desvanecerse en vergüenza.

—Estoy segura de que ya lo sabes.

—No lo sé —le dio una suave sacudida—. Debes decírmelo, Verety. No te perderé de vista hasta que lo hagas.

Ella no podía mirarle a los ojos.

—El colgante de rubí...

Él frunció el ceño.

—Una reliquia familiar. ¿Qué pasa con él?

Ella respiró hondo, con aire contrariado.

—Beckham me aconsejó que llevara uno igual para atraer a un hombre.

Mikey parecía genuinamente confundido.

—¿Un rubí?

—Entre mi... Para hacerle pensar en mi... —Se le encendió la cara y apartó la mirada mortificada—. Debes saber lo que dijo, ya que estoy segura de que nos espiabas por el ojo de la cerradura.

Sus puños se cerraron y desencajaron a los lados. Quería estrangular a Mikey por hacerla pasar por este horrible caos de emociones. Pero una pequeña parte de ella sólo quería pasar las manos por el músculo macizo de la parte superior de sus brazos y subir hasta su cabello oscuro despeinado, perdonarle y acercarle para darle un beso.

Su mente le decía una cosa, su cuerpo y su corazón otra. La agonía de este conflicto era casi insoportable.

—No hice tal cosa —respondió Mikey con firmeza—. Ya me gustabas más de lo que debería, y habría sido un anatema ver cómo te tocaba. ¿Qué, exactamente, te enseñó Beckham sobre los rubíes y el arte de la seducción?

Tuvo que aclararse la garganta un par de veces, y sabía que se estaba sonrojando furiosamente, pero le contó la historia. Sus ojos se redondeaban más con cada palabra. Cuando terminó, se rio entre dientes y le dio un apretón cariñoso.

—Ese tipo de estratagema podría afectar a un hombre más superficial y lascivo, supongo. Pero la última vez que vi ese colgante alrededor del cuello de una mujer, era el de Meredith, y antes de ella, el de mi madre. Así que todas las asociaciones en mi mente son de lo más inocentes. ¡Ese maldito Beckham! No puedo creer que haya aceptado tomarlo como cuñado.

Ella levantó la vista sorprendida y sonrió.

—¿De verdad? ¿Accediste a sus esponsales?

—Dada tu defensa de él, supuse que de otro modo no te casarías conmigo —hizo una mueca—. Puede que aún llegue a arrepentirme de mi generosidad de espíritu.

¿Sería cierto que Mikey había abandonado por completo su funesta intención? ¿Había aprendido por fin a perdonar y a poner la felicidad de su hermana por encima de su necesidad de venganza? Gracias a Dios.

—¿Está perdonado? —preguntó esperanzada.

—No del todo, pero por el bien de Meredith, he refrenado mi deseo de arruinarle y en su lugar le permitiré que intente enmendar sus errores.

Él estaba sonriendo, revelando los hoyuelos que a ella tanto le gustaba ver. Al contemplar sus ojos oscuros, supo que estaba completamente enamorada y que podría perdonarle

absolutamente cualquier cosa. Abrió los puños y los deslizó alrededor de su cintura.

¡Se sentía tan bien al tocarle de nuevo!

Él respondió con un suspiro, la abrazó más fuerte y le rozó la sien con los labios.

—Entonces —dijo, su voz tan suave que ella apenas podía oírle—¿Vas a casarte conmigo o no?

Todo su cuerpo se sintió delicioso, gloriosamente vivo. Una oleada de alegría se abatió sobre ella y supo exactamente lo que quería.

Su amor, su corazón, su sonrisa.

Se puso de puntillas, levantando los labios para besarle.

Su boca estaba a sólo un susurro de distancia, pero él dijo:

—¿Y puedo estar seguro de que ya no sientes nada más allá de amistad por el señor Finley? No podría soportar que aunque sólo fuera un fragmento de tu corazón perteneciera a otra persona.

Verety nunca supo qué la impulsó a burlarse de su pobre y sufrido amante después de esta sincera confesión. Porque, después de todo, ella le había dicho que había rechazado felizmente la oferta de matrimonio de Daniel. ¿Qué más prueba de su devoción necesitaba él? Pero debía de haber un pequeño diablillo dentro de ella que quería provocarle para que hiciera una declaración aún más fuerte de su propio amor.

Ella respondió:

—Bueno, no puedo decirlo exactamente al cien por cien. Pero me atrevería a decir que el tiempo lo dirá.

De repente soltó un gran rugido de frustración. Al instante siguiente, ella fue levantada y arrojada por encima de su hombro, dejándola sin aliento.

En cuanto se recuperó de la conmoción, pateó salvajemente y golpeó con los puños su ancha espalda y sus nalgas.

Resultó ser en vano.

Se le cayó la peluca y su cabeza se golpeó arriba y abajo como la de una marioneta mientras él salía del laberinto con ella y volvía por el camino de grava hacia el césped. Ella dejó escapar un grito, mitad desafío, mitad miedo, que fue acallado de inmediato por la amenaza de él de arrojarla sobre sus rodillas delante de todo el mundo en Collins y darle los azotes que se merecía.

¡Increíble!

El pícaro la llevó escaleras arriba y entró por las puertas francesas abiertas del salón de baile. Todos se quedaron boquiabiertos mientras él se dirigía al centro de la pista de baile. Sin sus máscaras, Mikey y Verety eran fácilmente reconocibles, así que no había esperanza de esconderse.

La capacidad de desmayarse a voluntad habría sido de gran ayuda en este momento, pero ella estaba tensa como un reloj, y aunque él la pusiera en pie no había forma de que se hubiera desmayado de forma convincente.

También estaba -y era terrible admitirlo- singularmente excitada por la fuerza indomable y el sentido de propósito de Mikey. Pero cuál era ese propósito, ella no tenía ni idea.

Se detuvo. Su cabeza aún colgaba hacia el suelo de parqué, su rostro afortunadamente oculto por su cabello en cascada. Su corazón tronó.

Y supo que nada de lo que le ocurriera en el resto de su vida sería tan humillante como ese preciso momento.

Mikey estaba de pie en medio del salón de baile con la mujer con la que planeaba casarse colgada del hombro, sintiéndose como algún antiguo antepasado escocés suyo, llevándose a una doncella de un clan rival.

Al igual que se extienden las ondas de una piedra arrojada a un estanque, los bailarines se fueron aquietando poco a poco, luego callaron las conversaciones en los bordes del salón de baile y, cuando la onda llegó a la orquesta, también ellos callaron.

Sintiéndose ridículamente cohibido y arrepintiéndose ya singularmente de su acto impulsivo, Mikey bajó a Verety suavemente al suelo y luego se arrodilló ante ella.

Un murmullo asombrado recorrió la multitud y él se percató de los disturbios cuando algunos individuos empezaron a abrirse paso. Más le valía acabar con esto rápidamente antes de que Darlington le echara a la calle.

—Señorita Verety Spillwell —dijo, con voz lo bastante alta como para llegar hasta las centelleantes lámparas de araña—, por tercera y última vez, ¿me haría el honor de convertirse en mi esposa?

Hubo algunos gritos ahogados y exclamaciones de sorpresa por parte de los espectadores. Luego la sala quedó tan silenciosa que era imposible creer que albergara a unas trescientas personas. Las cabezas se agitaban al fondo mientras todos luchaban por conseguir una mejor visión.

Mikey miró al rostro de Verety y esperó, sin apenas atreverse a respirar.

Si ella le rechazaba ahora, no sabía cómo lo soportaría.

Ella se apartó el pelo enmarañado de la cara, se alisó las faldas y puso las manos a ambos lados de su esbelta cintura. Luego respiró hondo y él agachó la cabeza, temiendo la tormenta de recriminaciones que seguramente estallaría.

—Mikey Talbot —dijo ella, cada palabra como una bala en su corazón—. Es usted el hombre más grosero, exasperante y testarudo con el que me he cruzado nunca.

Hubo un movimiento entre la multitud, y Mikey levantó la vista para ver a dos caballeros que le resultaban familiares dar un paso al frente. Beckham y Finley. Uno de ellos empujaba una silla que contenía a un anciano de aspecto muy enfadado.

Maldita sea.

Si tenía que pelearse con ellos por esto, los echarían a todos. Excepto el caballero mayor, por supuesto, que debía de ser el padre de Verety.

Los ojos avellana de Verety se suavizaron y la comisura de su boca se curvó y luego tembló. ¿Se estaba riendo? No, estaba llorando.

¿Las dos cosas?

—Perdóname —dijo, con una voz destinada a que sólo ella la oyera. Por favor, Dios, ¿no pretendía rechazarle de nuevo?

Sentía el corazón como plomo en el pecho, los miembros tan pesados que apenas podía sostenerse en pie. Era una agonía mirarla, así que agachó de nuevo la cabeza, esperando que cayera el hacha y destruyera para siempre sus esperanzas de felicidad.

—Pero no creo que estés del todo más allá de la redención —continuó Verety con un atisbo de risa en la voz—. Así que la respuesta es sí, Mikey Talbot, y sí, y sí otra vez. Ahora bésame, maldito seas, antes de que cambie de opinión.

Se puso en pie de un salto. Oh, gracias a Dios. La rodeó con los brazos, la estrechó contra su corazón y rozó su rostro con el de ella, los ojos cerrados con fuerza, sin querer ver nada que pudiera distraerle de la alegría de tenerla entre sus brazos una vez más.

Para siempre, esta vez.

La gente a su alrededor volvió a la vida, arrastrando los pies, las damas agitando sus abanicos y los caballeros cuchicheando entre sí. Pero la música no volvió a sonar y nadie avanzó, sin duda por si la escena aún no había acabado.

No lo había hecho.

Mikey soltó a Verety y la miró a la cara. Ella le recordó a una flor, recién abierta para recibir el calor del sol, fresca y llena de vida. Sus ojos estaban fijos en su boca, con los labios ligeramente entreabiertos, y él sabía exactamente lo que ella quería. Pero eso sólo haría que el escándalo fuera completo.

Como si no lo fuese ya.

—Hay algo que quiero oír de esos hermosos labios tuyos —le dijo. Clavó su mirada en la de ella, deseando que comprendiera, rogándole que dijera las palabras que tanto necesitaba oír.

El rostro de ella brilló de alegría cuando dijo:

—Te quiero, Mikey. Con todo mi corazón —la sala estalló en fuertes suspiros y sonoros hurras de los hombres, risitas y lágrimas de las damas y, más fuerte que todo lo demás, el estruendo de aplausos alborotados.

Ajeno a la conmoción, Mikey tiró la corrección por la ventana, agachó la cabeza y besó a Verety de lleno en los labios, estrechándola contra su pecho.

Y mientras se aferraban el uno al otro, dio gracias al cielo y a la tierra que la había creado por haberle hecho el regalo más perfecto de todos.

La señorita Verety Spillwell, que le había mostrado el hermoso y sobrecogedor poder del amor.

notas

[1] Demi-monde significa en francés «semi-mundo» . El término deriva de una obra de teatro llamada Le Demi-Monde, de Alexandre Dumas (hijo), publicada en 1855. La obra trataba de la forma en que la prostitución de la época amenazaba el matrimonio.

[2] Una bluestocking es una mujer educada, intelectual, originalmente miembro de la Sociedad de las Medias azules (Blue Stockings Society) del siglo XVIII, dirigida por la anfitriona y crítica Elizabeth Montagu (1720–1800).